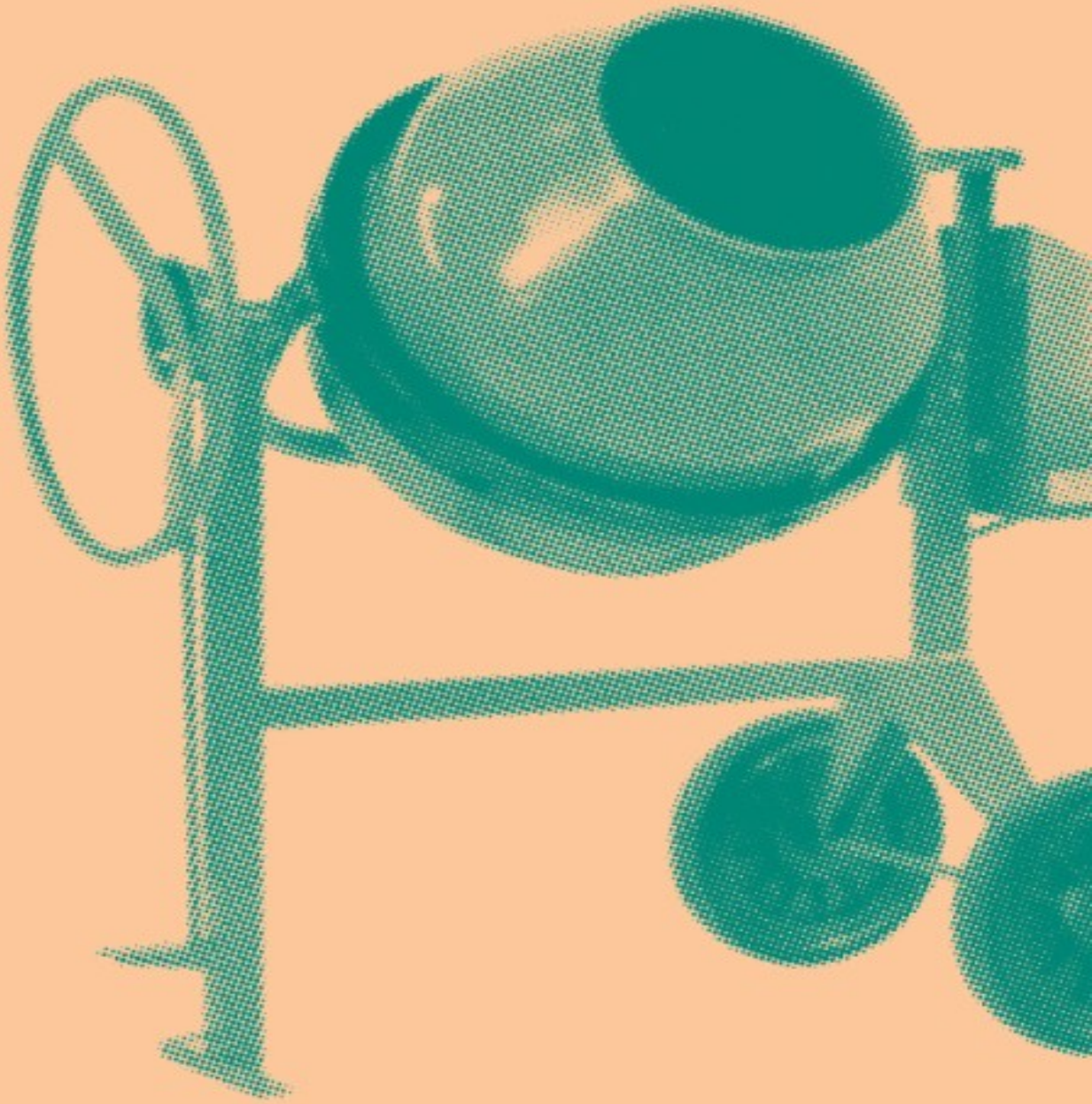
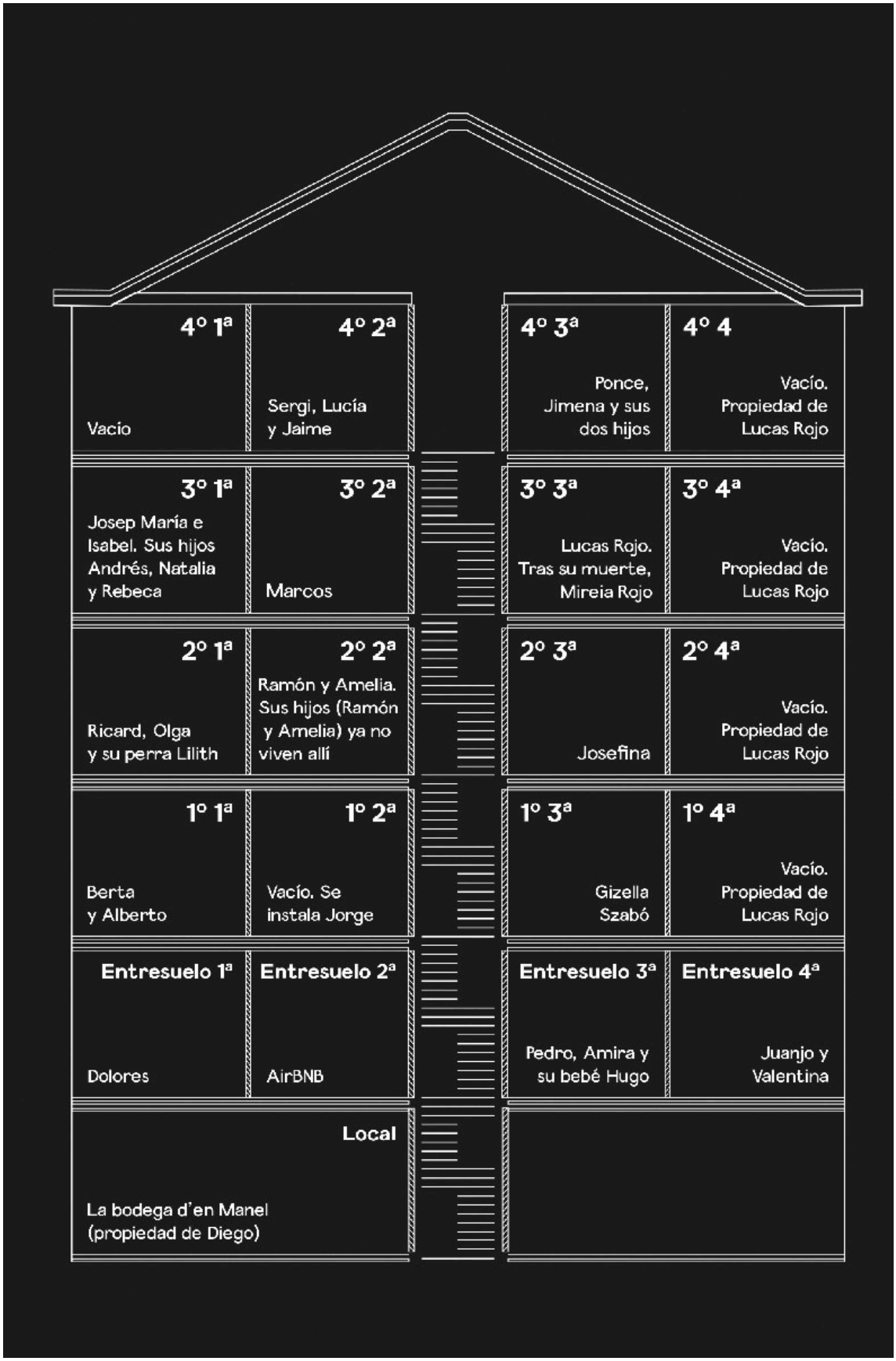
JAIME
RUBIO HANCOCK

Sitges



altamarea


4º 1ª
Vacío
4º 2ª
Sergi, Lucía y Jaime
4º 3ª
Ponce, Jimena y sus dos hijos
4º 4
Vacío. Propiedad de Lucas Rojo
3º 1ª
Josep María e Isabel. Sus hijos Andrés, Natalia y Rebeca
3º 2ª
Marcos
3º 3ª
Lucas Rojo. Tras su muerte, Mireia Rojo
3º 4ª
Vacío. Propiedad de Lucas Rojo
2º 1ª
Ricard, Olga y su perra Lilith
2º 2ª
Ramón y Amelia. Sus hijos (Ramón y Amelia) ya no viven allí
2º 3ª
Josefina
2º 4ª
Vacío. Propiedad de Lucas Rojo
1º 1ª
Berta y Alberto
1º 2ª
Vacío. Se instala Jorge
1º 3ª
Gizella Szabó
1º 4ª
Vacío. Propiedad de Lucas Rojo
Entresuelo 1ª
Dolores
Entresuelo 2ª
AirBNB
Entresuelo 3ª
Pedro, Amira y su bebé Hugo
Entresuelo 4ª
Juanjo y Valentina
Local
La bodega d'en Manel (propiedad de Diego)

JAIME
RUBIO HANCOCK

Sitges

BARLOVENTO

A Alma

Jorge entró en el edificio por error. Iba pendiente del móvil y respondía a un mensaje sobre una cena a la que no quería ir, pero de la que no sabía cómo librarse. ¿Digo que no puedo? ¿Que ya he quedado? ¿Y si me piden detalles? Llegó al portal, que creía que era el suyo, y se cruzó con una vecina que salía y le abrió la puerta mientras él pensaba en comentar, simplemente, que no quería ir. ¿Era mejor ser sincero o se lo tomarían a mal? Antes de haber llegado a una conclusión y tras subir unos cuantos escalones, se dio cuenta de que no vivía allí. Algo avergonzado («¡ni siquiera se parece a mi edificio!»), dio media vuelta para salir de nuevo a la calle.

Al principio pensó que quizás había subido más escalones de los que creía porque bajó un par de tramos y seguía sin ver el portal. Siguió, confiando en encontrar la salida, pero solo dio a otro rellano.

Se asustó un poco. ¿Iba tan despistado que había subido varios pisos? Continuó escaleras abajo y se encontró con más rellanos, todos iguales. Cuando llevaba dos o tres, llamó al timbre de una de las puertas. Nadie le contestó. Probó con la de al lado. ¿Estaba aún en el primero? ¿No había llegado a la salida? ¿Pero cómo había subido tanto? Abrió una mujer joven, de en torno a los treinta. Sin saber muy bien qué decir ni cómo, Jorge le explicó que había entrado en el edificio por error y que, en fin, no sé qué estoy haciendo mal, pero bueno, er, ehm, esto… Resulta que no encuentro la salida.

La vecina no se sorprendió. Le dijo que el edificio era un poco extraño y que a veces la gente tenía problemas. «Prueba con el ascensor», le sugirió. Jorge le dio las gracias, sin entender la mención a los problemas que al parecer tenía la gente de aquella

finca, y le hizo caso. Entró en el ascensor y apretó el botón de la planta baja, pero la cabina se detuvo en el entresuelo. Volvió a cerrar la puerta y a intentarlo una vez más, sin que el ascensor se moviera. Salió, confiando en que solo tendría que bajar las escaleras de un último piso hasta dar con la salida, pero nada más girar hacia el último tramo de escalones, el que le debería llevar al portal, volvió a dar a otro rellano. Miró el número de la pared que indicaba el piso: era el cuarto. ¿Había vuelto arriba? Volvió a bajar a pie: tercero, segundo, primero, entresuelo. Se detuvo. Bajó escalón a escalón e intentó ser muy consciente de cada movimiento, de cada detalle. Pero el último tramo de escaleras del entresuelo a la planta baja le llevó de nuevo al cuarto.

Volvió a llamar al ascensor. Le volvió a dejar en el entresuelo, a pesar de que estaba segurísimo de haber apretado el botón de la planta baja, y volvió a bajar a pie desde ahí… al cuarto, suponiendo que eso pudiera llamarse bajar. Se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared, ya sudado, mareado, enfadado y llamó a su marido. «Santi, necesito ayuda», le dijo, «me he perdido». «¿Dónde?». «Pues no lo sé, si lo supiera no estaría perdido. Estoy en un edificio que creo que está en la misma calle de casa y no puedo salir porque no puedo llegar al portal, ahora te envío la dirección». Santi no entendía el problema: «¿Te encuentras bien? ¿Llamo a un médico?». Jorge ni siquiera sabía si se encontraba bien o no, lo único que sabía era que no podía encontrar la salida del edificio. «Solo hay rellanos», decía, «no hay portal». «No entiendo lo que me dices, Jorge». «Yo tampoco lo entiendo, Santi». «¿Pero estás bien?». «¡Yo qué sé!».

Mientras Santi llegaba, Jorge volvió a bajar rellanos hasta volver al primero para llamar a la misma puerta de antes. «¿No ha habido suerte?», le preguntó la vecina. «Lo siento, ya te digo que a veces pasan cosas raras». Jorge estaba completamente desorientado: ¿qué quería decir con «a veces pasan cosas raras»?

—Me llamo Berta, entra si quieres.

Jorge pasó y aceptó un vaso de agua. Berta le dio el nombre y el número de la calle, y Jorge le preguntó si podía esperar en su casa hasta que llegara su marido. «Claro», dijo ella.

Santi vio su mensaje con la dirección exacta. Llegó en taxi al edificio, que no tenía nada de extraordinario: mostraba el aspecto anodino de cualquier bloque de pisos levantado en los años setenta u ochenta, con cinco plantas que habrían pasado inadvertidas en cualquier barrio.

Santi se acercó al portal de vidrio y hierro forjado, con el interfono a la derecha, y llamó al primero primera. Contestó Berta. «¿Está Jorge?». «Sí, sube».

«Un momento», dijo Jorge cuando Berta colgó el interfono, «¿y si a Santi le pasa lo mismo?». Berta le dijo que no era probable, que eso en concreto no le había pasado nunca a nadie. Pero la respuesta no lo tranquilizó: tampoco era probable que le hubiera pasado a él y, sin embargo, ahí estaba.

Jorge abrazó a Santi en cuanto lo vio, y Santi no sabía qué pensar. ¿Su marido había sido víctima de alguna crisis nerviosa? ¿Le había dado un brote psicótico o un ataque de pánico? ¿Ese pasado de MDMA del que le había hablado le estaba pasando factura? Santi le dio las gracias a Berta y se dirigió con su marido a la salida. Berta les dijo que en el tercero podrían encontrar a una doctora. «No vive aquí, pero viene a menudo. Es el piso de su padre, que murió hace poco. Probad, seguro que ella os puede ayudar».

Se metieron en el ascensor. Santi pulsó el botón de la planta baja y la cabina comenzó a bajar. Cuando se detuvo, abrió la puerta, salió en el portal y se dio cuenta de que estaba solo. Oyó una voz que venía de arriba: «Santi… Santi, ¿me oyes?». «Sí, Jorge, te oigo, ¿dónde estás?». «En el entresuelo». Jorge asomó la cabeza desde la barandilla y Santi le preguntó cómo había bajado del ascensor. «No lo sé, de verdad que no lo sé…». Insistía en que le había seguido y que había salido de la cabina justo detrás.

—Esto es lo que me pasa todo el rato, es lo que te intentaba explicar.

«Bueno, no pasa nada», contestó Santi, «bajemos andando». Subió a por él y bajaron un tramo de escaleras juntos, cogidos de la mano, como si llevara a un niño al colegio. Pero al girar al segundo tramo, el que daba ya al portal, Santi se dio cuenta de que estaba

solo. Subió corriendo las escaleras y se encontró con su marido en el cuarto piso, sentado en el rellano y con la cara escondida entre las manos.

—Cuando voy en ascensor no paso del entresuelo —le explicó—, pero cuando voy por las escaleras vuelvo al cuarto. Es como un bucle.

Lo volvieron a intentar con el ascensor, pero esta vez Jorge salió primero. Pasó lo mismo. Cuando Jorge ponía un pie en el rellano, no era el del portal, sino el de otro piso. Y cuando intentaba bajar por las escaleras, nunca llegaba a la salida. Santi no se lo explicaba y no solo no entendía cómo desaparecía su marido, sino tampoco cuándo. Parpadeaba y ya no estaba cogido a su mano, le daba en los ojos el brillo del sol de media tarde y ya no estaba delante de él, se cogía a la barandilla por costumbre y ya no lo tenía a su izquierda.

Después de tantas pruebas que perdieron la cuenta, hicieron caso a Berta y subieron al tercero, donde les abrió la doctora Mireia Rojo. Habló Santi porque Jorge no podía, estaba demasiado nervioso y asustado. «No sé qué pasa», le dijo, «pero mi marido no puede salir del edificio y Berta, ¿se llamaba Berta?, la chica del primero, nos ha dicho que subamos».

La doctora tampoco parecía sorprendida: los invitó a pasar, les sirvió un vaso de agua y les ofreció café, que ambos rechazaron. Santi insistió: «¿Qué le pasa a mi marido? ¿Es algo psicológico, le ha sentado mal algo de comer, tiene fiebre…?». La doctora hizo una pausa antes de decirles que no era esa clase de doctora:

—Soy física y el problema de este edificio es que aquí las leyes de la naturaleza no funcionan como deberían.

Les hizo pasar a un despacho: en la pared tenía colgado un plano del edificio, repleto de anotaciones para cada uno de los pisos.

—Sé que esto va a resultar difícil de creer y hasta de entender, pero el edificio se levantó en un punto inestable del universo. O, mejor dicho, en un punto del universo completamente normal que se volvió inestable. Y hay zonas que no son como deberían, en las que las leyes de la física no funcionan o no lo hacen como siempre.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Santi.

Les puso varios ejemplos: en un piso del segundo vivía una señora que cada día estaba más joven; un piso del primero estaba anclado en 1973; enfrente de donde estaban había otro donde todo era en blanco y negro…

—Y también está Berta, que cuando se pone el sol es Alberto. Pero esto que me decís aún no lo había visto. Es raro.

—Ya, en fin, claro que es raro —dijo Santi—. Pero no es lo único raro. Nada de lo que dices tiene ningún sentido.

—Es posible que sea algo que hayas hecho, quizás has pasado por algún pequeño bolsillo en el que la geometría del espacio-tiempo está curvada…

—Yo no he pasado por ningún sitio así.

—Eso tampoco tendría ningún sentido.

—Lo sé —dijo la doctora—. Hay algunos pisos vacíos. Lo mejor es que te instales en uno hasta que podamos solucionar esto. El primero segunda, al lado de Berta y Alberto, está libre. Está bien y hay algunos muebles. Supongo que llenos de polvo, pero bueno.

La doctora sacó una llave de un cajón y se la ofreció.

Santi se negó en redondo, a pesar de que Jorge ya había extendido la mano para cogerla. Agarró a su marido por el brazo y lo arrastró hasta la salida. «Muchas gracias, doctora, vamos a intentar irnos de aquí». Santi gruñía y le decía a Jorge que en ese edificio estaban todos locos y nada tenía ningún sentido, nada. «El ascensor está trucado», aseguró, «esto es una broma pesada o una estafa. Saldremos de aquí como sea».

Probaron durante horas. Abrazados, por separado, corriendo, caminando muy lentamente… No hubo manera. Cada vez que giraban por el último tramo de escaleras o abrían la puerta del ascensor, Santi se quedaba solo y Jorge aparecía en el cuarto o en el entresuelo.

Pasada la medianoche, con las piernas doloridas y el traje empapado en sudor, Santi subió una vez más desde el portal a buscar a su marido y se lo encontró con la doctora y un treintañero que le estrechó la mano nada más verlo. «Hola», le dijo, «soy Alberto, del primero. Creo que ya conocéis a Berta».

Jorge le dijo a Santi que se iba a quedar.

—El piso está bien. Está amueblado, y Alberto me invita a cenar. Quizás mañana me puedas traer algo de ropa.

—Tú también estás invitado, claro —añadió Alberto.

Santi le dijo que ni hablar, que no se podía quedar allí, que iba a llamar a la policía. Jorge le dijo que por favor no lo hiciera, que estaba muy cansado, que se quedara con él o se fuera a casa y mañana ya probarían de nuevo.

Pero Santi no quería dejarlo allí, ni quería quedarse.

—Yo también creo que todo esto tiene una explicación racional —dijo la doctora—. Pero no es la explicación a la que estamos acostumbrados. Es una explicación racional diferente. Pero racional. Científica.

Santi llamó a la policía. No entendieron muy bien lo que les decía: «¿Su marido está secuestrado? ¿No? ¿Entonces por qué no puede salir?».

Enviaron a dos agentes, por si acaso. Santi les abrió la puerta de la calle y subió con ellos hasta el primero, por las escaleras, mientras les intentaba explicar lo que ocurría.

—No sé cómo lo han hecho, quizás lo hayan drogado, pero no consigue llegar al portal.

Llamaron al timbre y les abrió Jorge.

—Buenas, dice su marido que no puede salir del edificio.

—Es cierto.

—¿Alguien le retiene?

—No.

—¿Entonces por qué no puede salir?

—No lo sé.

Jorge accedió a mostrarles lo que pasaba. Bajó por las escaleras entre los dos agentes y les pidió que lo agarrasen fuerte, cada uno de un brazo. Cuando giraron para entrar en el último tramo, Jorge apareció en el cuarto. También probaron por el ascensor.

Los agentes estaban sorprendidos y también enfadados. ¿Nos habéis traído aquí para enseñarnos un truco de magia? ¿No estaréis grabando? Si luego vemos esto en TikTok… Santi les dijo que no era nada de eso, que Jorge de verdad no podía salir y que ninguno de los dos tenía TikTok ni Instagram ni nada parecido.

—No podéis hacernos perder el tiempo de esta forma.

—Además, es casi medianoche, estáis molestando a los vecinos.

—No es un truco, de verdad, ni una broma.

Las protestas no sirvieron de mucho. Los policías dejaron el edificio y Santi acabó sentado en el suelo, al lado de la puerta del piso donde Jorge iba a pasar al menos una noche. «Todo va a salir bien», le dijo. «Solo serán unos días, hasta que esto pase. El piso es agradable, tiene mucha luz. ¿Quieres verlo?».

Y en ese momento, Jorge se alegró porque recordó esa cena a la que no quería ir y cayó en que de ningún modo podría hacerlo, aunque nadie le iba a creer si contaba por qué.

***

Las obras del edificio terminaron en 1973. Cuando la doctora Mireia Rojo empezó a investigarlo, el arquitecto ya había fallecido, la constructora había cerrado y la promotora había sido adquirida por una multinacional. No había nada extraño en los planos, ni en los materiales, ni en la gente que había trabajado allí. De hecho, el arquitecto había levantado varias decenas de edificios adaptando el mismo plano a diferentes solares y alturas, sin que ninguno mostrara ningún hecho inexplicable, al menos hasta donde la doctora sabía.

Pero sí había diferencias entre los planos y lo edificado. Según los diseños, en las puertas primera y tercera de cada rellano, la cocina estaba a la derecha del recibidor, que de frente daba al comedor. Y a la derecha de esta sala salía un pasillo en L que giraba a la izquierda y distribuía el espacio entre un baño, un aseo y los tres dormitorios.

Las puertas segunda y cuarta eran idénticas, pero como si se reflejaran en un espejo: la cocina estaba a la izquierda y el pasillo, a la izquierda del comedor.

Pues bien: no todas las casas eran así. A veces, las diferencias eran pequeñas. Por ejemplo, el segundo baño del tercero cuarta, el piso vacío enfrente del de la doctora, era un poco más pequeño, pero había que medirlo para darse cuenta. El que le habían dado a Jorge era un pisito de soltero con un solo dormitorio. Uno de los

pisos del segundo tenía una habitación extra, pero sin ventanas. Otro tenía el pasillo recto.

Además, los espacios no cuadraban: por ejemplo, la segunda planta sumaba diecisiete metros cuadrados más de lo que debería, mientras que la cuarta era algo más pequeña. Pero por fuera —recordemos que el único que no podía salir era Jorge— el bloque era regular, sin que se pudiera ver a simple vista dónde estaban los metros que sobraban o faltaban.

La doctora le había preguntado a un arquitecto, que había sugerido varias explicaciones: a) un error al medir, b) habitaciones o espacios sellados que explicarían la ausencia de metros cuadrados en unos pisos y la apariencia de más metros en otros, c) que el edificio tuviera una forma irregular que no se había reflejado en los planos por error y que no se veía a simple vista, d) alguna irregularidad en las obras que no se había declarado para evitar sanciones o reparaciones costosas o e) alguna irregularidad en los planos que no se había declarado para evitar, también, sanciones o reparaciones costosas.

La doctora Rojo no había descartado ninguna posibilidad e incluso contemplaba que varias o todas las respuestas fueran correctas, al no ser incompatibles entre sí.

Pero ninguna de ellas explicaba el resto de anomalías.

Se había enterado de esas anomalías después de la muerte de su padre, hacía unos meses. Lucas, así se llamaba, y su esposa Rosa se mudaron al piso en 1973, cuando ella aún no había nacido. Se separaron a principios de los ochenta y Mireia y su madre se fueron a vivir con su tía Toñi. Su padre, doctor en Física como ella, se había quedado en el piso en un arreglo poco habitual, pero amistoso.

Durante casi cuarenta años, Mireia había pasado en aquella casa fines de semana y días sueltos. Cuando fue después de que muriera su padre para poner algo de orden, le llamó la atención el despacho, donde no había entrado casi nunca. En una pizarra tapada con una sábana, su padre tenía colgado el plano del edificio, rodeado de notas adhesivas y folios con aclaraciones. En el suelo había varias cajas llenas de papeles, libretas y carpetas que sí había visto antes y donde suponía que guardaba notas de experimentos y trabajos de

sus alumnos, pero al abrirlos se encontró con anotaciones caóticas que documentaban, o eso parecía, lo que ocurría en cada uno de los pisos. También había llaves, fotografías y alguna cinta de casete.

Cuando Mireia leyó aquellas notas, creyó que su padre había perdido la razón o, dado que se había comportado con una normalidad absoluta durante toda su vida —pasmosa, casi, teniendo en cuenta lo que aseguraba que ocurría en el edificio—, quizá solo se trataba de un plan para una novela.

En lugar de meter ropa vieja en bolsas y los libros en cajas, Mireia se pasó la tarde leyendo los papeles.

Antes de irse, quiso confirmar algo que había leído y fue al piso de enfrente, del que tenía una llave. Y no era la única: había varias llaves en un cajón, cada una de ellas con un llavero en el que se indicaba el piso que, supuestamente, le correspondía. Saludó al entrar por si no estaba tan vacío como decían las notas y solo le respondió el eco ligero de los pisos sin muebles ni cortinas. Lo primero que pensó fue que su padre se había confundido: lo único que le ocurría a aquella casa era que habían bajado las persianas y no entraba nada de luz.

Como aún no había anochecido, levantó las del comedor. Y sí, entró la luz. Pero no como se esperaba: veía su camiseta de color gris claro y sus tejanos de un gris más oscuro; las zapatillas también eran grises, como el suelo, más oscuro que las paredes, blancas. Fue a otra habitación y probó a abrir también las persianas. Lo mismo. Igual que en una tercera y que en el baño, que tenía azulejos en varios tonos de gris.

Salió del piso sin dejar de mirarse la ropa y sin poder evitar un pequeño tropezón con el marco de la puerta. Nada más poner un pie en el rellano, volvió a ver la camiseta rosa, los tejanos azules, las zapatillas de un azul más claro. Pasó una pierna y comprobó que los pantalones se volvían grises al cruzar el umbral.

—Hola.

Mireia se volvió. Un hombre que aparentaba unos setenta y muchos la saludaba desde el umbral de su puerta mientras se rascaba la calva.

—¿Tú eres la hija del profesor, verdad? ¿Mireia?

—Sí, hola.

—No sé si te acuerdas de mí. Soy Marcos.

—Claro.

Y era verdad, se acordaba de habérselo cruzado decenas de veces, aunque no habría acertado su nombre ni con una pistola apuntándole a la cabeza.

—Siento mucho lo de tu padre. Era un buen vecino.

—Gracias…

—Veo que has descubierto el piso en blanco y negro.

—El… Sí… El piso en blanco y negro.

—No te asustes. Según tu padre era por la luz, que hacía un efecto extraño.

—Claro, eso tiene sentido. Supongo.

—Es curioso, pero nada más. Lo que aún sigo sin saber es por qué lo compró tu padre.

—¿Este piso era de mi padre?

—Sí, compró varios.

Mireia todavía no había hablado con su abogado, pero días más tarde se enteró de que era cierto: ese piso y otros cuatro eran de su padre, aparte su casa de siempre. En total, seis. La doctora no tenía ni idea de cómo los había conseguido pagar con un sueldo de profesor universitario, sobre todo teniendo en cuenta que, al parecer, ni siquiera se los había alquilado a nadie y los había dejado vacíos. Claro que ¿a quién le iba a alquilar un piso en blanco y negro? En cualquier caso, estaban pagados hasta el último euro.

Ni siquiera su madre lo sabía.

—¿Tu padre tenía cinco pisos? No le pega nada ni tener el suyo. Si me tuve que encargar yo de todo el papeleo con el banco cuando lo compramos.

—¡A un ciego!

—¿Qué?

—Perdona, mamá. Es que llevo un par de horas dándole vueltas a quién se le podría alquilar un piso en el que todo se viera en blanco y negro.

—¿Es una adivinanza?

—Sí, más o menos.

—¿Es un crucigrama? Por si te cabe acromatópsico.
—¿Qué es eso?
—Alguien que no ve ningún color.
—No es un crucigrama.
—Qué pena, me encantan los crucigramas.

***

Las notas del padre de la doctora, Lucas Rojo, eran confusas, pero entre ellas era posible encontrar un hilo que servía para ordenar lo que había pasado, más o menos: las notas se contradecían, algunas se duplicaban, de unas tenía copia en el ordenador, otras solo eran dibujos incomprensibles… No había un sistema claro, todo era un caos, pero se podía ver una obsesión que recorría todos aquellos papeles: viajar en el tiempo.

Era una obsesión que jamás le contó a nadie. Quizás le avergonzaba: ¿cómo iba un profesor de universidad barcelonés y sin recursos a investigar uno de los problemas más difíciles (y caros) de la física? O tal vez solo era un pasatiempo, como los matemáticos que se dedican a intentar resolver la conjetura de Fermat o como quien se dedica a los crucigramas o a los problemas de ajedrez.

Una de sus libretas recogía todas las teorías sobre cómo podríamos viajar en el tiempo, comenzando por la obvia: «Podemos visitar el futuro a tiempo real. Si queremos trasladarnos una hora en el futuro, solo tenemos que esperar una hora sentados (o de pie, eso da igual) y, listos, ya hemos llegado. Esto es algo obvio, pero conviene recordarlo, porque no sucede lo mismo si queremos ir al pasado. No podemos esperar un rato y que sea ayer».

Para viajar al futuro, pero más rápido, «también podemos desplazarnos en el espacio a velocidades muy elevadas: cuanto mayor sea la velocidad, más despacio transcurre el tiempo. Esto ocurre siempre, en aviones, trenes y bicicletas, pero el efecto es tan pequeño que no es observable».

Y ponía un ejemplo clásico, el del astronauta que sale de la Tierra en 2100 y hace un viaje de ida y vuelta al noventa y nueve por

ciento de la velocidad de la luz. «Para él y dentro de su nave espacial habrán transcurrido solo dos años, por ejemplo, pero al regresar a la Tierra aterrizará en el año 2114 y no en el 2102: por cada año de su viaje, han transcurrido siete años en nuestro planeta». Si el astronauta consiguiera «viajar a la velocidad de la luz, sería como si para él el tiempo se detuviese, por lo que podría viajar a cualquier momento del futuro en un instante».

Otra opción es acercarnos a un agujero negro; la gravedad no solo afecta al espacio, sino también al tiempo: «Por ejemplo, en un agujero negro la dilatación del tiempo podría darse de tal modo que por cada año que el astronauta pasa cerca (que él vive con total normalidad y sin notar nada extraño en su reloj), transcurren cien años en la Tierra».

La principal pega, aparte de los problemas técnicos, es que en ninguno de estos casos hay forma de volver atrás: son viajes solo de ida. Para poder regresar al momento de partida, o para ir más atrás, habría que viajar a una velocidad superior a la de la luz y eso es imposible, al menos hasta donde sabemos.

El profesor dedicaba aún más espacio a otra forma teórica de viajar en el tiempo: «Podríamos abrir un agujero de gusano, o quizás en el universo ya hay agujeros de gusano abiertos de forma natural». Un agujero de gusano, igual que el agujero que abriría un gusano en una manzana, conectaría dos puntos distantes del universo mediante una línea recta y más breve. Estos puntos podrían ser tanto del espacio como del tiempo.

En cualquier caso (por lo que sabemos, etcétera), abrir un agujero de gusano estable podría ser imposible, ya que requeriría «más energía de la que hay en todo el universo, o más tiempo del que ha transcurrido desde el Big Bang hasta ahora». Y, como decía el profesor, «también haría falta una parte importante de todo el dinero que se ha acuñado e impreso en la historia de la humanidad». En cuanto a los que quizás existan, «todo apunta a que serían muy pequeños y muy inestables».

Pues bien, tras toda esta introducción teórica, el cuaderno se interrumpía: era obvio que a la libreta le habían arrancado la mitad de las hojas. Pero en las últimas páginas, Rojo aseguraba haber

abierto un agujero de gusano en el laboratorio de la universidad, y haberlo usado al menos dos veces. Por desgracia, también dejaba claro que había destruido parte de sus papeles con la intención de que nadie pudiera reproducir sus experimentos.

Su objetivo había sido el de hacer un experimento controlado: solo quería unir el laboratorio con su casa, que estaba a poco menos de tres kilómetros, y llegar unos minutos antes. No quería complicarse: poco tiempo, para no cambiar la historia, y en otro sitio, para evitar la posible paradoja de encontrarse a sí mismo. Era un sitio que además sabía que estaba vacío, a no ser que precisamente en ese momento hubieran entrado a robar.

Sin embargo, algo falló y viajó a su casa, pero no unos minutos antes: llegó cuando el edificio aún estaba en obras, a principios de 1973. «No había paredes, solo el techo y el suelo en cemento. Y gente trabajando, claro», escribió. Unos obreros vieron cómo el espacio se agrietaba y aparecía una esfera de luz frente a ellos, de la que salía un profesor universitario calvo y de unos cincuenta años, con bata incluida, que ponía los pies sobre aquella planta en construcción, con cara de evidente despiste. El doctor se ajustó las gafas, los obreros salieron corriendo, tropezaron, tiraron abajo ladrillos y volcaron una hormigonera que dio contra el andamio, con tan mala suerte que el andamio se desprendió y se desplomó.

Rojo se volvió a meter en el agujero de gusano y regresó a su laboratorio, donde cerró el túnel espacio-temporal. Fue corriendo a casa a comprobar si había pasado algo y cuando ya llegaba, se detuvo en la esquina de enfrente con el corazón en un puño: no veía el edificio.

Había desaparecido.

En lugar de aquella finca de cinco pisos había un solar vallado.

Pero cuando dio un par de pasos al frente, volvió a ver el edificio.

Caminó hacia atrás y ya no lo veía.

Inclinó la cabeza y lo veía de nuevo.

Se puso recto y lo perdió de vista.

—Curioso, ¿eh?

—¿Cómo?

—Lo del edificio. Es como un espejismo. Pero usted es vecino, ¿no?

—Ah, sí… —el doctor Rojo reconoció a una vecina del segundo, una mujer extranjera, húngara o polaca, y ya mayor, aunque se conservaba muy bien, mejor de lo que recordaba—. Hola… Sí… No me había fijado, la verdad.

—Es graciosísimo. Ilusión óptica, aunque no sé por qué. Quizás por la luz. A los niños les encanta.

La señora se despidió y Rojo reemprendió el camino a casa. Todo lo demás parecía normal, tanto por fuera como por dentro. Al llegar se sentó en el sofá y, para asegurarse de que no olvidaba nada y que no corría el peligro de pensar que todo había sido un sueño, abrió uno de los cuadernos que tenía amontonados por casa y tomó nota de lo que le había pasado en las últimas horas.

***

La doctora Rojo y yo nos conocimos poco después de que Jorge se hubiera mudado. Yo aún no conocía la historia de Jorge: ni le había visto ni me enteré del follón que se armó cuando llegó la policía —ventajas de vivir en el cuarto—.

A la doctora sí me la había cruzado. Aún no sabía que ella no vivía ahí y que solo iba al piso de su padre de vez en cuando, pero ya la había visto hablando con vecinos. Tendrá muchos amigos en el edificio, pensaba, a mí qué me importa.

Hasta que nos tocó a nosotros. Llamó al cuarto segunda, nuestro piso, y nos contó a mí y a mis dos compañeros que era la hija del doctor Rojo, del tercero tercera, y quería saber si habíamos notado algo raro en casa. «¿Algo raro como qué?», preguntamos. «Como esto», dijo y nos invitó a acercarnos al piso de enfrente. «Este piso lo compró mi padre», explicó, mientras abría la puerta y nos invitaba a pasar.

Ya desde el rellano daba la impresión de que las paredes del recibidor se derretían y que había una espiral en la puerta de la cocina. En la ventana corredera que daba al balcón se amontonaban

colores brillantes que parecían derramarse sobre el suelo del salón, vacío y sin muebles, con paredes cuya pintura blanca se movía en varias direcciones y dejaban ver toda clase de matices, del color hueso a la cáscara de huevo, pasando por el blanco roto, un perla con tonos de rosa y unos brillos nacarados que ya quisiera para sí el catálogo de cualquier fabricante de vestidos de novia.

—Por lo que he visto —dijo la doctora mientras Sergi se miraba las manos—, todos los pisos de las cuartas puertas tienen dentro algún efecto óptico. El de abajo es en blanco y negro, por ejemplo. Supongo que será por la luz que da en esta esquina. Pero mejor salgamos, que esto marea.

La invitamos a pasar a casa y preparamos café mientras nos recuperábamos y le contábamos que no, que nosotros no habíamos notado nada extraño. Las paredes no se movían y los colores no cambiaban. El nuestro era un piso aburrido.

—A veces la calefacción no va —dijo Lucía.

—Sí que va.

—Va lenta.

—Pero va.

Llevábamos más de tres años allí, desde antes de la pandemia. Cuando nos vinimos, le conté, yo (Jaime) era un becario de investigación en la facultad de Historia, y llevaba un tiempo atascado con mi tesis. Había cambiado de tema y de director varias veces y, la verdad, no estaba nada seguro de que quisiera dedicarme a dar clases.

Se lo comenté justamente a mi amigo y luego compañero de piso, Sergi, que durante unas cervezas me dijo que a lo mejor solo necesitaba un cambio de aires: «Yo estoy igual», añadió. Y era cierto, estaba igual o peor: él había dejado su carrera, una ingeniería informática, a falta de un puñado de asignaturas para terminarla, y desde entonces se había dedicado a saltar de trabajo precario en trabajo precario, todos más o menos relacionados con ordenadores, lo que incluía la venta en una cadena de tiendas de electrónica, que era a lo que se dedicaba en ese momento.

—A lo mejor podríamos ir a vivir juntos. Igual así nos centramos.

Era una buena idea: los dos estábamos ya cansados de vivir con nuestros padres y no teníamos ni sueldo para irnos solos ni pareja con la que empezar una vida juntos. Compartir piso era peligroso para nuestra vida académica y profesional, ya que corríamos el riesgo de montar fiestas cada día de la semana y desayunar cerveza de jueves a domingo (¡técnicamente son cereales!), pero creíamos que las posibles ventajas superaban con mucho los inconvenientes que, en el caso de que nuestra voluntad cediera, tampoco parecían desagradables.

Los precios de los pisos de alquiler sí eran desagradables. Mucho. Tuvimos que modificar nuestro plan y preguntar a nuestros amigos si un tercero se animaba, para lo que tuvimos que soportar bromas en los grupos de WhatsApp sobre el hecho de que quien se viniera con nosotros era la última opción, el tercer plato, alguien a quien solo queríamos por los cuatrocientos euros que pudiera aportar. Pero al final se apuntó Lucía, que ya compartía piso con otras dos opositoras, tarea que compaginaba con un trabajo de camarera en un restaurante los fines de semana. Ella quería cambiar de ambiente por lo contrario que nosotros: sus compañeras eran demasiado formales.

—Me voy a volver loca, lo único que hago es estudiar. Con vosotros seguro que me lo paso mejor.

—Pero nosotros queremos centrarnos.

—Nunca os centraréis tanto como ellas.

Era cierto, teníamos fama de ser moderadamente informales. Nada peligroso, más vagos que otra cosa. Por ejemplo, un fin de semana, unos cuantos amigos fuimos a Granada. El domingo, Sergi y yo decidimos que nos quedábamos un par de días más porque nos lo estábamos pasando muy bien. Al final fueron dos meses. Pero no porque nos hubiéramos enamorado de la ciudad, que también. Eso solo fueron los primeros días. Luego simplemente nos daba pereza comprar los billetes de autobús para la vuelta y lo dejábamos para el día siguiente, confiando en que nuestros pocos ahorros durarían para siempre si comíamos pasta y cenábamos tapas. Al final, nuestros padres nos compraron billetes de avión y nos amenazaron con no enviarnos ni un duro más hasta que volviéramos, ya seguros

de que eso de «nos vamos a buscar un trabajo de camareros y nos quedamos un tiempo» era mentira.

Lucía no era tan informal como nosotros, pero le encantaba la idea de serlo y siempre estaba diciendo que quería tener nuestra (¿cómo llamarla sin insultarnos a nosotros mismos?) alegre despreocupación.

—Como aquella vez —le contó a la doctora Rojo para nuestro tormento— en la que apostasteis a ver quién de los dos comía más guindillas.

—Gané yo, ¿verdad? —dijo Sergi.

Y sí, ganó él, 27 a 26. Pero perdieron nuestros estómagos y casi todo lo que quedaba del aparato digestivo.

En ese momento supuse que era cosa de la edad o del golpe de madurez que da dejar de una vez la casa de tus padres, le conté a la doctora Rojo, pero en cuanto nos instalamos en el piso, nos centramos y nos empezamos a comportar como los adultos esperan que se comporte un veinteañero ideal.

Uno de mis temores era la organización de las tareas de la casa, pero Sergi montó un horario de tareas que todos respetamos. Tanto a Lucía como a mí nos parecía más que justo, ya que estaba lo suficientemente bien montado como para que las tareas más desagradables, como limpiar los baños, nos tocaran espaciadas y repartidas.

También aprendimos a aprovechar el tiempo. Yo vi más que claro el tema de mi tesis sobre el trienio liberal y, para sorpresa de mi director, la terminé y defendí en menos de cuatro meses. Mientras la acababa me di cuenta de que, para entender bien la historia de España, necesitaba aprender más economía, así que me saqué un máster en Historia Económica mientras trabajaba como profesor asistente en la universidad.

Sergi también terminó la carrera y el trabajo final le dio la idea para programar un asistente de contabilidad para pequeñas y medianas empresas, que vendió a una multinacional porque prefería trabajar como consultor *freelance* mientras sacaba tiempo para aprender a tocar el piano. El ambiente de trabajo que habíamos creado en el piso le ayudaba tanto a concentrarse que en apenas un

par de años y tras dedicar solo unas horas a la semana, ya tocaba piezas de Rajmáninov, Schubert y Bach. Y algo de *jazz,* pero cuando tocaba esa música, le exigíamos que lo hiciera con los auriculares puestos.

—Toco muy mal, solo es un pasatiempo —le dejó claro a la doctora Rojo—. Si alguna vez molesto, dímelo, por favor.

Lucía se había sacado las oposiciones, pero no llegó a ejercer de técnica en la Generalitat porque prefirió volver a la facultad y estudiar Psicología.

—Ahora estoy montando un laboratorio en la universidad. Queremos hacer una serie de experimentos sobre los efectos de las noticias falsas y si la gente se las cree o si en realidad les compensa el ruido que generan cuando las comparten en redes sociales.

No había dejado el restaurante, en el que ahora trabajaba como jefa de sala:

—Como es por las noches, puedo compaginarlo.

—¿De verdad creéis que este piso es normal? —preguntó la doctora.

—Claro.

—Vosotros dos apostabais a ver quién se comía más guindillas y ahora uno toca el piano y crea empresas, y el otro ha terminado una tesis y un máster en dos años y medio. Y tú, en fin, tú no estabas tan mal, pero de opositora y camarera, a investigadora, con una segunda carrera, y jefa de sala…

—Ya tocaba madurar —dije—. No somos unos críos. Además, la pandemia nos ayudó a centrarnos. Como no podíamos salir, estudiamos y creamos hábito. Para hacer hábito, hacen falta tres semanas, y nosotros estuvimos encerrados tres meses.

—Mi padre tiene notas sobre estos pisos —dijo Rojo, sin hacerme ningún caso—. Nada cuidadosas, pero con mucha información. ¿Sabéis quién vivía aquí?

—¿Quién?

—Salvador Mas.

—¿Quién?

***

Los padres de Salvador Mas habían comprado el piso nada más ponerse a la venta. Por aquel entonces tenían una hija de dos años, Andrea. Salva, el pequeño, estaba en camino.

Según nos contó la doctora, Salvador fue un niño prodigio del ajedrez. Fue el español más joven en llegar a gran maestro, con solo 14 años. Venía de una familia de origen humilde, decían los periodistas, pero que había creado un hogar estimulante tanto para él como para su hermana. El padre, Manuel, empezó trabajando de operario en una fábrica de accesorios de automoción y había llegado a dirigirla. La madre, Carmen, era ama de casa, pero cuando los niños se hicieron algo mayores, se matriculó en la facultad de Filología y en apenas unos años se convirtió en una de las críticas, ensayistas y profesoras más respetadas de la universidad. Andrea tocaba el violín y el piano, pero lo que le interesaban eran las matemáticas. Y Salva se había volcado en el ajedrez sin dejar de sacar buenas notas, como se ocupaban de subrayar sus padres en la larga lista de entrevistas que concedieron.

El juego de Salva no era solo imaginativo, sino que destacaba por su conocimiento enciclopédico de aperturas y partidas, además de por una capacidad de cálculo y combinatoria que Leontxo García, periodista especializado en ajedrez, comparaba con la del campeón mundial Mijaíl Tal. Aunque «sin los excesos de Tal. Es como si a Mas no le hiciera falta arriesgarse, como si lo llevara todo preparado de casa. Lo cual es imposible porque, como ustedes ya saben, el número de partidas distintas posibles es superior al de átomos en el universo».

Mas tenía un defecto: su juego empeoraba cuanto más se alargaban las competiciones y cuanto más lejos de casa se celebraban. Leontxo lo destacó, con cierta tristeza, en un artículo de principios de los noventa en el que veía casi imposible que Mas llegara a campeón del mundo, a pesar de lo que había dejado caer la prensa más forofa: «Es como si, al sentirse lejos de casa, se sintiera lejos de sus conocimientos enciclopédicos y de su asombrosa

capacidad de cálculo. No olvida cómo jugar, pero parece que pierda 400 o 500 puntos de ELO nada más subirse a un avión».

El doctor Rojo habló con la familia cuando empezó a investigar las anomalías que iba encontrando en el edificio después de su viaje a 1973. No era solo aquel efecto óptico de la esquina. La vecina con la que se había cruzado parecía veinte o treinta años más joven que antes de su experimento… Algo pasaba.

Subió al cuarto para cotillear con el pretexto de preguntarles a los Mas si Andrea estaría interesada en colaborar con él en la universidad (a los veintitrés años ya estaba a punto de doctorarse en Matemáticas). Confirmó sus sospechas: las dotes intelectuales de los padres solo se habían desarrollado cuando llegaron al piso. Antes de mudarse, ninguno de los progenitores se había preocupado por la lectura, el arte, la música o cualquier rama del conocimiento; sin embargo, tras mudarse, el piso no había tardado en llenarse de libros, instrumentos musicales, obras de arte originales —descubiertas cuando estos artistas aún no estaban ni cotizados— y, por supuesto, tableros y manuales de ajedrez.

Pero unas semanas más tarde, Manuel y Carmen le contaron que estaban pensando en irse a otro piso más grande y, en teoría, en mejor zona. Rojo intentó comentarles sus dudas, pero resultaba difícil de explicar y entender, además de un pelín ofensivo.

—¿Cómo que nuestra inteligencia se debe a la casa? Eso es absurdo y clasista, lo dice porque venimos de familias humildes.

—Claro que antes no nos habíamos preocupado por la cultura. ¡No habíamos tenido tiempo! Pero queríamos que nuestros hijos sí tuvieran a mano todo eso que nos perdimos.

Rojo intentó explicarse, probablemente incluso hablara de sus orígenes también más que humildes y de su infancia en una casa sin agua corriente en un pueblo de Almería. No era solo el piso, claro, un perro no se convertiría en matemático solo por vivir allí, pero el piso ayudaba. O eso parecía.

No le hicieron caso y la comparación con el perro les pareció muy ofensiva (normal). Siguieron adelante con sus planes: los Mas vendieron su casa y allí se instaló una pareja de treintañeros

abogados que acababa de montar su propio despacho. En cuestión de meses, tenían contratadas a más de doscientas personas.

Poco después Manuel Mas fue a ver a Rojo, acompañado de Salvador. Estaba enfadado.

—Usted me ha hecho creer que todo dependía del piso y, claro, ahora nos sentimos inseguros.

A Mas lo habían despedido por una negligencia que había costado varias decenas de millones de pesetas a su empresa y su mujer llevaba meses sin poder concentrarse para escribir una sola línea. Andrea seguía con las matemáticas, pero la tesis se le alargaba y llevaba meses atascada en lo que se suponía que eran los toques finales. Y Salvador había pasado de ser campeón de España a perder puestos en el *ranking* nacional y quedarse a duras penas entre los cien primeros.

—¡Y por los pelos! ¡Es el noventa y ocho!

—Bueno, a ver, noventa y ocho está muy bien…

—¡No diga tonterías! ¡Iba para campeón del mundo!

Rojo adivinó que no venían a quejarse de que les hubiera contagiado algún tipo de gafe, sino que Manuel sospechaba que el doctor tenía razón. Por un lado, quería saber por qué, quería alguna explicación racional: quizás el edificio hubiera ayudado, pero eso no significaba que Mas fuera idiota ni que se creyera todo lo que le dijera alguien que se presentase como profesor. Y, por otro lado, quería una solución.

Pero el doctor Rojo no tenía respuestas claras y no se atrevió a contarles sus sospechas porque no le iban a creer, pero sí le iban a culpar. Y Manuel y su hijo se fueron, protestando, y Rojo les perdió el rastro hasta que en 2001, Salvador Mas volvió al edificio después de comprar el piso de nuevo. Le resultó fácil porque los abogados, como sus padres, habían ganado lo suficiente como para aspirar a otros barrios, y también cometieron el error de mudarse. Rojo contaba en sus notas que a ellos no les había avisado de nada: «Abogados… ¡Cuantos menos mejor!».

También entre sus notas, el doctor guardaba algunos recortes de prensa de entonces que hablaban del retorno a la competición de Salvador Mas después de siete años sin participar en una partida

oficial y tras haberse dedicado a dar clases y a terminar los estudios de Derecho. Tras esas noticias que tenían más que ver con la nostalgia que con el juego, la prensa pasaba a recoger sus victorias y, de nuevo, cómo venció una vez más en el campeonato de España. Pero, también de nuevo, cómo las competiciones largas y las internacionales se le resistían.

Mas y el doctor Rojo hablaron a menudo, como se puede leer en las notas que guardó. El ajedrecista sí le creía, no como su padre, e intentó ayudar a Rojo a entender qué había pasado, por qué aquel edificio tenía esos efectos tan extraños y por qué su piso provocaba aquellos en concreto. Lo que constataron era que el piso no le hacía más inteligente, pero sí le ayudaba a concentrarse, que no era poco. Si hacía un test de inteligencia en el piso, sacaba unos pocos puntos más de cociente intelectual, pero la diferencia fundamental era que no tardaba cinco horas en resolverlo, sino que le bastaba con un par.

Una vez fuera del piso, los efectos se desvanecían, pero poco a poco y no de golpe. Hicieron pruebas jugando al ajedrez contra el ordenador: Mas jugaba a un nivel de unos 2700 de ELO en el piso, como un campeón mundial. Nada más salir por la puerta y bajar al apartamento de Rojo, su ELO bajaba a 2500. Después de tres días sin pasar por casa, estaba en 2300, y una semana más tarde se estabilizaba cerca de los 2100, por debajo del nivel de gran maestro, aunque, desde luego, muy por encima de los 1200 de un jugador principiante. Por eso aguantaba razonablemente bien en torneos cortos, sobre todo si podía dormir en su piso, pero se desmoronaba en cuanto un viaje largo le dejaba el cerebro en una masa gris normalucha y con las sinapsis que cabría esperar de cualquier mortal medianamente inteligente.

Es decir, el problema no venía tanto de que olvidara jugar cuando salía de casa como de que dentro del piso no le costaba ningún esfuerzo hacerlo. Una vez fuera, tenía que hacer lo mismo que los demás jugadores: recordar aperturas, calcular combinaciones, aplicar la teoría de finales… Pero no estaba ni remotamente acostumbrado a esforzarse y, cuando lo hacía, era para enfrentarse

a cálculos al alcance de apenas un puñado de jugadores de élite, por lo que era normal que no le fuera tan bien como en casa.

Cuando se dio cuenta de que no había forma de llevarse el piso consigo y que, definitivamente, Rojo tenía razón, Mas volvió a dejar la competición y se dedicó, desde casa, a escribir libros de ajedrez, considerados brillantes por los expertos, y a dar clases particulares carísimas. La mayor parte de los alumnos decían que pasar apenas unas horas con él hacía que se sintieran más inteligentes de lo normal. Por supuesto, lo atribuían a las dotes pedagógicas de Mas, ya que ignoraban el festín sináptico que se daban sus cerebros nada más pasar al recibidor.

Ah, y también participó en algunas competiciones *online* cuando empezaron. Y las ganó, claro.

—¿Cómo que nuestra inteligencia solo se debe a la casa? —dijo Sergi cuando la doctora terminó de contar la historia de los Mas—. Eso es absurdo y clasista, lo dices porque venimos de familias humildes.

—Jeje… —apunté—, has dicho lo mismo que el padre de Salvador.

—No les hagas caso —dijo Lucía—, son idiotas dentro y fuera del piso. ¿Estás segura de lo que dices? No parece muy científico, precisamente.

—No. La verdad es que no estoy segura de nada. Pero hay más, y por eso quería contároslo: Salvador Mas murió en 2014. De un tumor cerebral.

—…

—…

—…

—Igual no tuvo nada que ver con el piso.

—…

—…

—…

—Fue más de diez años después de regresar. Pero creo que debíais saberlo.

—…

—Joder.

—A ver, esto es ridículo.

—Y no tiene ningún sentido. Lo sé. Ya me lo han dicho antes.

***

Un par de días después de esa conversación, oí la voz de la doctora, en su rellano, que hablaba con otro vecino.

—No, tú también, no —le dijo a la doctora en cuanto le abrió la puerta.

—¿Yo no?

—No, tú no. Tampoco.

—¿Tampoco o también?

—Ya sabes de lo que hablo.

Aún no conocía el nombre de ese vecino, pero no tardé en saberlo: era Josep Maria Ripoll, del tercero primera. Se había mudado al edificio a principios de los noventa. Entonces era un joven ingeniero recién casado y ahora, unos treinta años más tarde, era un ingeniero ya no tan joven, aún casado y con dos hijos universitarios. Según había anotado Rojo, Josep Maria había estado en contra de sus entrevistas con los vecinos desde el principio. Tres décadas después seguía con lo mismo:

—Se lo dije a tu padre miles de veces: estos experimentos hacen que baje el valor de nuestros pisos.

—¿Quieres un café?

—¡No! ¡No me gusta el café! Y no me cambies de tema. Sabes perfectamente que yo le tenía mucho aprecio a tu padre, pero estaba como un cencerro.

—Josep, que murió hace nada.

—Y lo siento mucho, y aunque no me creas, le tenía mucho cariño, pero lo que te voy a decir se lo dije a la cara varias veces. Estos experimentos asustan a los vecinos y a los compradores.

—¿Pero qué compradores?

—¡A los posibles compradores! ¡A los futuros compradores! ¡A los compradores que están por llegar! Venía alguien a ver una casa y se encontraba a tu padre en plan cazafantasmas por la escalera, diciendo tonterías sobre un piso en el que siempre es 1850…

—1973.

—¡Da igual! O hablando del caos, que es lo que más asusta a los compradores. ¡El caos! ¿A quién se le ocurre hablar del caos?

—A ver, que esto tampoco es la sede de Tecnocasa.

—Y así no lo va a ser nunca.

—Josep, sabes que en este edificio pasan cosas raras…

—Este edificio es normal. Normalísimo. Y, como le dije a tu padre, lo único raro era que él se dedicara a asustar a la gente y al final, oh, sorpresa, se quedara con la mitad del edificio. Sigo pensando lo mismo: tu padre solo quería arruinarnos a todos para comprar barato y luego vender caro. Que es lo que hay que hacer, no digo que no, però així no, cony!

—Pues no le salió bien.

—Com que no? Cinc o sis pisos té.

—Bueno, pero no os arruinó a todos.

—No le dio tiempo. O te lo quería dejar todo a ti.

—Pero Josep, cómo dices eso.

Como no oía bien, abrí la puerta con mucho cuidado y me asomé al descansillo.

—Vale, me estoy pasando. Yo no digo que bajara los precios de los pisos adrede. No creo que fuera un plan consciente: creo que se entretenía con los experimentos y como los pisos bajaban, él aprovechaba. Es decir, eran cosas independientes, aunque relacionadas… Hostia, sabes que a tu padre lo apreciaba mucho, pero a ver, no fotis.

—Tanto aprecio no le tenías si llamabas a la policía cada vez que lo veías hablando con alguien.

—¡Es que asustaba a los vecinos! ¡Y a los compradores!

—¿A qué vecinos asustaba?

—¡A mí, cony!

—Pero si no quieres vender el piso.

—Ahora no, pero cuando me jubile y mis hijos se vayan, quiero ponerlo en alquiler y fotre el camp a una casita. O en la playa, como dice mi mujer, ya veremos. No hablo de especular, no voy a poner otro Airbnb como el del entresuelo. Solo quiero que viva una familia en el piso, a ser posible ecuatoriana, porque los ecuatorianos son

muy trabajadores, y tener un extra para mis últimos años. Y por culpa de tus experimentos no sé a quién se lo voy a poder alquilar ni a qué precio. ¡Igual tengo que meter en casa a chinos o a estudiantes! Me estáis hundiendo la jubilación, Mireia.

—Solo hablo con los vecinos. Les pregunto si están bien. Me intereso por ellos.

—No, les confundes con las ideas locas de tu padre.

—Pero ¿has estado, por ejemplo, en el piso de enfrente? ¡Es todo en blanco y negro!

—Ya, sí… Y la policía vino hace un par de semanas porque se coló no sé quién…

—Jorge. No se coló. Se quedó atrapado y no podía salir. Si vienes conmigo, te lo presento.

—¿Ahora vive aquí?

—En uno de los pisos de mi padre.

—Esto ya es recochineo.

—No, ocurre algo y quiero saber qué es.

—Déjate de tonterías, de verdad, Mireia, que nos conocemos desde hace años.

—Nunca había hablado tanto rato seguido contigo.

—Este es un edificio normal, de familias trabajadoras, de barrio… Yo también estoy en contra de la gentrificación o como se diga y que de repente sea imposible vivir en el centro de cualquier ciudad y de que se nos llene todo de turistas, pero no conviertas este edificio en un circo.

—Perdona que insista, pero ¿has visto el piso en blanco y negro?

—Eso no es más que un efecto óptico, como el de la esquina. Este edificio es famoso por eso y en lugar de asustar a los compradores tendríamos que estar sacando tajada. Tendríamos que cobrar entrada solo por dejar que se hagan fotos, o vender nuestros pisos por el doble de lo que están tasados actualmente, o alquilarlos a *influencers* de esos por tres o cuatro mil euros al mes. Pero no, tenéis que venir con vuestros experimentos absurdos. Y esto es un problema porque los compradores se asustan, más que los vecinos, y los precios bajan.

—Josep, sabes que pasan cosas extrañas. Y los precios solo bajan en tu cabeza. Son números imaginarios.

—No pasa nada extraño. Es todo sugestión. Los vecinos se creían lo que les decía tu padre porque claro, era profesor de universidad y cómo no te vas a creer a un profesor de universidad.

—¿No has visto a la señora Szabó?

—No sé quién es.

—La húngara.

—La húngara ya no vive aquí. Es su nieta.

—No, es ella.

—¿Pero cómo va a ser ella si murió hace años?

—¿Has hablado con ella?

—Con ella no, porque es su nieta. Si tiene como treinta y pocos.

—¿Y por qué tiene acento húngaro? ¿Crees que el acento se hereda?

—Yo qué sé, habrá vivido en Hungría.

—Que es ella, te digo. Que no murió. En su piso la entropía está invertida.

Josep Maria se quedó callado. Desde donde yo estaba no lo veía, pero me lo imaginaba mirando a la doctora con la boca muy cerrada, los labios y los puñitos apretados y sin saber cómo continuar con la conversación. ¿Podría verle sin que me viera él a mí? Me asomé a la escalera con mucho cuidado.

—La entropía no se puede invertir. El universo tiene leyes. Eso se lo podrás contar a otros, pero yo soy ingeniero y a mí no se me engaña fácilmente.

—No lo sabemos todo sobre el universo ni sobre sus leyes.

—Es cierto. Pero hay una cosa que sí sabemos: en este edificio se respetan las leyes de la física en general y la segunda ley de la termodinámica en particular.

—Pero la señora Szabó…

—Es su nieta.

—¿Y qué hay de Berta y Alberto? Son la misma persona. De día es mujer y de noche es hombre.

—No son la misma persona, no inventes, son mellizos.

—Pero ¿cómo van a ser mellizos y llamarse Berta y Alberto?

—Eso pregúntaselo a sus padres. O a ellos, igual lo has entendido mal y se llaman de otra manera. Aquí no pasa nada extraño. Eres tú, que te aburres porque los profesores de universidad trabajáis dos días a la semana durante cuatro meses al año y no quieres admitir lo obvio: aquí no pasa nada. Es un edificio normal con vecinos aburridos, con un piso turístico que nos molesta a todos y con un vecino excéntrico que murió hace poco y al que tenía mucho cariño a pesar de que me estaba arruinando la jubilación. Por favor, Mireia, sé que admirabas a tu padre, pero tu padre se aburría en la universidad, como tú, se aburría en casa, como tú, y se inventaba historias para pasar el rato, que son las que te estás tragando. No sigas su camino: aprovecha que te ha dejado no sé cuántos pisos y véndelos o alquílalos. Esa es la herencia de tu padre y no estas historias de ciencia ficción.

Hubo una pausa, pero no estaba seguro de si Josep Maria se había ido o si solo hablaba muy bajo, así que me incliné un poco más para oír lo que decían, o para intentarlo, y tropecé, mi mano se soltó de la barandilla y rodé escaleras abajo. Cuando abrí los ojos vi a la doctora, en la puerta de su casa, que me miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien?

—Sí… Creo.

Me puse de pie y confirmé que sí que estaba bien, aunque probablemente algo me iba a doler en un rato.

—Quiero trabajar contigo.

Ya en su piso y con un café delante, le conté lo que había estado pensando esos días:

—La conversación con… Con el vecino este, no sé cómo se llama…

—Josep Maria.

—Eso, pues me ha convencido del todo. Estoy de acuerdo. Contigo, no con él: lo del piso no es normal. Nunca soy tonto, sacaba notas decentes, pero jamás habría podido hacer todo eso en poco más de dos años. Y menos el máster en Historia Económica: la mitad de los profesores contradice a la otra mitad, y casi todos se contradicen a sí mismos.

—Pero ¿qué quieres hacer?

—No sé, te puedo ayudar a ordenar los papeles y las cajas de las que hablas. ¿Tu padre no tenía ordenador?

—También, pero lo imprimía casi todo y, sobre todo, tomaba notas en libretas.

—Pues puedo ayudarte con eso. A leer, a ordenar, a clasificar. Y, mientras, puedo estudiar Física.

—¿Otra carrera?

—Bueno, de momento pensaba en leer algunos libros. Estamos en febrero, no sé cuánto llevará esto, pero en septiembre puedo matricularme.

—La verdad es que algo de ayuda me vendría bien… Y una opinión ajena, también. Aparte de la de Josep Maria. Pero algo de razón quizás tenga: no sé si me dejo llevar por el recuerdo de mi padre o si de verdad ocurre algo extraño en el edificio.

—Bueno, pues se trata de ver qué pasa. Dime dónde están las cajas y nos ponemos a trabajar.

—Espera, no he terminado. No te puedo pagar nada.

—Lo sé. Pero tengo un trabajo.

—¿Lo tienes?

—Sí, estoy dando clases, como profesor asociado en la facultad de Historia. Muy poco dinero, pero muy pocas horas.

—Qué me vas a contar.

—¿Eres profesora?

—Sí, de Física. —Aún no lo sabía, pero era catedrática. Muy modesta para ser catedrática, no lo decía cada dos minutos ni se había hecho camisetas con la frase «soy catedrática», pero era catedrática, al fin y al cabo. Total (seamos sinceros), que tenía incluso menos trabajo que yo.

—Además, vivo en el piso mágico, lo puedo compaginar todo sin problemas.

—No lo llames mágico, por favor.

—¿Por qué no? Podría ser mágico.

—No es mágico.

—Pero podría serlo.

—No podría serlo. Ven, que te enseño las cajas.

—Entiendo que en el piso de Josep Maria nunca ha pasado nada.

—No lo sé, creo que nunca dejó entrar a mi padre. Imagino que no pasa nada justo ahí, pero también me da que podría explicarse a sí mismo cualquier cosa.

Abrió la puerta del despacho de Rojo.

—Joder. Claro que no lo sabes.

Había cajas apiladas, quizás una veintena, un par de ellas abiertas. Me asomé y vi folios sueltos llenos de garabatos, algunos de ellos impresos, además de decenas de libretas, y eso solo en una de las cajas.

—No te asustes: hay muchas revistas científicas o artículos impresos. No todo son sus notas. Pero había cajas por todas partes: en el despacho, en los armarios, debajo de la cama…

—¿Y en qué trabajaba? ¿Cuál era su teoría?

—¿Qué sabes de los viajes en el tiempo?

—Que son imposibles.

—Exacto. ¿Y del multiverso?

—Que es una estupidez.

—Correcto.

***

Hasta que llegó el tumor, que tardó más de diez años en presentarse, Rojo intercambiaba ideas con Mas —en su piso, por supuesto, donde se les daba mejor a los dos— para intentar entender qué ocurría en el edificio. Al final llegaron a una conclusión que rozaba lo obvio, aunque quizás influya que escribo estas notas en el mismo apartamento y, como se supone que ayuda a pensar, a lo mejor no es tan obvia como me parece: Rojo tenía que volver a 1973 y enterarse bien de qué había cambiado cuando viajó al pasado y volcó la hormigonera.

Y lo hizo. A finales de 2003, Rojo abrió de nuevo el agujero de gusano en su laboratorio, y modificó levemente los parámetros para llegar a la obra unos minutos antes del otro doctor Rojo que había viajado unos meses antes y para, además, aparecer en un callejón cercano en el que confiaba que no hubiese nadie.

Apostado en la esquina —la misma esquina desde la que en el futuro dejaría de verse el edificio—, vio cómo el doctor Rojo de 1993 aparecía en la obra, se convertía en un agente del caos y provocaba el pánico de los obreros y la caída de la hormigonera, que volcaba contra un andamio, que a su vez se desplomaba. El primer doctor Rojo se fue por su agujero de gusano, una grieta de luz distorsionada, sin llegar a darse cuenta de que el andamio había caído sobre varios obreros. El segundo doctor Rojo tuvo tiempo de ver llegar a los médicos y las ambulancias, que se llevaron a cuatro de ellos vivos y a otro muerto, con el cuerpo y la cabeza cubiertos por una sábana.

El doctor Rojo dejó de tomar notas durante varias semanas. Su hija recuerda aquellos días, aunque entonces no sabía a qué se debía su estado de ánimo tan abatido. Su padre, cuenta, se encerró en casa y no contestaba al teléfono. Mireia fue a verle varias veces, pero no le abrió la puerta. Cuando lo hizo, le dijo que estaba pensando en dejar la universidad y buscar otro trabajo, algo manual, quizás en un almacén o en un supermercado. Creía que pasaba por una depresión. Y seguramente era verdad, lo que no sabía era por qué.

Como vimos en sus notas, se recuperó después de plantearse una posible solución: en lugar de llegar al edificio en 1973, podía intentar viajar a su laboratorio en 1993 y parar al doctor Rojo de entonces antes de que viajara al pasado y provocara la muerte de al menos un obrero de la construcción, así como la interrupción de las obras. Si no había causado ninguna paradoja al verse a sí mismo a unas decenas de metros de distancia, tampoco tendría por qué haber ningún problema en caso de coincidir en la misma habitación y cruzar unas cuantas palabras.

Y lo hizo: unas semanas más tarde, Rojo abrió de nuevo el agujero de gusano en su laboratorio y modificó no tan levemente los parámetros para llegar al laboratorio de 1993, unos minutos antes que el doctor Rojo, en el mismo laboratorio, abriera un agujero de gusano para viajar a 1973.

Aquí las notas son confusas, pero el doctor Rojo llama la atención sobre algo que a la doctora y a mí nos provocó una gran alegría: dio

a entender que había viajado con una grabadora.

Localizar la cinta nos costó varios días de vaciar y volver a llenar cajas, armarios y cajones porque, evidentemente, no estaban todas las cintas juntas y no estaban bien etiquetadas. En total encontramos siete casetes, todos ellos de micrograbadora… Aparato que no teníamos y que la doctora compró de segunda mano por internet. Cuando nos llegó, vimos —bueno, oímos— que en la primera aparecía el doctor Rojo hablando con otra persona, que luego supimos que era Berta. Dos más resultaron inaudibles. Y la cuarta, aunque estaba dañada, era la que estábamos buscando:

«Buenos días, soy el doctor Salvador Rojo. Estamos a 23 de noviembre de 1993 y procedo a viajar a mi laboratorio, al 2 de febrero de 1993, para evitar que mi yo del pasado, el doctor Salvador Rojo de 1993, pero de hace unos meses, viaje a 1973 y provoque, sin querer, un grave accidente que… Un grave accidente».

Se oían unos ruidos, la grabación se paraba y, unos minutos más tarde, comenzaba la siguiente conversación, que reproducimos editada. Algunos fragmentos son inaudibles y hay momentos en los que ni la doctora Rojo es capaz de diferenciar entre su padre a los cuarenta y seis recién cumplidos y su padre a los cuarenta y cinco, pero creemos que el resultado se acerca bastante a lo que ocurrió.

(Se oye un grito).

—Tranquilo, soy yo, Lucas. O sea, soy tú.

—Pero… Pero…

—No tiene nada de raro, si lo piensas.

—El experimento tuvo éxito. O sea, tendrá éxito.

—Exacto. Pero no del todo.

—¿Cómo?

—Vengo del futuro a advertírtelo.

—¿El qué? ¿Qué ocurre? ¿Alguna catástrofe? ¿Se rompe el tejido del espacio-tiempo?

—Un poco, pero no solo eso.

—¿Cómo que un poco? ¿Qué significa eso?

—Cuando viajas al pasado, haces el cálculo mal y llegas a casa, pero en 1973, cuando está aún en obras. Te ven varios obreros, que se asustan, comprensiblemente, y en su huida de lo que deben

imaginar que es algún fenómeno paranormal, vuelcan una hormigonera, que a su vez hace caer un andamio y eso mata a una persona.

—Joder…

—Además, está lo del espacio-tiempo. En el edificio hay anomalías: la entropía no se respeta en uno de los pisos, hay cambios en la luz en otros, uno ayuda a concentrarse, otro da suerte, pero muy poca…

—No puede ser.

—¿El qué?

—¡Eso ya está pasando!

—¿Cómo? ¡No pasaba antes de mi viaje! ¡No puede ser!

—¡Ya lo sé que no puede ser! ¡Te lo acabo de decir! ¡Pero lo es! Bueno, en parte. Creo que no todo lo que dices, pero hay un piso en blanco y negro. Y otro en el que es 1973.

—Claro. Cuando viajaste a 1973 provocaste esas anomalías y están pasando desde entonces.

—Pero aún no he viajado a 1973.

—Perdona, quería decir «cuando viajé». Es decir, ya he hecho o ya harás lo que sea que produjo las anomalías.

—Entonces, si no viajo a 1973 no pararé nada porque ya hemos viajado a 1973. Al menos, tú.

—Sí… Pero no tiene ningún sentido.

—Lo sé, pero teniendo en cuenta que ya estamos viendo los efectos de lo que pasó en el edificio, es lo único que cuadra. Las anomalías se deben a que cambié el pasado, pero el pasado ya ha ocurrido, así que en realidad no puedo cambiarlo. Con lo que el pasado pasó la primera vez, pero también la segunda, cuando viajaste al pasado y lo cambiaste.

—Visto así, tiene sentido.

—¿Tú crees?

—Digamos que es lo único que tiene algo de sentido. Entonces, ¿tú estás estudiando ya estos, digamos, incidentes?

—No del todo, solo estoy tomando algunas notas… Estaba concentrado en el agujero de gusano.

—¿Tomando notas? Eso explica lo de, en fin, mis notas.

—¿Qué les pasa?

—Que son un caos. Tengo cajas llenas de libretas, folios, esquemas y apuntes. En las libretas no encuentro nunca nada y a veces encuentro cosas que no recuerdo haber escrito. Y en el ordenador se me duplican los archivos: para intentar poner algo de orden, lo imprimo todo, pero es peor. Estamos escribiendo dos juegos de notas a la vez, el tuyo y el mío, porque el tuyo ya ha pasado y el mío está pasando.

—O el mío está pasando y el tuyo pasará.

—Exacto.

—Esto significa que no hay multiverso.

—No hay multiverso.

—Son todos los universos.

—A la vez.

—¿A la vez?

—No lo sé. Eso parece. Al menos en este edificio hay más de un universo.

—O más de un edificio.

—En el mismo universo.

—Hasta ahora esto no era un problema porque nadie había viajado en el tiempo.

—Que sepamos, claro.

—Aunque igual hay más problemas similares en el futuro, con otros viajeros en el tiempo.

—O más edificios llenos de anomalías que desconocemos.

—Por si acaso, tenemos que ponerles las cosas difíciles a todos y destruir todas las notas que se refieran a cómo crear un agujero de gusano.

—Aunque servirá de poco.

—Claro.

—Porque si nosotros hemos podido, en un laboratorio de tercera, pues a saber qué harán los americanos o los japoneses.

—O peor, los chinos.

—Si los chinos hubieran abierto un agujero de gusano ya nos habríamos enterado.

—O no nos enteraremos nunca. No hay término medio.

—Cierto.

—Entonces, ¿qué hacemos? Porque si viajamos al pasado para evitar la muerte de esa persona, habrá muerto igualmente.

—Sí… Podemos cambiar el pasado, pero al final lo que ocurre es que no lo cambiamos y lo cambiamos a la vez, con lo que las cosas cambian aún más.

—¿Y no merece la pena intentarlo? Lo único que debería hacer es quedarme aquí. En el peor de los casos, todo quedará igual.

—Sí, creo que sí. No hacer nada siempre es algo que podemos hacer.

Aquí hay un silencio no muy largo, pero más largo de lo normal en una conversación.

—¿Y cómo es?

—¿El qué?

—Viajar en el tiempo.

—Bueno… No sé… El viaje en sí no es nada. El agujero de gusano es muy incómodo: aprieta mucho y la luz es tan intensa que tienes que cerrar los ojos. Por eso no me di cuenta de que estaba saliendo a una obra y no a mi casa. Y una vez llegas al pasado… Pues es lo mismo que ahora. Quiero decir que es el mismo planeta, la misma luz, lo mismo todo. No hay ninguna sensación extraña. Es un poco como cuando viajas a Japón y crees que el choque va a ser brutal, pero en realidad bajas del avión y estás en un aeropuerto que es igual que todos los aeropuertos del mundo. También es verdad que mis viajes siempre han sido muy breves. Al pasado, digo. En Japón no he estado. La primera vez que fui al pasado solo estuve lo justo para matar a una persona, luego otra vez para ver cómo moría esa persona y ahora para hablar contigo. Me veo rarísimo, claro. Quiero decir, a ti.

—Yo también me veo rarísimo. No es normal verse a uno mismo, salvo en el espejo. No me gusta esa camisa que llevas. ¿Es nueva?

—Nos la regaló nuestra hija. Bueno, te la regalará por tu cumpleaños.

—¿Mireia nos regalará esa camisa? Menos mal que es buena estudiante, porque para modista no habría servido. ¿Qué tal le va? No deberías contármelo, supongo.

—Vengo de 1993.

—¿Solo?

—Sí, de dentro de unos meses.

—Te veo muy mayor.

—Bueno, he viajado dos veces a los años setenta y he matado a un obrero. Eso pasa factura. Pero yo me veo igual. Te veo igual. Nos veo igual.

—Cada vez me gusta más esta camisa.

La grabación terminaba ahí. Yo había tomado varias páginas con notas que quería comentarle a la doctora, pero la doctora no estaba para hablar después de escuchar a su padre, que había muerto hacía poco. No quiero ponerme sensiblero, al fin y al cabo estas son notas informales sobre anomalías, su explicación y quizás su solución, y no una novela barata sobre emociones y demás cuestiones viscosas. Dejémoslo en que necesitaba unos minutos a solas y se los di.

***

La hipótesis de Lucas Rojo ayudaba a explicar lo que sucedía en el piso de Berta y Alberto.

Aunque en realidad allí solo vivía Berta.

Aunque también vivía Alberto.

Los abuelos de Berta compraron el piso en los ochenta y lo pusieron en alquiler. A partir de 1993, el doctor Rojo anotó la presencia de un matrimonio con dos niños pequeños, una señora sola o varios estudiantes. Incluso el mismo día. Salía, por ejemplo, la señora, y Rojo la saludaba y le decía algo como «y, por cierto, ¿cuánto tiempo llevas viviendo aquí? ¿Ya estabas cuando la derrama del ascensor?». Y ella le decía «pero Lucas, si nos conocemos desde hace siglos», y Lucas le decía «pero vives sola, ¿verdad?», y la señora decía «pues claro, por qué, ¿quieres entrar a robar?», y salía a la calle riéndose de aquel pobre loco. Pero aquel pobre loco llamaba al timbre del piso inmediatamente después y le contestaba un señor de mediana edad y Lucas repetía más o menos las mismas

preguntas y el vecino le decía a todo que «pues claro que vivo aquí con mi mujer y mis hijos, pues como siempre, y de qué señora me hablas». Pero pasado un rato llegaba a casa un estudiante que vivía en el piso y lo compartía con otros dos estudiantes y contestaba que «por supuesto que vivimos aquí, ¿se encuentra usted bien? ¿Quiere un poco de agua?». Y a lo mejor Rojo se hacía el loco para que le dejara pasar y así veía que era el clásico piso de estudiantes con un sofá que parecía rescatado del punto limpio y un póster de *Pulp Fiction* porque estamos en los noventa.

Eso fue ocurriendo hasta mayo de 2019, cuando se instaló Berta.

Recordemos la hipótesis de los Rojo: por culpa de los viajes en el tiempo del doctor, se superponían las líneas temporales que confluían en el edificio, lo que daba lugar a toda clase de anomalías en las leyes de la física. Y en el primero tercera se mostraban más o menos yuxtapuestas y a veces superpuestas, tres líneas temporales:

1. El matrimonio con hijos pequeños.
2. La mujer que primero vivía sola y, años más tarde, con su pareja.
3. Los estudiantes.

Que se correspondían con las siguientes intervenciones del doctor Rojo, sin que Rojo supiera cuál era cuál:

A. La que podríamos llamar original, lo que pasó antes de que Rojo viajara en el tiempo y lo que habría pasado si no hubiese intervenido.
B. La de 1993, cuando cambió el pasado.
C. La de 1993, pero más adelante, cuando viajó a 1993 con la intención de no cambiar el pasado, pero lo cambió igualmente, simplemente por interactuar consigo mismo y evitar el viaje que, en realidad, ya había hecho.

En los tres casos, las líneas temporales confluían en 2019 en la decisión lógica para unos abuelos: cederle el piso a su nieta Berta, nacida justamente en 1993 —creemos que esto es casualidad—, a cambio de un alquiler simbólico, según le explicó la propia Berta a Rojo.

Berta le contó muchas cosas al doctor. De hecho, fue de las pocas vecinas que se dejó grabar (dos de las cintas son suyas), sobre todo

porque tenía un problemón que no sabía cómo resolver ni si quería resolverlo, y lo tenía desde la primera noche que se quedó en el piso. Aquel día había hecho media mudanza con ayuda de su padre, que puso el coche, y unos amigos, que pusieron los riñones. Se llevó lo justo para empezar a dormir en un piso en el que había montado algunos muebles de Ikea y que confiaba en ir terminando de arreglar poco a poco: faltaban cortinas, una mampara —o al menos, cortina— de ducha, varias lámparas, una mesa en el comedor y más estantes para sus libros, pero estaba recién pintado y solo por eso ya daban ganas de instalarse lo antes posible.

Su padre se fue con una mezcla de orgullo, pena y alivio, y la dejó con sus amigos, a los que invitó a su primera cerveza como mujer independiente. Cayeron tres rondas y quedaron en ir a comer todos allí cuando estuviera instalada. Durante la conversación hubo risas, pero también críticas al capitalismo: en este país, la única forma de independizarse antes de los treinta (¡o de los cuarenta!) era irse al piso de los abuelos.

Berta recogió los botellines vacíos y pensó en su primera cena a solas, que iba a ser un bikini porque durante la conversación habían dicho que esa era la base alimenticia de los solteros que viven solos y no caen en el pozo de las pizzas congeladas o, peor aún, la pasta con salsa de bote.

Cuando se sentó con el sándwich en el sofá, se miró los brazos: fuertes y llenos de pelos. Miró el torso, liso. Se tocó la cara, en la que notó una barba de dos o tres días. Se levantó a toda prisa y se le cayó el bocadillo al suelo. Fue corriendo al baño y al encender la luz vio en el espejo la cara de un hombre.

Se le parecía un poco: los mismos ojos almendrados, el mismo pelo negro y ondulado, aunque más corto, la misma forma de la cara, pero más angulosa.

Solo que no era ella, claro.

Berta recuerda regular lo que pasó a continuación. Tiene grabada la escena de lavarse la cara muchas veces, con mucho jabón, como si eso fuera a hacer algo, y sabe que intentó buscar en Google qué le pasaba, pero sin saber qué teclear: ¿Convertirse en hombre? ¿Verse como un hombre en el espejo? ¿Espejo deformado? Después

de llamar a emergencias y de negar varias veces que hubiese tomado ningún tipo de droga, le dijeron que fuera a un hospital. No recuerda cómo llegó. ¿Cogió un taxi? ¿Fue andando? No llamó a una ambulancia, ¿verdad?

Llegó en un pijama que le iba pequeño, con el móvil, pero sin documentación. Los médicos, comprensiblemente, solo creían que había tomado algo que le había sentado mal, quizás algún alucinógeno o puede que un disociativo, como la ketamina. Le dieron un sedante y suero, y la (¿lo?) dejaron pasar la noche en el hospital, donde acabó quedándose dormida, o dormido, con ayuda de la medicación.

Por la mañana, con la cabeza enfangada, Berta intentó explicarse de nuevo. Ella era Berta, una chica, lo había sido toda su vida.

«Si me dejáis ir a casa, os puedo enseñar mi DNI», decía.

Llamó a sus padres, pero la cosa se complicó.

Porque sus padres no conocían a ese chico.

Y no sabían dónde estaba su hija: el piso estaba vacío y su móvil lo tenía ese tipo que había aparecido en el hospital.

Total, que se presentó la policía.

Y Berta intentó explicar que ella, no él, era Berta.

Y la policía empezó a pensar que él en realidad era un psicópata y que había asesinado y descuartizado a la pobre Berta. No lo dijeron en voz alta ni con esas palabras, pero para Berta era evidente porque la miraban con el ceño fruncidísimo y sin decir nada, y solo preguntaban dónde estaba Berta, la dueña del móvil, y le preguntaban qué había hecho con ella. Y por mucho que Berta dijese que era Berta, los agentes, como por otro lado es normal, no la creían porque veían a un tipo que necesitaba un afeitado. «Venga, no nos hagas perder más el tiempo. Sus padres están preocupados».

«Miren», le dijo uno de los policías a su médico, «vamos a esperar a que le baje el globo, y luego nos lo llevamos a comisaría porque esto no es normal. Hay una joven desaparecida y…».

El médico le interrumpió: «A ver, si es que nosotros también pensábamos que eran drogas, pero le hemos hecho una analítica y

no hay nada. Y como no tenía sentido, le hemos hecho una segunda analítica aún más amplia, y sigue sin haber nada».

«Entonces… ¿Nos lo podemos llevar?».

«No, esta persona no está bien y ahora va a hablar con la psiquiatra. Probablemente sea un brote psicótico».

«¿Cree que esta persona le ha hecho algo a la hija de esos señores?».

«¿Qué? No, no. No necesariamente. Igual esa hija está en otro hospital, con el móvil de este chico, diciendo que ella es, no sé, Juan».

La psiquiatra era argentina, así que obviamente en cuanto habló, a Berta le dio un ataque de risa. «Venga, soltalo», le decía la doctora, «sé que soy un tópico y a vos os sentará bien reír un poco».

Cuando se le pasó el ataque, la doctora le preguntó por su vida, sin más. Si ella era Berta, ¿cómo se llamaban sus padres? ¿Qué había estudiado? ¿A qué se dedicaba? ¿Dónde vivía?

Berta contestaba a todo. Sus padres eran Fran y Julia, había estudiado Publicidad, vivía en casa de su abuela y trabajaba en el departamento de comunicación de una empresa del sector automovilístico.

Pero mientras hablaba se le cruzaban otros recuerdos. Recordaba a su padre riñéndola por haber roto el mando a distancia de la tele, pero le llamaba Alberto y no Berta. Recordaba jugar a fútbol en el recreo, como centrocampista y con un toque de balón más que aceptable. Recordaba aficionarse a los cómics de los X-Men, que su padre llamaba La Patrulla X. Recordaba haber estudiado Derecho, pero especializarse en derecho deportivo. «¿Eso existe?», se preguntaba Berta. «Pues claro que existe», contestaba Alberto, que ya tenía voz en su cabeza y lo sabía todo sobre normas, licencias y competiciones. También recordaba su primer beso, que había sido a los dieciséis con un compañero de clase que fue su noviete durante cuatro meses hasta que cortó con él porque no quería tener un novio del instituto (¡mucha presión!), y también recordaba su primer beso a los dieciséis, pero con una chica a la que había conocido en una discoteca de tarde, de la que se había enamorado

irremediablemente y a la que nunca volvió a ver, aunque quedaron en verse en la misma barra el viernes siguiente (¿por qué no le pedí el móvil?).

Pero todo eso no se lo dijo a la doctora. Solo le contestaba como Berta, a pesar de que se daba cuenta de que era ridículo contestar como Berta cuando para todo el mundo estaba claro que era Alberto y hasta le costaba trabajo decidir cuál era la respuesta correcta a cada una de sus preguntas. Estaba muy confundida. O confundido.

La doctora dijo que tenía que quedarse ingresada, perdón, ingresado, por un brote psicótico muy grave, aunque cuando habló con los agentes insistió en que no veía probable que ese chico hubiera pasado por un episodio violento.

Los policías se fueron después de hacerle una foto a Berta / Alberto, con el permiso de los médicos. Enseñaron la foto a los padres y amigos de Berta, que no conocían de nada a ese chico.

Berta se quedó una noche más en el hospital. Estaba más tranquila, es verdad, pero por cansancio, porque seguía igual de asustada. No se trataba solo de que hubiera cambiado su cuerpo durante la primera noche, sino de que había dos personas en su cabeza, dos personas con los mismos padres y una vida parecida, pero diferente: una como Alberto y otra como Berta.

Además, le molestaba un poco el tópico de que por ser chico le tuvieran que interesar los deportes.

Pero al mismo tiempo recordó algo que no creía haber sabido nunca: al día siguiente había Gran Premio de Fórmula 1 y en aquel sitio no iba a poder verlo.

Lo que a su vez le dio una idea: tenía que salir de allí. Lo que le pasaba no era normal, pero tampoco era algo que pudieran arreglar en un hospital en el que las hipótesis iban de las drogas al asesinato, pasando por la psicosis. Su problema era físico, no mental.

¿Lo era?

Sí, claro, el cuerpo había cambiado.

Aunque también había cambiado su mente.

La mente es parte del cuerpo.

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Qué le pasaba?

Le daba un poco igual porque lo que de verdad le apetecía era ver qué tal le iba a Ferrari sin Alonso.

Fugarse de un hospital es relativamente sencillo: primero salió al pasillo a caminar y la decimoséptima vuelta, cuando las enfermeras se habían acostumbrado a sus paseos, Alberto se coló en unas escaleras y bajó tranquilamente a la calle. Después de una caminata en pijama y zapatillas, la ropa con la que había llegado al hospital, llegó a casa. Fue un paseo un poco vergonzante, pero recordó esa vez que se le despegó la suela de un zapato y lo pasó casi peor. ¿Eso fue a Alberto o a Berta? A Alberto.

Cuando entró en el piso y cerró la puerta, vio que sus manos volvían a ser pequeñas, finas y blancas, sin pelos en los nudillos. Nunca había sentido tanto alivio como cuando se miró en el espejo y vio un rostro de mujer. Se alegró incluso al verse la nariz, que siempre le había parecido demasiado larga a pesar de que una feminista de verdad se rebela contra los cánones de belleza. Se desnudó y se duchó, mirando y palpando maravillada su cuerpo como si fuera un alienígena disfrazado y recién llegado a nuestro planeta. ¡Qué rodillas más diferentes!, se descubrió pensando. ¡Pero cómo pueden vivir los hombres con esas rodillas que parecen magdalenas peludas!

Cuando se vistió y miró el reloj del móvil, lo primero que pensó fue que faltaban apenas un par de horas para que comenzara la carrera, lo que le dio a entender que Alberto seguía allí escondido, y que aquello no había terminado.

Aunque tenía una sensación de haber pasado por la pesadilla más larga y extraña de su vida, era plenamente consciente de que lo que le había ocurrido era real, así que llamó a sus padres, que parecieron mostrarse incluso más aliviados que cuando ella se miró en el espejo. Pero aunque ella acertó a decir que se le había roto el móvil durante la mudanza y hasta entonces no lo había podido reemplazar, sus padres se mantuvieron convencidos de que su hija había celebrado su independencia tomando drogas duras (durísimas) con un desconocido y que probablemente había pasado las últimas dos noches vagando por la ciudad como una descarriada. «Lo

importante es que estés bien», le dijeron. Y ella no supo qué contestar porque tampoco sabía si lo estaba.

Al cabo de un rato, cuando la carrera estaba a punto de empezar, se presentaron en casa los mismos agentes que la habían visto en el hospital, y Berta se resignó a dar la misma explicación, con el rabillo del ojo atento a la salida (había quitado el volumen, pero no había apagado la tele). Se ganó una buena bronca de los policías, que le preguntaron por «su amigo», al que ella insistió en que no conocía. Yo qué sé, les dijo, habrá encontrado mi móvil y se habrá inventado una historia.

Berta no solo vio el resto de la carrera, sino que se puso en pie a aplaudirle a la tele, el colmo de los bochornos, cuando se confirmó el podio de Vettel con Ferrari, la escudería a la que al parecer seguía a pesar de la ausencia de Alonso. Como no le quedaba cerveza, vio el Gran Premio acompañada de una botella de vino, cosa que a Alberto, que seguía allí escondido, le sorprendió positivamente porque no sabía que el tinto maridara bien con los deportes, a lo que Berta le contestó que «cómo va a ser la Fórmula 1 un deporte, desde cuándo conducir sentado es un deporte, pero de qué hablas».

Pasó el resto de la tarde en el sofá, preguntándose si en algún momento Alberto saldría de su cabeza o si volvería a su cuerpo. ¿Y si todo había sido fruto del estrés por la mudanza? ¿O de verdad estaba enferma?

Sus dudas se disiparon en cuanto se puso el sol. Fue un proceso automático, nada que ver con la transformación de las películas de los hombres lobo o con el señor Hyde. En cuanto el sol desapareció en el horizonte, Berta volvió a ser Alberto.

Pasó la noche en vela, asustada. Esta vez sin atreverse a ir al hospital para no volver a pasar por lo mismo. No estaba tan a disgusto como la primera vez por una razón: Alberto estaba allí, podía dejarle al mando y sentirse más o menos cómoda, es decir, cómodo, porque ella descansaba. Pero le daba miedo la idea de que dejar a Alberto al mando implicara dejarle ganar y que al final se quedara con todo, por lo que enseguida se revolvía y se ponía de nuevo al mando, intentando marcar terreno en su cerebro, suponiendo que fuera suyo.

Por la mañana, en cuanto salió el sol y se preparaba el cuarto café de la noche o el primero del amanecer, y había renunciado a dormir y ya solo pensaba en que era lunes y a ver qué le diría a su jefa, volvió a ser Berta.

«No sabía cómo iba a quedarme —contaba en la cinta—. Tenía miedo de convertirme en Alberto para siempre y de no ser Berta nunca más. Pero también me empezó a ocurrir lo contrario: por las mañanas me daba miedo no volver a ser nunca más Alberto, y que se desvanecieran todos esos recuerdos y vivencias, que para mí —o sea, para él— eran tan reales como mis recuerdos y vivencias».

Y así ocurrió cada día: en cuanto anochecía, pasaba a tener el cuerpo de Alberto. Y en cuanto salía el sol, volvía a ser Berta. El cambio solo sucedía en casa: si salía del piso siendo Berta y llegaba la noche, seguía siendo Berta hasta que regresaba. Y al revés, lo mismo, como le había ocurrido cuando fue al hospital: si salía por la noche como Alberto y amanecía mientras estaba en la calle, seguía siendo Alberto. «Me he acostumbrado un poco, pero sigo con miedo, porque no sé por qué me pasa esto. A veces me da la impresión de que Alberto lucha por salir de día, y al revés, a veces a Alberto le da la impresión de que es Berta la que se rebela por la noche, porque los recuerdos se mezclan y hay ocasiones en las que no sé quién está recordando qué o cuál es la voz que está hablando con quién».

Por lo general, Rojo no hablaba de viajes en el tiempo con los vecinos, para que no lo tomasen por un chiflado (más aún), pero debió considerar que en este caso era necesario porque lo que le ocurría a Berta ya era bastante loco de por sí, probablemente más que lo de viajar al pasado porque, al fin y al cabo, eso no era más que la solución a un problema técnico. Así que le explicó su teoría de las líneas temporales: en al menos una de las tres y como máximo en dos de ellas, en lugar de Berta, sus padres habían tenido a Alberto.

Para Berta y Alberto el diagnóstico fue tranquilizador, aunque incomprensible y poco convincente. Como ya sospechaban antes de hablar con Rojo, solo tenían que organizarse. Y confirmaron que aquello tenía que ver con el piso y no con ellos. Con solo mudarse se

solucionaría todo, le confirmó Rojo, aunque probablemente no era correcto hablar de solución en este caso.

Porque había dos problemas. Primero, uno difícil de resolver, un dilema ético que complicaba la decisión: si se iba a vivir a otro piso y lo dejaba de día, ¿no estaba al menos en cierto modo, asesinando a Alberto, que nunca más volvería a existir? Esto se convirtió en algo especialmente cruel cuando Fernando Alonso volvió a la Fórmula 1 un par de años más tarde.

Y, segundo, otro más práctico: ¿quién puede independizarse antes de los treinta (¡o de los cuarenta!) si no es a un piso de los abuelos o de los padres? Y ni sus abuelos ni sus padres tenían más pisos que le pudieran alquilar a precio de familia.

***

Cuando el doctor Rojo volvió de su primer viaje, se había cruzado con aquella vecina mayor, una viuda llamada Gizella Szabó. Él ya la vio más joven de cómo la recordaba, pero en ese momento no prestó mucha atención puesto que tenía la mente en otras cosas, como el hecho de haber estado en 1973.

Al cabo de pocos días se fijó con más atención y confirmó que ya no era esa señora frágil que recordaba, una mujer a la que su hija ayudaba a hacer la compra, sino una persona mayor, aunque todavía fuerte y ágil, que cargaba con las bolsas y limpiaba su casa sin ayuda.

Rojo la entrevistó varias veces. Muchas, de hecho. Así es como supo que aquel día de 1993 en que él regresaba de 1973, ella se dirigía al médico de cabecera.

Gizella Szabó recordaba bien aquel encuentro. Iba a recoger los resultados de unos análisis. Salió muy arreglada de casa porque su doctor desde hacía menos de dos semanas era un hombre para ella jovencísimo, de menos de cuarenta años, y le parecía muy atractivo. No estaba loca, sabía que ella era una viuda a su vez ancianísima y no tenía ninguna intención de insinuarse, ni nada parecido. Solo se permitía llamarle por el nombre de pila, Esteban, como si fuera su

sobrino o el hijo de una amiga, y solo quería sentirse bien consigo misma cuando le preguntase cualquier cosa o, simplemente, no ponerse demasiado nerviosa si la auscultaba o si le pedía que abriera la boca para echarle un vistazo a la garganta. «Ya somos bastante feos por dentro —le dijo al doctor Rojo más adelante— como para serlo también por fuera».

—Aquí tiene que haber un error —le dijo el médico.

—¿Qué quiere decir? —contestó, imagino que un poco asustada, pero sin perder la compostura.

—Su fecha de nacimiento. Creo que está mal —comentó el doctor.

—Es posible. Como sabe, yo soy húngara, y los papeles en mi país han sido siempre desastre.

—Claro, eso tiene sentido. ¿Y cuándo nació, entonces?

—17 de marzo.

—Sí, el día está bien, pero de qué año.

—1900.

—¿Mil novecientos qué más?

—1900. Siempre decía que nací con siglo XX. Mi marido decía que siglo XX empezó en 1901, porque el año cero no existió, así que luego yo decía que al revés, que entonces siglo XX nació conmigo y ahí no me podía llevar contraria. No tiene sentido, pero le liaba.

—Pero, señora Szabó, usted no puede tener noventa y tres años.

—Recién cumplidos. Y casi veinte de viuda. No digo por nada lo de viuda, solo que, como hablaba del marido… No es por decir que no hay marido… Por explicar que no ha venido. No ha venido porque pobre muerto.

—Es imposible, si no aparenta usted ni sesenta.

—Jaja, usted muy caballero, Esteban. Eso dirá a todas, ¿verdad?

—No, pero hablo en serio. Además, mire los resultados de los análisis. Están estupendos. Bueno, a ver, el azúcar y el colesterol un poco altos, pero esos niveles ya los querría alguien de noventa y tres. Bueno, y de sesenta.

—Eso está bien, ¿no? El colesterol es por queso. Me gusta mucho el queso, pero si no puedo tomar un poco de queso a mi edad, pues

ya para qué quiero seguir viviendo. Y queso sin vino, ya me dirá usted, qué tontería, para eso mejor nada.

—Está de broma. O es un error de traducción. ¿Este es el año?

El médico cogió un papel y escribió un «1900» en grande.

—Sí, 1900. En húngaro números igual.

La señora Szabó tuvo que sacar su DNI para demostrarle al médico que no necesitaba ayuda psicológica. Pero este no se quedó satisfecho y le pidió que le hablara un poco de su vida para intentar entender por qué aparentaba treinta años menos y, esto no se lo dijo, para confirmar que no estaba desorientada por culpa de algún indicio de demencia y un par de documentos con una fecha incorrecta.

—Pero usted ya me conoce. Nos vimos hace unas semanas.

—Sí, claro. Pero hasta ahora no había visto su fecha de nacimiento.

Gizella le habló a su médico y después al doctor Rojo de su infancia en Budapest, en una familia liberal y acomodada. «Mi padre era abogado y trabajó para el imperio austrohúngaro, hasta que con guerra dejó de existir. El imperio, digo, no mi padre». Su madre era la nieta de una duquesa francesa, cosa que llevaban con orgullo en la familia. «Todos aprendíamos francés». La guerra, la primera, fue terrible. «Murió mi hermano mayor, teniente del ejército». Tras el conflicto, perdieron la casa y se tuvieron que mudar a un apartamento del centro de la ciudad, «sin apenas servicio, solo dos criadas y una cocinera. Un caos, todos teníamos que echar una mano».

«Yo era la rebelde», aseguró, y le explicó cómo había estudiado literatura y se convirtió en la sensación de los cenáculos literarios de la ciudad, o eso decía ella. En un café conoció a Juan Hernández, hijo del embajador español y aspirante a poeta, que le enseñó algo de español y con quien empezó a verse, para escándalo de los Szabó: los únicos extranjeros a los que veían con buenos ojos eran los franceses, y eso solo antes de la guerra.

Pero Hernández estaba bien colocado, al fin y al cabo era el hijo de un embajador, y se acabó ganando a la familia con su húngaro

macarrónico, sembrado de palabras en alemán y en francés tan ortopédicas que parecían llevar muletas, además de con regalos para todos: joyas y flores para Gizella y para su madre, y vinos de La Rioja para el padre y para el hermano mediano, que estaban más acostumbrados al borgoña, pero que no le hacían ascos a nada que viniera embotellado, y menos en Hungría, donde el mejor vino se podía usar para limpiar suelos.

La pareja se casó y Hernández siguió la carrera diplomática en la que le había iniciado su padre. Vivieron en embajadas y consulados de Europa del este: Praga, Varsovia y Tallin; también pasaron una breve temporada en el consulado de Milán, donde, por pura casualidad, nació su hija, Gizella.

Después llegó la Segunda República y Hernández se quedó sin trabajo. «Decidimos volver a Hungría, donde él tampoco encontró empleo, pero vivíamos bien con mis padres».

Hernández se radicalizó durante los años treinta e incluso estableció contactos con los nazis húngaros, a quienes contaba la experiencia de España con una pasión tremenda, sobre todo teniendo en cuenta que en los últimos diez años solo había pasado unas semanas en el país. Aseguraba que el comunismo era el principal peligro de Europa y que las ideas semíticas amenazaban con pervertir todo el legado histórico y cultural de la Europa griega, romana y cristiana. Lograba los mayores aplausos cuando, con su húngaro aún roto, cerraba sus peroratas asegurando que España necesitaba un levantamiento popular y Europa necesitaba un líder como Hitler. «Juan era muy bueno, doctor, pero un poco tonto. Se aburría sin trabajo y leía tonterías».

Hernández celebraba cada paso del ascenso al poder de Hitler. El día en que ardió el Reichstag trajo a casa champán, caviar y ostras, pagadas por sus suegros, como todo, que esta vez lo miraron más sorprendidos de lo habitual. «Mis padres eran muy educados, igual que mi hermano, y preferían callarse cuando Juan decía sus cosas, pensando que eran manías de jóvenes y que españoles no sabían bien qué pasaba en Europa. Pero esa noche Juan estaba muy… cómo se dice… exaltado, y dijo que Europa iba a cambiar mucho en años próximos y tonterías otra vez de la corrupción semítica. Y fue

entonces cuando no tuve más remedio que echar agua en su fiesta. Cariño, le dije, pero nosotros somos judíos».

A Hernández le costó entender lo que le decía su mujer. El padre de Gizella se había convertido al catolicismo de su esposa cuando se casaron, pero toda la familia paterna era de origen judío. «Szabó es apellido judío, tontito». Su marido se quedó blanco, terriblemente avergonzado, e intentó balbucear alguna respuesta conciliadora… «Claro, claro, ya lo sabía… Pero en realidad Hitler no tiene nada contra los judíos… Esto será bueno para todos los europeos… Además, en esta casa somos católicos… Una cosa son los judíos católicos y otra bien diferente, los judíos, es decir, las ideas semíticas. No comparemos».

«Claro, Juan era un poco despistado, pero en casa teníamos viejas menorás de familia y libros en hebreo… Luego dijo que no se había fijado y pensaba que todo cosas eslavas». A pesar de eso, seguía viéndose con sus amigos nazis y leía los libros de Rosenberg, aunque se mostraba más discreto en familia. Apenas podía evitar algún exabrupto contra judíos y masones cuando se hablaba de la guerra en España y de los republicanos que le habían dejado sin trabajo. «Yo no prestaba mucha atención, la verdad».

Mientras Hernández se reunía con sus amigos nazis, la familia de Gizella intentaba ayudar a los parientes y amigos y parientes de amigos y amigos de parientes que salían de Alemania. La casa se llenaba de judíos alemanes que miraban extrañados a aquel español bajito y ya bastante calvo, cada vez más callado, pero que de vez en cuando se metía en la biblioteca con algún libro en alemán medio escondido, y que a veces preguntaba a los judíos cuánto de judío tenían y si eso se consideraba judío en Alemania. «Discutir no discutía. Solo una vez, con primo Hans, que no era primo ni nada, pero bueno, llamábamos primo. Hans decía que él, Juan, era judío porque se había casado con hija de judío, pero Juan decía no, no, que quizás yo judía aunque no practicara, pero él no había cambiado su vida por casamiento. Él católico, español y falangista, como Dios manda».

Cuando acabó la guerra en España y comenzó la guerra en Europa, Gizella le dijo a Hernández que tenían que irse. Su marido

pareció despertar de una vez y se dio cuenta de que ni Hungría ni los Szabó saldrían bien parados de aquello, aunque insistía en que era algo temporal y que Hitler lo solucionaría todo en menos de dos años. Así que escribió a su padre, que trabajaba en España, en un ministerio, «nunca recuerdo cuál. ¿Agricultura?», y pidió un visado para toda la familia. «Mis padres no vinieron con nosotros, no querían mudarse. Muy mayores, decían. Y mi hermano prefirió huir a Unión Soviética. Todos murieron en guerra».

A Hernández, su padre lo colocó en otro ministerio, donde trabajó toda su vida. «En ministerio pudo alejarse por completo de política. Ni sobre Franco hablaba. Pero sí me dijo que Hitler era idiota y él más por haberle hecho caso». Se jubiló en los años sesenta. «Mi hija se fue a vivir a Barcelona, porque se casó con un arquitecto y parece que arquitectos son todos catalanes. Cuando acabó un edificio nos dijo yo hago precio y vendimos nuestra casa y nos vinimos aquí, con hija y nieta más cerca. Pero mi marido murió atropellado por autobús catalán, ya ves. Aunque en Madrid quizás le hubiera atropellado un autobús madrileño. Los nacionalismos son una tontería».

Como dejó anotado Rojo en sus papeles, aquel había sido uno de los primeros cambios del edificio que había estudiado, gracias al carácter afable y paciente de la señora Szabó, que se veía igual que siempre. También lo decía su hija, que tenía más de sesenta y parecía mayor que su madre. «Fue venirse a Barcelona y cada día estaba más estupenda. Pero no me preocupé. ¿Por qué iba a preocuparme por algo bueno? Me imaginé que le había sentado bien quedarse viuda o, yo qué sé, vivir cerca del mar».

Rojo ya tenía esbozada una hipótesis más o menos científica: como ya sabemos, en el edificio se habían formado pequeñas bolsas de anomalías estadísticas espacio-temporales que afectaban al funcionamiento habitual de las cuatro dimensiones (las tres espaciales y el tiempo). En casa de la señora Szabó, esto provocaba la inversión de la entropía: en lugar de haber cada vez más caos, las partículas y moléculas recuperaban la simetría y el orden, y revertían los procesos en los que caían, irremediablemente, fuera de aquel

piso. Las plantas nunca se marchitaban, la carne nunca se pudría y la señora Szabó estaba cada día más joven.

El doctor Rojo sabía que esto contradecía la segunda ley de la termodinámica, que dejaba bien claro que los sistemas solo pueden evolucionar desde un grado de más orden y más nivel energético a uno con más desorden y menor nivel energético: el agua del río se desliza montaña abajo y no hacia arriba, la yema y el huevo batidos no se pueden separar por sí solos y un copa rota no se vuelve a unir por azar. Si queremos hacer cualquiera de estas tres cosas, necesitamos introducir desde fuera más energía, mucha más de lo que costó llegar a esos estados. Por eso hay que llevar los coches al mecánico, por eso nuestros cajones están cada día más desordenados y por eso envejecemos y morimos.

En el piso era posible revertir algunos de esos procesos, aunque la mayoría tardaban en apreciarse, como en el caso de la juventud de la señora Szabó. Rojo hizo algunas pruebas: por ejemplo, si uno se preparaba un café con leche en vaso y no lo tocaba durante unas horas (tres horas y cuarenta y siete minutos, aunque podía cambiar según factores como la temperatura o la habitación en la que se dejara), el azúcar, la leche y el café se separaban y quedaban en tres franjas claramente visibles a través del cristal (en una taza ocurría lo mismo, claro, pero no se podía ver tan bien). Sin embargo, una copa rota no se rehacía: el efecto tenía algunos límites. Igual que la paciencia de la vecina:

—¿Puedo tirar copa rota?

—¡Un día más, por favor!

—Esto es desastre. Casa hecha un asco.

—No la toque, por favor. Solo un día. Estoy sacando fotos para ver si hay cambios.

—¿Y este café? ¿Otra vez prueba café? ¿No has hecho ya mil veces?

—No, perdón, este es un café que me he bajado de casa. Me lo acabo ahora mismo y lo recojo.

La señora Szabó nunca se había dado cuenta de estas cosas por la sencilla razón de que nunca había dejado un café sin tocar durante tanto tiempo seguido, como es natural. Tampoco se había fijado en

que la pintura seguía igual de bien que el primer día que puso un pie en la casa, y el parqué que pusieron en 1982 seguía igual de reluciente, y jamás se había estropeado ninguno de los electrodomésticos. «Bueno, la tele la compró mi hija hace poco; es de las modernas, pero la que tenía se veía muy bien». Su cuerpo se iba reconstituyendo igual que el café se iba separando de la leche: las células se reparaban, sus órganos deshacían su desgaste e incluso dejó de necesitar gafas para leer. Y, como decía su hija, ¿por qué iba a preocuparse por algo bueno?

Otra de las cosas que el doctor Rojo comprobó fue que esas bolsas de anomalías no coincidían exactamente con el trazado de cada uno de los apartamentos. Por ejemplo y en el caso de la señora Szabó, uno de los baños y una de las habitaciones, que era básicamente un trastero, quedaban al margen de esos efectos. Y dentro del armario empotrado de uno de los dormitorios se veía todo borroso, que era un efecto que llegaba desde el apartamento de enfrente.

—El doctor Rojo era muy amable —nos comentó la señora Szabó a la doctora Rojo y a mí cuando comenzamos a revisar cajas y papeles, y nos pusimos a hablar con los vecinos—. Me encantaba que viniera, pero me dejaba toda la casa llena de vasos con café con leche y no podía limpiar hasta que él lo decía. ¡Eso sí que era caos de verdad!

Inciso: cuando la señora Szabó se cruzó con el doctor Rojo de camino al médico, tenía noventa y tres años y las analíticas y el aspecto de una persona de unos sesenta. Cuando la doctora Rojo y yo hablamos con ella, veintinueve años más tarde, tenía ciento veintitrés y parecía una treintañera.

Una treintañera que se vestía con la ropa de su abuela, eso también hay que decirlo.

***

Ramón y Amelia vivían en el segundo segunda desde siempre. Es decir, desde 1973.

Eran un ejemplo casi paradigmático de la clase media tradicional española: ambos eran hijos de un matrimonio de agricultores que emigró a Barcelona cuando ellos eran adolescentes y habían vivido casi toda su vida en el edificio, donde habían tenido dos hijos, nacidos uno en el 75 y la otra en el 81. A finales de los ochenta compraron un piso en Sitges que acabaron vendiendo años más tarde porque, cuando crecieron, los hijos ya no querían ir y, además, si quieres ir, pues coges el coche o el tren y te plantas en media hora, que está aquí al lado.

El doctor Rojo había dedicado un cuaderno entero a recopilar datos de Sitges: registró el crecimiento de su población desde 1960, copió una lista de alcaldes e incluso dibujó un par de bocetos de mapas. También había fotos de Rojo y de Ramón y Amelia paseando por el pueblo, a menudo con Salvador Mas: por el paseo marítimo, por la escalinata de la iglesia, tomando un vermut en un bar, comiendo arroz en el puerto deportivo…

—No entiendo tanta mención a Sitges, hay como dos cajas llenas de papeles —le dije a la doctora Rojo—. Y fotos en las que salen tu padre, Mas y los vecinos del segundo.

—Pues habrá que hablar con ellos.

Ramón nos abrió, mirándonos con cara de sospechar algo, aunque quizás solo acababa de salir de la siesta.

—Soy Mireia, la hija de Lucas Rojo, el vecino de arriba.

—Ah, Mireia, claro. No te había reconocido. —Ramón pasó a mirarme con sospecha solo a mí.

—Él es Jaime, del cuarto, me está ayudando con una investigación.

—¿También eres científica, como tu padre? ¿O es una investigación policial?

—¡¿Quién es?! —gritó una mujer desde el interior del piso.

—Mireia.

—¿Qué Mireia?

—La del tercero.

—No hay ninguna Mireia en el tercero.

—La hija de Lucas.

—Ah, Mireia —por el pasillo se acercó Amelia, una señora gruesa, aunque menos que su marido—. ¿Pero por qué los tienes en la puerta de pie? Diles que pasen.

—Pero si no sé lo que quieren.

—Da igual, no tengas a la gente esperando en la puerta.

—A lo mejor no quieren entrar.

—Invítales igualmente. Ya te dirán si quieren entrar o no.

—No me has dado tiempo.

—Media hora en la puerta, lleváis. Y los tienes ahí de pie. A Mireia, que la conocemos desde que era así.

—Pero mujer, dame un minuto. ¿No será mejor saber lo que quieren? A ver si les vamos a molestar obligándoles a entrar.

—Solo queríamos… —intentó Mireia sin éxito.

—A lo mejor solo quieren sal. ¿Les hago sentarse y les preparo un café si solo quieren sal?

—Nadie quiere sal.

—O una bombilla.

—Pero ¿cuándo te han pedido a ti una bombilla?

—Tenemos siete u ocho bombillas en el cajón. Les podríamos dar una bombilla.

—¿Y ellos cómo van a saber cuántas bombillas tienes? ¿Te han seguido al Carrefour a comprar bombillas?

—Ellos no saben si yo tengo bombillas, pero a lo mejor las necesitan. Igual están llamando a todas las puertas por una bombilla.

—¿No será más fácil bajar a comprarlas que ir de puerta en puerta?

—Bueno, no sé, una vez te pones y pillas el ritmo… Ahora son caras, porque son de estas de LED. Es verdad que duran mucho más, hace unos años se fundían enseguida. ¿Qué bombilla necesitáis? ¿De rosca estrecha o de rosca ancha?

—No necesitamos bombillas.

—No sé por qué hay tanta rosca diferente. Para vender más, será.

—¿Aún los tienes en la puerta?

—No quieren bombillas, pero a lo mejor quieren sal.

—Solo queríamos hablar con ustedes sobre mi padre. Pero no hace falta que sea ahora.

—Pasad, pasad. No hagáis caso a este hombre, que es un desastre.

—No me has dejado ni preguntarles qué querían.

—¿Y no se lo puedes preguntar sentado en el sofá, como las personas?

Los dos nos miraron, exasperados y buscando complicidad. Yo me encogí de hombros, como dando a entender a ambos que «vaya, qué cosas, ¿no?», en una expresión que, con un poco de buena voluntad por su parte, les sirviera de comodín a cada uno.

Acabamos sentados en el sofá, con un café y galletas, después de una breve discusión sobre si había que ofrecernos galletas o no.

—Solo tenemos estas abiertas.

—Pues tráelas.

—Pero están abiertas.

—Y qué más da. Tampoco las querrán todas.

—Vale, vale.

—Pero ponlas en un plato.

—No hace falta, de verdad. Por nosotros no se molesten…

—Ya no, ya da igual, trae el paquete abierto. No sé qué van a pensar de nosotros…

—Nada, de verdad, si todo está perfecto.

—Mejor mojadlas en el café porque estas son duras.

—A mí me gustan así —intenté decir.

—Mójalas, mejor.

—Sí, mejor mojadas.

—No, si a mí…

—Están duras.

—Mejor mójalas.

Mientras mojaba una galleta en el café, Mireia intentó explicarles lo que estábamos haciendo, dando el menor número de explicaciones posible. Igual solo eran muy amigos de su padre y en el piso no pasaba nada. «No hace falta que les asustemos sin necesidad», había dicho, pensando que eran unos jubilados tranquilos y sin sospechar que los que se iban a asustar (un poco)

íbamos a ser nosotros. De hecho, yo estaba tentado de pedir una bombilla y largarme a casa.

—Estamos ordenando los papeles de mi padre y hemos visto estas fotos en Sitges.

—Sí —dijo Ramón—, teníamos un piso en Sitges. Pero lo vendimos.

—Ah, es eso.

—No, no es eso —siguió—. En realidad, tenemos un problema. ¿Tú eres científica o policía, que no me he enterado de qué tipo de investigación hablabas?

—Soy científica. Física, como mi padre.

—Todos somos físicos, si no seríamos fantasmas, ja, ja, ja…

—Ramón, deja de decir tonterías.

—Bueno, bueno… Qué poco sentido del humor tienes. En fin, seguidme. Si estabais mirando los papeles de tu padre, ya sabréis esto o lo tendréis que saber tarde o temprano.

Ramón nos llevó por el pasillo —que, por cierto, era recto y no en L como en la mayoría de los pisos— hasta una puerta, cerrada con llave.

—Ay, la llave. ¿La tienes tú?

—¿Y yo para qué voy a tener la llave?

—Yo qué sé, mujer.

—Está donde siempre.

—¿En el cajón? Ahí no está.

—Pero si no has mirado.

—Que no está, te digo.

Ramón fue al comedor. La llave estaba en el cajón.

—Pero yo decía el otro cajón.

—Y yo ese.

—Pero yo el otro.

—Anda, abre. Otra vez nos tienes a todos de pie.

—Ya voy, ya voy. Qué prisas.

Era una habitación normal. Vacía. Con un escritorio, sin silla. Encima de la mesa había un martillo y una cajita transparente de plástico, llena de clavos.

—Ayúdame —me dijo. Apartamos la mesa y dejamos a la vista una tabla de madera, cuadrada, de metro y medio por metro y medio, y clavada a la pared.

Ramón cogió el martillo y quitó los clavos del tablón.

Lo apartó.

A su ritmo.

No sabía si ofrecerme a ayudarle o no.

Soy muy torpe, igual me sacaba un ojo con el martillo.

Pero eso no es lo importante.

Lo importante es que apartó el tablón.

En la pared de aquella casa en el tercer piso del edificio había un agujero que daba a una calle y lo hacía a ras de suelo. Repito, por si alguien estaba leyendo en diagonal: estábamos en el tercero y en una pared había un agujero que daba directamente a la calle, abajo. Se podía salir por ahí.

—Eso es Sitges —añadió Ramón.

Nos contó que ese agujero había empezado como una grieta. No la vieron hasta que su hijo mayor, porque aquel había sido su dormitorio, se fue a Inglaterra a estudiar inglés.

—¡A Edimburgo!

—Pues eso, a Inglaterra.

—Edimburgo es Escocia.

—Qué más dará, hablan inglés.

—Hablan escocés.

—E inglés.

—Pero también escocés.

—Se llama gaélico.

La doctora consiguió reconducir la conversación.

—Pues eso —siguió Ramón—, cuando nuestro hijo se fue a Inglaterra…

—Y dale.

—Aprovechamos para pintar, y detrás de uno de los armarios nos encontramos con una pequeña grieta a un metro del suelo.

—La tapamos como pudimos, pero no se iba. Era muy pequeña, no tendría ni diez centímetros…

—Menos, menos.

—Pero se veía profunda, entraba hasta luz, así que llamamos a un manitas, por si acaso. A mí me daba miedo que fuera una grieta estructural porque arreglar eso es un follón.

El manitas le echó masilla y poco más, pero la grieta dejó a Ramón preocupado.

—Puse el armario en otra pared y entraba a medir cada día. Y cuando nuestro hijo volvió no le dejé volver a colocar el armario donde antes. Tenía miedo de que el piso se cayera abajo.

La grieta se convirtió en una obsesión de Ramón, que iba anotando los cambios y llamando a otros manitas para que la taparan, en un arreglo que solo duraba unos días. Llegó un momento en el que podía mirar a través.

—Lucas, tu padre, coincidió una vez con nosotros en el ascensor y nos preguntó si pasaba algo raro en nuestro piso. «Pero raro cómo», le dije. Y él: «Cualquier cosa». Y yo, «pues tenemos una grieta, pero no sé si es muy raro. Es una grieta. Todo el mundo tiene grietas».

Fue a verla, para fastidio del hijo de Ramón, que estaba hasta las narices de encontrarse a su padre midiendo y mirando, como para encontrarse además con un vecino trasteando entre sus cosas.

Después de examinar la grieta, el doctor subió a su casa y bajó con un aparato.

—Me dio un buen susto porque pensaba que estaba midiendo la radiactividad, pero no, era un medidor de campos electromagnéticos. Cosa que me asustó también, porque en realidad no tenía muy claro qué era eso ni si daba cáncer. Imagino que sí, porque todo da cáncer, y más a nuestra edad. Pero no había mucho problema, nos dijo. «Es seguro, pero no es una grieta». «¿Y entonces qué es?», le pregunté. «Pues verás», me dijo…

—¿Quieres ir al grano?

—Ya voy, lo estoy contando.

—Llevas tres horas hablando y llevamos tres horas aquí de pie. Más las tres horas que has tenido a esta pobre gente de pie en la puerta.

—Pues volvamos al comedor.

—No, da igual. ¿Qué le dijo mi padre?

—Bueno, pues eso, que era un túnel espacial, un agujero de serpiente.

—De gusano.

—Eso, de gusano. Un agujero que no sabíamos dónde iba a parar, pero que cada vez se hacía más grande.

Al cabo de un par de años, Ramón empezó a taparlo con una pequeña tabla de madera, que entonces medía unos diez por diez centímetros. También fue entonces cuando tuvieron el primer susto: no solo vieron a alguien a través del agujero, sino que ese alguien, una señora de unos cincuenta años, les vio a ellos.

La señora dio un pequeño grito:

—¡Qué susto!

—Perdone… —dijo Ramón—. Es que tenemos una grieta.

—Ya veo, ya…

—Disculpe: ¿dónde estamos?

La mujer le miró extrañada y se fue, apretando el paso.

Después de avisar al doctor Rojo y de discutir la táctica de acercamiento más adecuada, volvieron a probar con otro peatón, después de esperar un par de horas antes de verlo, ya que, por suerte, era una calle tranquila.

—Disculpe… No, no se asuste… Aquí en la pared. Es que tenemos una grieta. Solo una pregunta: ¿dónde queda el ayuntamiento?

—En la plaza del Ayuntamiento.

—Sí, sí, pero cuál es.

—Se llama así.

—Eso no ayuda mucho…

—Cerca de la iglesia, bajando hacia la playa.

—¿La iglesia? ¿No será San Bartolomé y Santa Tecla?

—Creo que sí. Aunque no soy muy de misa.

—Bajando hacia la playa… Porque estamos arriba.

—¿Se encuentra usted bien?

—Perdone, es que desde aquí estoy un poco desorientado. ¿Hacia dónde queda la estación de tren?

—A mi derecha. Más o menos recto, a unos cinco minutos.

Ramón se giró hacia el doctor y le dijo que ya sabían a dónde daba la grieta: eso era Sitges.

—Nosotros teníamos un piso ahí —volvió a contarnos—. Nos gustaba porque está cerca, es bonito, ellos (mi mujer y mis hijos) se iban los tres meses de verano y yo podía bajar los fines de semana e incluso algún día entre semana…

—No te enrolles.

—Solo estoy dando contexto.

—Vamos al comedor y nos sentamos.

—Si ya estoy terminando.

—Qué vas a estar terminando.

—Pues cuéntalo tú.

—Voy a hacer más café. ¿Queréis más café?

—No hace fal…

—¿Cómo vas a hacer más café? Si luego no dormimos.

—Lo hago descafeinado.

—¿Y si ellos lo quieren normal?

—Hago dos cafeteras. Deja de ver problemas donde no los hay.

—¿Tenemos dos cafeteras?

—Tenemos tres: la de siempre, la vieja y otra que no sé de dónde salió.

Rojo y Ramón fueron a Sitges el fin de semana siguiente y después de recorrerse todo el pueblo encontraron la calle donde estaba la grieta.

—No estaba en ningún edificio, sino en un muro blanco. Ojo, era esa calle, segurísimo, pero no veíamos el agujero.

Rojo no entendía muy bien lo que había pasado. ¿Por qué se había abierto una grieta que daba precisamente a Sitges, donde ellos tenían (precisamente) un apartamento? ¿Y por qué no eran capaces de encontrarla? ¿Se habían equivocado de calle?

Para resolver parte del misterio solo hubo que esperar unos años. Al poco tiempo ya podían asomar la cabeza y, no mucho después, ya podían salir al pueblo.

—Por aquel entonces, mi hijo se había independizado del todo. Esto debió de ser en 2002 o 2003. Bueno, se había independizado, más o menos, se había vuelto a Inglaterra…

—Escocia.

—Porque le habían ofrecido trabajo en la universidad de ahí. Cobraba una miseria, pero bueno, compartía piso y…

—¿Te quieres centrar?

—Pues eso, que teníamos el agujero tapado con un tablón, cada año más grande, y de vez en cuando lo quitábamos, nos asomábamos y si no veíamos a nadie, salíamos.

La primera vez fueron Rojo y Ramón. Rojo quería ir solo, pero Ramón insistió en que debía acompañarle por si se perdía, ya que él conocía muy bien Sitges, a lo que Amelia contestó que todo el mundo conoce muy bien Sitges. Dieron un paseo, se tomaron una cerveza, luego un aperitivo…

—La grieta que tanto me preocupaba parecía un regalo. Podíamos ir a Sitges sin pagar peajes o sin tener que coger el tren. De hecho, muy poco después vendimos el piso. A la gente le dijimos que era porque los hijos ya se habían hecho mayores y no iban nunca, y era verdad, pero nosotros íbamos muy a menudo. Desayunábamos por el paseo marítimo, nos dábamos un baño en la playa, volvíamos a casa a ducharnos y luego salíamos de nuevo a tomarnos un arroz. A veces, se venía Rojo y a veces también Salva, el vecino del cuarto. Nadie más lo sabía, claro, porque Rojo nos pidió que no se lo contáramos a nadie, pero a mi hermano sí, claro, porque es mi hermano, y venía de vez en cuando con su mujer. También lo sabían nuestros hijos, aunque el mayor seguía en Edimburgo y la otra se echó novio y casi nunca venían con nosotros, pero bueno, alguna vez sí. Pero nadie más.

—Y mi prima, que es como mi hermana.

—Pero nadie más.

—Bueno, el marido de mi prima, que no iba a venir ella sola.

—Claro.

—Y sus hijos.

—Pero nadie más. Al final, Sitges está aquí al lado y a mucha gente le da lo mismo venir a nuestra casa que ir allí directamente.

—¿Y nadie les vio salir?

—Íbamos con cuidado… Es un callejón por el que no pasa casi nadie… Pero sí, alguna vez nos vieron.

El problema no era ese: el problema era que, si todos iban a Sitges, no había nadie para clavar el tablón en el piso.

—Lo intentábamos arreglar tapando el agujero por el lado de Sitges, pero eso era un muro y no podíamos clavar nada. Lo fijábamos con esparadrapo y lo tapábamos con cartones. Pero no era muy seguro.

—Una vez pillamos a unos niños mirando. Por suerte, pensaban que el muro daba a una casa de allí. Claro, quién iba a pensar que eso era un agujero de serpiente…

—De gusano.

—… que daba a un tercero de Sants.

—Otra vez, hará tres o cuatro años, nos encontramos en casa a un borracho. Y menos mal que estaba borracho. Un americano o inglés medio calvo…

—Igual era escocés.

—Pues no te diré que no. Menudo susto, desde luego.

—La verdad que tenemos un problema porque el agujero es cada vez más grande y hay gente que ve el tablón y toca… Más de una noche me han despertado chavales dándole patadas. Por eso puse el escritorio delante. Pero el agujero sigue creciendo y no sabemos si va a parar en algún momento. Aparte de que tu padre nos dijo que no volviéramos.

—¿Pero no habían dicho que el agujero no se veía desde el otro lado? ¿Me he perdido algo? —preguntó la doctora.

—Ese es el tema, esa es la clave, la razón por la que ya no podemos volver.

—Una pena, con lo bonito que es.

—Con el tren ya no apetece habiéndolo tenido tan a mano. Y con el coche, peor. Aparcar es imposible.

—Claro, te acostumbras y ya da pereza.

—Pero ¿por qué?

—Porque resulta que eso no es exactamente Sitges. Rojo lo sospechaba, pero no estaba seguro.

—Al poco tiempo él y Salva lo vieron claro.

—Sobre todo Salva.

—Eso no era Sitges.

—Si vas en tren, no ves el agujero. Pero si vas por este agujero, luego lo ves, claro, porque es por donde vuelves.

—No entiendo nada.

—Yo creo que sí —dije. Se me quedaron todos mirando. Normal—. En sus notas, el doctor Rojo habla de Sitges y de Sitges prima —Sitges y Sitges'—. Es Sitges, pero no nuestro Sitges. Es otro Sitges, un Sitges alternativo, paralelo, diferente.

***

Salvador Mas no veía claro lo de Sitges desde el principio, según contaba el doctor Rojo en sus notas. Mas insistía en que ese agujero de gusano en el piso de Ramón y Amelia era igual de peligroso que el que Rojo había abierto a 1973, y no acababa de creer al doctor cuando le decía que no podía serlo porque no había diferencia temporal.

—Más que un agujero de gusano, es un túnel, como los del Garraf. No estamos cambiando el pasado, estamos acortando el espacio. No podemos cambiar nada porque seguimos en el presente.

Sin embargo, cuando Salvador iba con Rojo, Ramón y Amelia, no disfrutaba ni del arroz ni del baño —o eso decía, porque en realidad se lo comía y se bañaba—, sino que iba buscando pruebas de que había algo que estaba mal, de que algo se había roto.

—¡Lo encontré! —gritó un día, soltando una revista en la mesa en la que Rojo y Ramón tomaban un vermut—. Me ha costado años, pero lo encontré.

Rojo cogió la revista: era un semanario de los comerciantes del centro, lleno de anuncios de panaderías, de tiendas de ropa y de restaurantes.

—¿Esto has estado haciendo toda la mañana? ¿Leer una revista de anuncios?

—Y pasear, sí. Abridlo por la página 23.

—Vale.

—No, esa no es. La 24… No, espera, dame… Aquí, la 32.

Rojo vio la foto sin entender nada.

—Esta tienda no existe. Venid.

—Hombre, acabemos el vermut —dijo Ramón.

Salvador tuvo que sentarse.

—Pero tómate algo.

Salvador se negó. Ramón terminó la bebida, pero como a Rojo le faltaba aún la mitad, se pidió otra.

—Ramón, no me jodas.

—Me lo acabo en lo que él se termina lo suyo, que Lucas bebe muy lento. Pídete una mientras. Ponle también un vermut al caballero.

—No, no. Tenemos que ver esto.

—No van a mover la tienda de sitio.

—Claro que no, si no existe.

—Razón de más.

Salvador cedió.

Dos vermuts y alguna caña más tarde salieron por la puerta y recorrieron un par de calles.

—¡Aquí es! Fijaos, es la misma calle. Pero no hay tienda. Ni siquiera hay un local.

—¿Y no puede ser que la dirección esté mal en la revista? ¿O que haya cerrado?

—No, porque yo he visto esta tienda.

—¿Cómo?

—Ayer fui en tren a Sitges. Di un paseo, hice fotos y cogí la revista. Esta revista es de nuestro Sitges, no de este Sitges. Y esta mañana os he dejado en el bar y me he puesto a comparar lo que hay aquí con lo que vi ayer. Y he encontrado esta diferencia.

—Mierda —dijo Rojo.

—No solo eso: aquí entramos y salimos por la grieta. ¿Pero recordáis que una vez fuisteis en tren y no había forma de encontrarla? Pues es que en nuestro Sitges, en el Sitges al que vas por tren, no está. Ni la grieta entonces ni el agujero ahora.

—Mierda —repitió Rojo.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Ramón.

—Lo que ha dicho: nuestro Sitges.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no estamos en Sitges.

—¿Y dónde estamos?

—Estamos en otro Sitges. Un Sitges paralelo. Sitges prima.

Salvador tenía razón: el agujero a Sitges, la grieta, no era solo un túnel como los túneles del Garraf. Se abría a un Sitges paralelo que, seguramente, tenía su origen en los viajes a 1973 que había hecho (y no hecho) el doctor Rojo. Estaban en otro universo.

—Y esto es lo que me extraña —dijo Salvador— porque pensabas que no había universos ni líneas temporales paralelas, sino que se daban todas a la vez en el mismo universo y de ahí las anomalías.

—No sé lo que está pasando: quizás las anomalías van a peor, igual que la grieta, y por eso hemos terminado creando un universo paralelo. Entero. O a lo mejor el edificio está en un cruce entre universos por culpa de mi viaje.

Hicieron una prueba: Rojo pasó por la grieta a Sitges' y fue al bar al que solían ir a tomar el vermut. Salvador fue en tren a Sitges y al mismo bar. No se vieron. Salvador llamó a Rojo, pero no había señal. Claro, estaba en otro universo.

Hicieron dos viajes más al Sitges prima en los que Salvador y Rojo contrastaron las notas y fotografías que el primero hizo en Sitges con lo que veían en Sitges prima. Vieron cinco diferencias:

- El de la tienda, ya comentado.

- El alcalde era otra persona (del mismo partido).

- Un restaurante de arroces en Sitges era un bar de tapas en Sitges 2.

- Un hotel de tres estrellas en Sitges tenía cuatro en Sitges 2.

- La gestoría Martínez era la gestoría Suárez. Preguntaron y Martínez había muerto en un accidente de tráfico dos años antes.

Tras el segundo de estos viajes, fueron a buscar a Ramón y Amelia, que tomaban café en su bar favorito y les contaron lo que habían visto.

—Estos son solo los cambios que hemos identificado en dos paseos. No podemos saber la cantidad de vidas que hemos cambiado con cada visita.

—Pero si solo venimos a comer.

—Ya, pero cada interacción tiene consecuencias, por pequeñas que sean. A lo mejor en esta mesa que ocupamos se habría sentado otra persona, que se habría puesto a hablar con esa mujer, se habrían gustado y, bum, siete años más tarde estarían casados y tendrían tres hijos. Pues esos tres hijos, Juanito, Jaimito y Jorgito, no nacerán porque nosotros estamos aquí.

—¿Y no es lo mismo que si venimos en tren? —preguntó Amelia—. También cambiamos cosas así.

—Sí, siempre estamos cambiando las cosas, técnicamente hablando, pero ahora estamos viniendo a un Sitges alternativo, a otro universo, y eso significa que ocurren cosas que no deberían haber ocurrido. Y dejan de ocurrir cosas que sí, como el nacimiento de Juanito, Jorgito y Jaimito.

—En este bar la gente no está para tener hijos —dijo Ramón—. ¿Tú crees que ese americano de la barra está preocupado por eso, a su edad? Aunque igual tiene nietos…

No lo veían muy claro, así que Rojo les habló también de sus viajes a 1973. Y pasaron a verlo todo aún menos claro:

—Creemos que, por culpa de mi experimento, al universo le está pasando lo mismo que a tu pared: la grieta se hace cada vez más grande. Y nos podemos quedar sin pared. Y sin piso. Y sin edificio. Y sin Sitges. Y sin universo.

—Si es otro Sitges. ¿Hay otra Barcelona? ¿Con otro Ramón y otra Amelia?

—Pues probablemente.

—¿Vamos a visit…?

—Ni se os ocurra.

Unos diez años después de esa conversación, Ramón nos contó a la doctora y a mí que entonces dejaron de visitar el pueblo.

—Bien hecho —dijo la doctora—. Esto no es seguro.

—En grupo.

—¿Cómo?

—Dejamos de ir a Sitges en grupo. Pero Amelia y yo íbamos de vez en cuando, os seré sincero. Pocas veces, pero estando tan cerca era una pena desaprovecharlo. Y qué íbamos a cambiar tomando un vermut o dando un paseo. Además, Juanito, Jaimito y Jorgito quizás

eran peores que Hitler y le habíamos hecho un favor a ese universo. Poco después murió Salvador, de cáncer, y dejamos de venir porque nos daba miedo, la verdad. ¿Y si esa grieta da cáncer?

—Bien hecho —dijo de nuevo la doctora—. Mejor no arriesgarse.

—Cada fin de semana.

—¿Cómo?

—Dejamos de ir cada fin de semana. Pero de vez en cuando sí que vamos. Esto es como fumar, por un puro en las bodas no te vas a morir de cáncer.

—Además, todo da cáncer, y más a nuestra edad.

La doctora no supo cómo rebatir ese argumento.

***

En la Bodega d'en Manel ya no trabajaba Manel. La doctora Rojo lo recordaba de cuando era niña, siempre en ese bar con barra de metal, neveras con puertas de madera y barriles de vino y vermut. La bodega estaba en el local del edificio casi desde que acabaron las obras, y Manel había trabajado allí hasta su jubilación en 2020, con la pandemia.

Ni el doctor ni la doctora iban mucho por allí, más que nada porque no apetecía ponerse los zapatos solo para bajar al portal. Ella sí recordaba que de niña a veces su padre la enviaba a comprar Coca-Cola con la botella de cristal de un litro bajo el brazo para que, al devolver el casco, la compra le saliera unas pesetas más a cuenta. Cuando bajaba, normalmente un sábado o un domingo a mediodía, la bodega estaba llena de señores mayores. Todos fumaban y bebían, y algunos jugaban a cartas o al dominó. Manel o su camarero abrían una de las neveras y sacaban una botella de cristal, esta llena, claro, y se quedaban con la vacía.

La nueva Bodega d'en Manel se llamaba igual y conservaba el mismo rótulo, pero adecentado. También conservaba la barra de metal, las neveras con puerta de madera y los barriles de vino y vermut. Pero ahora lo llevaba otro matrimonio, Diego y Marina, mucho más jóvenes que Manel y con pintas de ir a conciertos de

Manel. Las cervezas se seguían bebiendo en quintos y de comer uno podía pedir latas o bocadillos, poco más. Tenían cuenta en Instagram, donde fotografiaban unos boquerones servidos con salsa Espinaler o subían los bocadillos de la semana, que nunca eran de butifarra o de lomo, sino que eran de butifarra con queso azul y tomates secos, o de lomo con queso cheddar envejecido y cebolla confitada. Y estaban buenísimos, no pretendo parecer el clásico señor que dice que hay que dejarse de tonterías y donde esté un buen salchichón que se quiten las pijadas. Pero no era lo mismo. Y eso está bien. Pero es diferente. Y no pasa nada, ojo, solo constato el cambio.

El local se llenaba los fines de semana a la hora del vermut. Había algún vecino de los que había conocido a Manel, al fin y al cabo era un local de barrio, pero lo invadían, sobre todo, treintañeros que desayunaban una cerveza pasado mediodía y algún matrimonio joven que venía a saludar a sus amigos con el carrito del niño.

La bodega se había colado ya en recomendaciones de *El Periódico, La Vanguardia* y, cómo no, *Time Out,* y de haber estado más céntrica probablemente habría acabado saliendo en la *Lonely Planet.* Salía en artículos como «7 bodegas de barrio como las de toda la vida», «Los mejores sitios de Barcelona para tomar un vermut» o «Los mejores bocadillos de Barcelona».

Yo mismo, pese a no ser aún treintañero, ya había quedado en alguna ocasión en el bar: se había hecho medianamente famoso y nuestros amigos habían venido a vernos en un par de ocasiones a Sergi, a Lucía y a mí, pero no al piso, sino directamente a la bodega.

La doctora se vio allí con Dolores, Lola, su amiga de la infancia. No habían entrado en la bodega desde niñas, Lola también a por cocacolas, casi parecía como si todos los niños del barrio pasearan con botellas de cristal a principios y mediados de los ochenta, y luego, cuarenta años después, se lo contaran a todo el mundo, incluido a mí, como si de verdad fuera un dato interesante. Reconocieron el local enseguida porque, como dijeron y luego me contó la doctora, está igual. «¿Son las mismas mesas? No creo, pero lo parecen. Si compramos una Coca-Cola, ¿nos darán la botella de

cristal de litro? ¿Te acuerdas? Ahora nadie compra menos de dos litros. Yo creo que ni venden la de litro y medio».

La doctora solo me contó la parte relevante para nuestra investigación, aunque, en realidad, no resulta tan fácil juzgar qué es lo relevante para nuestra investigación, porque no todo es tan evidente como una grieta en la pared que da a Sitges o un piso en blanco y negro. En cualquier caso, Lola había vuelto al piso de sus padres para vivir allí, si no definitivamente, sí a largo plazo. Se había divorciado hacía poco y, como sus padres vivían todo el año en el pueblo, en Extremadura, ella se había instalado en el piso con su hijo, que en ese momento estaba entrando en la preadolescencia y había sobrellevado el divorcio de sus padres anunciando con solemnidad que se iba a vivir con su madre, aunque luego dijo lo contrario dos semanas más tarde, mientras metía camisetas en la mochila. Para cuando quedó con la doctora ya había entrado en una fase más tranquila y pasaba, más o menos, la mitad del tiempo con cada uno.

La doctora le habló de lo que hacía en el piso: no, no vivía allí, pero sí estaba ordenando los papeles de su padre, con mi ayuda, y de paso investigando lo que ocurría en el edificio.

—Ah, sí —le diría, más o menos, su amiga, imagino, porque me contó, pero muy por encima y así no hay forma de tomar notas de forma ordenada, que esto ya parecen las libretas del doctor—. Algo he oído. El del tercero se pasa el día quejándose de que vais arriba y abajo haciendo experimentos y pruebas. Ya sabes cómo es.

—La verdad es que experimentos, pocos. Sobre todo, hablamos con los vecinos. Pero sí parece que hay algunos problemas que estamos intentando solucionar.

—¿Problemas?

—Anomalías espacio-temporales.

—¿Qué? ¿Ahora eres Doc, de *Regreso al futuro*?

—Huy, qué graciosa…

—Perdón, perdón.

La doctora le puso algunos ejemplos y le preguntó si había notado algo raro en casa.

—Qué va. Todo como siempre. Pero vente cuando quieras. No soy como Josep Maria: si pasa algo raro, prefiero saberlo.

La cosa probablemente quedó allí: las dos tenían más o menos la misma edad (Dolores un año más) y de niñas habían jugado juntas más de una vez, hasta que los padres de la doctora se separaron. Después apenas se cruzaban de uvas a peras, cuando la doctora iba a ver a su padre y hasta que Dolores se fue de casa y se casó. Vamos, que querían ponerse al día y estuvieron un rato charlando hasta que llegó el momento de pagar. Se tomaron tres vermuts y una caña —en total, no cada una—, todo acompañado de un par de gildas y unas patatas fritas de bolsa de corte gordo, que en algunos de estos bares llaman murcianas y se suelen regar, también, con salsa l'Espinaler. Esto no me lo invento: lo sé porque tengo la cuenta delante y no cuadra nada.

—Disculpa —le dijo la doctora a Diego—. Aquí pone que cada vermut son 2,50, pero los tres me suman 7,83. Y luego está la caña, las patatas y las gildas que en total serían 9,50, pero la suma de todo pone que son 23,77, que es imposible. ¿Es el IVA o algo así? Debería dar 850. No, 8,50… Tampoco. Me estoy liando.

Diego se disculpó: la caja les daba problemas.

—Y aquí viene la parte interesante —me dijo la doctora—. Lo intentamos sumar a mano y seguía sin darnos. El dueño nos dijo que saliésemos a la calle, que con la luz vería mejor. Y sí, en la calle fuimos capaces de sumarlo todo. Nos dijo que cuando llevaba las cuentas a la terraza tenía que corregirlas por el camino. La registradora es vieja, es la que había. Queríamos conservarla, por aquello de mantener el espíritu del local, pero habrá que cambiarla. Les pregunté desde cuándo les pasaba eso y me contestó que, sobre todo, desde hacía dos o tres semanas: «Al principio pasaba solo de vez en cuando. Con repetir la cuenta se arreglaba».

—Entonces —dije—, ¿hay una anomalía con la registradora?

—No lo parece. Éramos incapaces de sumar dentro, como te comentaba. Pero cuando salimos a la calle todo cuadraba.

—¿Es como mi piso, pero al revés? ¿Cuesta concentrarse?

—Creo que es aún peor, porque Lola y yo no notamos nada raro hasta la hora de sumar. Me temo que las matemáticas se están rompiendo en la bodega. Y las matemáticas son el lenguaje del universo, así que suena bastante grave. Y parece que va a peor, porque al principio no pasaba.

—Como la grieta de Sitges prima.

—Como la grieta. Sitges prima es muy largo. No me gusta.

—¿Sitges P? ¿Pitges?

***

Cuando el doctor Rojo compró el piso en el que unos años más tarde se instaló Jorge, no había casi mercado: era demasiado pequeño para finales de los años noventa. Como ya he dicho, algunos apartamentos del edificio se salían del diseño habitual de casi 90 metros cuadrados y tres habitaciones. En este caso era un piso de unos 40 metros cuadrados y una sola habitación, algo que por entonces aún se veía como pequeñísimo e inútil. ¿Quién iba a querer instalarse en un piso así? Alquilarlo, aún, quizás algún ejecutivo que viviera en otra ciudad, pero trabajara en Barcelona, o puede que algún soltero que lo dejaría en cuanto consiguiera pareja. ¿Pero qué persona normal querría vivir en lo que básicamente era un estudio, una habitación de hotel, un armario con ventanas?

Luego llegó la especulación inmobiliaria y la crisis, y un piso de 40 metros cuadrados pasó a ser lo máximo a lo que podía aspirar cualquier pareja —al menos mientras llegara algún hijo— o algún soltero con un buen sueldo —un animal mitológico—.

La doctora aún no había mirado el valor de mercado ni había pensado en venderlo o alquilarlo, pero por mi experiencia buscando pisos, ese pequeño apartamento era un palacio en comparación con los sótanos sin ventanas, las cocinas con taza de váter al lado de la nevera, los pisos compartidos entre siete personas como si estuviéramos en la posguerra y las habitaciones con derecho a cocina, pero no a comedor, por no hablar de los sótanos con rejilla que daban a pie de calle.

Jorge estaba a gusto. Lo decía continuamente:

—Estoy más a gusto que un arbusto. De verdad. No os preocupéis, no necesito salir —en este caso, lo decía con medio cuerpo por fuera de la ventana de la cocina—. Pero creo que esta no es la forma.

Me explico: de vez en cuando intentábamos ver cómo sacarlo del edificio. Por las escaleras era imposible y ya nos habíamos cansado de probar.

—De verdad, si yo estoy bien aquí.

—Vale, pues quédate, pero que sea porque quieres, no porque no tienes más remedio —contestó la doctora, mientras yo lo sujetaba por las piernas.

Estábamos probando si al menos era posible salir por la ventana. La de la cocina era la única opción medianamente segura: las ventanas daban a una especie de celosía desde la que Jorge podría bajar hasta el suelo. Sabíamos que no era una buena idea, incluso aunque solo fueran dos pisos de altura (el entresuelo y el primero). Pero tampoco hacía falta que lo hiciera: solo queríamos comprobar si era posible y luego ya pensaríamos en cuerdas y arneses.

—Creo que esto no funciona. Pero, de verdad, no os preocupéis.

—¿Cómo sabes que no funciona?

—Pues si queréis ir un momento al dormitorio…

Dejé el culo de Jorge encajado en la ventana de la cocina, con las rodillas sobre la encimera.

—¿No te vas a caer?

—No creo.

La doctora y yo fuimos al dormitorio y vimos que por la ventana asomaba el cuerpo de Jorge, justo encima del escritorio de la habitación.

—Pero esto es imposible —dije, a lo que la doctora empezó a hablar de dimensiones enrolladas y geometrías cuánticas.

—No he llegado a leer nada sobre eso aún.

—Si te soy sincera, yo muy poco.

—¿Qué hago? —preguntó Jorge.

—Pues pasa por aquí, yo qué sé.

Jorge se dejó caer sobre la mesa y se puso de pie, con menos torpeza de la que cabría esperar de una situación así. Casi saco una cartulina con un ocho y creo que se me escapó un «ale-hop».

—¿Por qué no dijiste nada?

—Te lo dije, pero como seguías empujando… Al mirar veía la calle. En cuanto saqué la cabeza ya estaba aquí.

Fui a la cocina y me asomé por la ventana.

—¡Para mí es normal! ¡Salgo a la calle!

Volví al dormitorio. Jorge y la doctora estaban sentados en la cama, ella algo desanimada, pero me atrevo a decir que él con cara de alivio, aunque quizás lo recuerdo así por lo que dijo a continuación:

—De verdad, no os preocupéis. Si para mí esto son como unas vacaciones.

—Pero tu marido…

—Para él también, aunque no quiera reconocerlo. Mira, con el teletrabajo, la compra por internet y las dos o tres noches que Santi pasa aquí, yo, como os decía, más a gusto que un arbusto. Me podéis llamar Agustín.

—¿Por?

—Pues porque estoy a gustín, Jaime.

—Ah, claro.

—De todas formas —dijo la doctora—, no es bueno pasar todo el día encerrado, como demuestra ese chiste.

—No puedes ni asomarte a la ventana.

—Ya, a veces agobia, no te digo que no, pero de verdad que estoy bien. Muy bien, incluso.

—No puedes quedarte aquí para siempre.

—Lo sé, lo sé… pero de momento no tengo opción. Por cierto, Mireia, igual habría que empezar a hablar de pagar un alquiler.

—No, no, ni te preocupes.

—Pero estoy ocupándote el piso.

—No es como si lo hubieras hecho adrede. Ya sabes que igual esto es culpa de mi padre…

—Tú no eres tu padre. Además, esto solo me pasa a mí. Igual es culpa mía, que no quería volver a casa. Todo pasa por algo y yo

necesitaba que me pasara algo así.

—Bueno, no creo que el edificio lea tu mente…

—Estoy muy bien con Santi, de verdad, pero este descanso me está viniendo también muy bien.

—No decimos que no, pero…

—Estamos mejor que nunca. Creo que si salgo de aquí le propondré alquilar un estudio para no estar todos los días juntos. Es bueno mantener cierta independencia.

—Es verdad, pero…

—Pero es carísimo, sí. Ojalá vivir en dos mansiones separadas por un jardín con piscina.

—Es una idea.

—No, espera, mansiones no. Que necesitas servicio y eso me da mucho apuro. Un dúplex. O dos casas pequeñas separadas por una piscina.

—Eso puede servir.

—De estas modernas, rectas, en plan Mies van der Rohe.

—Buen arquitecto…

—Sí, y mejor persona.

—¿De verdad?

—Yo qué sé. Jaime, de verdad, a veces pareces tonto. Pero sí, creo que necesito salir más. O algo, mejor dicho. Porque menudo rollo os estoy pegando. Ayer tuve al repartidor del súper quince minutos en la puerta. Le invité a café, pero debió de pensar que era algún pervertido. Solo quería hablar con alguien. Me paso el día al teléfono. Hay gente que ya ni me lo coge. Igual invito a algunos amigos a casa. ¿Puedo, Mireia? Iremos con cuidado y no romperemos nada.

—Claro, es tu casa.

—No lo es, pero gracias.

—Vamos a seguir pensando qué podemos probar.

—Os lo agradezco, pero, de verdad, no os preocupéis. Hay más anomalías, ¿verdad?

—Sí.

—Pues dejad la mía para el final.

—Oye —dije—, ¿y si te asomas por aquí ves la cocina?

Jorge se levantó y probó.

—Pues sí.

—Voy a cerrar la ventana de allí.

Fui, la cerré y oí un grito.

—¡Pero tío! ¡Con cuidado!

—¡Perdón!

—¿Me sangra la nariz?

—No, no.

***

También decidimos hacer algo parecido a un experimento en mi piso: después de la conversación que tuvimos con la doctora Rojo y cuando empecé a colaborar con ella, decidimos poner a prueba lo que nos había dicho, para confirmar que nuestra casa tenía esos efectos en nuestro cerebro y no que solo nos habíamos centrado porque en algún momento teníamos que hacerlo, que ya tocaba.

Aunque, más que decidirlo, Sergi y Lucía se dejaron hacer por no oírme más, y Sergi dijo que de acuerdo, que pasaría un fin de semana con sus padres y nos diría si notaba algo, y Lucía dijo que ella también aprovecharía para salir y que yo podría hacer de control y quedarme. En caso de que hubiera dudas, siempre podían repetir el experimento con dos en casa y uno fuera, a ser posible, yo.

Al día siguiente se largaron con una bolsa de viaje cada uno y bajé a contarle a la doctora Rojo la prueba que estábamos haciendo.

—¿Y tú te quedas? Os deberíais marchar los tres. Pero para siempre.

—Bueno, hago de control. Y el tumor tardó años…

—A Mas, pero es posible que no todo el mundo reaccione igual.

—Eso significa que podría ser también más tarde en mi caso. O nunca. De hecho, ni siquiera sabemos si el piso tiene algo que ver. A lo mejor podríamos irnos todos un mes y podríamos dejar, qué sé yo, a quince o veinte gallinas en el piso y…

La doctora consiguió interrumpirme con solo mirarme.

—Ya, sí. Ahora me escucho.

—Aunque, por otro lado, la idea de crear una raza de gallinas superinteligentes me llama la atención.

—Ahora no sé si hablas en serio.

—Es un experimento seguro. Como al salir del piso pierden esa capacidad de concentración, no lograrían conquistar el mundo.

—Vale, vale, ya lo pillo.

Sergi me llamó dos días más tarde y me dijo que lo notaba. No el tumor, claro, sino el efecto del piso: después de pasar un fin de semana en casa de sus padres se veía casi igual de lento y torpe que cuando salíamos por ahí antes de mudarnos.

—Tío, que ayer me pasé todo el día viendo la tele. Mi padre me echó la bronca como si volviera a tener diecisiete años. ¿Has visto *Forjado a fuego*? Molaría hacer cuchillos. Igual podemos montar una forja en el balcón.

—¿Y Lucía?

—Ni idea, he quedado con ella dentro de un rato. Vamos a tomar una cerveza y a ver qué tal. Mañana te cuento si está igual que yo. O vente, si quieres.

—No puedo, estoy con los cuadernos del doctor Rojo.

—También te digo que no sé cuánto hay de sugestión en todo esto y si simplemente me has metido en la cabeza la idea de que soy tonto cuando salgo de casa.

—Puede ser, no lo niego.

—Aunque si me metes tan fácilmente una idea así en la cabeza, igual es que soy tonto.

—Puede ser, no lo niego.

Sergi y Lucía regresaron al día siguiente, juntos y avergonzados. Les pregunté qué tal se encontraban y no me contestaron. No conseguí que me hablaran hasta después de la cena.

—Nos liamos, ¿vale? —dijo Lucía—. Quedamos, nos pusimos a hablar, bebimos un poco de más y nos liamos.

—Nos liamos en el portal de mis padres, además.

—Porque no teníamos sitio adonde ir.

—Podríais haber venido aquí.

—Tendríamos que haberlo hecho. Porque, seguramente, el piso nos habría frenado.

—O tú nos habrías frenado.

—No me habría atrevido.

—No, hombre, solo con ver tu cara de bobo, la que tienes ahora con la boca medio abierta, habría bastado para bajar la libido de toda la Unión Europea.

Por lo que me confesaron, siempre habían notado cierta atracción mutua, pero habían descartado cualquier acción al respecto porque, en caso de que saliera mal, complicaría su relación de compañeros de piso.

—Pero anoche no pensábamos tan a largo plazo. Entre el alcohol y el efecto del piso…

—Que, por cierto, podría ser solo psicológico, un placebo…

—Pero aun así los efectos son reales. Porque nos liamos. Y eso no habría pasado jamás si hubiéramos podido pensar un poco.

—¿Y… y qué tal? ¿Seguís… liados? No sé cómo va esto.

—Nos hemos venido dos días antes de lo previsto para cortar por lo sano.

—No tiene ningún sentido. Somos amigos.

—Y compañeros de piso.

—Y como amigos, bien.

—Y como compañeros de piso, también bien.

—Pero como pareja no funcionaríamos. Es algo obvio, solo hay que verlo.

—Estáis acabando cada uno las frases del otro.

—Porque lo único en lo que estamos de acuerdo es en que no hacemos buena pareja: yo soy muy madrugador y ella es más nocturna; yo hablo mucho, ella es más reservada; yo como carne, ella se ha pasado a una dieta vegetariana, de momento, y quizás vegana más adelante…

—No tenemos nada en común.

—Nada.

Pero no cortaron por lo sano, a pesar de esa promesa: mientras yo trabajaba con la doctora y ordenaba y leía cajas llenas de notas, muchas de ellas contradictorias y otras ininteligibles, Sergi y Lucía intentaban pasar el mayor tiempo posible fuera de casa. Al principio por separado, casi disimulando e intentando convencerse a sí

mismos de que estaban trabajando o descansando, pero llamaban al otro en cuanto notaban que su cerebro bajaba la guardia. Casi esperaban a notar los primeros efectos para hacerlo, lo cual era paradójico, porque era como si mostraran la más atenta atención a su falta de atención. Luego empezaron a irse los fines de semana juntos: reservaron hoteles y casas rurales. Si los viernes seguían en casa, intentaban vencer sus resistencias con diálogos en los que me obligaban a ser testigo y asesor imparcial, a pesar de mis reparos.

—Si no vamos al hotel, perderemos el dinero.

—¿Y por qué no vamos a ir? Estamos bien juntos, si son solo dos noches.

—Y nuestro trabajo no se resiente.

—Tampoco se resiente nuestra relación en el piso. Volvemos el domingo y ya somos compañeros y amigos otra vez.

—Sí, estar juntos es una estupidez.

—Claro, mejor hacerlo así: unos días al mes, sin compromiso.

—No llegaríamos al año.

—Imagina el lío, compartir piso después de haber roto.

—Uno de los dos se tendría que ir.

—O los dos.

—Aunque estamos bien juntos.

—Es verdad. ¿Crees que… ?

—El tema es durante cuánto tiempo estaremos bien juntos.

—Ya, tienes razón. Esto no puede durar.

—Pero sí funciona unos días. Y la reserva está pagada.

—Y no vamos a tirar el dinero.

—Y menos si lo tenemos claro.

—¿Podéis discutirlo en otro sitio? Estoy intentando leer.

—Porque lo tenemos claro, ¿verdad?

—Me queda la duda de si tenemos que renunciar de entrada, de si hay alguna forma de probar a estar juntos sin hacernos daño.

—No lo creo.

—Yo tampoco.

—Sería una estupidez.

—Sí. ¿Sí? Jaime, ¿tú qué piensas?

—Por favor, me duele la cabeza.

—Si vamos a aprovechar la reserva, tenemos que hacer la maleta ya.

—La mía está hecha.

—Venga, pues salid, que igual pilláis atasco.

Y aprovechaban mis quejas para irse. Y encima se iban enfadados. Conmigo. A pesar de que lo del atasco no era una ironía, era un aviso sincero.

Mi único consuelo era la posibilidad, nada remota, de que el recuerdo de mis lamentos interfiriera con sus sesiones de sexo.

***

La doctora Rojo me llevó al entresuelo tercera después de leer las notas de su padre sobre ese piso. Nos abrió un treintañero malhumorado que sostenía a un bebé, que también parecía estar de malhumor.

—Buenas, venimos a…

—¿A arreglar la fibra?

—No, no. Somos unos vecinos.

—Ah. Estoy esperando que vengan a arreglar la fibra.

—No funciona, ¿verdad?

—¿Es algo del edificio?

—Ni la tele, ni la radio, ¿verdad?

—Nada.

El vecino, que se presentó como Pedro, nos llevó a la sala de estar y nos invitó a pasar al salón, donde estaba su mujer.

—Cariño, estos son unos vecinos. Creo que saben algo de la fibra. Y de todo lo demás.

—Soy Mireia, del tercero.

—Yo soy Jaime, del cuarto.

—Hola, encantada, soy Amira, de aquí.

Mientras preparaba café, Pedro nos explicó lo que ocurría casi desahogándose: habían comprado el piso hacía un año, cuando su mujer se había quedado embarazada. Era perfecto: una zona razonablemente agradable y cerca del metro; tres habitaciones, por

si llegaba un segundo bebé en algún momento; recién reformado y con mucha luz. Y un precio asumible.

—Lo miramos todo: los grifos, las ventanas, si cerraban bien las puertas, el modelo del calentador… Como el precio era tan bueno, no nos fiábamos, pero no encontramos nada raro.

—Tampoco había cargas en el registro.

—Incluso le pedimos un informe a un arquitecto. Pero, claro, no se me ocurrió traerme una tele y enchufarla.

—No había cobertura, eso sí.

—Es verdad, vimos que no había cobertura. Pero bueno, eso pasa, y pensábamos que con la wifi daría igual. Y siempre podíamos cambiar de compañía.

Pregunté qué le ocurría a la televisión, aunque ya lo sabía, por las notas del doctor Rojo. «Mira, mira», dijo Pedro, encendiéndola. Apareció una imagen en blanco y negro de un presentador con pelazo que hablaba de la retirada de los soldados estadounidenses de Vietnam.

—Ese es Pedro Macía, presentador del telediario. Murió en 2012. No tenía ni idea de quién era, lo tuve que buscar. En otro sitio, claro, porque aquí no hay wifi.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que esto no es un programa de nostalgia setentera. En esta tele, Pedro Macía presenta el telediario cada tarde. Todo lo que sale por la tele es la programación de los setenta. De 1973, para ser precisos. En la radio pasa lo mismo. Y digo la radio y no la *app* del móvil porque me tuve que comprar un transistor para probar. Y tuve que comprarme un transistor porque no va internet. Llamamos para instalarlo en cuanto nos mudamos, y vinieron enseguida, pero nunca llegó a funcionar. Hemos cambiado de proveedor cuatro veces y vamos a probar con otra compañía, por última vez. Vienen, conectan el *router* y no funciona nada. Nada. Da igual lo que hagan. Entonces el técnico se rasca la cabeza, dice que no lo entiende, empieza a hacer llamadas que no sirven para nada y se va. Nos promete que volverá al día siguiente y a veces vuelve, eso es verdad, pero nunca consigue arreglarlo. Nos pide que preguntemos a los vecinos si les funciona y hemos preguntado ya

setenta veces en esta planta y en la de arriba, y a todo el mundo le va bien menos a nosotros.

—Sí, nos va —dije, sin darme cuenta de que no estaba ayudando. Pedro me ignoró:

—Hemos llamado al ayuntamiento, a la comunidad, a todo el mundo. Pero todo está bien, eso es lo que nos dicen, aunque es evidente que no está bien. Está como el puto culo.

—Pedro, el bebé.

—Si no se entera.

—Aun así.

La doctora les explicó que era un problema del piso y les habló de las anomalías que había detectado en el edificio.

—¿Pero de qué vienen esas anomalías? ¿Hay forma de arreglarlas? —preguntó Amira.

—No lo sabemos aún. Lo estamos investigando.

—Si el problema es del edificio —dijo Pedro—, igual podemos deshacer la venta.

—Pero ¿cómo no se había dado cuenta nadie antes? —dijo ella.

—Por el inquilino anterior —contesté.

Mireia les contó lo que habíamos leído en las notas del doctor Rojo. En 1973 se instaló en ese piso un estudiante de Filosofía llamado Carlos Velázquez. El piso lo había comprado su padre, un abogado que estaba invirtiendo parte de su patrimonio en propiedades y que dejaba que su hijo usara esa vivienda mientras se revalorizaba. Lo típico.

Carlos pasaba por la fase rebelde propia de los veinteañeros del tardofranquismo, y participaba en varios grupos de resistencia a la dictadura y de apoyo a una democracia que muchos ya veían inminente. Incluido su padre, que, a pesar de sus ideas conservadoras, hacía la vista gorda con los pasatiempos de su hijo, incluyendo la redacción y difusión de panfletos y las reuniones clandestinas en la universidad y en aquella casa, que a efectos prácticos no eran más que fiestas en las que se bebía cerveza y se usaban las discusiones políticas como excusa para ligar (o intentarlo), además de probar algo de hachís si alguien traía, que no era a menudo.

Todo esto sin menospreciar las convicciones políticas de Velázquez, que las tenía y las mantuvo, literalmente inamovibles, durante décadas.

Aún se mantenía firme en ellas cuando el doctor Rojo comenzó a hablar con él a finales de 1994. Había tardado en entrevistarle porque tanto el piso como Carlos parecían comportarse con normalidad: solo era un señor de unos cuarenta y pocos años que no parecía tener empleo, pero que vivía tranquilo y sin molestar a nadie. Se cruzaron una tarde en el portal y Rojo le soltó la típica frasecita de «hola, soy Lucas, llevamos años siendo vecinos y ni siquiera sé cómo te llamas», con la idea de completar sus notas, pero sin la esperanza de encontrar nada interesante.

Según el doctor Rojo, Carlos le miró con el ceño fruncidísimo.

—¿Eres uno de ellos? ¿Lo eres? No me vais a parar.

El doctor intentó negar aquellas acusaciones que ni siquiera entendía, pero su vecino subió las escaleras sin decir nada más y se metió en su casa.

Rojo bajó al día siguiente.

Carlos no le abrió.

El doctor sabía que estaba al otro lado, había oído sus pasos y visto cómo la mirilla se oscurecía, como si hubiera alguien mirándole desde el otro lado de la puerta. Intentó explicarse:

—Soy el vecino del tercero, soy físico. No quería molestarte, solo vengo porque en otros pisos están pasando cosas poco habituales y, en fin, quería ver si en tu casa todo está bien… Por ejemplo, en el primero cuarta se ve todo borroso.

El doctor esperó unos instantes sin recibir respuesta. Estaba a punto de irse cuando se abrió la puerta.

—Sí, pasa algo. Pero no aquí, sino en todo el país.

—¿De qué se trata?

—Franco sigue vivo.

Carlos invitó a pasar al doctor Rojo y cerró la puerta tras él.

Le explicó que había un complot para hacer creer a todos los españoles que Franco murió en 1975.

—Pero sigue vivo, mira.

Encendió la tele; había anuncios, aunque eran anuncios de los años setenta.

—Bueno, no es el mejor momento, pero si llegas a la hora del telediario verás que hablan de Franco todo el rato. Creo que usan algún tipo de ondas para enviar la programación falsa de televisión y radio a toda España y para bloquear lo que venga de fuera, pero en mi piso no ha funcionado. Todo lo demás es falso: las noticias, los diarios… Está montado para que pensemos que Franco ha muerto y que vivimos en democracia. Supongo que no soy el único que se ha dado cuenta, pero me cuesta encontrar a más gente que esté al tanto de esta conspiración.

Rojo intentó razonar con él y le puso el ejemplo del conductor que llama a la policía para advertir de que hay «miles de coches» yendo en dirección contraria por la autopista. ¿No era más probable que fueran su tele y su radio las que estuvieran mal? Y, en cualquier caso, ¿qué probaba que su tele captara programas de hacía veinte años? Intentó explicarle más en profundidad sus experimentos y las anomalías que había detectado en otros pisos, pero Carlos le interrumpía.

—¡No, mi tele y mi radio son las únicas que se han escapado de un sistema totalitario que utiliza los medios de comunicación como arma para perpetuarse y asfixiar toda disidencia!

A pesar de su cerrazón, Rojo pudo hacer algunas pruebas con permiso de su vecino. Pruebas que consistían en ver la tele y la radio, gracias a lo que averiguó que era la programación de 1973. También bajó su tele y su transistor, que en ese piso se ponían a transmitir los mismos programas.

Quiso explicarle que solo era un problema tecnológico y no político, pero cada vez que lo intentaba Carlos lo echaba de casa.

—¡Eres un espía!

A los pocos días le dejaba volver, probablemente por aburrimiento. Lo que, a su vez, no duraba mucho.

—Piénsalo, ¿cómo va a estar Franco vivo? Tendría más de cien años.

—Lo mantienen con vida de forma artificial. Probablemente con tecnología de la CIA.

—Mira, estoy abierto a creerme muchas cosas. Pero no sé de qué tecnología hablas.

—Yo tampoco, pero la CIA sí.

—Soy físico y…

—Y no lo sabes todo.

—No, ya, pero esa tecnología…

—¿Y cómo explicas lo de la televisión?

—Está en un bucle. Solo es eso. Seguro que cada año ves lo mismo.

—Claro, está el último año en bucle, eso ya lo sé. Es un fallo del sistema.

—¿Y por qué deduces de ahí que Franco está vivo?

—Deduzco que si hay un error es porque nos ocultan algo y ¿qué otra cosa nos podrían ocultar, relacionada con 1973 y los mensajes televisivos?

—No te sigo. Franco no murió en el 73.

—Todo forma parte de su plan.

—¿Qué plan? Pero ¿a quién le iba a interesar convencernos de que Franco ha muerto cuando no ha muerto?

—Preferiría que te marcharas.

—Carlos, Franco ha muerto.

—¡Fuera de aquí! ¡Fascista!

—Carlos, escúchame, por favor. O al menos deja que haga algunas pruebas más.

—¡No pienso dejar que me conviertas en otra oveja del rebaño!

—Solo quiero hacer algunas mediciones.

—¡Lárgate! ¡Deja de inocularme propaganda franquista! ¡Fuera de aquí!

A pesar de lo poco que solían durar sus charlas, Rojo se enteró de que la novia de Carlos le había dejado en 1979. La pobre mujer había aguantado tanto porque creía que cuando decía que Franco seguía vivo, en realidad estaba usando algún tipo de metáfora política. Lo mismo había pasado en los círculos en los que se movía,

pequeños partidos comunistas formados por decenas de personas o, más tarde, casas okupa, donde se le consideraba una especie de gurú histórico del anticapitalismo y donde interpretaban sus ideas y los artículos que escribía para fanzines como una crítica gramsciana a una estructura política heredada de la transición, que seguía tutelada y controlada por las mismas figuras y las mismas ideas de la dictadura.

—Cuando dices que Franco sigue vivo, ¿te refieres a todo el sistema o a figuras concretas como la monarquía?

—No, no. Me refiero a Franco.

—Sí, pero ¿es algo que se pueda aplicar a todo el sistema o este ha evolucionado tanto que ha formado sus propias superestructuras?

—Que no, coño, quiero decir que Franco sigue vivo.

—Ya, pero esta idea…

—¡Que no es una idea! ¡Es un hecho! ¡Franco sigue vivo! ¡Nos controlan los franquistas! ¡Los poderes militares y religiosos manipulan los medios!

—Sí, desde luego. Los medios reproducen unos mensajes que son herederos…

—¡Que no son herederos de nada, que la tele sigue siendo de Franco!

—Ya, pero me gustaría que aclararas…

—¡No puedo aclararlo más! ¡Franco sigue vivo! ¿Qué parte de «Franco sigue vivo» no entiendes?

—Pues la naturaleza de ese «sigue vivo».

—¡Es la naturaleza más natural! ¡Franco vive! ¡Biológicamente, no metafóricamente!

En esos casos no podía echar a nadie, como hacía con Rojo, porque la casa okupa estaba abierta a todo el mundo y era del pueblo (al menos hasta que interviniera el juez), pero sí se marchaba enfadado y hablando solo, y dando un portazo si pillaba alguna puerta desprevenida.

Su familia le consideraba un excéntrico inofensivo, lo que más o menos era verdad. Su padre lo había mantenido, resignado con la creencia de que padecía una enfermedad mental consecuencia «de los porros». El hombre murió en 1990, poco después de que lo

hiciera su esposa, y le dejó en herencia el piso y una asignación mensual que gestionaba su hermano menor, que seguía al frente del despacho de abogados. Una vez a la semana, Carlos comía con él y con sus sobrinos, y todo iba más o menos bien si no salía el tema de la política.

Por supuesto, su hermano había intentado llevarlo al psicólogo, a veces bajo la amenaza de retirarle la asignación, pero Carlos nunca aguantaba más de dos o tres sesiones.

—¡Me quieren lavar el cerebro! ¡Yo estoy bien! ¡Soy la única persona cuerda de España!

—Carlos, ¿cómo vas a ser el único cuerdo de todo el país?

—Tienes razón. Seguro que hay más, pero no los encuentro.

Rojo seguía bajando de vez en cuando, con medidores o con aparatos escondidos en los bolsillos o en alguna mochila, y también con móviles cuando más tarde aparecieron. Nada, no funcionaban. El piso seguía anclado en 1973.

El doctor le intentó hablar de los móviles, justamente, y de internet, y de las televisiones con pantalla plana, y de los ordenadores portátiles, pero a Carlos le daba igual. Consideraba que todo lo que Rojo le contaba sobre el futuro o el presente no eran más que fantasías o, peor, trucos franquistas para reducir la única resistencia antifascista que quedaba en España, que era él. Que le hablasen de internet o de teléfonos de bolsillo, o incluso que se los mostraran en la bodega, para él era como cuando en *Star Trek* hablaban de teletransportarse. Paparruchas. Historias para cerebros reblandecidos. Distracciones para desviarnos de la verdad, que debería ser obvia para cualquier adulto que no tuviera el cerebro sorbido por la propaganda falangista y la publicidad yanqui.

Carlos, por supuesto, no estaba siempre enfadado y si no se hablaba de Franco era una persona culta y divertida. Estaba contento con su asignación, con sus visitas a las casas okupa y con los textos que escribía en la misma vieja Olivetti de siempre. La tecla M se rompió y Rojo le trajo un repuesto de 1980, lo que le permitió constatar que las piezas mecánicas posteriores a 1973 funcionaban y que el bucle temporal afectaba a ondas, campos, datos y conexiones.

En 2002 una pequeña editorial medio anarquista se interesó por los escritos de Carlos y decidió recopilarlos y publicarlos. Fue un éxito moderado, favorecido por las extravagantes entrevistas en radios de barrio y webs antisistema, en las que insistía en que Franco seguía vivo, «pero de verdad, yo ya no sé cómo decirlo», y en las que acusaba a los periodistas de participar en el complot y de tapar la información real con propaganda franquista, «de forma literal: debajo de vuestros programas de televisión está la verdad».

A pesar de que Carlos insistía en que «de forma literal» era una expresión también literal y no metafórica, a esta frase se le daba la misma literalidad que a «debajo de los adoquines está la playa».

—Que no, que va en serio. Venid a casa y poned la tele, así veréis lo que digo.

—¿Qué piensas del peligro del terrorismo internacional?

—Eso no existe. Forma parte del complot. ¿Cómo van a impactar dos aviones en dos rascacielos? Quieren desviar nuestra atención con efectos especiales. Lo importante es recordar que Franco sigue vivo.

—¿Quieres decir que el terrorismo es otra expresión del capitalismo totalitario del que hablas en tu libro?

—No, quiero decir que Franco está vivo.

—¿En nuestros sistemas políticos?

—¡No! ¡En su casa!

—¿En casa de quién?

—En la de Franco, coño, que no es tan difícil.

—Ah, la Casa Real en realidad es una herencia del franquismo.

—Mira, déjalo, no quieres escucharme, eres otro agente del fascismo, no sé si por voluntad propia o porque eres un imbécil, pero en cualquier caso yo no voy a perder más el tiempo.

Después del primer libro vino una segunda antología en 2006 y una tercera en 2010. En 2015 publicó un ensayo titulado *Franco sigue vivo* en el que resumía sus ideas principales (que Franco seguía vivo) y que se leyó, para su exasperación, como una crítica novelada del capitalismo contemporáneo, en la que se preguntaba qué pasaría si Franco siguiera vivo.

—Creo que no voy a escribir más —le dijo a Rojo—. Nadie me cree.

—Al menos te diviertes.

—Todo esto no me da más que disgustos.

—¿No crees que Franco ya ha muerto? Tendría más de ciento veinte años.

—Puede que sí, que ya esté muerto, pero eso no es importante. Lo importante es que no murió en 1975.

Lo peor vino durante la pandemia. No es que Carlos no creyera en los virus ni en las vacunas —no era ningún idiota—, es que no se enteró de nada. Rojo se lo intentó explicar: le trajo mascarillas en cuanto pudo y le dejó en la puerta periódicos que no leyó.

—Eso es propaganda.

—Esta parte no.

—¿Cómo me puedo creer estas páginas si el resto son mentira?

Durante el confinamiento salía de casa con tanta desfachatez que incluso lo arrestaron en dos ocasiones. Aunque más que por salir, fue por intentar agredir a los agentes. Se contagió durante los peores meses y, tras un par de semanas en cuidados intensivos, falleció.

Después de la pandemia, su hermano vació el piso sin saber muy bien qué hacer con él y, al cabo de un par de años, se lo vendió a Pedro y a Amira.

Una editorial nada independiente y nada anarquista compró los derechos de sus obras y reeditó los artículos en tapa dura. También su ensayo, *Franco sigue vivo,* pero lo publicó en una colección de ciencia ficción, con una faja que hablaba de «una novela que ya es un clásico de las distopías políticas».

Pedro y Amira no parecían muy convencidos por lo que les acabábamos de contar:

—No entiendo qué tiene que ver lo del loco ese con el piso —dijo él.

—Aparte de que con él ya no funcionaba nada. Igual lo deberíamos hablar con el dueño. Podemos revertir la venta, si contamos esto, que ya lo sabía o lo debía de saber. En caso de juicio, ¿vosotros testificaríais?

Intentamos explicarles que no se trataba de eso, o no solo de eso. ¿Pero de qué se trataba? No aportábamos soluciones, solo ofrecíamos explicaciones confusas, parciales e imposibles de demostrar, al menos de momento. ¿Y qué íbamos a decir en un juicio? ¿Que todo venía de que el doctor Rojo había viajado en el tiempo, un detalle que habíamos dejado al margen para no parecer demasiado zumbados?

***

La doctora se cruzó en el rellano con su vecino de enfrente, el que le había dado el pésame después de cotillear en el piso en blanco y negro, y aprovechó para preguntarle casi a bocajarro por su piso. Ella ya tenía una idea de lo que pasaba, porque ya lo habíamos leído en las notas, pero no acababa de entender una serie de cálculos muy básicos que concluían con una nota que decía que todo había salido bien con Marcos: «No muy bien, pero bastante bien, tal y como se esperaba».

Marcos sonrió y le preguntó si tenía una moneda encima. La doctora sacó una del bolsillo y, siguiendo sus instrucciones, la arrojó al aire diez veces: sumó seis cruces y cuatro caras.

—Ahora ven conmigo —abrió la puerta de casa y la invitó a pasar al salón, y ella aceptó la invitación sin subir al cuarto piso y avisarme, a pesar de que había sido solo un momento y nos habríamos enterado los dos y no le habría hecho contármelo luego, pero en fin, qué le vamos a hacer, tampoco es como si pudiera ir con exigencias, pero lo habría agradecido, la verdad—. Elige: ¿cara o cruz?

—Cara.

—Tira la moneda diez veces.

Salieron ocho caras.

—¿Lo ves?

—No, la verdad. Tampoco es tan raro.

—Vuelve a probar.

Salieron siete caras. Lo hizo una vez más y salieron ocho caras de nuevo.

—Ahora elige cruz.

—Vale.

—Pero dilo, por si acaso. No sé muy bien cómo funciona.

—¿Cómo funciona el qué?

—Lo que me dijo tu padre.

—Pues cruz.

Salieron ocho cruces. Luego nueve. Luego seis.

—Este piso da buena suerte —dijo Marcos—, pero solo un poco.

O, dicho con el lenguaje de su padre, las probabilidades cuánticas colapsaban de acuerdo con las condiciones impuestas por el observador.

Intento explicarme con un ejemplo clásico: ¿la luz es una onda o una partícula? Pues depende, según el experimento de la doble rendija:

Supongamos que lanzamos fotones de uno en uno contra una pantalla con dos rendijas, tras las que hay una placa fotográfica. Encontraremos una figura de interferencia: franjas brillantes y oscuras en la placa, como si hubiéramos arrojado dos piedras a un estanque y las ondas de una se cruzaran con las de otra.

Es decir, la luz es una onda y no una partícula.

Sin embargo, si en el experimento incluimos detectores en las rendijas para saber por dónde pasa cada fotón, la luz no forma el patrón de interferencia, sino que se comporta como una partícula y pasa solo por una de las rendijas de forma discreta, por lo que no encontramos el patrón de ondas, sino el de fotones arrojados por aperturas diferentes. Es decir, una mancha borrosa y sin rayas.

Es decir, la luz es una partícula y no una onda.

Cuando medimos el comportamiento de la luz, influimos en este comportamiento: si preparamos el experimento para captar ondas, captaremos ondas, pero si lo preparamos para capturar partículas, obtendremos partículas. Cuando medimos, por ejemplo, la posición de una partícula, cambiamos su estado porque la medición implica añadir o quitar energía. O, como escribe Richard Feynman en su *Seis piezas fáciles,* «si un aparato es capaz de determinar por qué

agujero pasó el electrón, *no puede* ser tan delicado que no perturbe la figura de una forma esencial». El experimento interfiere en el experimento.

Hasta donde sabemos, no se trata de un defecto de los cálculos o del instrumental, sino de una propiedad intrínseca de la materia a nivel cuántico, que es una frase que se nota que es científica porque incluye tres palabras esdrújulas (sin contar «científica»). La luz no es ni onda ni partícula, sino que es onda y partícula. Hay una superposición de estados.

A nivel atómico, todos los resultados son probabilísticos. No podemos saber a ciencia cierta si una partícula está en una determinada posición, solo la probabilidad de que lo esté, ya que hay un límite en nuestras mediciones y vamos a influir en los resultados de una forma u otra. Por supuesto, no todos los resultados son igual de probables: si diseñamos el experimento para averiguar si la luz se comporta como un camión de mercancías, no obtendremos como resultado que se trata de un Scania de la Serie R. Otro ejemplo: en teoría, hay una probabilidad de que todos mis átomos aparezcan de repente en Marte, pero es tan minúscula que podemos asegurar que nunca pasará tal cosa.

Pero me desvío: a niveles macroscópicos, lo normal es que haya una decoherencia cuántica y las funciones colapsen en un único resultado. En el piso de Marcos, la coherencia cuántica se mantenía más allá de lo habitual, a niveles macroscópicos y no solo cuánticos, y la influencia del observador provocaba la decoherencia en favor del resultado que se esperaba observar, del mismo modo que, según cómo configuremos el experimento, la luz se puede detectar como una onda o como una partícula.

Lo que no tenía claro el doctor Rojo era cómo ocurría esto. ¿Cómo influía el observador y en qué? Hizo varios experimentos. Con dados, por ejemplo. También funcionaba con otras pequeñas cosas: la tostada nunca caía por el lado de la mantequilla y en todas las chaquetas del invierno pasado había entre uno y siete euros en los bolsillos.

A veces no funcionaba, sobre todo cuando había dos observadores que buscaban resultados diferentes: si Rojo y Marcos jugaban al

dominó o al chinchón, a ninguno de los dos le iba mejor que al otro. Al menos, en lo que se refería a la suerte: Marcos jugaba mejor que el doctor allí y en la bodega. Pero hacer un solitario era cuestión de dos o tres minutos, lo que se tardara en ir sacando las cartas.

En cualquier caso y cuando vio que funcionaba, aunque no supiera cómo, Rojo le propuso a Marcos un plan: apostar a la lotería.

—Le dije que ya había probado, pero que no servía de mucho: normalmente me tocaba el reintegro o quizás un par de euros. O pesetas, mejor dicho, porque por entonces aún no había euros.

Al padre de la doctora Rojo no le costó convencerle para intentarlo, sobre todo porque no tendría que poner ni un euro (bueno, ni una peseta). El doctor invirtió sus ahorros en un plan lento, de rentabilidad variable y escasa, pero continuada, y le dio un porcentaje a cambio de dejarle usar su piso para apostar y de no contárselo a nadie.

La solución del doctor era invertir a lo grande, o a lo más grande que se pudiera permitir, e ir incrementando el valor de las apuestas. Aunque ganara poco cada vez, algo ganaba.

La primera semana puso 98.000 pesetas en la primitiva, lotería y quinielas, que rellenaba al tuntún en casa de Marcos.

La segunda semana subió la inversión a 117.000.

La tercera semana ya eran 141.000.

En un mes consiguió más de 180.000.

En tres meses tenía medio millón de pesetas (unos tres mil euros) que usó, añadido al piso, como aval bancario para pedir un préstamo de cinco millones.

—No recuerdo exactamente la cifra que consiguió, pero en medio año tenía como veinte millones de pesetas de los que me dio dos, cosa que me pareció estupenda porque solo venía un par de horas a la semana a rellenar boletos. Siguió jugando, pero todo el dinero lo invertía en comprar los pisos del edificio que no quería nadie y que por eso estaban tan baratos. Tu padre me dijo que quería comprar todo el edificio o, al menos, los pisos que daban problemas. Como inversión era un desastre porque nadie va a comprar un piso en blanco y negro. Ni siquiera tenía muchas esperanzas de arreglar el problema. Solo quería entenderlo, me dijo.

Después de un par de inspecciones de Hacienda, decidieron plantarse. Hacienda no encontró nada raro, claro, pero a los inspectores les parecía extrañísimo que hubiesen ganado millones de pesetas con miles de apuestas cada semana.

—Tu padre les dijo que actuábamos como una peña, aunque solo fuéramos dos, y acabó convenciéndoles después de mostrarles unos cálculos en un folio. Creo que se los inventó todos sobre la marcha. Pero en fin, decidió no correr más riesgos. Yo metí mi parte en bolsa y me fue bien porque viene a ser lo mismo que la lotería, aunque sin reglas tan claras. Al final acabé viviendo de rentas. Se lo recomendé a tu padre, pero no sé si llegó a hacerlo.

—Qué va. Imagino que usó lo que iba ganando para comprar más pisos.

Cuando falleció, el doctor le había dejado en herencia a su hija:

1. El primero segunda, un piso mucho más pequeño que el resto, con un solo dormitorio. Era donde se había instalado Jorge.
2. El primero cuarta, donde todo se veía borroso.
3. El segundo cuarta, donde había colores de más, colores que la doctora no sabía ni que podían existir, pero que al cabo de unos pocos minutos causaban náuseas y migrañas.
4. El tercero cuarta, que era todo en blanco y negro.
5. El cuarto cuarta, el psicodélico.
6. Y su piso, claro.

El entresuelo cuarta se le escapó. El efecto era más suave y solo provocaba cierta confusión al ver algunos colores al límite, y lo más que provocaba eran discusiones sobre si un jersey, por ejemplo, era blanco y dorado o azul y negro.

***

Berta y Alberto no tardaron en llegar a un acuerdo lógico: de día mandaba ella y cuando anochecía, él se encargaba de tomar el mando. Cuando Berta estaba al frente Alberto no se asomaba a su consciencia, a no ser que Berta se lo pidiera y al revés.

No era fácil: un olor, por ejemplo, el de un arroz que estaba preparando Berta, le podía recordar a Alberto una comida con amigos, sin que él pudiera hacer nada para evitarlo, y el recuerdo se materializaba en la mente de Berta, que pasaba a echar de menos a gente que no conocía y a reírse de anécdotas que no había vivido. Esto también le recordaba a Alberto algo doloroso: él había vivido una línea temporal a la que no tenía acceso salvo en ese piso. Si se encontrase con sus amigos, en caso de que existieran en esta línea alternativa o mundo paralelo, no podría decirles nada porque no se acordarían de él.

El trato podía parecer injusto ya que Alberto se pasaba gran parte de sus horas durmiendo. Pero, por otro lado, Berta tenía que trabajar, así que al final una cosa compensaba la otra. Además, si bien Berta disfrutaba de los días más largos del verano, Alberto celebraba la llegada de octubre y de las tardes a oscuras que le permitían salir cuando todo seguía abierto y, por ejemplo, probarse algo de ropa en lugar de comprarla por internet y descubrir que las mangas eran demasiado largas o que ese azul no era tan claro como en la foto. Aun así, Alberto se peleaba todo el año por quedarse despierto lo máximo posible y Berta le maldecía cuando al día siguiente tenía que ir a trabajar medio dormida, como un zombi o, peor, era incapaz de salir de la cama antes de las doce durante los fines de semana.

Tras el confinamiento por la pandemia, que les ayudó a acostumbrarse a lo que les estaba pasando, Berta conoció a un chico. Normal, claro, tenía que ocurrir en algún momento: fue a comer con unos amigos y uno de ellos fue acompañado de su hermano. Empezaron a hablar, se gustaron y tras un par de citas diurnas (un sábado de vermut y una mañana de bicicleta por Collserola) acabaron cenando en casa de él. Siempre era en casa de él.

Berta avisaba a Alberto y él le cedía unas horas para que ella pudiera salir cuando aún había luz y no tener que regresar hasta la mañana siguiente. A cambio, ella le devolvía esas horas a su yo alternativo, que aprovechaba las noches todo lo que podía. Alberto venía de una línea temporal diferente y no tenía amigos que lo

recordaran, pero contaba con la ventaja de ser muy extrovertido, mucho más que Berta. Tanto, que tras dos o tres noches ya estaba más o menos integrado en un par de grupos con los que coincidía en un par de bares y a los que había explicado historias absurdas sobre otros amigos que lo habían dejado plantado. Además, Alberto tenía éxito entre las mujeres y algunas mañanas despertaba en cama ajena, disfrutando de la luz del amanecer mientras recogía su ropa.

Las dificultades llegaron a pesar del acuerdo y los pequeños tratos. No solo por los conflictos entre Alberto y Berta, cuyas agendas y planes chocaban, sino por el hecho de que ninguno de los dos llevaba nunca a nadie a su casa, lo cual generaba suspicacias, aunque fueran leves, en sus parejas. El ya novio de Berta preguntó y ella le dijo que «bueno, es que, verás, acabo de mudarme y el piso aún está medio vacío». Él no insistió:

—Qué más me da —dijo—, solo era por curiosidad. ¿Te parece raro?

—No, qué va, no me parece raro.

—Te parece raro.

—No, de verdad, más cómodo para mí.

Berta se agobió: «¿Y si piensa que no le invito porque me da miedo comprometerme? ¿Y si cree que me estoy aprovechando? ¿Pero aprovechando de qué, si yo gano más que él? A lo mejor le parezco una tacaña. O cree que vivo en una cochiquera…»

Total, que un día acabó invitándole a comer. Y salió bien, aunque tuvo que inventarse una excusa para echarlo a media tarde.

Durante esa época Alberto empezó en serio con una chica que había conocido en la barra de una discoteca, y tuvo que pedir permiso a Berta para hacer algún plan de día y no parecer un crápula incapaz de salir de casa antes de las diez de la noche. La mecánica era complicada: Alberto tenía que madrugar para salir del piso cuando aún era de noche y quedarse todo el día dando vueltas por la ciudad. Si ponía un pie en casa y el sol aún no se había puesto, pasaba a ser Berta. Eso le hacía llegar agotado al plan que fuera, que intentaba que fuera un *brunch* de esos, por rabia que le dieran, o un vermut, porque a ver quién aguanta hasta las cinco dando paseos para luego meterse en el cine.

Su novia le preguntó por su casa, y él le dio las mismas respuestas. Hasta que acabaron allí una tarde porque, en fin, estaban cerca y para qué desaprovechar la oportunidad, si ya se había puesto el sol y Alberto estaba molido (la *app* del móvil le marcaba treinta mil pasos). Y salió bien, aunque tuvo que inventarse una excusa para echarla poco después de cenar y no arriesgarse a quedarse dormido hasta el amanecer.

Pero uno de los dos se iba a equivocar y la iba a liar.

Era otra de esas cosas que tenía que pasar en algún momento.

Fue Berta.

Podría haber sido cualquiera de los dos y, de hecho, lo acabaron siendo ambos.

Pero alguno tenía que ser el primero y la primera fue ella.

Ocurrió lo que tenía que ocurrir: una tarde de viernes se confió, se relajó, dejó de mirar el reloj, se quedó dormida después de comer y despertó cuando ya había anochecido.

Se dio cuenta nada más abrir los ojos. Estaba tapada (tapado) con una manta en el sofá, de espaldas a su novio… Bueno, al novio de Berta, que veía la tele con una mano apoyada en su muslo… Bueno, el muslo de Alberto. Pero no sabía qué hacer. ¿Podía pedirle que se fuera sin moverse?

No hizo falta que hiciera nada. Su novio se dio cuenta de que estaba despierta, es decir, despierto, se inclinó sobre ella (él, vaya) para darle un beso en la mejilla y se encontró con la mejilla de un chico llamado Alberto, aunque él, claro, aún desconocía su nombre.

La escena rozó lo absurdo. Alberto se temía lo peor, que el novio de Berta se pusiera violento aunque, en fin, podía con él, o eso creía. Pero ocurrió lo contrario, que en realidad era lo más natural, dadas las circunstancias: el chico se asustó. Pegó un grito y dio un bote y cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra la mesilla de centro. Probablemente se hizo daño, pero ni él ni Alberto lo notaron porque se puso a gritar como si hubiera visto una cucaracha, para luego callar de repente e intentar ponerse duro, sin que le saliera muy bien, sobre todo porque lo que sí le salió fue un gallo.

—¿Qué has hecho con Berta? —«Bert-aAha»—. ¿Dónde está?

Alberto logró calmarle, un poco, lo justo para intentar explicarse: «Verás, cuando se pone el sol, Berta y yo nos intercambiamos, por decirlo de algún modo…». Por supuesto, el novio de Berta no entendía nada. «¿Cómo? ¿Qué es esto? ¿Una versión de barrio de *Ranma ½*?» Alberto le contó cosas que solo podía saber Berta, pero eso volvió a enfadar al novio porque ahora estaba convencido de que Alberto la tenía escondida en algún lado y le había sacado esa información, aunque no sabía ni cuándo ni cómo.

—¿Me has echado algo en la bebida?

—¿Pero para qué iba a hacer eso?

—Yo qué sé, tú sabrás, tú eres el asesino.

El novio de Berta se puso en plan Sherlock Holmes y creyó descubrir un plan en el que Alberto había aprovechado uno de sus paseos al baño para hacer lo que empezó a llamar «el cambiazo», lo que incluía, al parecer, vestirse con la ropa de su novia porque, claro, aún la llevaba puesta.

Alberto le propuso ir a hablar con la doctora para que se lo explicara todo.

—¿La doctora?

—Sí, pero de Física, no de Medicina. Su padre murió hace poco. Aunque no sé si estará en casa porque no vive aquí.

—Voy a llamar a la policía.

Aquello puso de los nervios tanto a Alberto como a Berta, que estaba atenta a todo desde su rincón. Ninguno de los dos quería volver a pasar por la situación del hospital, y hablar con policías y con unos padres que no sabían quién era Alberto, a lo que se sumarían las teorías del novio de Berta, convencido de que habían hecho algo, lo que fuera, con ella.

Alberto fue a la cocina y cogió un cuchillo y esparadrapo mientras el novio de Berta buscaba su móvil.

Berta le pidió a Alberto que por favor no le hiciera daño, con tanto empeño que a Alberto le empezó a doler la cabeza.

No hizo falta hacerle nada: cuando el novio de Berta vio el cuchillo de chef de Ikea, soltó el teléfono, se calló y se dejó caer sobre el sofá.

Aunque estaba calladísimo y bastante caído, Alberto le puso esparadrapo en la boca y le ató manos y piernas. «Tranquilo», le dijo, «en cuanto amanezca te suelto. Ahora vamos a ver otro capítulo de *Succession*». Cogió el mando y encendió la tele.

Cuando estaba a punto de amanecer, Alberto despertó al novio de Berta, que tenía miedo, pero al parecer también mucho sueño.

—Ahora mírame y lo entenderás todo. Bueno, a ver, no entenderás nada, todavía no lo entiendo ni yo, pero al menos sabrás qué ha pasado.

El sol salió y Alberto se convirtió en Berta.

Fue cosa de un momento —tampoco esta vez hubo transformación, simplemente se movió una sombra, hubo un pestañeo y ya estaba todo hecho—. Era como cuando un mago transforma una carta en otra o como cuando Jorge bajaba las escaleras y aparecía en el cuarto piso.

Berta le quitó el esparadrapo a su novio, que estaba muy quieto.

Su novio empezó a hablar y a lanzar todas las preguntas que se le ocurrían.

Parecía especialmente preocupado por saber quién era «la persona original», si ella era una mujer que de noche se convertía en hombre o si era un hombre que de día se convertía en mujer. «¿Eres trans?», le preguntó. «No pasa nada si eres trans, pero creo que merezco saberlo». Berta le dijo que no era trans y su novio le preguntó si era no binaria, y Berta le dijo que tampoco, que en todo caso ella era más binaria que nadie, la más binaria de la historia, «no hay nadie más binaria que yo, te lo aseguro», y le intentó explicar lo mejor que pudo la superposición de líneas temporales. Pero no era fácil. «¿Quieres que subamos a hablar con la doctora?». Dijo que no, que solo quería intentar dormir un poco.

Durmió tres horas más y se fue sin despertar a Berta, que también estaba agotada.

Estaba tan agotada que despertó cuando aquel domingo por la mañana ya se había convertido en domingo por la noche y llamaba a la puerta la novia de Alberto, quien ni siquiera recordaba si había quedado con ella y, con el lío y el cansancio acumulado, cometió el

mismo error que Berta solo unas horas más tarde: se quedó dormido al lado de su novia, que pasó la noche en casa por primera vez.

Berta se dio cuenta de lo que sucedía nada más abrir los ojos. Sabía que estaba en la cama, tapada con la colcha y de espaldas a su novia… Bueno, a la novia de Alberto, que ya se desperezaba y estiraba los brazos. No sabía qué hacer. ¿Podía poner voz de hombre y pedirle que se fuera un momento? ¿Podía enrollarse el edredón y meterse en el baño?

No hizo falta que hiciera nada. Su novia se dio cuenta de que estaba despierto, es decir, despierta, se inclinó sobre él (ella, vaya) para darle un beso en la mejilla y se encontró con la mejilla de una chica llamada Berta, aunque ella, claro, aún desconocía su nombre.

El resto de la escena también fue parecido a la precuela: gritos y preguntas, incluyendo una caída de la cama, pero Berta estuvo algo más ágil, suponemos que gracias a la experiencia acumulada.

—Perdona, soy Nuria, la hermana de Alberto.

No dijo Berta porque no se le ocurría nada más ridículo que dos hermanos llamados Berta y Alberto. En cualquier caso, funcionó y el miedo dio paso a la indignación:

—Pero cómo te metes en la cama, pero qué haces, menudo susto. Tú eres imbécil y tu hermano es más imbécil aún.

—Lo siento, llegué de madrugada de Londres y mi hermano me dijo que me acostara, que él tenía que irse a trabajar. No me avisó y yo estaba tan cansada que no me di ni cuenta de que había alguien.

—Joder, tía, qué susto.

—¿Quieres un café?

—¿A trabajar en domingo?

—Sí, ya ves. Voy a hacer café.

***

La señora Szabó volvía al médico a menudo. Ella se encontraba sanísima, pero acompañaba a alguna vecina del barrio al centro de salud a recoger sus recetas y aprovechaba para hacer una consulta de esas que todos tenemos, pero nos da pereza hacer: si nos duele

la cabeza, nos tomamos un ibuprofeno, y si nos pica mucho el brazo, nos ponemos alguna crema que haya por casa, incluso aunque haya caducado porque, en fin, la fecha es solo una recomendación, ¿no? Pues ella iba y le preguntaba todo eso a su médico.

Él, ya acostumbrado, recomendaba cremas y analgésicos sin receta, y Gizella le daba las gracias, aunque la mayor parte de las veces ni siquiera llegaba a poner en práctica esas recomendaciones. En una ocasión él le preguntó por sus visitas y le sugirió que no le hacían falta porque estaba más sana que un roble, y ella le dijo que solo lo hacía por acompañar a sus amigas, pero no era difícil adivinar que le resultaba halagador encontrarse con aquel doctor tan joven, al menos a sus ojos, que se sentía intrigado por lo bien que se conservaba, como ella nos confesó cuando le preguntamos.

—Usted debería hablar con vecino mío, también doctor. Vecino mío siempre decía que soy caso de estudio y viene al piso a hacer pruebas.

Dicho así, el médico se extrañó, y no era para menos porque a pesar de la sonrisa de inocencia que siempre lucía la señora Szabó, sonaba casi sórdido.

—¿Qué clase de pruebas?

—Trae aparatos extraños y mide cosas. Él dice que casa diferente y por eso yo tan joven. Será una nevera, ¿no?

—¿La casa?

—Sí, el dice que edificio lleno de cosas raras.

—¿Pero es un doctor de verdad? Suena a *Los cazafantasmas.*

—¿Cazafantasmas?

—La película.

—Ah, no voy al cine desde hace cincuenta años. Pero él no es doctor de verdad, como usted. Él es doctor en Física.

El médico se sintió intrigado y le pidió a la señora Szabó que se lo presentara, cosa que ocurrió unos días más tarde en su piso, después de que ella a su vez invitara a su vecino a tomar café. Rojo accedió encantado y le contó al médico lo que sabía, aunque no se atrevió a hablarle de viajes en el tiempo y lo dejó en que no sabía por qué pasaba todo aquello. Estamos hablando de 1994, apenas un

año después de su viaje, por lo que en realidad no sabía mucho aparte de que había roto algo en 1973.

—¿Pero esto es cierto?

—A mí me lo ha explicado varias veces, pero creo que doctor Rojo estar un poco mal de cabeza.

—Sé que suena extraño, pero ¿de qué otra forma puede explicar el estado de salud de la señora Szabó?

—Alguna otra explicación habrá. Podríamos hacer algunos análisis…

—No, yo no más pruebas. Análisis anuales y ya está, que estoy muy mayor para trajín.

—Pero es que justo hablamos de eso —insistió Rojo—: usted no está mayor para nada. Usted está estupenda.

—Gracias, usted muy amable.

—No es por decir. Mire esa foto de allí, esa en la que está con su marido.

—Sí, esa fue cuando compramos el piso.

—Ahí tenía setenta y tres años. Ahora tiene noventa y cuatro. Y parece más joven.

—Bastante más joven —apuntó el médico.

—Estoy parecida. Buenos genes, pero vieja.

—Según mis cálculos —siguió Rojo—, usted rejuvenece algo menos de un año por cada año que pasa aquí. Es decir, no solo no envejece, sino que su reloj atrasa unos ocho o nueve meses extra. Esto es un poco a ojo, y basándome en las fotos y en lo que pasa con las manzanas, las moscas del vinagre y unos hongos que…

—¿Hongos en mi casa?

—Ya me los llevé, no se preocupe. El caso es que calculo que ahora mismo su cuerpo tiene unos sesenta años.

—Podríamos decir lo mismo de los resultados de sus análisis —añadió el médico.

Rojo y Esteban insistían en la necesidad de hacerle más pruebas, pero ella se negaba: «No quiero ser conejillo de indias. Pueden venir a piso cuando quieran y yo preparo café». Rojo y Esteban le tomaron la palabra, pero para escándalo de la señora Szabó trajeron más moscas del vinagre y algunos gusanos (bien guardados, pero en

cajas de plástico transparente) y comprobaron cómo en apenas unas horas rejuvenecían, aunque sin llegar al estado larval ni, desde luego, volver a ser un huevo. Quisieron traer un gato o un perro, pero Gizella se negó en redondo: «No experimentos con animales. Moscas y yo, ya suficientes animales».

—Esto es maravilloso —decía Esteban—. Si descubrimos lo que está pasando, podríamos encontrar el mecanismo de la juventud eterna. Y no solo la juventud: la comida no se pondrá mala, los aparatos electrónicos no se estropearán, la ropa no se echará a perder…

—Aparte de las implicaciones económicas, en las que no pienso entrar, no es tan sencillo —explicaba Rojo—. Este piso incumple las leyes de la física. Podríamos acabar con el universo.

—Pero recuperaría mi pelo. ¿Puedo dejar de ser calvo y luego nos preocupamos por el universo?

Con la excusa de evaluar su estado mental de forma más o menos sibilina —que se ponía a sí mismo porque a ella le daba igual—, Esteban iba de vez en cuando y por su cuenta a casa de Gizella a charlar. Le preguntaba, claro, por su larga vida y quedó fascinado por sus historias de entreguerras y su huida de Hungría. Luego las comentaba con el doctor Rojo con la excusa, a su vez, de confirmarle que su estado mental también era el que correspondía a su edad física y no al de una mujer que se acercaba al siglo de vida.

—Recuerda perfectamente la noche en la que los nazis llegaron a la República Checa —le contaba a Rojo—. La familia se tuvo que quedar dos semanas allí hasta que pudieron viajar a París. Durísimo.

—Ah.

—En París se quedaron con la familia de su madre, a la que en realidad no conocían de nada. Resulta que alguno de ellos también era muy antisemita, sobre todo una tía suya que la llamaba «ma petite juive». Ella entonces ya tenía casi cuarenta años, pero la llamaba así, ma petite juive. Es tremendo, ¿no?

—Sí, quizás, no sé…

—Y la memoria, perfecta. Tenía unos cuarenta años durante la Segunda Guerra Mundial y mírela. Me recitó uno de los poemas de su libro. Precioso.

—¿Pero sabes húngaro?

—No, ni una palabra, pero luego me lo tradujo. Era sobre el Danubio. Dicho así, suena casi a topicazo: una poeta húngara escribiendo sobre el Danubio, pero es un poema con imágenes muy novedosas… Para los años treinta, claro.

—No sé nada de poesía…

—Ni yo, pero lo importante es que se acuerda de todo. También de lo más reciente. Sabe perfectamente qué cenó anoche o qué hizo el pasado domingo.

—Yo no recuerdo qué cené anoche. Bueno, sí, porque siempre ceno lo mismo.

—Pues ella no cena siempre lo mismo y se acuerda. Tiene la mente afiladísima. Pero está claro que luego tiene cosas de señora mayor, como lo de ir con sus amigas a pasar la tarde en la sala de espera del médico. Y tampoco ha probado el *sushi.*

—Ensalada, eso ceno siempre.

—Ella también cenó ensalada.

—Esteban.

—Dime.

—¿Te estás enamorando de la señora Szabó?

—¿Qué? No, por favor, no seas ridículo. Estoy casado.

—Ya.

—Y ella tiene casi cien años.

—Pero aparenta cincuenta y muchos.

—Y yo tengo cuarenta y tres.

—En cuatro o cinco años estaréis más o menos a la par.

—No, no. Es ridículo. Solo estoy fascinado con este caso. A lo mejor te puedo ayudar con otros vecinos.

Rojo le tomó la palabra y ambos intentaron hablar con Carlos, que en menos de dos minutos les echó del piso tras acusarles de ser espías fascistas, y con los Mas, que tampoco los trataron mucho mejor. Hubo más suerte con Marcos, claro, que se dejó hacer y pinchar, aunque aquí el médico sirvió de poco: la suerte del piso no se trasladó a los resultados de sus análisis.

—Tienes el colesterol un poco alto.

—Vaya.

—Y el azúcar… Y no deberías fumar.

—Lucas, no vuelvas a traer a este tío a casa.

Esteban siguió visitando a la señora Szabó incluso después de que Rojo dejara de hacer experimentos porque ya tenía claro qué pasaba, aunque no cómo arreglarlo ni si se podía arreglar. Estas visitas eran inocentes, al menos al principio: tomaban café en el piso de ella o en alguna de las cafeterías del barrio. Alguna vez fueron al cine con la excusa de que ella llevaba décadas sin pisar una sala. También la llevó a probar *sushi,* que al principio le desagradó y luego le acabó gustando. Y la relación dejó de ser la de Esteban como médico que hacía preguntas trampa para saber si estaba ante una mujer de cincuenta años o de casi cien, para convertirse en una relación de amistad en la que uno y otro se contaban sus historias: ella sobre su marido y su hija, una hija que parecía mayor que ella, y de su nieta, una nieta que no tardaría en acercarse a la edad que ella aparentaba, y él sobre su matrimonio en crisis y de cómo su trabajo le dejaba quemado y al borde de dejarlo todo y de meterse en alguna farmacéutica a vender medicamentos, o en una consulta privada a curar verrugas.

—Ahora se habla del bótox. La gente se inyecta una toxina que inmoviliza los músculos de la cara para parecer más joven. Igual me dedico a eso en cuanto lo aprueben, y así me olvido de la consulta.

—Qué locura.

—Claro, para ti es fácil decirlo, lo único que tienes que hacer para parecer joven es quedarte en casa y echarte la siesta.

—No, digo qué locura dejar consulta. Eso es trabajo importante y bonito.

—Ya, supongo… Pero no tenemos medios.

A pesar de lo que Esteban le había dicho al doctor Rojo, un poco sí le gustaba la señora Szabó y, por lo que ya sabíamos de antes, a la señora Szabó también le gustaba Esteban. Su relación era absurda, ridícula: había casi sesenta años de diferencia y él estaba casado. Pero esas diferencias se iban reduciendo poco a poco, como había avisado Rojo. Y no me refiero solo a la edad: como se veía venir y sin que Gizella tuviera nada que ver, al menos de forma ni directa ni exclusiva, Esteban se divorció. Firmó los papeles el mismo

día que se derrumbaron las Torres Gemelas en Nueva York. Se puso especialmente dramático con Gizella cuando la vio unos días más tarde y le dijo que ese atentado era sin duda una metáfora de lo que había ocurrido con su matrimonio.

—Creíamos ser torres inexpugnables, eternas, imperecederas, pero un par de colisiones provocaron que los cimientos se derritieran y…

—No digas tonterías, por favor.

—¿Eh?

—Llevabais años mal. Matrimonio no eran torres gemelas, eran casas de paja de tres cerditos.

—Bueno, pensaba que…

—La poeta soy yo.

—Sí, es verdad.

Aunque no me he divorciado jamás, me imagino que lo peor que puede hacer alguien el día que firma los papeles es besar a otra mujer, pero eso es lo que hizo Esteban justo después de hacer oficial que su matrimonio estaba roto. Besó a una señora de ciento un años que aparentaba unos cincuenta, más o menos los mismos que tenía él, aunque él aparentaba algunos más.

***

Entre los apuntes del doctor Rojo había una cincuentena de páginas, dispersas en varios cuadernos y en algunos folios sueltos, sobre el efecto Mandela.

En 2013, Nelson Mandela falleció tras una vida de activismo por la igualdad de derechos y contra el racismo y el *apartheid,* que culminó con su llegada a la presidencia de Sudáfrica en 1994, tras las primeras elecciones en las que pudieron votar los ciudadanos negros del país. La noticia de su muerte sorprendió a mucha gente que estaba convencida de que había fallecido en la cárcel en los años ochenta.

Con independencia de qué hacían todas estas personas en lugar de ver el telediario y leer el periódico durante los ochenta y los

noventa, y de que además en su mayoría eran estadounidenses —detalle importante—, este «efecto Mandela» es interesante porque se trata de un ejemplo de recuerdo falso colectivo y no solo personal.

Todos tenemos recuerdos falsos, sobre todo de nuestra infancia. Hemos de tener en cuenta que reconstruimos nuestros recuerdos cada vez que accedemos a ellos. El cerebro no es una grabadora, sino que selecciona lo que le interesa dependiendo de la atención que le dediquemos y las emociones que nos despierte. Y, además, cuando recordamos algo no apretamos el botón de *play,* sino que volvemos a trabajar sobre esos recuerdos, los reconstruimos de nuevo: a menudo llenamos los huecos con lo que nos contaron que pasó, con lo que pasó en otra ocasión parecida o, peor, con lo que nos gustaría que hubiese pasado. Por eso a veces creemos que recordamos cosas que en realidad solo nos contaron, o que nos gustaría que hubiesen sucedido de otra manera.

Se pueden incluso implantar recuerdos falsos: en un experimento de 2002, unos investigadores preguntaron a gente que acababa de volver de Disney World si recordaban a Bugs Bunny. Un dieciséis por ciento de los participantes aseguraba que sí, lo cual es imposible porque este conejo es de Warner Bros y jamás estaría en un parque de atracciones de la competencia.

En el caso del efecto Mandela, hablamos de un recuerdo falso compartido por mucha gente sobre un evento histórico. Hay más recuerdos falsos de grupo:

- La mascota de *Monopoly* no lleva monóculo.
- Darth Vader nunca dijo «Luke, yo soy tu padre», dijo «no, yo soy tu padre».
- El hombre que se puso frente a los tanques en las protestas de Tiananmen de 1992, en China, no murió arrollado (desapareció más tarde y nunca más se supo de él).
- Si alguien ha visto *Risky Business,* puede que recuerde la imagen de Tom Cruise bailando en camisa, sin pantalones y con gafas de sol. Solo que en esa escena no lleva gafas de sol.
- El intento de golpe de Estado del 23-F solo se retransmitió por la radio. Nadie puede recordar imágenes de televisión en directo, aunque hay gente que recuerda o cree recordar esas imágenes, probablemente porque las confunde con reportajes y documentales posteriores.

· Todos sabemos que lo de Ricky Martin y la mermelada es una leyenda urbana, pero muchos creen recordar que ese programa de *Sorpresa, sorpresa* donde pasó lo presentó Isabel Gemio, cuando fue en la época de Concha Velasco.

Es normal que compartamos muchos de estos recuerdos falsos. No todos, insisto: por ejemplo, cuando comentamos este asunto, la doctora Rojo sabía perfectamente que Mandela seguía vivo hasta 2013 y que el hombre de Tiananmen no murió arrollado por los tanques, pero sí recordaba mal la frase de *El Imperio contraataca.*

Estos recuerdos falsos compartidos tienen mucho que ver con los medios de comunicación y la poca atención que prestamos a lo que no nos interesa. Por ejemplo, Mandela recibió mucha atención durante su encarcelamiento, sobre todo durante las protestas mundiales contra el *apartheid* en los años ochenta y hasta que pudo salir de prisión en 1990. Es fácil entender que alguien que no siguiera la actualidad internacional con un poco de curiosidad, sobre todo un niño o un adolescente, confundiera la atención mediática de su encarcelamiento y liberación con la que recibe un fallecimiento. ¿Por qué hablan tanto de él? Se habrá muerto. Es como cuando ves algún nombre entre las tendencias de Twitter: lo primero que piensas, sobre todo si tiene cierta edad, es que la ha palmado. La atención y la emoción ayudan a recordar, pero el desinterés y la apatía influyen en que no recordemos bien. Y si vives en Estados Unidos, donde tradicionalmente se medio ignora lo que ocurre fuera del país, pues más fácil me lo pones.

El efecto Mandela fue acuñado por una bloguera estadounidense aficionada a los fenómenos paranormales. A lo largo de la década de 2010, un buen puñado de personas con mucho tiempo libre y demasiado receptivas a descubrir patrones que no existen, intentaron buscar una explicación a estos errores de la memoria. ¿Y si no eran una mezcla de desinterés y falta de atención, y en realidad querían decir algo más?

La explicación que había conseguido captar más interés entre los aficionados a las teorías de la conspiración era que estos errores probaban la existencia del multiverso. Por algún motivo, estas personas estaban capacitadas para darse cuenta de las diferencias y captar estas interferencias de otros universos en los que el

millonario con sombrero de copa de la caja de *Monopoly* también tenía un monóculo, como le corresponde a un millonario.

Entre los papeles de Rojo había decenas de correos electrónicos impresos; durante 2017 y 2018 se había escrito, en un inglés casi aceptable, con Toni Sanssouci, un estadounidense de Toledo (Ohio), que había autoeditado un libro sobre el tema: *Parallel Memories, Parallel Universes.* En el libro, que también estaba en una de las cajas, ponía en duda que miles de personas pudieran compartir memorias idénticas. En su opinión había una explicación mucho más sencilla: las líneas temporales del multiverso se superponen y algunas personas pueden experimentar todas o varias de ellas, al menos de forma parcial. Con el entrenamiento y la tecnología adecuadas, se puede incluso viajar entre universos paralelos.

«Creo (¡creo!) que lo he hecho en alguna ocasión, pero sin querer. No soy ESPECIAL, ni mucho menos, simplemente presto más ATENCIÓN que otras personas a estos fenómenos. Por ejemplo, ¿qué es un *déjà vu*? La explicación habitual —la «científica»— es que se trata de un error de la memoria —¿no es extraño que todo sean ERRORES sin dar más DETALLES?—, pero creo que es un vistazo a otro universo en el que eso que estamos experimentando nos pasó antes. Y he tenido viajes más largos. Explico uno de ellos en el libro, como recordará, doctor: estaba en casa, leyendo, y de repente me di cuenta de que NO LLEVABA MIS GAFAS. Soy INCAPAZ de leer sin gafas. Yo no tengo presbicia, la presbicia me tiene a mí. Pero llevaba HORAS leyendo y tomando notas en los márgenes. Las busqué; no estaban por ningún lado: ni en el reposabrazos del sillón, ni en la mesita, ni en el dormitorio, ni en la cocina… Miré incluso EN LA NEVERA —lo confieso: una vez me las dejé allí—. Me senté resignado y en ese momento me di cuenta de que LLEVABA LAS GAFAS PUESTAS. La explicación era obvia: había viajado, al menos durante unos minutos, quizás horas, a un universo paralelo en el que no las necesitaba».

Su teoría era la siguiente: «Todos los humanos somos seres MULTIDIMENSIONALES, aunque hemos perdido la facultad de DESPLAZAR nuestra CONCIENCIA de un universo a otro. Algunos la conservamos y la intentamos ejercitar».

En esta teoría tenía cabida la física cuántica: «La cuántica nos dice que a nivel subatómico todo depende de PROBABILIDADES. Cada PROBABILIDAD se hace REAL en un universo paralelo. EL MULTIVERSO es una masa burbujeante de vida. Tenemos que aprender a DESPLAZARNOS POR ELLA porque en cada una de esas burbujas hay MANIFESTACIONES DE NUESTRA CONCIENCIA. El Toni de un universo paralelo no es otro Toni, es un TONI DESPLAZADO. Soy yo mismo, bifurcado. Yo no accedo a él, ni él a mí, NOS UNIMOS, nos hacemos más fuertes, más sabios, MÁS TONI».

«¿Cuál es EL PROBLEMA? Los gobiernos y las empresas están intentando quedarse con este conocimiento para monopolizarlo y ganar PODER POLÍTICO Y ECONÓMICO. Tenemos que LIBERARLO para LIBERARNOS».

Hay que decir que el libro no solo era delirante, sino además estaba lleno de errores (o quizás trampas para desconcertar): por ejemplo, comentaba que el ratón Mickey no lleva tirantes y sí los lleva. Mientras escribo esto lo he vuelto a buscar en Google y ahí están, dos tirantes rojos sujetos en los dos botones de sus pantalones.

Sanssouci no era físico, ni nada parecido: según cotilleamos también por Google, era el dueño en una empresa de recambios de maquinaria pesada. Escribía que había llegado al efecto Mandela a través de varios «investigadores independientes de YouTube» que le habían abierto los ojos sobre lo que él llamaba «teorías de la verdad», un supuestamente hábil juego de palabras con «teorías de la conspiración». Para Sanssouci, había tres grandes historias que en su opinión estaban en el centro de todo:

1. El Experimento Filadelfia: el 28 de octubre de 1943, el ejército estadounidense hizo una prueba para lograr que el destructor escolta de la Armada USS Eldridge fuera indetectable por los dispositivos de otros ejércitos, pero lo que se consiguió fue teletransportar el barco 600 kilómetros desde los astilleros de Filadelfia hasta el puerto de Norfolk, en Virginia, y traerlo de vuelta. Según Sanssouci, el gobierno quería probar una tecnología capaz de doblar el espacio y el tiempo, de modo que el barco quedara

escondido en una especie de «arruga del universo», como si se tapara con una manta. Desde que empezó a interesarse por los universos paralelos en torno a 2013, Sanssouci defendía que este barco había hecho un viaje de ida y vuelta a otro universo, quizás incluso se había intercambiado con otro USS Eldridge. Rojo le planteó algunas de las dudas habituales, como el hecho de que el USS Eldridge jamás había estado atracado en Filadelfia, pero los conspiranoicos tienen respuesta para todo: o las autoridades habían borrado los registros, o estábamos ante otro caso del efecto Mandela, provocado precisamente por el viaje a otro universo. Como se puede apreciar, el efecto Mandela es un comodín cuando algo no cuadra: se grita «¡efecto Mandela!» y a ver cómo demuestras que no es así.

2. El Área 51: este caso es aún más conocido. Se trata de un complejo del gobierno estadounidense en el desierto de Mojave, en Nevada, famoso por la teoría que defiende que un platillo volante se estrelló en Roswell, Nuevo México, en 1947, y que los restos del platillo y de su tripulación alienígena se esconden en esta base militar. La teoría de Sanssouci era otra: no se trataba de tecnología extraterrestre, sino paralela. O bien llegó un viajero de otro universo, o bien en el Área 51 se está intentando viajar a otros universos o, lo más probable, ambas cosas: el accidente del viajero de otro universo propició las investigaciones en el nuestro. En 2013, Sanssouci publicó varios vídeos en los que aseguraba que la CIA le daba la razón. Exageraba bastante: en 2013, el Gobierno estadounidense desclasificó documentos secretos de la CIA, ocho años después de una solicitud de la Universidad George Washington. En esos documentos se admitía la existencia del Área 51, que hasta entonces se negaba, y se explicaba que en la base trabajaban para desarrollar programas de vigilancia y probar aviones espía U-2 y OXCART. «¡Aviones espía! —gritaba Sanssouci en varios de sus vídeos—. ¡Aviones indetectables! ¡Probablemente LA MISMA TECNOLOGÍA que en el Experimento Filadelfia!».

3. Y el efecto Mandela, al que dedicaba la mayor parte de su tiempo. De hecho, las otras dos teorías apenas ocupaban un par de

capítulos de un libro de más de cuatrocientas páginas.

Sanssouci mencionaba y explicaba más teorías de la conspiración, pero ninguna con tanto entusiasmo como estas tres y todas reducidas a un efecto Mandela más:

- ¿Paul McCartney murió y fue reemplazado por un doble? Claro, pero en otro universo.
- ¿La Tierra es plana? Si hay infinitos universos, tiene que haber al menos uno en el que la Tierra no sea redonda.
- ¿Los *chemtrails* son estelas que sirven para controlar el clima? Es posible que se trate de tecnología de un universo paralelo y por eso nos la ocultan.
- ¿El virus del COVID salió de un laboratorio? Quizás del laboratorio de un universo paralelo.
- ¿La esposa de Sanssouci le sigue queriendo y no le dejó, llevándose a los niños y al perro, cuando el perro era de él, que le puso nombre y todo (Madiba)? Desgraciadamente, esa es otra vida paralela en la que Sanssouci es más feliz. Puede que incluso aún tenga pelo (hay que reconocer que Sanssouci mostraba un sanísimo sentido del humor, cosa no habitual entre los conspiranoicos, que suelen vivir a la defensiva).

Todo esto puede parecer una majadería, y lo es, pero no olvidemos que el doctor Rojo tenía pruebas, o al menos indicios, de que las líneas temporales se habían superpuesto, siendo la más clara la existencia de Berta y Alberto. Por lo que creíamos la doctora y yo, Rojo hablaba con Sanssouci porque quería saber si había más anomalías, si otros científicos habían abierto otros agujeros de gusano, o lo que fuera, y al hacerlo habían creado nuevas anomalías temporales. Si él lo había logrado en el laboratorio de la Universidad de Barcelona, ¿por qué no lo iba a conseguir alguien con más recursos y tecnología? Aunque no hubiera ninguna conspiración, a los científicos implicados les podría haber pasado lo mismo que a él: probaron por probar y, tras una serie de caóticos acontecimientos, terminaron cambiando los diálogos de *El Imperio contraataca.*

Había incluso una posibilidad peor; se había empezado a hablar del efecto Mandela en 2009: ¿y si todo era culpa suya? ¿Y si las anomalías del edificio no estaban circunscritas al edificio y las grietas se estaban abriendo camino en todo el mundo? ¿Y si no solo había matado al pobre trabajador de la construcción, sino que había provocado la muerte de Mandela y el atropello de un manifestante chino en otras líneas temporales?

La batalla de Rojo por recoger información era vana: ¿por dónde empezar? ¿Tenía que viajar a Johannesburgo? ¿Quizás tenía que hablar con algún historiador y coleccionista de juegos de mesa? ¿O con algún experto en Disney? ¿Y debía dedicar tiempo a esas ideas extravagantes, teniendo en cuenta que era muy probable que nada estuviera conectado, que el libro y los vídeos de Sanssouci fueran desvaríos comparables al terraplanismo o a las teorías que creen que las vacunas sirven para implantar chips?

Por lo que entendíamos la doctora y yo de sus notas, el doctor no creía en aquellas pseudoteorías, pero tampoco renunciaba a encontrar donde fuera una explicación y, sobre todo, una solución, y ver si había forma de no haber viajado nunca a 1973 y que ese obrero de la construcción no muriera. Si para eso tenía que intercambiar decenas de correos electrónicos con un señor de Toledo, Ohio, que tenía teorías muy extrañas sobre los tirantes de Mickey Mouse, pues adelante con todo.

***

—¿Queréis una kombucha? —preguntó Ricard—. Es casera, la hace Olga.

—No, gracias.

—Lilith, quieta, para, no molestes. No muerde, no os preocupéis. Pero no para.

—¿Y siempre ha sido así? —dijo la doctora.

—Sí, siempre. Bueno, siempre… Tiene tres años.

—Ah, ya vivíais aquí cuando la comprasteis.

—Adoptamos —dijo Olga—, la adoptamos.

—Perdón.

—No es que sea nuestra hija, ni nada de eso. No estamos pirados. Pero lo de comprar animales está mal.

—Sí, sí, disculpad. Ni he pensado en eso, como nunca he tenido animales…

—Nunca has compartido piso con animales. Los animales no se tienen. Se comparte piso con ellos.

—Perdón, yo…

—Jaja, no, no, que ahora estoy de broma.

—Jaja, disculpadla, Olga y yo siempre estamos de guasa.

—Además, a la perra la compramos.

—…

—¡Que no, que no! Es adoptada de verdad.

Ricard y Olga estaban por los cuarenta y tantos. Nos recibieron en pantalón corto. No porque hiciera mucho calor, aunque ya se empezaba a notar, sino porque estaban haciendo ejercicio:

—No paramos. Cuando vinimos aquí convertimos uno de los dormitorios en un gimnasio, pero ahora tenemos dos gimnasios. Teletrabajamos en el cuarto pequeño. Nuestra idea eran dos despachos, un gimnasio y el dormitorio, pero es que esto nos sienta de maravilla.

—¿Tenéis cuatro habitaciones?

—Sí.

—Creo que es el único piso del edificio con cuatro habitaciones.

—Serán más pequeñas, ¿no?

Nos dieron un pequeño tour: tenían pesas, cinta, bancos de abdominales, barras de dominadas, una elíptica… Y nos contaron que además salían a correr cada mañana.

—Todo el día con hambre, claro.

Y entonces nos ofrecieron más kombucha y barras de proteínas —«perdonad, pero no tenemos nada más de picar»— y cada vez que intentábamos mantener una conversación con ellos, alguno de los dos se levantaba e iba al baño, o a por agua, o a por otra barrita de proteínas.

—Pues la kombucha es la hostia. ¿No os gusta o no la habéis probado? A mí ni siquiera me gusta, pero un par de vasos al día sí que me tomo: mejora la flora intestinal, ayuda al sistema inmune, se carga virus y bacterias, es antioxidante…

—No, de verdad, pero gracias.

—… elimina toxinas.

—Gracias, no hace falta.

—Es la hostia. ¿No os gusta o no la habéis probado?

—Por cierto —dijo Olga—. Nos tenéis que seguir. Nos tienen que seguir.

—Nos tenéis que seguir.

—¿Adónde?

—Jaja, profesora, póngase al día. En Instagram.

—Y en TikTok.

—Somos arroba matrimonio *fitness* barra baja todo junto con letras.

—O sea, hay que escribir «todo junto». Va todo junto y luego se escribe «todo junto». Nos hizo mucha gracia al principio, pero ahora ya vemos que fue un error.

—Ens segueix cada pirat… Con el nombre alguno se piensa que hacemos algo más que *fitness.*

—Pero los bloqueamos. Esto es más para amigos que para otra cosa.

—Y para gente que busca rutinas de ejercicio.

—¿Siempre habíais sido así?

—¿Así cómo?

—Pues así.

—¿Vigoréxicos? —propongo.

—Eso, vigoréxicos.

—No, no, qué va.

—Yo era más bien gordito. Olga sí que hacía deporte.

—Però no tant.

—Ay, ya sé lo que nos vais a decir. Ya sé lo que nos van a decir, Olga. Es el piso, ¿verdad? Hemos oído que vais por los pisos diciendo que están embrujados y que dan poderes o algo.

—¡Es verdad! ¿Estamos malditos? ¿Nos han condenado a hacer pesas?

—No, no… No va así.

—Que sí, que sí. Que me lo contó Pedro, creo que se llama Pedro, el del entresuelo. Y ahora vais a explicarnos que en el pasado vivía un vecino que siempre hacía abdominales, o algo parecido, y su espíritu aún vaga por las escaleras.

—No, no. Soy física. Doctora en Física.

—Dice el vecino del tercero que estáis haciendo esto para que baje el precio de los pisos y los puedas comprar todos.

—¡No!

—Y que tu padre hizo lo mismo y medio edificio es suyo.

—En absoluto.

—Los pisos vacíos, ¿no? ¿No tienes miedo de que se meta un okupa?

—Como el chico del primero. Aquest és un okupa, oi?

—¿Quién, Jorge?

—No sé, uno así, alto y con las orejas de soplillo…

—Jorge no es un okupa, le he dejado un piso por un tiempo.

—¿Es otro truco para bajar el precio de los pisos? ¿Meter a okupas?

—Jorge no es un okupa.

—No lo es, no. Trabaja en *marketing.*

—Se puede trabajar en *marketing* y ser okupa.

—Supongo que sí —dije—, pero imagino que estadísticamente son pocos…

La doctora consiguió explicarles, a pesar de una buena docena de interrupciones, algunas de las anomalías que había detectado su padre, y subrayó que eran anomalías físicas, y no psíquicas, y que no eran normales, pero tampoco paranormales.

—¿Pero de dónde vienen?

—No estamos seguros.

—Bueno, dinos las hipótesis.

—Preferimos no contarlas, para no dar lugar a elucubraciones —apunté, aunque me di cuenta mientras hablaba de que, para elucubraciones, las de los pisos encantados. Aunque no parecían más inverosímiles que el hecho de que el padre de la doctora hubiera abierto un agujero de gusano en una universidad pública española. Que están muy bien para formarse (las universidades, no los agujeros), que nadie me malinterprete, pero quizás no tanto como centro de investigación.

—Además, muchas de las anomalías son consistentes con las que ha habido históricamente con los vecinos que vivían en el mismo piso —apunté—. Lo que significa que causan efectos similares.

—¿Y bien? ¿Quién había antes en este piso?

—Un matrimonio de cocineros.

—¿Por eso tenemos tanta hambre? ¡Ja, ja, ja…! ¡Ahora lo entiendo!

—Sí, digo, no. Es decir, el piso… Creemos… No tenemos información suficiente, porque mi padre apenas pudo hablar con ellos, pero…

—Da superfuerza.

—Creemos que acelera el metabolismo —dije.

—Oh, qué bueno. *Hi-five!*

Y lo hicieron: chocaron las palmas.

—Eso es estupendo, porque nos permite estar muy activos.

—Por eso quemamos tanta grasa. Estoy en un cuatro por ciento de grasa. Bajaría más, pero han abierto una heladería italiana aquí al lado y hay que entrenar para vivir, no vivir para entrenar. De veritat no voleu una kombutxa?

La doctora intentó listar todos los síntomas con el objetivo de hacerles entender que no era tan bueno como creían: temperatura corporal elevada, hambre continua, ganas de orinar, insomnio, regla irregular…

—¡Yo no tengo ese problema! —saltó Ricard—. ¡Ja, ja, ja…! *Hi-five!*

Aquí no hubo *hi-five:* a Olga no le hizo tanta gracia.

La doctora siguió: insomnio, nerviosismo, pérdida de peso…

—Bueno, tiene sus inconvenientes, pero ni tan mal.

—Nosotros nos cuidamos. Comemos bien, hacemos ejercicio, hacemos días de descanso…

—A veure, Ricard, es verdad que llevamos meses sin hacer día de descanso. No recuerdo el último.

—¿No lo hicimos para tu cumple?

—Eso fue hace medio año.

—Hostias.

—¿Notáis si va a peor?

—No sé… Nosotros vamos a mejor.

—Yo me encuentro cada día mejor. ¿Os hemos ofrecido kombucha? Ricard, porta unes kombutxes.

—No, gracias.

—Es casera.

—Es la hostia.

—¿Habéis probado a tomaros unas vacaciones?

—Hacemos vacaciones cada año.

—Sí, pero vacaciones de verdad. ¿Qué hicisteis la última vez?

—Nos quedamos en casa. Yo hice un intensivo para ganar masa y Olga corrió un maratón diario en la cinta.

—¿Diario?

—Sí, fue mi reto de Insta. «Hashtag maratonchallenge». Lo hace mucha gente, pero yo salí en el *As* y todo, aunque me insultaron en los comentarios.

—Decían que no era saludable.

—La verdad es que no tiene pinta de serlo —se me escapó.

—Eso decían, sí. Pero puedo con todo, yo me cuido. No es como si lo intentara hacer habiendo hecho cero entrenamiento antes.

—¿Y si os tomáis unas vacaciones?

—¿Por qué?

—¿Para qué?

—¿Quieres que nos vayamos de casa?

—¿Para okuparla?

—Eso no es legal. Soy abogada. Que no te despiste nuestra cuenta de Instagram. Somos algo más que *influencers* del *fitness.*

—No, no… No queremos hacer nada de eso.

—Veinticuatro mil seguidores. No es mucho, pero para Instagram, ni tan mal.

—¿Ya nos seguís? ¿Tenéis el móvil a mano? Os recuerdo la cuenta: arroba matrimonio *fitness* barra baja todo junto.

—Y todo junto escrito.

—Va todo junto.

—Barra baja no va escrito, es una barra baja.

A duras penas, la doctora intentaba hablar de un experimento, pero eso a ellos les sonaba aún peor.

—¿Experimentos?

—¿Con nosotros?

—No entiendo.

—A ver, lo de que nos ibas a okupar el piso lo decía medio en broma, porque el del tercero es un exagerado, pero esto suena peor.

—Igual ahora es ella la que está de broma.

—Dejadme hablar…

—Yo lo hice. —Con esas tres palabras conseguí unos segundos de silencio. ¿Qué hizo este tío?, se debían preguntar todos, quizás incluso la doctora, absolutamente sobrepasada por esas dos ametralladoras humanas—. Bueno, yo no, mis compañeros de piso.

—¿El qué?

—Calla, Ricard.

—Solo pregunto.

—Deixa'l parlar, que està parlant.

—Por eso le pregunto, para que hable.

—Nuestro piso aumenta la velocidad de las sinapsis neuronales.

—¿Qué?

—Te ayuda a concentrarte.

—Ah, eso me iría bien, ja, ja…

—Calla, sisplau.

—Nosotros también éramos escépticos con todo esto, a pesar de que recordábamos perfectamente cómo éramos antes de mudarnos y, en fin, yo no era el tipo de persona que se saca un máster en dos años.

—¿En dos años?

—Ya, pero ¿de qué? Si es periodismo, no cuenta.

—Historia económica.

—Creo que tampoco cuenta.

—Pero déjale terminar.

—Sí, por favor. Decía que nos pusimos a prueba, para salir de dudas. Sergi y Lucía, mis compañeros, dejaron el piso por unos días.

—¿Y qué pasó?

—Ah, tú sí puedes preguntarle.

—Calla.

—Calla tú.

Les conté que los efectos del piso se notaban:

—No es que sean más tontos, siempre fueron igual de listos, pero ahora necesitan más tiempo para hacer el mismo trabajo y sus

intereses son más dispersos. Les cuesta más centrarse.

—¿En qué, por ejemplo?

—Bueno, pues antes trabajábamos y después estudiábamos, pero cuando están fuera prefieren ver la tele, ir a cenar por ahí, tomarse un helado…

—Eso es normal, ¿no?

—No digo que no. A mí también me gusta tomarme una cerveza de vez en cuando, pero no necesito dedicarle más de media hora, contando un ratito para socializar, que siempre tiene efectos positivos. El caso es que el piso se nota.

—Somos conscientes de que no es un experimento totalmente fiable, porque son solo tres personas, pero sí nos consta que en este edificio pasan cosas y no sabemos si son peligrosas. Solo queremos que tengáis toda la información.

—Ah, espera, ya sé lo que pasa.

—Ricard, no interrumpas.

—No, de verdad que lo sé. El Sergi y la otra, cómo se llama…

—Laura.

—Lucía.

—El Sergi y la Lucía se han liado.

—¿Es verdad? ¿Están liados?

—Sí, lo es. Y eso es algo que jamás habría pasado en el piso. Teníamos cosas más importantes que hacer y, además, es evidente que son demasiado incompatibles como para que una relación entre ellos funcione.

—Estás celoso. Eso es lo que pasa.

—¿Celoso yo?

—Te mola Lucía. O Sergi. O los dos.

—¿Qué? ¡No! Además, si me gustara uno de los dos, que no me gusta ninguno, solo tendría que esperar pacientemente a que su relación terminara de irse a pique. Es evidente que no durarán mucho juntos. Como amigos, muy bien, pero como pareja…

—¿Cuánto llevan?

—Buena pregunta: llevan dos o tres meses, más o menos, y ya están hablando de irse a vivir juntos. Pero enseguida se ponen a

discutir porque a él le gustaría casarse y ella cree que eso es caro y estúpido.

—Está celosísimo, qué fuerte. ¿A ti te gustan las bodas?

—No, desde luego, son caras y estúpidas.

—Le mola Lucía. ¿O era Laura? Se me ha vuelto a olvidar el nombre.

—¡Que no!

—Disculpad —dijo la doctora, salvándome—, lo que queremos deciros es que las anomalías de las que os hablaba tienen efectos reales.

—Pero ¿cuál es el problema? Su piso te hace más listo y este te hace más fuerte. ¿Por qué no podemos seguir tal cual?

—Antes de nada, me encantaría hacer algunas pruebas aquí, para comprobar qué es lo que ocurre. Podríamos traer moscas del vinagre y comprobar si su metabolismo se acelera.

—¿Moscas aquí?

—Estarían en tarros tapados. Solo necesitaríamos una semana, quizás menos, y no estaríamos aquí casi nunca, solo de vez en cuando para tomar notas y hacer mediciones.

—No lo vemos claro.

—Otra opción es que, si os vais de vacaciones, cuando os vayáis, a la vuelta nos contéis cómo habéis pasado esos días.

—No creo que nos vayamos.

—El año pasado nos vino muy bien quedarnos y hacer ejercicio. Y es más barato.

—Además, insisto: ¿qué tiene de malo lo que pasa en este piso? Yo me siento de maravilla.

—Por lo que sabemos, las anomalías van a peor.

—¿Y?

—Nos tememos que se resquebraje el tejido del universo y el universo se acabe.

—O, al menos —dije, intentando añadir sensatez a lo que había dicho la doctora—, este rincón del universo. Las anomalías van a peor.

No quería entrar en detalles, pero la grieta de Sitges seguía creciendo, las matemáticas cada vez tenían menos sentido en la

bodega y el piso psicodélico provocaba vómitos nada más abrir la puerta, por poner tres ejemplos.

—Ah, ya entiendo. Sois ecologistas.

—¡No! Bueno, sí, pero no tiene nada que ver. Es otro tipo de fin del mundo. Es diferente.

—¿Cómo de diferente?

—La crisis medioambiental es un problema para los humanos —explicó, con toda la paciencia del mundo, la doctora—. El planeta seguirá tranquilamente si nos extinguimos por culpa del calor. Pero esta crisis es existencial, no ambiental.

—¿Existencial? ¿El mundo se rayará y se deprimirá?

—No, el mundo dejará de existir. Las anomalías serán tan graves y tan extensas que el tiempo, el espacio, la gravedad, las leyes de la física dejarán de tener sentido.

—Buah, qué flipe.

—Eso es muy de porretas, ¿no?

—Necesitáis una kombucha. ¿Queréis una kombucha? Eso os limpia por dentro. Igual es lo que necesitáis.

***

En el entresuelo segunda de vez en cuando aparecían tres italianos, o un matrimonio sueco, o unos amigos ingleses que apenas paraban por el piso, apenas hablaban español —y mucho menos catalán— y que recogían las llaves de un pequeño buzón que estaba en el portal y que se abría con un código.

No se trataba de ninguna anomalía, a no ser que consideremos el mercado inmobiliario contemporáneo en su totalidad como una anomalía, sino de un piso turístico que se alquilaba casi todos los fines de semana del año y casi todas las semanas entre abril y septiembre.

El piso era motivo de disputa entre los vecinos. La mayoría lo odiábamos, y este odio era aún mayor entre los vecinos del entresuelo, en el mismo rellano. En todas las reuniones siempre había alguien que proponía romper el buzón de las llaves, por

ejemplo, aunque alguno defendía a los turistas y aseguraba que no molestaban tanto, siendo ese alguien —por lo general, pero no solo él— Josep Maria.

—Si se pasan todo el día fuera.

—Eso es porque no los tienes al lado —decía, también por lo general, pero no solo ella, Valentina, que también vivía en el entresuelo—. La mitad de los fines de semana llegan a las cuatro de la mañana y se ponen música mientras se beben la última cerveza. O las últimas.

—O como la semana pasada —añadió Juanjo, su pareja—. Estuvo toda la semana un americano solo, mayor, rarísimo…

—Hombre, sería un viudo que quiere conocer mundo.

—No salió del piso en casi toda la semana.

—¿Pero le seguiste?

—No, hombre, no.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Porque… Bueno, qué más da… Daba un poco de miedo, un tío ahí solo sin pinta de turista.

—Cuando son turistas, malo —saltó Josep Maria—, y cuando no son turistas, peor. ¡Así es imposible complaceros!

—Este era raro. No sé si estaba borracho o qué, pero le vimos subiendo las escaleras en lugar de bajarlas. ¿Adónde iría?

—Pues estaría cotilleando, como haríamos todos en el extranjero. Turismo.

—Sí, en el edificio.

Pero los problemas de vivienda y de turismo de Barcelona no eran asunto nuestro, de la doctora y mío. Nosotros teníamos que solucionar o, al menos, investigar, un problema mucho más sencillo: anomalías en el espacio-tiempo que amenazaban con destruir el universo.

Los papeles de Rojo no daban muchas pistas sobre lo que ocurría en esa casa. En los noventa y principios de los 2000 vivía una familia que siempre iba con prisas a todas partes, por lo que el doctor nunca pudo hablar con ellos más que unos pocos minutos, a veces caminando a su lado por la calle, casi corriendo, mientras el padre de familia se acababa de anudar la corbata, o la madre buscaba en

el bolso las llaves del coche, o los dos salían con los hijos camino a una comida familiar a la que llegaban casi a la hora de la merienda. Insistían en que en su piso no pasaba nada raro, aunque no tenían problema en que Rojo se pasara una tarde.

—Claro, tomemos café y así nos conocemos. ¿No se supone que los vecinos se tienen que conocer? Ven con tu mujer.

—Estamos separados.

—Pues no vengas con ella, sería rarísimo. ¿Tienes hijos?

—Una hija, pero ya mayor, en la universidad.

—Qué suerte, los nuestros son adolescentes aún. Los adolescentes son lo peor, qué ganas tengo de que cumplan cuarenta años. Tráetela, aunque no creo que quiera venir. Pero tú vente. ¿Qué hora tienes?

Siempre estaban preguntando la hora y siempre iban ajetreados, lo que le dio a entender a Rojo que había un problema con el tiempo. Pero nunca lo supo a ciencia cierta, porque nunca logró quedar con ellos. Siempre había que posponerlo porque siempre les surgía algún imprevisto. Más de una vez llegó a bajar, después de forzar una cita, e incluso en una ocasión se acordó de comprar una bolsa de magdalenas, aunque se comió una por el camino. Pero tampoco pudo ser. Cuando le abrieron la puerta aún no estaban listos y cuando Rojo les dijo qué hora era —«¿ya son las cinco?»—, el matrimonio se alarmó y empezó a preguntarse por qué nunca les daba tiempo a nada: lo siento, tendremos que posponer porque tendríamos que haber ido antes al gestor y a saber si nos estará esperando aún, a estas horas.

Esa familia dejó el piso poco antes del atentado de las Torres Gemelas. Rojo fue incapaz de saber a quién se lo habían vendido: aparecieron inquilinos de alquiler, que apenas duraban unos meses, y luego pasó largas temporadas vacío hasta que un par de años antes de la pandemia se convirtió en un piso turístico.

La solución para investigar lo que ocurría era obvia:

—Alquilemos el piso —propuso la doctora.

Primera impresión, nada relacionada con las anomalías: no entendía por qué alguien prefería un piso turístico a un hotel. Una noche entre semana salía más cara que un hotel en sábado.

—Supongo que es un piso… Y eso es mejor que una habitación —dije, intentando buscar alguna razón.

—Yo creo que es peor —contestó la doctora—. En los hoteles te hacen la cama y no tienes que lavar los platos.

Tres miércoles después —intentar entrar antes salía carísimo, y eso que aún era mayo—, abrimos la puerta ante la mirada atónita de Valentina, que se había asomado a cotillear al oír ruido.

—Estamos investigando las anomalías —dije.

—Bueno, pero no hagáis mucho ruido —contestó, antes de cerrar de nuevo. A esas alturas, todo el mundo ya sabía lo que hacíamos y los vecinos estaban más o menos acostumbrados a nuestros paseos, nuestras entrevistas y nuestros tarros con moscas del vinagre—. Hace dos o tres semanas vino un americano rarísimo, solo, que estuvo paseándose por el edificio arriba y abajo. ¿No lo visteis?

—No, la verdad.

—Pues me extraña que no os lo cruzarais, porque vosotros también sois de pasear arriba y abajo.

Prometimos portarnos bien y entramos en el piso.

—Todo parece normal —dije, después de que diéramos un paseo y probáramos los grifos y las ventanas, como si estuviéramos pensando en comprarlo. Y era cierto: no se veían colores extraños en el ambiente, ni nos sentíamos más inteligentes o más estúpidos, ni nos habíamos trasladado a los años setenta.

Nuestra hipótesis de trabajo era la misma que la del doctor Rojo: algo pasaba con el tiempo, así que decidimos usar dos cronómetros. La doctora subió a su piso y puso en marcha uno a la vez que yo puse en marcha el mío, después de ponernos de acuerdo por teléfono. Ella dejó el suyo arriba y se reunió conmigo abajo, donde íbamos a quedarnos al menos unas horas para ver si notábamos algo extraño.

—A lo mejor es un piso normal —propuso la doctora—. En el mío tampoco hay nada extraño.

—Aparte de las decenas de cajas llenas de papeles.

—Aparte de las decenas de cajas llenas de papeles. Y el caos del armario.

—¿Caos en el armario?

—Sí, creo que son filtraciones de arriba. ¿Has visto algo sobre eso en los papeles de mi padre?

—Del cuarto tercera sí, pero del armario de tu padre, nada. Igual no he llegado.

—O igual es nuevo.

—Me quedan siete cajas por abrir. No por leer. Por leer me quedan muchas más. Pero por abrir me quedan siete.

Nos sentamos en el sofá. El piso era agradable, pero un poco incómodo: con muebles más o menos modernos y más o menos anodinos, todos de Ikea, en conglomerado de madera clara. Todo era *beige,* blanco y gris. Incluidas las paredes.

—¿Esta planta es de plástico? —pregunté.

—Lo parece.

—¿Y la tele es de verdad?

—También lo parece. Y funciona.

La presidenta del Gobierno, Soraya Sáenz de Santamaría, sonreía desde el televisor mientras inauguraba un monumento en homenaje a los muertos por la pandemia.

—¿Es una escultura con forma de mascarilla?

—Lo es.

—Apaga, por favor.

Lo hice.

Habíamos acordado que nos quedaríamos al menos aquella tarde, por si el efecto no era solo temporal o por si se notaba de otro modo. Me había bajado de casa una caja de papeles y cuadernos para pasar el rato.

—Creo que hay café —dijo la doctora—. Voy a hacer café. ¿Quieres?

—Sí, gracias. Tu padre dejó una lista de hipótesis.

—No te oigo.

—¡Hay una lista de hi…!

—Espera a que vaya. A ver si Valentina se nos va a quejar.

—Perdón. Creo que lejos del piso me cuesta pensar.

La lista del doctor Rojo era muy variada y poco comprensible. La copio literalmente:

Caos. Como en el cuarto tercera.

Amnesia.

Tiempo: relojes más lentos (tiempo más lento).

¿Se para el tiempo de vez en cuando?

Somnolencia.

Interferencias con el cuarzo de los relojes.

O con la mecánica de los relojes: ¿movimiento más lento?

—¿Por qué crees que tu padre no le dijo nada a nadie de lo que ocurría aquí? Me refiero al edificio, no a este piso. A gente de la universidad, por ejemplo. Por abrir un agujero de gusano seguro que te dan tres o cuatro premios Nobel.

—Creo que más o menos por lo mismo que no le vamos a decir nosotros nada a nadie.

—¿Nada? ¿A nadie?

En realidad no me pillaba por sorpresa, ya me lo imaginaba, incluso podemos decir que ya lo sabía. Pero eso no quitaba que hubiera fantaseado con ponerme un esmoquin y viajar a Estocolmo para dar un discurso en inglés con la medalla del Nobel colgada del cuello: «My flat helped me to focus. And Doctor Rojo helped to find my true calling: being the best scientist in th…».

—Primero, mi padre había roto algo y quería arreglarlo él —dijo la doctora, interrumpiendo mi ensoñación—. Eso le pasaba a menudo. Se le ocurría una idea para, yo qué sé, poner un estante en mi dormitorio, pero lo hacía sin saber nada de carpintería, ni de estantes, pero convencido de que sus conocimientos de mecánica, y me refiero a la física, no a los coches, serían más que suficientes. Por supuesto, no lo eran, y la pared acababa llena de agujeros. Creo que ese fue uno de los motivos por los que mis padres se separaron.

Iba por libre, solo, sin pedir ni permiso ni ayuda, y al final mi madre decidió ir por libre también.

—¿Era hijo único?

—Qué va, eran cuatro hermanos. Pero él era así, me temo. Y este caso, el de este edificio, habría sido especialmente complicado para él. Un muerto en un accidente laboral que él había provocado y una serie de anomalías en todo el edificio que le habían complicado la vida a mucha gente. No era solo que quisiera arreglar su estropicio, sino que también tendría remordimientos de conciencia. Ahora entiendo que cada vez pasara menos tiempo conmigo o cancelara planes. Supongo que tenía miedo de que me pasara algo. No desapareció, ni nada parecido. Seguíamos viéndonos y yo ya era mayor y venía cuando quería… Pero no era lo mismo que de niña.

—Has dicho que eran varios motivos.

—Sí, creo que también temía que la gente supiera que es posible crear agujeros de gusano. A mi padre le gustaba saber cosas simplemente por saberlas, pero era consciente de que mucha gente podría intentar sacar beneficio.

—Agencias de viajes en el tiempo.

—O usos militares: por ejemplo, Rusia podría viajar a un momento anterior a la guerra de Ucrania y asesinar a Zelensky. Y aparte de los asesinatos, están los efectos que causaría en el espacio-tiempo. Habría bolsas de anomalías por todo el mundo y no solo en un edificio. Ser responsable de la muerte de un trabajador ya era algo horrible, pero destruir el universo es aún peor.

—No sé. Si destruyes el universo, al menos no queda nadie para verlo.

—En fin —dijo, ignorándome—, se dio cuenta de que había cometido un error y quiso arreglarlo sin que nadie más se enterara.

—Hablando de errores, Sergi y Lucía se han ido a vivir juntos. Y se van a casar.

—¿De verdad?

—De verdad. Me ha llegado hoy la invitación. Ya me habían invitado en persona, pero además me han dado una invitación impresa, lo que no tiene ningún sentido. ¿Para qué imprimes

invitaciones si nos vamos a ver? Además de que es más barato enviarlas por mail.

Llevaban tiempo amenazando con lo de ir a vivir juntos, y me lo habían dicho hacía apenas unos días. Tenían miedo porque sabían que su trabajo se iba a resentir, pero querían estar juntos. Sin mí, quiero decir. Incluso sus cerebros sobreestimulados de lunes a viernes no veían el momento de que llegara el fin de semana.

La doctora me preguntó cómo lo llevaba.

—Bastante bien. Tener el piso para mí solo es un lujo. Y más ahora que llega el verano. No tenemos aire acondicionado y, al haber menos cuerpos paseando por la casa o tumbados en el sofá, no hace tanto calor. Y esta es otra: me puedo tumbar en el sofá siempre que quiera.

Lo malo, y esto no se lo dije, era que no me llegaba para el alquiler: tenía un sueldo miserable que no alcanzaba ni a lo que tenía que pagar todos los meses. De momento iba tirando de mis escasos ahorros, pero era consciente de que en algún momento tendría que buscarme un segundo trabajo o, mejor dicho, un tercer trabajo, pero un segundo si contamos los que pagan, o volver a casa de mis padres y renunciar a los superpoderes del piso, como decían Ricard y Olga.

—Por cierto, ¿tú dabas clase en la facultad con tu padre?

—Coincidimos solo unos años. Aunque ahora me han dado su despacho.

—Ah, mira.

—Es un buen despacho, hay mucha luz… Pero lo comparto con una catedrática que huele mucho a cebolla. Total, que coincidí poco con mi padre porque pasé una temporada en el Meteocat.

—¡La mujer del tiempo!

—Y luego lo compaginé con las clases en la facultad. Y hace unos años me pedí una excedencia.

—Para estudiar las cajas de tu padre.

—Bueno, las cajas vinieron después. Estaba pensando en quedarme en la universidad y dejar el Meteocat. O quizás al revés. Y luego además vino el divorcio…

—¿El divorcio?

—Sí, estaba casada hasta hace cuatro o cinco siglos. Bueno, lo parece, pero no tanto: hasta poco antes de que muriera mi padre.

—¿Te puedo preguntar qué pasó?

—¿Con mi padre? Un infarto.

—No, no, con el matrimonio.

—Ah. Qué cotilla.

—Me aburro.

—A mi marido le ofrecieron un muy buen trabajo en Alemania. Me iba a ir con él y todo. Iba a pedir excedencias en todas partes, apuntarme a clases de alemán y mudarme a Heidelberg. Pero cuando compré cajas de cartón para la mudanza, me di cuenta de que no quería hacer eso, de que a mí no se me había perdido nada en Heidelberg y de que quería a mi marido, pero no tanto como para cambiar de país por él. Y eso ni siquiera me parecía un sacrificio importante, solo era una mudanza. Así que lo dejamos.

—Y luego murió tu padre.

—Y luego murió mi padre.

—Del disgusto que le diste cuando te divorciaste.

—Sí, justo fue eso.

—¿Y qué vas a hacer cuando termine la excedencia?

—Ni idea. Creo que me centraré en la universidad. Aunque no descarto volver.

—Esto significa que nunca llega un momento en el que lo tengas claro.

—¿A qué te refieres?

—Nada, que no sé qué hacer con mi vida, pero pensaba que en algún momento lo sabría.

—Ah, no. Nunca lo sabrás. Harás lo que creas que se parece más.

—Igual el Jaime de Sitges prima lo sabe.

—No creo.

—No me importaría preguntarle.

—Ni se te ocurra.

Nos pusimos a leer y me quedé dormido en el sofá. Me despertó el teléfono.

—¿Sí?

—Soy Mireia. He subido a ver el cronómetro. ¿Qué marca el tuyo?

—Un momento… Siete horas, cincuenta y seis minutos y…

—Este marca ocho horas y cuarenta y dos. ¿Qué hora tienes?

—Las nueve y media, casi.

—Son las diez y cuarto.

Dejamos el cronómetro toda la noche y pudimos comprobar que por cada veinticuatro horas en el resto del edificio (y del mundo, vaya) pasaban algo menos de veintidós horas en el piso.

Algunas de las críticas al piso en la web de Airbnb se entendían mejor con este dato:

«El piso está muy bien y Barcelona es increíble. Se me ha pasado el fin de semana volando».

«La cama era comodísima. No había día que consiguiera salir del piso a una hora decente».

«El reloj del horno está retrasado, pero por lo demás estupendo».

«Buen tamaño para ir en familia o con amigos. Pero mucho que ver en Barcelona, no nos dio tiempo a nada».

***

Para visitar el segundo tercera tuvimos que pedir hora. También lo tuvo que hacer el doctor Rojo, unos treinta años antes: Josefina, viuda a pesar de tener poco más de cuarenta años, se ganaba la vida como adivina. Le iba tan bien que solo atendía a visitas que ella consideraba que merecían la pena y a las que exigía el pago de un donativo —«totalmente voluntario»— de una cifra que rozaba lo

absurdo. Alguna de estas visitas llegaba con gafas de sol y la cabeza tapada con una gorra o un pañuelo, dependiendo de las preferencias de cada cual, lo que provocaba rumores cada vez más desquiciados: esa era Bárbara Rey… No, no, era el rey… La semana pasada me pareció ver a Penélope Cruz… Creo que vi al ministro de Cultura, pues tan culto no será si cree en estas cosas… Por supuesto, para irritación de Josep Maria, que creía que esos paseos le podían hacer creer a un comprador imaginario que alguien ejercía la prostitución en el edificio.

—¡Esto son viviendas! No me meto en lo que usted hace, señora Fina, pero si quiere montar una consulta, ¡alquile una oficina!

—La gente que yo trato es importante.

—Una prostituta diría lo mismo.

—¡Oiga!

Ganó tanto dinero que años después se mudó a una casa con piscina en la Costa Brava. Pero, para desgracia de Josep Maria, siguió usando el piso como oficina tres o cuatro días a la semana.

Cuando se jubiló se instaló allí su sobrina, que también se llamaba Fina. Era estudiante de Traducción e Interpretación cuando entró en el piso y seguía siendo estudiante de Traducción e Interpretación siete u ocho años después, cuando fuimos a hablar con ella. Después de pedir hora, como decíamos, porque había seguido el negocio de su tía y madrina y también se dedicaba a adivinar el futuro.

—Berta tiene unos abuelos con piso; Fina, una tía; tu padre compró medio edificio… ¡Todo el mundo tiene un pariente con un piso vacío menos yo!

Fina abrió la puerta mientras me lamentaba:

—Perdonad que os haya hecho pedir hora por la *app,* pero es que si no es un lío —nos dijo mientras nos servía un café de Nespresso (horrible).

—Qué curioso que también seas adivina.

—Sí, las dos seguimos tradiciones familiares. Tú, física como tu padre, y yo… No me gusta la palabra «adivina». Prefiero «coach espiritual». No adivino lo que va a pasar, sino que capto las

preocupaciones de cada persona y la ayudo a encontrar la forma de trabajar en ellas.

—¿Y antes de venir aquí ya tenías esa vocación?

—Qué va. Bueno, me flipaba el horóscopo. Me parece una herramienta de introspección maravillosa para entenderse a una misma y entender a los demás. Tú eres libra, ¿verdad?

—No, soy géminis, creo.

—No pareces géminis. Tu ascendente tiene que ser libra. Y tú, Jaime, ¿tú qué eres?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? Pues tienes que saberlo.

—No, da igual…

—¿Cuándo cumples años?

—El 16 de julio.

—¡Eres cáncer! Claro, por eso estás ahí tan callado. ¿Y cuál es tu ascendente? Espera, qué tontería, si no sabías tu signo cómo vas a saber el ascendente. ¿A qué hora naciste?

—No me acuerdo.

—Ja, ja, ja… Tienes que ser ascendente escorpio.

—Vale, no quiero discutir.

—Escorpio total.

—Entonces ¿por qué estáis aquí? Sé que estáis investigando el edificio, ¿es porque la ciencia no lo puede saber todo y necesitáis otro tipo de asistencia? Hay partículas elementales que dependen del espíritu. Os quiero ayudar. Tenéis buenas auras. Sobre todo tú, Mireia. Es como si tus padres te estuvieran protegiendo y te vigilaran desde el plano astral.

—Mi madre está en Sants, a cinco minutos de aquí.

—¿Qué?

—Mi madre sigue viva.

—Pues será tu abuela. Esto no es una ciencia exacta. Ni siquiera las ciencias exactas son exactas.

—A ver, las ciencias exactas son exactas.

La doctora ya me había avisado de que Fina hablaba así (se la había cruzado por la escalera y ya habían hablado de las anomalías) y me había advertido de que no debía ponerme a discutir con ella.

«Nos ha dejado que hagamos una prueba», me dijo, «y nos ha dado una hora de su tiempo, así que no te pongas a debatir sobre si los fantasmas existen o sobre por qué lo único parecido a leer mentes es una resonancia magnética». Por ese motivo me dolió, pero no me sorprendió, el pisotón que me dio la doctora cuando intenté comentar los fundamentos de las matemáticas.

—Bien —dijo la doctora—, te cuento lo que queremos hacer.

Preparamos un experimento ganzfeld. Fina se quedó en su dormitorio, aislada y con unos auriculares (míos, por cierto) con cancelación de sonido (regalo de Navidad de mis padres, porque yo no me los podría haber permitido con mi sueldo de profesor asociado). Sobre los ojos de Fina coloqué dos mitades de una pelota de *ping-pong* translúcida y, sobre ellas, un reflector de luz roja. Todo esto con la intención de aislarla, pero a la vez manteniéndola, se suponía, en un estado de relajación.

—¿Te has dormido?

—No, no.

—Mejor.

En la salita estaba la doctora Rojo, con una aplicación en el móvil que seleccionaba un estímulo objetivo y lo intentaba proyectar mentalmente hacia Fina.

Aunque estos experimentos no son nada fiables, Fina no lo hizo mal del todo.

La doctora le «envió» las imágenes de:

- Una casa en el campo, cerca de un río.
- Un coche rojo.
- Dos hombres hablando en una cafetería.
- Una bombilla encendida.
- Una bombilla rota.
- Una botella de vino y dos copas, una de ellas llena.
- Una mujer que visitaba un cementerio con un ramo de flores.
- Dos perros que jugaban al póker, ambos con sombrero (bombín y porkpie).
- Un pastel de cumpleaños con dos velas.
- Una biblioteca.

Y Josefina vio:

- Una casa en el campo, cerca de un río.
- Un coche rojo.
- Dos hombres sentados.

- Luz.
- Nada.
- Gente bebiendo en un bar.
- Una mujer muerta.
- Dos perros jugando en el parque.
- Una niña pequeña.
- Muchos libros.

Le propusimos a Fina la posibilidad de repetir el experimento, pero conmigo como receptor. Soltó una carcajada que me sentó relativamente mal.

—Claro, repitamos, pero tú no tienes habilidades de médium.

—¿Y cómo lo sabes? —Me sentía ofendido a pesar de que estaba de acuerdo, por la sencilla razón de que nadie tiene habilidades de médium porque eso no existe.

—¿Alguna vez has recibido la visita de tu abuela?

—¡Muchas veces!

—Me refiero a después de su muerte.

—Ah, no. Ninguna vez. Una sigue viva, igual me visita cuando se muera.

—No te ofendas, Jaime. Los cáncer os ofendéis enseguida. A lo mejor funciona si yo proyecto las imágenes.

—No —dijo la doctora—. No queremos poner a prueba tus poderes, sino los del piso. Seguiré enviando yo misma.

—Prefiero el término «proyectar». Es más preciso.

No lo hice mal. O el piso no lo hizo mal, claro. Vi las imágenes de:

- Una playa.
- Un reloj de pared.
- Una banda de *rock.*
- Una pistola.
- Un tren.
- Un pájaro o un avión, no estaba seguro.
- Una oficina.
- Dos mujeres cogidas de la mano.
- Un pollo asado.
- Un combate de boxeo.

Y la doctora me había proyectado mentalmente:

- Una isla desierta.
- Un reloj de pared.
- Una banda de *rock.*

- Una pistola.
- Una autopista llena de coches.
- Superman.
- Un restaurante lleno de gente.
- Una mujer paseando con su niña pequeña.
- Una gallina.
- Una pareja bailando un vals.

Incluso Fina quedó sorprendida.

—¿Será porque eres cáncer? Los cáncer sois muy sensibles. Me tienes que decir a qué hora naciste, quiero hacer tu carta astral.

Por algún motivo que no tengo claro, la idea de que alguien me hiciera una carta astral también me ofendió muchísimo, y eso que ni siquiera sabía qué era una carta astral. Antes de que me negara, la doctora le hizo a Fina una propuesta que traíamos pensada, pero que no sabíamos si iba a aceptar.

—Queremos repetir el experimento en otro sitio.

—¿En otro sitio?

—Sí, puede ser en casa de mi padre, pero da igual, donde quieras. Lo importante es que no sea aquí.

—Pero aquí es donde estoy acostumbrada a trabajar. Yo soy un canal que los espíritus escogen para manifestarse y ellos son muy selectivos con el dónde y el cuándo interactúan conmigo.

—Eso es lo que queremos constatar: la influencia del piso, no ya sobre ti, sino sobre cualquiera que esté dentro.

Josefina accedió de mala gana, aunque nos pidió que fuera al día siguiente porque quería ir, al menos, descansada.

—Pedid hora por la *app.* Creo que tengo algún hueco por la tarde.

Repetimos la prueba en casa del doctor Rojo. No listo los resultados porque ni ella ni yo acertamos en nada. Lo más cercano fue cuando la doctora le envió la imagen de una paella y Josefina vio, o imaginó, «un plato de comida, pero no sabría decirte de qué. Arroz con cosas, quizás». Estuvimos a punto de entrar en una discusión sobre a qué se refería con «arroz con cosas»: Fina insistía en que había visto una paella alejada de los cánones, pero una paella al fin y al cabo, mientras que la doctora y yo habíamos entendido que se refería a un plato en el que el arroz era un acompañamiento, como por ejemplo en un curry. Se la dimos por

buena. Yo no me acerqué en nada: no notaba ninguna «proyección» y solo decía lo primero que me venía a la cabeza.

—Es normal que haya fallado tanto —nos explicó Fina—. No estoy relajada, como en casa. Y los espíritus lo notan y no vienen. Y es evidente que Jaime quería que el experimento fallara.

Ella no negaba que el piso influyera, pero no por lo que le contamos, sin entrar en detalles, de los experimentos del doctor Rojo:

—El piso influye porque es mi hogar y ahí me siento cómoda. Estas cosas funcionan así, hay muchas variables a tener en cuenta. Es como cuando estás en un bar y alguien te pide que le leas el aura. Se puede, claro, pero es mucho más difícil porque hay ruido, has bebido, estás cansada… Todo influye. Por cierto, vuestras auras están más sucias que el otro día. Eso es porque habéis intentado engañarme.

—Hasta que viniste a vivir aquí no notaste nada, ¿verdad?

—Bueno, lo que os comentaba del horóscopo. Y yo siempre he sido un poco bruja, normal que Fina fuera mi tía. Y ya os dije que mi abuela me visitó durante años después de su muerte, cuando era niña. Solo ella. Pero cuando me mudé aquí se me abrieron los chakras. Entiendo que estaba madura para eso. Empezaba a vivir sola, por ejemplo. Era un momento de cambios.

—En realidad creemos que se trata de una alteración del campo electromagnético —dije—. Probablemente se puede modificar o quizás su intensidad esté alterada, pero aún no estamos seguros.

—No sabéis lo que pasa y queréis que crea en cosas como «campos electromagnéticos» solo porque son palabras científicas y aunque no tenéis pruebas, pero si yo hablo de auras y de intuición, resulta que estoy loca, a pesar de que esto lleva décadas pasando. Primero con mi tía y luego conmigo.

—No es eso —dijo la doctora— y discúlpanos por no explicarnos bien. Pero lo cierto es que ni siquiera sabemos si el piso es seguro.

—Lo es. Los espíritus cuidan de mí.

—No hay espíritus, Fina —insistí—. Son anomalías en el espacio-tiempo.

—Tú lo llamas anomalías. Pero para mí son presencias y para mí son normales.

—¿Pero no viste cómo yo también acerté?

—Por mi influencia y la de los espíritus. Como tenemos más o menos la misma edad, estamos en sintonía.

—Cualquiera podría ser médium en tu piso. Todo el mundo lee la mente allí abajo si se empeña.

—Estoy acostumbrada a la falta de fe.

—Perdona —dijo la doctora—, no queremos discutir ni poner en duda tus creencias…

—Bueno, a ver, yo sí quiero…

—Te estamos muy agradecidos por habernos dejado hacer los experimentos. Y te contaremos lo que averigüemos para que puedas decidir por tu cuenta.

—Nada, por favor, ha sido un placer. Y me encanta hablar de mis poderes. Además, estos debates entre ciencia y espiritualidad siempre son enriquecedores. Aunque os dejo con una idea: ciencia y espiritualidad. Y. No «o». Y.

—Gracias.

—Si necesitáis seguir con las pruebas o con este debate, estoy a vuestra disposición. Pero acordaos de pedir hora por la *app,* que si no es un lío.

—Claro.

—Y son ciento ochenta euros.

—¿Cómo?

—Noventa por la sesión de ayer y otros noventa por la de hoy. Os he hecho descuento de vecinos.

***

En el cuarto tercera insistían en que todo era normal.

—Sí, hemos oído que en algunos pisos ocurren cosas extrañas, pero aquí todo está bien —nos dijo Jimena a la doctora Rojo y a mí, mientras nos invitaba a sentarnos en un sofá lleno de juguetes, mantas y una caja de galletas vacía—. La casa está hecha un

desastre, ya nos disculparéis. Con niños pequeños es imposible tener la casa ordenada más de cinco minutos.

—Mireia, sinceramente, estuve hablando con Josep Maria y me parece que tiene que haber explicaciones más sencillas. ¿Qué es esto? —Ponce, el marido de Jimena, sacó un libro de detrás de un cojín que tenía en su espalda—. ¿Es tuyo?

—No —contestó Jimena—. No lo había visto nunca.

—¿De dónde…? Bueno, es igual. Lo que decía: seguro que todo lo que está pasando, si es que está pasando algo, tiene una explicación racional.

—Ponce, soy física. Mi padre era físico.

—¿Y él? —preguntó, señalándome.

—Él es estudiante.

—De física —añadí, aunque aún no me había matriculado—. Pero, bueno, lo que queremos deciros es que estamos buscando una explicación racional.

—No estoy diciendo que seáis unos chalados de estos que llevan papel de plata en la cabeza. Solo digo que seguro que hay una explicación racional o, si lo preferís, más sencilla, para todo lo que está pasando… ¿No ibas a hacer café?

—Pensaba que ibas tú.

—No hace falta, yo estoy bien. —De hecho, estaba tomando demasiado café por culpa de la investigación y por culpa de la amabilidad de los vecinos.

—Qué menos, somos vecinos. ¿O preferís una cerveza?

—No queremos molestar. De verdad, solo queríamos saber si habíais notado algo raro.

—¿Has oído hablar de la navaja de Occam? —dijo Ponce, con el índice alzado—. En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla es la más fácil. No, espera, la verdad tiene la explicación más fácil. Una explicación sencilla es la mejor.

—En igualdad de condiciones —dijo Jimena—, la explicación más sencilla es la más probable.

—Lo que yo decía.

—La más probable —apunté, intentando sin éxito que no se me notara el tonito de empollón—, pero no necesariamente la

verdadera. Al final lo que importa son las pruebas.

—¿Y qué pruebas tenéis de que pasa algo raro en nuestro piso?

—Eso queríamos saber —dijo la doctora, en tono conciliador—. Por ejemplo, antes os he dicho que no hacía falta café.

—Ah, voy.

—No, no. Digo que no hace falta porque ya nos lo habéis servido. —Alzó una taza y señaló la mesa, en la que había otras tres tazas camufladas entre revistas, periódicos, otros dos libros y varios juguetes.

—¿Y eso qué prueba? ¿Que tengo mala memoria?

—¿Dónde está el mando a distancia?

—¿El de la tele? Pues estará por aquí, quizás debajo de esos cojines…

—¿Por qué hay dos cuadros descolgados?

—Mireia, por favor —dijo Jimena, riendo—. No nos dejes en evidencia. La casa está hecha un desastre, pero ya sabes que con niños es absolutamente imposible tener nada en orden.

—Creo que el caos en vuestra casa va un poco más allá. Y cuando hablo de caos, me refiero literalmente al caos.

—A los sistemas dinámicos cuyo comportamiento es imposible de predecir aunque conozcamos las condiciones iniciales y aunque entendamos los patrones que hay detrás —dije, con la lección aprendida y ya sin ninguna vergüenza por el tonito de empollón.

—Ya, si soy ingeniero, sé de lo que hablas: una mariposa que vuela de Río de Janeiro a Japón y… Cómo era…

—El aleteo de una mariposa en Río de Janeiro provoca un terremoto en Japón —dijo Jimena.

—Eso mismo decía. Me he liado con…

—Un ejemplo menos poético es el de la meteorología —dijo la doctora—. No podemos saber al cien por cien si lloverá mañana, ni a qué horas, ni cuánto, porque hay demasiadas variables en juego. Las previsiones son probabilísticas y se basan en modelos.

—¿Y eso qué tiene que ver con el piso?

—Nuestra hipótesis es que en este piso cualquier sistema se convierte en un sistema caótico.

—Yo diría que solo son los niños. De hecho, hay una habitación que tenemos medio bien. Y el baño.

—Puede que los niños no ayuden, pero antes de que llegarais al piso ya había caos. Y esas quizás sean las habitaciones en las que el efecto se nota menos.

La doctora les contó lo que habíamos leído en los papeles de su padre sobre el piso. Antes de que llegaran Ponce y Jimena, y de que tuvieran a sus dos hijos, allí vivía Natalia Saer, artista multidisciplinar según la Wikipedia. Pero aún no lo era cuando se mudó, a finales de los ochenta: entonces era una profesora de dibujo técnico en la Facultad de Arquitectura. Se había licenciado en Bellas Artes, pero nunca había ejercido como artista, ni siquiera como crítica, y se había dedicado siempre a dar clases.

Llegó al piso ya bien entrada la treintena y recién divorciada. Los artículos y libros que hablaban de ella explicaban que el divorcio fue un catalizador de su creatividad y le permitió buscar y encontrar el espacio en el que expresarse, lejos de las obligaciones tradicionales de una mujer casada.

Seguro que algo de eso había: el piso era caótico, pero eso no te convierte de por sí en un artista. Al fin y al cabo, Ponce y Jimena no se habían puesto a pintar cuadros.

Al llegar y según le contó a Rojo en las conversaciones que mantuvieron a partir de 1993 (una de ellas, grabada), Saer montó un taller, sin ninguna pretensión y solo como pasatiempo. Empezó pintando, que era lo que más fácilmente se podía hacer en casa. «Intenté hacer lo mío: paisajes más o menos de fantasía, algún retrato inventado y lo que llamaba, en broma, giottinos, cuadros al estilo del Renacimiento, pero en los que aparecían unos nobles mirando la televisión o una escena bíblica en la que en el paisaje se adivinaba una autopista». Nada que le hubiera reportado más satisfacción que hacer algún regalo a sus amigos en una mudanza o en una boda.

Pero en el piso le comenzó a fallar todo:

—Perdía tubos de pintura. Al principio, me resignaba y bajaba a comprar más, pero cuando volvía a casa, había perdido también los

que sí tenía localizados. Por no parar, terminaba usando colores más o menos inverosímiles y los giottinos cobraban un aire marciano.

Luego empezó a perder pinceles, telas, el caballete apareció en el balcón un día de lluvia…

—Me imaginaba que era mi inconsciente pidiéndome que dejara de perder el tiempo con el arte, que no era una profesión para mí, sino un pasatiempo. Era como si estuviera intentando decirme a mí misma que mejor dedicar mis esfuerzos al trabajo y a ganar más dinero, aunque fuera como coordinadora de estudios o directora del centro, o a ir al gimnasio, o a buscar pareja… Cualquier cosa menos lo que parecía un *hobby* que me dejaba insatisfecha y cuyos resultados solo ponían de manifiesto mi mediocridad. Cada vez que desaparecía una pintura o se quedaba encallada la puerta del estudio, era como si una voz me dijera que eso no era lo mío: «Tendrías que haber estudiado una ingeniería».

Pero en lugar de hacer caso a esa voz, redobló sus esfuerzos:

—Trabajaba con lo que tenía a mano, fuera lo que fuera: pinturas, arcilla, piedra, hierros retorcidos que aparecían de no sé dónde, cajas de madera que subía de los contenedores, piel de fruta que estaba segura de haber tirado a la basura, llaves inglesas, destornilladores, un transistor que estaba segura de que era de mi padre….

Una amiga, de visita a una casa que en palabras de la propia Saer parecía «una cochiquera», se quedó fascinada con lo que también Saer llamaba «arte de conveniencia», piezas hechas con lo que hubiera a mano. Se quedó una de las obras que Saer le ofreció, pero en lugar de encerrarla en casa se la llevó a una amiga galerista. Y ahí empezó todo: primero vendió un par de obras en esa galería, a las pocas semanas presentó su primera exposición en solitario y de ahí llegaron más ventas, más exposiciones, encargos, algunos de ellos incluso para plazas de pueblos y ciudades, y todo un movimiento artístico en el que surgieron alumnos y continuadores, pero también imitadores y fraudes, como siempre.

Rojo habló con ella del caos o, como Saer lo llamaba, su «método». Ella decía que consistía en dejarse llevar, en no dejarse limitar por lo que quería hacer, sino por lo que tenía a mano. «La

verdadera libertad está en elegir hacer lo que puedo hacer porque hacer lo que quiero, lo que queremos, no está a mi alcance, a nuestro alcance. Yo no seré Goya o Velázquez. Pero puedo ser Saer. Tampoco puedo volar, o vivir en Marte, o hacer que me crezca otro brazo. Pero puedo usar los brazos que sí tengo para, yo qué sé, pintar un cactus de color naranja».

Rojo le intentaba explicar que el piso imponía sus reglas y que estas estaban deformadas, pero a Saer le daba igual. Ni siquiera le decía que no le creía.

—Es verdad que el método no se queda en mis obras. Ayer compré tenedores para casa, no para mis cuadros, y hoy no encuentro ninguno. Nunca sé si el mismo ciclo de la lavadora va a durar veinte minutos o tres horas. El otro día dejé una manzana en esta mesa y a los quince minutos estaba llena de hojas que le salían del rabillo. No sé si eso tiene que ver con lo que comentas, que el piso está ¿roto? Tampoco sé si esa es la palabra, pero bueno, me vale. Y me da igual si es el piso o si soy yo o si somos los dos: tengo que trabajar con esto y hacerlo lo mejor que pueda. Como todo el mundo.

Rojo se lo mostró con algunos experimentos. Hizo botar una pequeña pelota de goma en su casa y en la de Saer, donde rebotó formando figuras absurdas y provocó, sin tocarlo, que cayera un vaso que estaba en otra habitación.

—Esto me ha dado una idea para una instalación —dijo ella. Y así nació *El pájaro:* cogió esa pelota de goma, le metió un motor y la encerró en una jaula, donde rebotaba todo el rato. Esa pelota era un juguete de Mireia, de cuando era niña.

Rojo quemó un papel con una cerilla y le pidió a Saer que se fijara en el humo, que se dispersó con tirabuzones enredadísimos, creando diagonales pronunciadas y llegando en algún momento a caer en picado.

—Esto será un cuadro —contestó Saer. Y así nació *La montaña rusa,* en ceniza sobre lienzo.

Rojo arrojó unas cerezas sobre la cama y le intentó explicar que el patrón era exageradamente disperso. «Te podría enseñar las ecuaciones», le dijo, «pero creo que no hace falta porque…».

Saer no le prestó atención: según las notas de Rojo, cogió una cereza y se la comió. Le dijo que le gustaban mucho, a lo que Rojo dijo que claro, las había cogido de su nevera, la de ella. Y luego las notas solo se lamentan de que no tendría que haber cogido cerezas, que tienen un color rojo demasiado sensual y asociado al romance y, no quería entrar en detalles, por suerte para todos, pero entre una cosa y otra había perdido toda la tarde.

Rojo llegaba con problemas, como la doctora y yo, pero sin soluciones. Como siempre, solo quería saber qué pasaba, reunir información y datos y hacer experimentos para saber cuánto más mejor. Y a Saer los experimentos le daban ideas y la gente que le daba ideas le resultaba atractiva.

El caos la inspiraba, pero ella acabó reconociendo que no podía vivir así.

—Me voy a ir a otro piso.

—Bien hecho.

—Seguiré viniendo aquí a trabajar, pero nada más. Ayer me puse a freír dos huevos y el aceite saltó por toda la cocina.

—¿Estás bien?

—Sí, sí… Para compensar, uno de los huevos tenía dos yemas.

Saer contrató a un ayudante, un estudiante de Bellas Artes, para que le ayudara a poner orden en todo el piso, que ya era única y exclusivamente un taller. Pero era imposible. Incluso peligroso: una tarde que el estudiante se puso a ordenar los pinceles, movió el caballete, con lo que se cayó una camisa sucia y llena de pintura sobre una vela que estaba encendida. Y ese fue el primer día que los bomberos tuvieron que ir corriendo al piso de Saer, aunque no pasó gran cosa salvo el susto del pobre estudiante, que además perdió una de sus bambas en la huida.

Lo que Rojo no le dijo a Saer, pero sí anotó, fue que el efecto se iba ampliando como mínimo hacia abajo, justo hacia su piso: el caos se coló en el armario de su ropa, donde escondía perchas, perdía camisas, separaba calcetines, llenaba cajones que no se podían cerrar, abría agujeros en los pijamas y llenaba los bolsillos de los pantalones de pañuelos usados, de tiques de la compra y monedas de países a los que no había viajado nunca.

Saer sí le contó que había intentado trabajar también en su piso nuevo, pero no le salía nada: un paisaje aburrido, el retrato de su madre, que le había salido clavado a una Meryl Streep morena, y un intento de cuadro abstracto que había terminado siendo una copia mala de un Kandinsky.

—No sé si me has influido con tus historias del caos, pero solo puedo trabajar en el piso. ¿Sabes cómo arreglarlo?

—Aún no.

—Mejor, espera a que me retire.

Cada vez iba menos al piso. Lo justo para crear algunas obras durante algunas semanas al año.

—Prefiero mi casa nueva. Ven un día, Lucas. Es un piso todo blanco, con mucha luz, lleno de libros y sin ningún cuadro ni adorno.

Por el tono de las dos últimas conversaciones grabadas y de las notas finales, tengo la sospecha de que el doctor Rojo fue a ver a Saer, aunque solo sea porque se ponía muy nervioso, incluso por escrito, y en dos ocasiones casi seguidas aclaró sin venir a cuento que «un caballero no entra en detalles». Pero esto tampoco se lo conté a Ponce y a Jimena porque seguía sin ser de su interés.

Sí que hablé de la última visita de Natalia Saer al estudio: una escultura en la que estaba trabajando se desplomó encima de una mesa y volcó un cenicero en el que había un cigarrillo que la artista, que no fumaba, no recordaba haber encendido. Y ese fue el segundo día que los bomberos tuvieron que ir corriendo a su piso.

Las notas de Rojo son escuetas y dolidas. Él la ayudó en lo que pudo durante la recuperación, y la llevaba y traía en su coche. Abrió la puerta a los transportistas que se llevaron la escultura, «un bloque de granito tallado para parecer un bloque de granito» (eso dijo ella). La acompañó a ver a su galerista, que le confirmó que un banco belga había comprado *La llama,* como se llamaba el bloque de granito, para colocarla en la entrada de su sede central. Un millón de euros. Y pico.

Saer se retiró y dejó de pasar por el estudio, y Rojo y ella perdieron el contacto. En sus notas solo había anotadas otras dos conversaciones: en 2011 Saer llevó a un equipo de mudanzas para vaciar el piso y llevarlo todo a una fundación a su nombre, con la

intención de catalogar lo que sirviera y tirar el resto. Llamó a Rojo por si podía abrir la puerta a los obreros y estar al tanto de que no se declarase otro incendio.

—¿Vendrás?

—No. No puedo, si te soy sincera. Pero vente tú aquí, si quieres.

No sabemos si fue. Sí sabemos que ella vendió el piso, ya vacío, poco antes de la pandemia, y que llamó al doctor para contárselo.

—A mí me da igual, ya no necesito el dinero. Pero mi hermana me ha convencido.

—Sabes que ese piso no es seguro. Quien entre, tendrá problemas.

—No era el piso, Lucas, era yo.

—No, eran las anomalías.

—Lucas, seamos racionales.

—Soy doctor en física. No hay nadie más racional que yo.

—Creerse la persona más racional del mundo no suena nada racional.

Y entonces, unos meses más tarde, Jimena y Ponce compraron el piso.

—Vale —dijo Ponce—. Muy interesante. No sabía que la dueña anterior era una artista. La buscaremos en Google. Compraremos alguna obra suya, si nos llega, que no creo. Pero ¿esto qué tiene que ver con nosotros?

—El piso no está desordenado porque tengáis dos hijos —dijo la doctora—, sino porque está en un bolsillo en el que el caos actúa… Bueno, caóticamente.

—No sé qué decirte. Si vas a casa de cualquier familia con niños te vas a encontrar algo parecido. Y lo mismo va a ocurrir si vas a casa de cualquier artista. No sé si fuisteis a la expo de Lucian Freud en el Thyssen, pero había fotos de su estudio y, madre mía, ahí se podrían haber descubierto microorganismos desconocidos.

—No es solo eso. Podemos repetir los experimentos de mi padre.

—¿Quemar un papel?

—¿Quién vivía antes? —dijo Jimena.

—¿Antes?

—Sí, la artista llegó a mediados de los ochenta. ¿Quién vivía antes de ella?

—Ah, claro. Mi padre no pudo localizarlos. Pero primero entró un matrimonio que se acabó divorciando y luego estuvo durante unos meses un contable de la Seat.

—¿Les pasó algo?

—Al matrimonio, ni idea. El contable acabó en un hospital psiquiátrico. Cuando salió, vendió el piso y se marchó a Argentina.

—¿Crees que se volvió loco por el piso?

—No. O no del todo. Creo que el piso no te vuelve loco, sino que multiplica los procesos caóticos y convierte cualquier sistema en un sistema caótico. En un piso normal, si yo dejo este lápiz sobre la mesa se va a quedar ahí y no va a interactuar con nada más. En este piso, es más fácil que ruede hacia un lado y que toque la taza y que dé justo donde la taza es frágil y se rompa… Esto va cada vez a peor porque cada vez hay más caos y más lápices y tazas que interactúan entre sí de formas difíciles de predecir. Si ya llegas con problemas, igual todo eso contribuye a una neurosis. Pero no soy psiquiatra.

—Sinceramente, creo que Josep Maria tiene algo de razón. Creo que echas de menos a tu padre. Y seguir sus experimentos es una forma de acercarte a él. Es muy bonito, pero, en fin, a lo mejor lo estás llevando demasiado lejos.

—Claro que echo de menos a mi padre y claro que seguir su trabajo es una forma de estar cerca de él. Pero eso no quita que de verdad haya problemas en el espacio-tiempo que están aumentando poco a poco y que amenazan con hacer mucho daño al universo.

—¿Qué es poco a poco? —siguió Jimena—. Supongamos que lo que dices es cierto. ¿Qué tan poco a poco van?

—Resulta difícil de decir. En el segundo piso había una grieta que en treinta años se ha convertido en un agujero por el que puede pasar una persona.

—Es decir, hablamos de décadas. Siglos.

—Creemos que los procesos se están acelerando.

—¿Pero cuánto? Porque parece que todo va con la calma.

—No lo sabemos —dije.

—Pero sería catastrófico —añadió la doctora—. No se trata solo de pequeños inconvenientes como que se caiga un cuadro. Hablamos del fin del universo. O de las condiciones que hacen posible la vida humana.

—Pero es un problema futuro y posible, no actual y real. ¿No es más sensato vivir tranquilos y que se encarguen los humanos del futuro, que sabrán mucho más que nosotros de esto?

—Si no empezamos a trabajar ahora, no sabrán nada.

—Documéntalo. Publícalo. ¿No eres profesora en la universidad? Pero de momento Josep Maria tiene razón: estos experimentos ahuyentan a los compradores y bajan el valor de nuestros pisos.

—¿Y quieres que lo publique? ¿No será peor?

—Nadie lee las revistas universitarias.

—No entiendo —dije—. ¿Qué compradores? Nadie tiene el piso a la venta.

—Los hipotéticos compradores. Si vienen aquí y os ven correteando por la escalera y hablando de, en fin, lo que suena a locuras, igual se desaniman. La gente quiere tranquilidad, no que les digan que hay un piso en el que todo tiene colores psicodélicos.

—Pero los tiene. Por cierto, con patrones cada vez más caóticos por la influencia de tu piso, que va creciendo.

—O eso dices.

—Te he comentado que mi padre detectó más caos en su armario.

—Todo el mundo detecta caos en su armario. Pero vale, supongamos que te doy la razón, que no te la doy. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Tienes alguna solución? ¿Un descaotizador?

La doctora calló. Y luego habló.

—Aún no.

Nos fuimos con la cabeza entre los hombros. De haber tenido rabo, lo habríamos llevado entre las piernas, arrastrado por el suelo.

—Creo que ya sé lo que mi padre quería, y quiero terminar su trabajo —me dijo la doctora, ya en el rellano.

—Qué era. O qué es.

—Mi padre quería comprar el edificio.

—¿Para trabajar tranquilo?

—Más bien para echarlo abajo.

—Pero eso… ¿Eso lo has leído en sus notas?

—No. Pero es lo único que puede funcionar.

***

Seguimos con la conversación en el piso del doctor Rojo. Yo quería ir a la bodega, pero la doctora no se dejó convencer:

—Entonces, ¿tu idea es tirar el edificio abajo?

—Lo pensé cuando estábamos en el piso turístico. No te dije nada porque no lo tenía claro. Sigo sin tenerlo claro porque no sé cómo podríamos hacerlo. Creo que eso es lo que intentaba mi padre y por eso empezó a comprar pisos. O al menos lo tenía en mente, como si fuera un plan B, por si no encontraba una solución.

—¿Y crees que no la vamos a encontrar?

—Me parece imposible, Jaime. No podemos evitar que suceda porque ya ha sucedido. Es lo que le pasó a mi padre cuando viajó de nuevo a 1993. Lo evitó y no lo evitó a la vez, con lo que lo enredó todo más. Y tú y yo no vamos a conseguir resolver el misterio solos. Necesitaríamos a más gente pensando cosas y probando cosas y, sobre todo, más equipo. Estamos haciendo experimentos con pelotas de goma y papeles quemados, experimentos que además ya había hecho mi padre. Somos dos *amateurs* jugando a científicos.

—Y no podemos decírselo a nadie.

—Exacto, ya sabes cómo somos los científicos: basta que nos digan que podemos hacer algo para que nos pongamos a hacerlo, sin tener en cuenta las consecuencias. Siempre estamos con lo de que la ciencia es neutra y lo que importa es el uso que se hace de ella, pero no sé qué uso esperaban algunos de la bomba nuclear, por ejemplo. Si se lo decimos a más gente, algunos intentarán replicar el experimento de mi padre, primero, y luego a alguien se le ocurrirá que es buena idea hacer más experimentos y un tercero pensará que además es buen negocio porque quién no quiere una grieta como la de Sitges en su casa, pero que le lleve a la oficina o a las Seychelles. Total, que el universo acabará como un queso de gruyer.

—¿Cómo un queso? ¿Fundido? No entiendo.

—Lleno de agujeros. Jaime, el gruyer es el queso de los agujeros, ¿cómo no sabes eso?

—Soy intolerante a la lactosa… ¿Cuál es el plan?

—Hablaremos con Marcos, por si podemos volver a fabricar dinero, como hizo mi padre. Documentaremos lo que nos falta. Y luego compraremos todos los pisos.

—¿Y qué pasará con quien no quiera vender?

—No lo sé, la verdad. Habrá que convencerles.

—Porque no piensas poner una bomba ni nada parecido.

—No, hombre, no. No seas bruto.

—Como decías que hay que echarlo abajo.

—En algún momento. Por si acaso. Pero no sé cómo. Supongo que basta con vaciarlo y luego… ¿Si es mío me dejarán demolerlo?

—No tengo ni idea. Habría que preguntar a un abogado.

—Espero que no sea un edificio histórico ni nada parecido.

—¿Esto?

—Ya.

—Imposible. Igual si se enteran de que aquí tuvo lugar el primer viaje en el tiempo que sepamos.

—Que sepamos.

—O si creen que pueden cobrar entrada para ir a Sitges.

—Aunque no es Sitges.

—Sitges 2. Sitges B. Parasitges.

—¿Aún no encuentras nombre?

—Qué va. ¿Publicarás algo? Igual con el edificio vacío y sin decir cómo lo hizo tu padre para abrir un agujero de gusano…

—No. Nadie nos creería. No nos cree ni Ponce, que parece que viva sobre los restos del Titanic. Y además no quiero correr ese riesgo. Lo documentaremos para saber lo que pasa y comprobar que, una vez echemos el piso abajo, si lo logramos, todo está bien y eso ha sido suficiente.

—¿Lo será?

—Ni idea. Pero es lo único que se me ocurre.

—¿Y qué haremos nosotros?

—¿A qué te refieres? ¿Tú y yo?

—No, nosotros, los vecinos. ¿Dónde viviré? Y yo estoy de alquiler, pero hay gente que tiene el piso comprado.

—Hostias.

—¿Qué?

—Jorge.

—Mierda, Jorge.

Echar el edificio abajo con Jorge dentro habría estado un poco feo.

***

—No quiero que me volváis a empujar por la ventana —dijo Jorge en cuanto nos vio.

Nos invitó a pasar y a tomar un café después de prometerle que no intentaríamos matarle.

Otro café: desde que trabajaba para la doctora, tomaba más café que nunca en mi vida. Alguna tarde me notaba taquicárdico perdido. Nunca había sido muy de café, como mucho uno por la mañana, flojete, aguado, más porque es algo que parece que hay que hacer que porque me apeteciera.

Pero me sabía mal decirle que no a la gente.

A esas alturas ya tenía un ranking mental de los cafés del edificio:

1. El de Ponce y Jimena era el mejor. Jimena se encargaba de comprar café de especialidad, que molía en casa. Lo hacía con una cafetera italiana de las normalísimas. Incluso me había parecido que estaba un poco abollada.

2. Ramón y Amelia. No daban el perfil —igual estoy siendo prejuicioso—, pero Ramón también era un sibarita del café y usaba una máquina de *espresso.* No era una Nespresso, pero aun así me gustaba más cómo quedaba en la italiana.

3. Jorge. Buen café, sin ser de especialidad, pero con cafetera italiana. Tenía cuidado y no lo cargaba demasiado ni lo quemaba.

4. Gizella y Esteban. Café de italiana, también. Muy normal. Gizella siempre decía «tengo que hacer café a la húngara», pero nunca

hacía café a la húngara y yo ni lo había probado ni sabía lo que era. ¿Igual no existía y era una broma que solo entendía ella?

5. La bodega d'en Manel. Buen café de máquina profesional, de bar. No lo pongo más arriba porque había que pagarlo.

6 y 7. Pedro y Amira. Tenían una Nespresso. En fin. Empatados con Juanjo y Valentina por lo mismo.

8. Marcos. Café de italiana, al menos, pero debía comprar el más barato del supermercado. Sabía a quemado.

9. Berta. Café instantáneo. Solo cometí el error una vez.

10. Ricard y Olga. Ofrecían kombucha y aún no la había probado.

11. Josep Maria e Isabel. No nos habían invitado.

12. Lola. Tampoco nos había invitado.

Volviendo a Jorge, nuestro vecino estaba perfectamente instalado: había comprado una tele, ropa, había cambiado el sofá… Incluso estaba pensando en pintar.

—Lo haría yo mismo: compro la pintura por internet y me encargo. ¿Qué te parece, Mireia? ¿Puedo? El piso es tuyo, claro, y no estoy ni de alquiler ni de nada, pero creo que yo estaría mejor y a ti te vendría bien tener el piso recién pintado. No es la primera vez que pinto un piso, si eso te preocupa. Y quiero empezar a pagar alquiler, por cierto, hagámoslo oficial.

—Pero en algún momento tendrás que irte —sugirió Mireia.

—Claro, claro, pero por mí no os preocupéis. Ya os lo dije: estoy francamente mejor que nunca. Me ha venido muy bien poder descansar así de todo. Quiero mucho a Santi, pero convivir con alguien es muy duro.

—Es malo pasar todo el día en casa —probó la doctora.

—Peor es pasar todo el día en la oficina.

—Pero el aire… La luz… —Ni yo mismo sabía lo que decía. Parecían palabras al azar.

—Jorge, lo siento mucho, pero te tienes que ir.

—¿Pero por qué? Si es por dinero, ya te digo que estoy dispuesto a pagar. Pon tu precio.

—Te tienes que ir porque voy a vender el piso. —Obviamente no era cierto, o no del todo, pero era algo más fácil de entender, a no ser que le diera por buscarse un abogado—. No hay prisa, no te voy

a echar hoy y te puedo dar todo el tiempo que necesites para buscar otra casa, si quieres seguir viviendo solo. Pero lo voy a necesitar en unas semanas.

—¿Semanas?

—Eso lo podemos hablar, supongo que no hay prisa, pero antes necesitamos saber cómo podemos sacarte de aquí.

—Ya sabéis que por la ventana no se puede. Y por la puerta tampoco.

—A ver —dijo Mireia—, dinos exactamente lo que pasó cuando viniste.

—Pues nada, yo iba despistado, mirando el móvil, y creía que había llegado a casa. Alguien abrió el portal y aproveché para entrar. Subí las escaleras y entonces me di cuenta de que no estaba en mi edificio, así que intenté bajar. Y ya no pude.

—Eso puede ser —dijo Mireia—. Alguien te abrió la puerta. Quizás al abrir la puerta se abrió este bucle.

—Pero entonces más de una persona se habría quedado atrapada.

—Quizás es un bucle tan pequeño que lo difícil es dar con él.

Bajamos al portal, aunque Jorge tuvo que quedarse en el rellano del entresuelo, claro. Yo abrí y la doctora, con ayuda de una linterna, se puso a mirar escalón por escalón.

—¿Qué forma tiene un bucle?

—Ni idea. ¿Forma de bucle?

—Entonces, ¿qué buscamos?

—Cualquier cosa. Pero no veo nada. ¿Tienes la puerta abierta, Jaime?

—Sí.

—Cierra y vuelve a abrir, a ver…

—¿Qué hacéis? —Se abrió una puerta del entresuelo y se asomó Lola.

—Hola —dijo Jorge—. Estamos viendo si puedo salir o no.

—Ay, a ver, que esto me sabe fatal.

—¿Pero por qué?

—Pues porque fui yo quien te dejó entrar.

Mireia levantó la cabeza y dejó de buscar en las escaleras.

—Lola, ¿me oyes?

—Hola, Mireia. ¿Qué tal?

—Hazme un favor, cierra la puerta.

—Perdona, no quería molestaros.

—No, no es eso. Es por probar una cosa. Cierra, por favor.

Lola cerró la puerta. Nos quedamos la doctora y yo callados, mirando las escaleras hasta que, unos segundos después, apareció un puntito negro flotando sobre el segundo escalón del segundo tramo, el que llegaba hasta la planta baja. El punto creció hasta llegar apenas al tamaño de un rodamiento, para luego hacerse de nuevo más pequeño y desvanecerse.

—Lo encontramos. ¡Lo encontramos, Jorge!

La doctora subió y llamó a la puerta de su amiga de la infancia.

—Ya está —le dijo—, ya sabemos qué pasa con tu piso. Cuando abres y cierras la puerta, se abre un bucle, muy pequeño y que Jorge atravesó porque, como todo en este edificio, está creciendo y lo está poniendo todo en peligro.

—Entonces qué hago —le dijo Lola.

—¡Nada! ¿Qué vas a hacer? Cuando salgas de casa mira que no haya nadie, por si acaso, pero no puedes hacer nada.

—¿Y si atrapamos a alguien más?

—Creo que podemos solucionarlo. Mira, Jorge, el bucle se abrirá justo sobre el segundo escalón comenzando por arriba. No sé si lo ves desde aquí. El escalón, digo, el bucle ya no está.

—Sí, lo veo. Creo que lo he visto antes. Está pegado a la barandilla, ¿verdad?

—Eso es. Ahora, Lola, vuelve a cerrar la puerta.

—Espera. Voy a por las llaves y me quedo fuera, que quiero verlo.

—¿Y yo qué hago? —pregunté.

—Quédate ahí y a ver si llega Jorge.

—¿Pero abro y cierro el portal?

—¿Qué portal? Es un bucle. ¿O prefieres llamarlo portal?

—Me refiero al portal del edificio.

—Ah, no, no. Creo que basta con la puerta de Lola. Si no funciona ya probaremos combinaciones.

Pero no hizo falta. Cuando Lola apareció con las llaves la doctora le dijo que cerrara la puerta y, nada más oírse el ruido, apareció el

puntito negro sobre el escalón.

—Vamos allá —dijo Jorge.

Y caminó poco a poco hacia el punto. Muy poco a poco.

—Jorge, que esto desaparece en unos segundos —le dijo la doctora.

—No voy a desaparecer o a desintegrarme, ¿verdad?

—No —dijo Mireia. Y luego añadió—: No creo.

—¿No creo?

—No lo sé, Jorge.

—¿Por qué no vas tú primero?

—Porque tú ya lo has hecho. Primero de subida y quedaste atrapado, y ahora de bajada y saldrás del bucle. Creo.

—¿Creo? Ay, Mireia, de verdad, que yo ya estoy bien así.

—No te puedes quedar aquí para siempre.

—Te pagaré un alquiler, lo que tú me digas. Cobro bien.

—No es eso.

—Puedo vivir en el piso en blanco y negro. En el psicodélico no, que me llevó Jaime una vez y marea.

—Ya se ha ido el punto negro. Habrá que probar otra vez.

—No quiero probar.

—Jorge, por favor, lo peor que puede pasar es que sigas atrapado aquí.

—¡Eso es lo mejor que me puede pasar! ¡Estoy muy bien aquí! ¡No quiero irme!

Nos quedamos mirándole extrañados. Bueno, yo no le veía porque estaba abajo en el portal, pero le oía perfectamente.

—Pero Jorge, estás atrapado —dijo Mireia.

—¡No! ¡Estaba atrapado antes!

Hubo un silencio de apenas unos segundos, pero muy incómodo.

—No te pongas melodramático, anda.

—Vale, no estaba atrapado. Igual he exagerado un poco. Pero ahora estoy muy bien: teletrabajo, me quedo solo en casa media semana… Ayer me abrí una botella de vino y me puse una peli y estaba mejor que nunca. Quiero seguir así. Es como el confinamiento, pero sin que se muera nadie.

—Jorge, no puedes. Nadie puede. Este edificio se va a cargar el universo.

—¿Ahora quién es la melodramática?

—No exagero, Jorge. Voy a comprar todo el edificio, lo voy a vaciar y lo voy a echar abajo.

—¿Cómo? —dijo Lola.

—Perdona, Lola, aún no se lo he contado a nadie.

—Pero yo no quiero irme de aquí —dijo Jorge.

—Pagaré bien por los pisos.

—¿Con qué dinero? —preguntó Lola.

—Aún no he llegado a eso.

—¿Lo del fondo es cosa tuya?

—¿Qué fondo?

—Josep Maria dice que hay un fondo que quiere comprar el edificio.

—¿Qué? No tenía ni idea. Hablaré con él.

—Yo solo veo a gente que me quiere echar de casa.

—No te voy a echar, Jorge. Te puedes quedar todo lo que quieras.

—Pero si vas a echar el edificio abajo.

—Te puedes quedar hasta que echemos el edificio abajo.

—¿Cuándo será eso?

—No lo sé, no tengo el dinero. Pero cuando lo tenga os lo contaré todo. Este edificio es peligroso, y cada vez más. No podemos quedarnos aquí.

—¿No puedo quedarme?

—Sí, a ver, puedes quedarte pero solo de momento. No tienes que ir a ningún lado, puedes hacer lo que quieras. Y cuando compre el edificio, antes de echarlo abajo te daré tiempo para que te hagas a la idea.

—Bueno. Suena… Es… Suena razonable.

—Una tregua. Todo se quedará igual, de momento. Simplemente sabremos que puedes salir.

—¿No le diréis nada a Santi si lo veis?

—Nada, como si fuéramos tus médicos.

—Venga.

—Lola, ¿puedes?

—Vale, pero me tienes que explicar esto bien.

—Lo haré. Necesitas saber algo de cuántica y de dimensiones enrolladas…

—Me refiero a lo de comprar el edificio. Yo tampoco quiero irme ni vender.

—Lo entiendo.

—Y no tienes dinero, eres profesora de universidad.

—Lo sé.

Dicho esto, Lola volvió a abrir y cerrar la puerta. El punto apareció de nuevo y Jorge empezó a bajar.

—Si esto me desintegra, entonces sí, decidle a Santi que morí intentando volver a casa con él.

—Sin exagerar, ni nada —le dijo la doctora.

—Técnicamente es cierto.

Jorge pasó por encima de la burbuja, que desapareció a su paso, siguió bajando y por primera vez terminó de recorrer el último tramo de escaleras hacia la calle. Tenía los ojos muy abiertos y no se atrevía a hablar. Ninguno nos atrevíamos, por miedo a romper lo que parecía un hechizo. Aunque en realidad era ciencia, claro, como todo. Jorge pasó por delante de mí, me miró, abrió la puerta y salió a la calle. Entonces sí que habló.

—Coño.

—¿Qué ha dicho? —preguntó la doctora.

—Ha dicho «coño».

Jorge sacó sus llaves del bolsillo y volvió a entrar.

—Ni una palabra a Santi —dijo—. Y menos a mi jefe. Ya se lo diré yo a quien se lo tenga que decir cuando llegue el momento.

***

La lámpara flotaba en el aire. La puerta se abrió, pero eso no tenía nada de raro porque la había abierto Josep Maria. No era como si se hubiera abierto sola.

—¿Qué coño hacéis en mi casa?

La lámpara cayó al suelo y se rompió… Iba a decir «en mil pedazos», pero no me dio tiempo a contarlos.

Antes de que hubiéramos podido hablar con Josep Maria sobre el fondo, Andrés había llamado a la puerta de la doctora. Nos había pillado a los dos intentando ordenar papeles, como casi siempre, y nos dijo que nos quería comentar una cosa.

—Creo que en nuestra casa también pasan cosas raras.

Decía nuestra casa porque Andrés, estudiante de Empresariales o Económicas o algo parecido, no vivía solo, vivía con su familia: tenía dos hermanas y dos padres. Y su padre era Josep Maria, nuestra némesis.

Igual exagero: su padre era Josep Maria, el vecino que creía que nuestras investigaciones eran una pérdida de tiempo y solo iban a servir para que se depreciaran los pisos. Tampoco era como para llamarle némesis al pobre. Pero la visita de su hijo no le iba a hacer gracia.

—¿Y qué son cosas raras?

—Pues veréis… Hace unos meses estaba en mi cuarto, me tumbé en la cama y vi que me había dejado el móvil en el escritorio. No tenía ganas de levantarme, así que estiré el brazo para ver si llegaba y no llegaba ni de broma. Pero el móvil se movió. Se movió hasta mi mano.

—¿Telekinesis? —dije.

—Jesús —dijo Andrés.

—No, no, digo que eso es telek…

—Ya, ya. Era broma. Sé lo que es la telekinesis.

—Ah, vale. Como si hubiera estornudado.

—Eso es.

—Podría tener sentido —dijo la doctora, ignorándonos, para luego no ignorarnos—: la telekinesis, quiero decir. No el chiste. El chiste es malísimo. Telekinesis ni siquiera suena como un estornudo.

—Bueno, vale, no sé para qué vengo.

—Perdón. Me centro: digo que la telekinesis podría tener sentido si el campo espacial fuera más maleable, por algún motivo… Quizás incluso podría ser una alteración gravitatoria. ¿Cómo lo haces?

—Creo que con la mente.

—No puede ser. Con la mente, no.

—Bueno, tengo que mover los brazos, como un mago.

—Eso es.

—¿Qué es eso?

—Piensa en el espacio como en la superficie de una cama. En tu casa, cuando mueves las manos es como si presionaras en el colchón, haciendo caer hacia ti los objetos que están encima. Estás manipulando la gravedad.

—Vale… Pero no es en toda la casa.

—¿No?

—No, qué va. Funciona solo en mi habitación; en la salita y en la cocina, nada. También lo intenté un día en el resto de dormitorios y nada. Aunque solo fue una vez porque en mi casa es imposible quedarse a solas.

—Ya, entiendo.

—Y por eso he subido hoy a veros, porque ahora mismo no hay nadie. Mis padres han salido, mi hermana mediana está de viaje y la pequeña está en el cine.

—No deberíamos —dije—, no sin permiso de tus padres. Sobre todo, de tu padre. No le gustaría.

—Bueno —dijo la doctora—, Andrés es mayor de edad. ¿Eres mayor de edad?

—Sí, sí. El mes que viene cumplo veintiuno —lo dijo muy orgulloso, como si le hubiera costado una barbaridad cumplir tantos años.

—Podríamos ir un momento, solo para verlo.

—¿Y si nos pillan?

—Mis padres tardarán. Han ido a mirar sofás.

—¿Eso significa que tardarán?

—Llevan semanas mirando sofás, siempre hacen lo mismo: se pasan toda la tarde fuera y se quedan a cenar por ahí. Creo que es la idea de diversión de mi padre. Y de mi madre. Se pasan todo el año mirando muebles.

Cruzamos el rellano para ir al tercero primera.

De entrada, Andrés nos mostró cómo mover un libro. Agitaba las manos a veces hacia abajo y otras dando latigazos. El libro se

desplazaba a sacudidas, sin importar si estaba en el aire o todavía en la estantería. Luego probamos la doctora y yo. Ella levantó un lápiz y yo probé con mi móvil, pero era tan divertido que enseguida me animé.

Y probé con la lámpara.

Y llegó Josep Maria.

Y la lámpara se me cayó.

Josep Maria nos llevó a la cocina; no a la salita, a la cocina. A la doctora y a mí, a Andrés le dijo que se quedara en su habitación. Y allí nos soltó una bronca.

—No entiendo cómo hacéis esto. Le habéis sorbido el coco a un crío.

—A ver, Josep Maria —dijo la doctora—, Andrés ha venido por su cuenta a contarnos. Y tiene veintiún años, está terminando la carrera.

—Ojalá la estuviera terminando, no hace más que suspender. Pero ese no es el tema. El tema es que sigue siendo un crío. Y esta es mi casa.

—Eso es verdad y tienes razón y me disculpo. Pero tienes que ver lo que pasa en esa habitación.

—Ya he visto lo que pasa. Que habéis roto una lámpara.

—No, la lámpara flotaba.

—Sí, ya he visto cómo flotaba.

—Eso es porque me he sobresaltado al oírte. Si nos dejas probar…

—No vais a probar nada. Mi casa es normal. Todo el edificio es normal. Y la semana que viene llega un tasador del fondo y no os quiero ver dando vueltas por aquí.

—Ah, ¿ves? De eso te quería hablar: ¿qué fondo? —preguntó Mireia.

—Un fondo inmobiliario.

—Un fondo buitre, querrás decir.

—Ponle el adjetivo que quieras. El caso es que están interesados en el edificio.

—Los vecinos no querrán vender.

—Ya venderán, ya.

—Yo no pienso vender y soy dueña de seis pisos.

—Cuando te pongan el cheque delante les vas a vender hasta al becario este que te has buscado.

—Oye…

—Josep, que no me hagas caso a mí lo entiendo, pero que no hagas caso a tu hijo…

—Mireia, no me jodas, que estáis hablando de jarrones voladores.

—Lámparas —me animé a corregir, cosa que fue un clarísimo error.

—Ah, era una lámpara. Dudaba, porque solo la he visto rota en el suelo y era absolutamente irreconocible.

—Te la pagaremos —dije, usando la primera persona del plural a pesar de que no tenía dinero para ir pagando lámparas rotas.

—No quiero que me paguéis nada, solo quiero que me dejéis en paz. Vosotros jugad a lo que queráis, pero en vuestra casa. Con las persianas bajadas. Y en silencio.

—No es solo un juego. Los problemas van a peor y creo que estamos en peligro.

—Claro, seguro.

—De verdad, hemos hecho algunos cálculos… Si seguimos como indicación el ritmo de crecimiento del agujero de Sitges, que mi padre tiene documentado…

—¿Del qué?

—Es un agujero que hay en la pared de Ramón y Amelia, del segundo…

—Da igual, no quiero saberlo.

—Pues si lo tomamos como referente, este edificio podría desaparecer en… —Mireia hizo una pausa— unos años.

—Unos años, ¿eh? ¿Cuántos años?

—Bueno, no lo sabemos seguro.

—¿No habías hecho cálculos?

—Sí.

—¿Cuántos años?

—La estructura del edificio estará en peligro dentro de unos treinta años.

—Anda, venga ya. A saber si en treinta años sigue existiendo esta calle.

—Hablo solo de la estructura, pero hay más peligros.

—Las grietas se reparan.

—Ya lo han intentado, no es una grieta normal.

—Si vendemos, será la grieta de otro. ¿No estás en contra de los fondos inmobiliarios? Pues esta es tu oportunidad de joderlos bien, si estás tan segura de tus cálculos.

—Pero si no atajamos los problemas, no se quedarán solo en el edificio. ¡Todo el universo peligra!

—¿En cuantos años? ¿Treinta millones?

—No lo sé… El ritmo se va incrementando, pero no podemos saber si lo seguirá haciendo o si se quedará igual o si se ralentizará… Esto es muy peligroso porque ni siquiera sabemos cómo pararlo.

—Siento mucho lo de tu padre, Mireia…

—No me vengas con eso ahora.

—Pero esto no es sano.

—Vete a la mierda, Josep Maria.

—No es sano, no lo es. La semana que viene tasan el edificio y los pisos y luego nos harán una oferta. Y esa oferta será muy buena, pero aprovecharán cualquier excusa para bajarla. Y esa excusa puede ser tener a la profesora Bacterio y al botones Sacarino subiendo y bajando escaleras mientras gritan que el universo se acaba.

—El universo se acaba delante de tus narices y eres incapaz de verlo.

—Bueno, creo que esta conversación debería terminar antes de que digamos cosas de las que nos arrepintamos.

—Ya nos vamos, ya.

—El universo se acaba, dicen…

—Es verdad —solté—. El universo se acaba. Muy lentamente, pero se acaba.

Mientras subíamos las escaleras, la doctora se me quedó mirando.

—¿Muy lentamente?

—Yo qué sé… ¿Tú crees que el fondo comprará el edificio?

—Yo no pienso vender. No puedo vender. No podemos vender.

—Pero a lo mejor la oferta es muy buena.

—¿Y qué crees que pasará cuando vean que un piso tiene acceso directo a un Sitges que ni siquiera es Sitges?

—¿Subirá el precio? Sitges es carísimo. Y está cerca, pero no tanto.

—Vale, es posible que pase eso… También es posible que alguien se dé cuenta de lo que pasa aquí, lo intente replicar y que el universo se acabe, pero no tan lentamente.

***

Berta había cortado con su novio. Por segunda vez, si contamos la pausa que hicieron cuando despertó de su siesta convertida en Alberto. Y Alberto también había cortado con su novia, en este caso por primera vez porque la excusa de Berta al despertar a su lado la había convencido y no hizo falta ninguna pausa.

El novio de Berta no entendía nada de lo que estaba pasando y se había empeñado en que Berta era una mujer trans. Ella consiguió llevarle con la doctora Rojo, poco antes de su muerte (la de él, claro) para que le explicara las singularidades por las que pasaba el edificio. No lo acabó de entender, pero le dieron una vuelta por la casa en la que todo era en blanco y negro y eso pareció, al mismo tiempo, tranquilizarlo y acabar de desconcertarlo del todo.0

Por lo que nos dijo Berta, el pobre chico se esforzaba no tanto por comprender como por mantener su relación con ella, después de lo que él llamaba «el secuestro», tras el que pasó algunos días sin contestar ni a llamadas ni a mensajes. Su cariño y su buena voluntad parecían sinceros, lo que también hizo que Berta se relajara con las horas. A lo mejor quedaban por la tarde Berta y él para ver una película, y luego Alberto se quedaba con él charlando un rato o jugando con la Play, porque Alberto había aprovechado el sueldo de Berta para comprarse una Play a traición y, como era tan extrovertido y tan majo, y además era un hombre con una Play, no le costó nada hacerse amigo del novio de su otro yo.

Así las cosas y tras unos pocos meses de relación casi normal, no era raro que el novio de Berta y la novia de Alberto coincidieran.

Quizás ella llegaba para cenar y se lo encontraba allí. A lo mejor tomaban una cerveza los tres y charlaban un rato. La novia de Alberto no acababa de entender la confianza y la buena relación que mantenían su novio y aquel chico que le habían presentado como el novio de Nuria, la hermana de Alberto, a la que a veces llamaban Berta. ¿Por qué? ¿Era alguna broma privada?

Una de esas noches la cerveza se convirtió en un vino y en un «quédate a cenar». Alberto, avergonzado, no nos quiso contar detalles, pero acabaron los tres en la cama, con la novia de Alberto preocupada por lo que le estaban haciendo a Nuria, es decir, a Berta, una preocupación que le duró solo unas horas, hasta que despertaron y en el lugar de Alberto estaba ella, Berta.

Cuando vio en la cama por segunda vez a Berta, se molestó aún más que la primera vez, sobre todo después de lo que había pasado la noche anterior y creyendo que se trataba de algún juego sórdido de los hermanos. Mientras recogía sus cosas, Berta, con resaca, le aseguró que lo podía explicar. Su novio, que estaba haciendo café, también intentó hacerlo, pero como él tampoco lo entendía del todo, la novia de Alberto se acabó marchando sin entender nada.

—Verás, ella no es Nuria, es Berta. Y Berta es Alberto, pero solo de día. Es como el hombre lobo, pero nadie es trans. Aunque en cierto modo sí que son trans los dos. O ella. O él.

Berta estaba muerta de vergüenza. Y enfadadísima con su novio, que no estaba seguro de haber hecho nada malo porque, al fin y al cabo, Berta y Alberto eran la misma persona o, mejor dicho, Alberto es la persona que Berta habría sido si hubiera nacido en otra línea temporal, y viceversa.

Pero no era solo eso: Alberto y Berta no estaban separados, y sus recuerdos y sus emociones no estaban compartimentados, al menos no del todo y por mucho que intentaran respetar ciertos límites. Lo que explicaba que Alberto se hubiera sentido a gusto la noche anterior con su novia y con el novio de Berta, y que Berta se sintiera tan mal por la novia de Alberto, a la que llamó y citó por la tarde. Quedaron en una cafetería, donde le intentó explicar lo que pasaba.

—Lo mejor es que lo veas por ti misma. Ven a casa y verás lo que ocurre cuando se pone el sol. Lo entenderás todo.

La novia de Alberto no tenía ninguna intención de ir a su casa. No entendía nada de lo que le estaba diciendo aquella chica y solo sospechaba de alguna treta igual de sórdida que las dos que le habían llevado a despertar al lado de Berta.

Pero acabó accediendo ante la insistencia de Berta y porque, salvo por aquellas dos noches, la relación con Alberto había sido tremendamente normal, casi rozando lo anodino, y si era un plan extraño, era demasiado extravagante como para que lo hubiese planeado un chico cuya principal alegría de los últimos meses había sido el retorno de Fernando Alonso a la Fórmula 1 y su nueva Play.

Y cuando lo vio, en fin, digamos que no lo acabó de entender a pesar de las predicciones de Berta. Como la doctora Rojo no estaba en ese momento en casa de su padre, Berta y la novia de Alberto subieron a verme y me pidieron que le explicara a ella lo mismo que le había contado al novio de Berta. La novia de Alberto, al contrario que el novio de Berta, quería saber qué estaba pasando: cuál era la causa, qué ocurría en los demás pisos y si había alguna forma de arreglarlo. Entendió enseguida que si Berta se mudaba (o si lo hacía Alberto, pero de noche), su otra mitad quedaría encerrada para siempre, en lo que a efectos prácticos significaba su muerte.

—Por lo que sabemos, la situación actual es indefinida —dije—. Todo nos lleva a pensar que, mientras vivan en este edificio, Berta y Alberto seguirán existiendo. Pero no sabemos cómo podríamos separarlos, ni si eso es posible, ya que en realidad ocupan el mismo cuerpo. O, mejor dicho, su cuerpo ocupa exactamente la misma posición espacio-temporal, pero una de las líneas temporales domina la otra durante unas horas, sin que sepamos por qué.

La novia de Alberto no necesitó unos días para pensar, como el novio de Berta. Estaba fascinada por aquello. Tanto, que llegué a pensar que también era científica. Pero no, trabajaba en publicidad, lo que me pareció sorprendente dada su indudable capacidad de análisis y reflexión.

Ella siguió con Alberto y Alberto, igual que Berta, se fue relajando y preocupándose menos por el reloj cuando estaba con su novia, con lo que al final los cuatro se fueron relajando y conviviendo en

todas las combinaciones imaginables, salvo las que implicaban la presencia simultánea de Berta y de Alberto, claro.

Todo parecía muy fácil, nos contó Berta, aunque por suerte para todos le daba vergüenza entrar en detalles. Yo ya le había comentado que su vida privada no nos preocupaba y que en realidad solo necesitábamos la información que se refería a ella y a sus transformaciones, pero la doctora Rojo le pidió que siguiera, con un interés casi diría que exagerado, teniendo en cuenta que ni siquiera estaba tomando notas.

—Todo parecía muy fácil —siguió Berta—, y en ocasiones incluso divertido, hasta que pasó lo que tenía que pasar. Y es que en realidad no era tan fácil, sobre todo para mi novio y para la novia de Alberto, que se dieron cuenta de que podían darse mutuamente lo que nosotros no podíamos darles.

Y eso era una relación sencilla, simple, en la que ni uno acabara desconcertado por algo que no entendía ni la otra temiera perder una fascinación, que inevitablemente se acabaría apagando, ante un misterio que seguía igual de insoluble que el primer día. Una relación en la que no había que mirar el reloj y en la que uno despertaba con la misma persona con la que se había acostado, lo que en realidad viene a ser algo bastante básico, fácil y, por lo general, agradable.

—Total, que el otro día vinieron a casa y nos contaron que llevaban un tiempo viéndose. Ellos dos, por su cuenta. Y que para ellos era mejor así. Lo peor es que vinieron poco antes del anochecer y me lo contaron primero a mí y luego a Alberto, a pesar de que ya les dije, les dijimos, que Alberto se había enterado, aunque no estuviera presente. Dos veces tuvimos que aguantar la charla. Dos veces.

***

Estos son algunos fragmentos más de los correos de Sanssouci. Todos estaban impresos: no había rastro en la cuenta de correo del doctor, a la que accedíamos desde su portátil con las contraseñas que Rojo, previsor, le había dejado anotadas a su hija. Suponía que

había borrado los mensajes de Sanssouci por seguridad, aunque no entendía por qué no había destruido también el papel si era tan importante borrar los correos. Igual no había tenido tiempo.

El doctor Rojo quizás habló demasiado. Por ejemplo, en un correo le preguntó si el efecto Mandela podía darse con lugares completos, «por ejemplo, con un pueblo entero: digamos que visito un pueblo al que iba mucho en mi infancia y veo que el bar al que iba mi padre ha cerrado, pero pregunto y resulta que ese bar nunca existió, y que el hotel de la playa en el que nos alojamos resulta estar en el interior, y que el primo de mi madre nunca llegó a alcalde… ¿Es posible que la historia de un lugar concreto cambie de ese modo? ¿O, por tu experiencia, el efecto Mandela solo se ve en detalles como los tirantes de Mickey?». Nada de lo que decía aplicaba a Sitges y a Sitges B de forma exacta, pero se parecía lo suficiente, y lo peor era que el doctor sí mencionaba Sitges en otros correos.

Otra respuesta de Sanssouci también podía provocar ligeros ataques de pánico. O igual exageraba porque yo sí sabía lo que había hecho el doctor:

«¿Por qué no vienes a nuestra convención, aunque sea como oyente aún escéptico, pero interesado? Agradeceríamos el punto de vista de alguien con estudios científicos sólidos. Incluso aunque discrepemos, porque DISCREPAMOS, eso nos podría ayudar a REFINAR nuestras ideas, que seguro que son más TOSCAS e INTUITIVAS que científicas. Estaremos del 4 al 7 de marzo de 2020 en el Holiday Inn de Bloomington, Indiana».

«Fue una pena que no pudieras venir, aunque entiendo que prefirieras no viajar (otro día hablaremos sobre las mentiras de esta SUPUESTA pandemia). Estuvimos debatiendo sobre el caso hipotético que nos planteaste. Te cuento cómo fue:

1. Supongamos que un laboratorio abre un agujero de gusano que permite viajar al pasado. No a otra dimensión, sino al pasado. Y que ese viaje al pasado provoca cambios en la historia que ya ha ocurrido y, por tanto, que haya nuevas líneas temporales.

Hay dos grandes escuelas de pensamiento al respecto:

a) Hay quien opina que cada acción que llevamos a cabo GENERA, CREA, FABRICA un universo paralelo en el que esa acción no se ha llevado a cabo, por lo que cada minuto estamos generando infinidad de universos paralelos. Samantha Harriet lo explica muy bien en su canal de YouTube. Échale un vistazo. Hablé con ella y aunque tiene formación científica (es dentista) seguro que agradece los comentarios que le puedas hacer.

b) Hay quien cree (y aquí estoy YO) que los universos ya estaban creados desde el principio y que hay un número, AÚN DESCONOCIDO, entre DOS (2) e INFINITO (∞). Esos universos se pusieron en marcha a la vez, pero cada uno sigue su historia: en algunos hay un Sanssouci que sigue casado; en otros, Sanssouci nunca supo del efecto Mandela; los hay en los que Sanssouci no existe, y seguro que en otros cuantos no existimos ninguno de nosotros porque la humanidad no llegó a nacer.

Sigamos con tu experimento mental:

2. ¿Podría ser que este viaje al pasado generara cambio en nuestro universo y que se superpusieran las líneas temporales de un modo parecido a cómo el gato de Schrödinger está vivo y muerto a la vez? ¿Esto tiene solución?

Discusión: bien, como te decía, tendrías que haber venido. Muchos de los asistentes no conocían en qué consistía el experimento mental del gato de Schrödinger e insistían en que el animal habría muerto asfixiado. No sé si lo conté bien: hay un gato encerrado en una caja de acero. Su vida depende de un átomo radiactivo, que puede haberse descompuesto y haber emitido radiación. Según Schrödinger, lo que sabemos de la física cuántica implica que el gato está VIVO Y MUERTO (no vivo O muerto) a la vez hasta que alguien abre la caja y observa el estado de este sistema. Para Schrödinger, esto era una crítica a la física cuántica, pero algunos científicos no parecieron percatarse de la ironía (o se percataron demasiado) y adoptaron la imagen como un ejemplo claro y certero acerca de cómo funciona la física a tamaños cuánticos (no los de un gato).

Después de un debate muy enconado y de intentar responder algunas dudas con la Wikipedia en la mano, llegamos a una conclusión: PODRÍA SER, pero hay que recordar que el gato solo está vivo y muerto mientras la caja está cerrada. Una vez se abre, la función de onda COLAPSA y, ENTONCES SÍ, el gato está VIVO O MUERTO. Hay que buscar la forma de que colapse la función de onda y el gato viva o muera.

3. ¿Podría ser esto parecido a los escenarios de los que hemos hablado alguna vez? ¿Podría ser que la mascota de *Monopoly* lleve monóculo y no lo lleve? ¿Podría ser que Mandela muriera en los años ochenta en la cárcel y en 2013 en libertad y después de llegar a la presidencia de Sudáfrica? ¿Podría ser que todos los gatos en cajas estén vivos y muertos a la vez? Creemos que NO, porque la función de ONDA ya ha COLAPSADO... A no ser que haya COLAPSADO en un sentido en una de las líneas temporales y EN OTRO, en otra.

¡Por esto tenías que venir! La idea que expones es muy interesante y estuvimos debatiendo durante horas, hasta que a la señora Gaddis le dio un bajón de azúcar y casi se desmaya: tuvimos que parar a comer algo. No llegamos a ninguna conclusión, pero surgieron ideas muy interesantes:

- ¿El cerebro puede acceder a cálculos cuánticos y percibir todas las posibilidades?
- ¿Todos los universos están entrelazados? No son burbujas independientes, sino trenzas de hilos infinitos (o finitos).
- Cada vez que tomamos una decisión, ¿se generan otros universos en los que tomamos las decisiones que no hemos tomado?
- ¿Los universos ya existían antes de que existiéramos nosotros?

Espero que esto te estimule lo suficiente como para venir a la próxima convención. De momento somos pocos, pero cada año más: en 2019 vinieron veintitrés personas y este año hemos sido veintisiete. (No quiero ni ofenderte ni presionarte, pero si es un problema de dinero, dímelo por si te podemos ayudar. También podría ir a visitarte a Barcelona)».

—Creo que tu padre entró en demasiados detalles con Sanssouci.

—A lo mejor podríamos llamarle —propuso la doctora.

—¿A Sanssouci?

—¿Por qué no? Podría decirle que estaba ordenando los papeles de mi padre y encontré los mensajes. A lo mejor nos podría dar alguna pista.

No costó encontrar su teléfono: gracias a sus correos sabíamos su nombre.

«No, mi nombre no es Toni Sanssouci, lamentablemente me llamo Anthony Sandel, pero vi unas fotos del palacio de Potsdam con ese nombre y me lo apropié. Me gustaría decir que en otro universo me llamo así, pero eso solo sería cierto al cien por cien en caso de que hubiera INFINITOS universos (o casi), y no tiene por qué ser así, aunque probablemente sí lo sea».

Y también sabíamos que era el dueño de una fábrica de tornillos y cosas así como de metal —no soy ingeniero— en o cerca de Toledo, Ohio. Pero hablar con el director y presidente ejecutivo de una empresa, aunque fuera una empresa de tornillos y cosas así cerca de Toledo, Ohio, no era fácil.

Llamamos varias veces. Al principio pensábamos que habíamos dado con una secretaria dura de roer que ignoraba el pasatiempo de su jefe. No atendía a los:

—El señor Sanssouci y mi padre eran amigos y mi padre falleció hace poco. Solo queríamos hablar con él unos minutos.

Ni a los:

—No sé si el señor Sanssouci sabe que mi padre ha muerto. Eran muy amigos y creo que tiene que saberlo. ¡No! ¿Cómo va a decirle algo así usted? ¡Se lo tengo que decir yo!

Ni desde luego a los:

—¿Cómo que el señor Sanssouci no conoce a ningún Rojo? ¿Lo ha escrito bien? R-O-J-O… Es imposible, tengo aquí delante los correos que se cruzaron.

Ni mucho menos a los:

—Quizás le haya dicho que no conoce a nadie en España, pero le aseguro que eso no es cierto.

Nunca conseguimos hablar con él.

—Ni que fuera Bernie Sanders. Probemos a enviarle un correo —dije.

—Sí, está medio zumbado. Igual no quiere que le llamemos al trabajo.

El *mail* vino devuelto nada más enviarlo.

—La cuenta no existe.

—¿La has escrito bien?

—Sí, claro que la he escrito bien.

—Esto es una o, no un cero.

—Ya lo sé, ya.

—Prueba otra vez.

Probamos otra vez, con el mismo resultado.

—¿Nuestras llamadas le han asustado y por eso se ha cerrado la cuenta?

—Ni idea.

Su dirección de correo del trabajo no estaba en la web de la empresa, pero lo intentamos enviando mensajes a un *mail* genérico que había allí. Nadie nos respondió.

Lo dejamos estar por un tiempo. Teníamos otros problemas que solucionar. Y estaban más a mano.

***

Había un piso del que no sabíamos nada. O casi nada: el cuarto primera. Por lo que habíamos podido averiguar, allí nunca había vivido nadie. El doctor había acudido al registro de la propiedad para saber quién era el dueño, pero esta ni siquiera constaba en ningún sitio y la web del catastro daba error al poner la dirección y el piso: era como si no existiera y como si en el cuarto solo hubiera tres puertas. Aunque era evidente que había cuatro.

«Es posible que viviera alguien antes de mi primer viaje a 1973, pero no lo recuerdo». En las notas de Rojo seguían tres o cuatro páginas con su opinión, nada comedida, sobre registradores y notarios, «unos trabajos innecesarios, que podría hacer cualquier

funcionario público o abogado por una décima parte de lo que exigen estos ladrones por una tarea mecánica, para la que apenas basta con saber leer, y que además ni siquiera hacen ellos, sino un recién licenciado al que tienen explotado», explicación a la que seguían decenas de sinónimos de ladrones y un breve inciso comentando el origen medieval de estas profesiones y una propuesta para meterlos a todos, sin excepción, en la cárcel.

Tras esta digresión, el doctor Rojo contaba que había llamado a la puerta, aunque el timbre parecía no funcionar. La había golpeado y le había preguntado a Mas, que vivía enfrente y tampoco recordaba haber visto nunca a nadie entrar o salir. Intentó meter una nota por el resquicio, pero el papel no pasaba. Incluso quemó un par de papeles y llamó a los bomberos, asegurando que salía humo de dentro, por si ellos tiraban la puerta abajo. Pero, claro, vieron los papeles, consideraron que no hacía falta entrar y miraron al doctor con cara de «vamos a dejar esto aquí».

Desde fuera no se veía nada: las ventanas parecían opacas. Tampoco se veía nada en el balcón. Tanto Rojo desde el piso de Mas, como la doctora y yo desde el mío, intentamos asomarnos y ver qué pasaba, pero no se veía el interior del piso. Ni desde arriba ni desde la calle éramos capaces de decir si había una persiana bajada. Y tampoco se veía nada desde mi lavabo, que daba a la galería y tenía enfrente lo que parecía el lavabo de aquel piso.

—Creo que podría llegar —le propuse a la doctora.

—No creo que quepas por ahí… es solo un ventanuco. Además, no me parece buena idea.

—Si me agarro a las tuberías…

—Se romperán.

—¿Y si intento ir por fuera?

—¿Por fuera? ¿De balcón a balcón? No hay donde apoyarse.

—Quizás si me ato con una cuerda…

—¿Seguro que este piso hace que pienses mejor?

—No, ya…

—¿No es más fácil echar la puerta abajo? ¿Al fin y al cabo, los vecinos ya saben lo que estamos haciendo…

Por supuesto, no teníamos ni la menor idea acerca de cómo echar una puerta abajo, pero sabíamos que era de madera, así que alquilamos una sierra circular, compramos guantes y gafas de seguridad y nos pusimos manos a la obra.

—¿Pero qué hacéis?

Era Ponce, el del piso sumido en el caos, que se había asomado al oír el ruido que estábamos haciendo, y eso que ni siquiera habíamos encendido aún la sierra.

—Perdona, pensábamos que estarías trabajando —dijo la doctora —, no queríamos molestar con el ruido.

—Teletrabajo.

—Solo queremos ver si podemos abrir esta puerta.

—¿Y por qué no llamáis al cerrajero?

—Bueno, el piso no es nuestro.

—Ah, claro. Como el piso no es vuestro, mejor echar la puerta abajo.

—Pensábamos reponer la puerta cuando terminásemos.

Ni se nos había pasado por la cabeza, pero no dije nada.

—¿El dueño lo sabe?

—No tiene dueño. Según el registro.

—Todo tiene dueño. Si no es una persona, será la inmobiliaria o la promotora… ¿No estaréis pensando en okupar el piso? Dice Josep Maria que te quieres quedar con el edificio…

—No le hagas ni caso. Solo queremos ver qué pasa aquí dentro.

—¿Pues qué va a pasar? Otro piso vacío. Estás cogiendo mal la sierra, Jaime. Te vas a cortar el brazo.

—¿Así mejor?

—Ahora te vas a cortar la cara. Anda, trae. ¡No aprietes ahí, que la enciendes! Mi padre era ebanista, entre otras cosas, y de niño jugaba en su taller. No preguntéis.

No preguntamos.

—Dame las gafas, por favor. Un momento: volviendo a lo de que el piso no es vuestro, no tenéis permiso de nadie para hacer esto, ¿verdad?

—Ninguno.

—Bueno. Que sepáis que solo hago esto porque cuanto antes terminéis con vuestra investigación, antes nos dejaréis en paz a todos.

—Vale.

—Y porque me gustan las herramientas.

Ponce encendió la sierra y la presionó contra la puerta. No salieron ni chispas. La apagó y miró.

—No le ha hecho ni un rasguño.

Ponce tocó la hoja de la sierra, como para cerciorarse de que era metálica y no de goma o de caramelo, y lo volvió a intentar. Con el mismo resultado.

—Pero ¿qué hacéis?

Era Ramón. Se lo contamos, más o menos.

—¿Y esto puede ayudar con mi problema? ¿Con la grieta?

—Quizás. Cuanto más sepamos, más sabremos cómo lo podemos solucionar.

—Y también qué no podéis hacer.

—Exacto.

—Igual la puerta está blindada. Prueba en otra zona, a ver.

—Pero aun así tendría que hacer algo en la madera.

—Ya, pero prueba, igual funciona…

Ponce probó en dos o tres sitios más y luego Ramón le sustituyó con la sierra, en sitios que él simulaba estudiar muy bien, pero que probablemente escogía al azar. Intentaron hacer cortes verticales, horizontales, en diagonal, cerca de los goznes, cerca de la cerradura, en medio, abajo, arriba, incluso en las bisagras y en la cerradura… pero nada, la sierra ni siquiera dejaba marcas.

—Pero ¿qué hacéis?

Era Josep Maria.

Hablamos más o menos todos a la vez. Y su respuesta no nos sorprendió.

—Este piso no es vuestro. O paráis o llamo a la policía.

—Josep Maria —dijo Ramón—, no tindràs una palanca? Una d'aquestes d'acer…

—¿Pero me has oído?

—No, la veritat, estava pensant…

—No podéis hacer esto. Os lo vuelvo a decir: o paráis y os vais a vuestra casa o llamo a la policía. Lo que nos faltaba —siguió mientras recogíamos—, un piso abierto y vandalizado, una invitación a que aparezcan okupas. Arruinarnos, eso es lo que queréis… Y anda que tú les ayudes, Ponce…

—Es que se iba a cortar un brazo…

Fuimos al piso del doctor Rojo a seguir revisando sus notas.

—Mira, Mas intentó meterse de balcón a balcón.

Según explicaba el doctor, habían intentado justo eso. Rojo había atado una cuerda a la cintura de Mas, que a su vez habían atado a la barandilla de su balcón, por seguridad, aunque el doctor también la agarraba.

—Pues con los brazos de alambre que tenía mi padre y la pinta regulera de las barandillas de aluminio, menos mal que no pasó nada.

—No pasó nada, literalmente. Mas no se atrevió a saltar.

—Pero empieza por ahí.

—Pero algo sí les salió bien y aún deberíamos verlo.

—Odio cuando haces eso, Jaime.

—¿El qué?

—Leer los papeles para ti y luego explicármelo. ¿Por qué no los lees en voz alta y nos enteramos los dos a la vez? Yo hago eso.

—Estoy intentando descifrar la letra de tu padre. Vamos arriba y te lo enseño.

Fuimos a mi casa y salimos al balcón.

—Mira, sigue ahí.

Señalé una pelota de tenis que estaba flotando en el aire justo encima de la barandilla del cuarto primera.

—Espera —dijo Mireia.

Fue a la cocina y trajo una naranja. La tiró a ese balcón y al llegar a él se quedó clavada en el aire.

—¿Hay algún campo de fuerza? —pregunté.

—No. Lo que no hay son cambios: la sierra no hacía nada. Y no hay movimiento: ni la pelota ni la naranja siguen su trayectoria al llegar al balcón. No se trata de lo que hay, sino de lo que falta: en ese piso el tiempo está parado.

***

La familia de Gizella no entendía su relación con Esteban. Su hija, que pasaba de los setenta, y su nieta, que se acercaba a los cincuenta, no veían nada raro en que su madre pareciese una treintañera, pero sí en que saliera con un hombre más joven. Un hombre de más de sesenta que aparentaba también treinta y tantos. Ese tipo o era muy rarete o solo quería quitarle el dinero.

—Y tú no tienes dinero, abuela, así que tú verás.

—Esteban no es raro. Esteban es médico normal.

Y era también una persona agradable y paciente, pero ni después de veinte años de relación logró convencerlas de que se había enamorado de Gizella.

—Pero ¿de verdad no dicen nada del aspecto de Gizella? —pregunté—. ¿No se dan cuenta de que parece más joven que ellas?

—Bueno…, hay que tener en cuenta que Gizella sigue vistiendo con un estilo muy conservador. No consigo que se compre unos tejanos o unas bambas.

—Eso no ropa seria. Eso ropa de niños.

—Aun así…

—Creo que simplemente la ven como su madre o su abuela, una señora que, más o menos, siempre ha estado estupenda.

—Pero es que no tiene ni canas ya.

—Me duele espalda a veces.

—¡Como a todos los treintañeros!

—Hemos invitado a pasar unos días, pero creen que eso del piso son manías nuestras.

—Además, en unos días tampoco notarían nada.

La familia de Esteban lo tenía más fácil: les había presentado a Gizella cuando ambos aparentaban la misma edad, unos cincuenta.

—Yo también visto conservador —dijo Esteban—, así que no sospechan nada. Bueno, creen que fui a Turquía a ponerme pelo. Y que me puse poco y mal.

—Una pregunta —dijo Gizella—: ¿es verdad que en piso rejuvenecemos siempre hasta niños?

La doctora Rojo les recordó los experimentos de su padre:

—Si ocurre lo mismo que con las moscas del vinagre, seguiréis rejuveneciendo hasta que os convirtáis en bebés. Por lo que sabemos, no irá más allá, no volveréis al útero de vuestras madres, ni nada parecido, pero en fin, sí, eso es lo que parece.

—¿Y cáncer es posible? Como vecino ajedrecista.

—Sinceramente, no lo sé. Pero parece poco probable: el cáncer es entropía; es el crecimiento caótico de las células. Diría que aquí ocurriría todo lo contrario: este piso podría curar el cáncer.

—¿Y por qué no bajó vecino?

—Ni idea, la verdad.

Algunas semanas más tarde, poco después de intentar entrar en el piso sin tiempo, la doctora vio un camión de mudanzas aparcado frente al portal: Gizella y Esteban vaciaban su piso.

—Doctora, queríamos despedirnos. Nos vamos a casa de Esteban.

—¿Y eso?

—Ha llegado momento de envejecer juntos. Ten: copia de llave. Piso será para mi hija o mi nieta, si seguro y no da cáncer. Pero si necesitas hacer experimentos, puedes entrar.

—Mantenednos informados, por favor.

—Si salen canas, a lo mejor vengo un rato. Esto mejor que peluquería. Y si Esteban calvo otra vez, aquí cada fin de semana —añadió Gizella, no tan en broma como hacía pensar su risa.

Cuando la doctora me lo contó empecé a planear toda clase de pruebas: por ejemplo, podíamos traer animales, como había propuesto su padre, y ver si rejuvenecían hasta volverse cachorros.

—Ni hablar —dijo ella—. El piso quedará cerrado hasta que sepamos más.

Alegó toda clase de precauciones necesarias, además de que ya teníamos información suficiente por el mero hecho de que Gizella y Esteban habían pasado décadas allí.

—Pero tú bajabas a verlos siempre que podías.

—Razón de más: ya hice muchos experimentos.

—¿Y si de verdad cura el cáncer?

—¿Y si lo empeora? ¿O y si funciona y vienen aquí decenas de millones de personas de todo el mundo, esperando poder pasar unas semanas para curarse? No caben todos.

—Entonces, ¿que se mueran?

—¿A cuánta gente podemos meter a la vez el tiempo suficiente como para revertir un cáncer? ¿A quién damos prioridad? Además, antes necesitamos más información sobre el edificio y ver si podemos replicar esto o si en realidad estamos hablando de algo más peligroso de lo que nos parece.

—A lo mejor lo que necesitamos es más ayuda. Llevamos casi medio año haciendo entrevistas y aún no hemos terminado con las cajas.

—Sí, a lo mejor. Seguro, de hecho. Pero no quiero que más gente sepa lo que estamos haciendo. Pongamos primero todo en orden y luego veamos lo que podemos y lo que debemos hacer.

Lo de las cajas era un caos: no solo había información duplicada y contradictoria, sino que cada vez que mirábamos en un armario o debajo de la cama, aparecía alguna nueva.

La doctora y yo ya habíamos notado que había filtraciones en el piso de su padre: se colaban las anomalías de otros pisos. Por ejemplo, en el armario del dormitorio había un caos comparable al del cuarto tercera, al menos en la mitad derecha: si uno dejaba allí cualquier cosa —y habíamos hecho pruebas con monedas, lápices y una camisa vieja— y cerraba la puerta, volverlo a encontrar se convertía en una misión imposible, a no ser que pasaran unos días y ya no se estuviera buscando el objeto en cuestión. Pasaba incluso algo que no acabábamos de entender: había diecisiete perchas, que habíamos contado tocando cada uno de los ganchos y tomando nota cuidadosamente, pero había dieciocho prendas colgadas, si contábamos por abajo. Si lo descolgábamos todo, eran diecisiete perchas y dieciocho prendas. Pero si lo colgábamos de nuevo seguía sin sobrar ninguna prenda. Es decir, los números fallaban, como en el bar.

La doctora había hecho alguna prueba por su cuenta y ya había visto que en el baño el tiempo iba un poco más deprisa: un minuto dentro eran cincuenta y ocho segundos fuera. También vimos, por

casualidad, que en el interior de un cajón del mueble del comedor todo era en blanco y negro. Habíamos intentado comprobar si la entropía iba en sentido inverso en alguna habitación, pero de momento solo nos habíamos visto obligados a tirar una decena de peras podridas.

No era lo único raro que la doctora había notado.

—Mira lo que pasa —me dijo poco después de la mudanza de Gizella y Esteban.

La doctora tenía un par de canicas sobre la mesa del comedor, imagino que de cuando era niña. Golpeó una canica con otra y la segunda canica no se movió, pero un jarrón cayó al suelo.

—Antes fue un vaso de la cocina. Ven.

Fuimos a la cocina: cogió un cazo, lo llenó de agua y lo puso encima del fogón apagado. Empezó a hervir enseguida. Sin fuego, insisto.

—¿Sabías que esto iba a pasar?

—No, no tenía ni idea, pero sabía que iba a pasar algo.

—Al principio no le di importancia. Se caían cosas o no encontraba mis gafas, por ejemplo. Ya sabemos que en este piso también hay cosas que no cuadran, como las notas, que pertenecen a tres líneas temporales diferentes. Pero va a peor: se está deshaciendo la relación causa y efecto, y eso es quizás peor que lo de las matemáticas en la bodega. O igual de malo, yo qué sé. Una de las bases de nuestro conocimiento y de cómo funciona el universo es que las mismas acciones en las mismas condiciones provocan los mismos efectos. Y aquí las acciones y los efectos van cada uno por su lado.

Dicho lo cual, encendió el fuego de la cocina que estaba bajo el cazo de agua hirviendo.

—¿Por qué lo enciendes?

—Porque si no, el agua no habría hervido. Creo.

—Pero el agua ya ha hervido.

—Porque he encendido el fuego después. Sé que no tiene mucho sentido, pero estoy intentando mantener la ilusión de causa y efecto, aunque sea en orden inverso.

Aprovechamos el agua para tomarnos un té, aunque a mí no me gusta el té y, además, no sabía cuánto tiempo llevaban esas bolsas en el armario. ¿Era té de su padre? ¿Té de muerto? Preferí no pensarlo. Ni tomarme el té. Ya de vuelta en el despacho del doctor, la doctora me dijo que tenía sentido que todo fallara a la vez en aquel piso.

—Mi padre viajó aquí en 1973, así que es normal que esta zona sea una especie de centro neurálgico de las anomalías. Quizás no se filtraban hacia el piso, sino desde el piso.

—¿Y nos damos cuenta ahora?

—Puede ser. Ahora son evidentes, pero si es verdad que van a peor, durante un tiempo habrían sido casi imperceptibles: quizás mi padre no encontraba una camiseta, por ejemplo. Quizás nunca se fijó en ese cajón. Y es muy difícil darse cuenta de que el tiempo transcurre ligeramente más deprisa en una habitación, el baño, en la que tampoco pasamos tanto tiempo, y menos si no vivimos aquí.

—¿Si aquí está el origen, aquí está también la solución?

—No lo sé… Solo sé que debajo de la cama de lo que era mi dormitorio cuando pasaba unos días con mi padre han aparecido dos cajas de notas más.

—¿Han aparecido?

—No sé, yo no las había visto hasta ahora.

—Pensaba que estaba acabando.

—Solo son dos. Sigues acabando. Míralo por el lado bueno: quizás haya algo útil en esos papeles.

—Me las llevo arriba —contesté, con resignación.

Durante las siguientes semanas, noté que la doctora tenía cada vez mejor cara. Eran cambios pequeños, pero que se iban notando, sobre todo si uno ya sospechaba y sabía dónde mirar: la piel más brillante, menos canas, menos ojeras… No pregunté porque no quería las típicas excusas de «he cambiado de dieta» o «estoy durmiendo mejor». Simplemente hice algunas guardias en la escalera, entre el primero, el piso de Gizella y Esteban, y el entresuelo. No tardé en verla salir del piso.

Mi primer impulso fue enfrentarme a ella y echarle en cara que usara el piso como terapia de rejuvenecimiento, mientras se lo

negaba, qué sé yo, a moribundos de todo el mundo.

Pero en realidad tenía razón: no era algo que pudiéramos hacer público todavía y era mejor acabar de ordenar toda la información de las cajas, por caótica y a veces contradictoria que fuera, posiblemente por el resultado de juntar las investigaciones de tres líneas temporales diferentes. Y si mientras tanto ella hacía alguna sesión de rejuvenecimiento, pues, en fin, tampoco se le podía echar en cara y además servía como sujeto de prueba.

***

Casi no reconocí a Ricard cuando me lo crucé por la escalera. Caminaba más lento que de costumbre y había engordado un poco, pero tenía buena cara. Era cara de haber desayunado uno o dos dónuts de chocolate después de haber dormido diez horas sin interrupciones.

—¡Jaime! Os hicimos caso.

—¡Hola! ¿Con qué?

—Con el crucero.

—¿Qué crucero?

—¡El que tengo aquí colgado, ja, ja, ja! Perdona, ni siquiera rima. El que nos recomendó Mireia. ¿Por qué no venís a casa y os contamos? Ahora estamos tranquilos, por si os cuadra.

Fui a casa de la doctora, que me comentó que después de que habláramos con ellos hacía unos meses, buscó algo de información en Google.

—Quería sacarlos de casa.

—Para okupar el piso.

—No empieces tú también. Para ver qué les ocurría. Total, que busqué algo que les pudiera interesar y encontré información sobre un crucero de *fitness.* Se lo envié por si colaba, pero no me contestaron y me olvidé del tema.

«¿Un qué?», habrá preguntado el lector, igual que hice yo: pues resulta que un crucero de *fitness* es justamente lo que parece, un crucero en el que la gente va a hacer ejercicio. Hay clases a todas

horas, gimnasios equipados, nutricionistas que preparan dietas especiales para que puedas ganar masa muscular por la mañana y relajarte con un mojito por la noche… En fin, lo peor de los cruceros y lo peor de los gimnasios, todo junto.

Pero a Ricard y a Olga les había encantado.

—Estuvo muy bien —contó Ricard—. Nos ayudó a desconectar.

—¿Les has ofrecido algo?

—No, perdona. Tenim kombucha?

—No, no hem fet. Hay café, ¿queréis café? Hemos vuelto a tomar café.

—No, gracias.

—Pues eso, que fue una buena forma de quitarnos el mono.

Al principio iban a todas las clases y cuando no había clases se pasaban por el gimnasio a hacer máquinas y pesas.

—Pero poco a poco nos fuimos relajando —siguió Ricard—. A los dos o tres días solo hacíamos ejercicio por la mañana y pasábamos la tarde en la piscina.

—En remojo y con una cerveza, eh, no hacíamos largos ni nada parecido.

—El cuarto día por la mañana bajamos a Palermo y pasamos todo el día fuera.

—Y ahí ya desconectamos del todo y paramos con las clases.

—Pasamos los diez días restantes durmiendo y comiendo langosta, que tiene mucha proteína y nada de grasa. Vale, y bebiendo cócteles tropicales que tenían cada uno todo el azúcar que produce Brasil en un año.

—Un par de monitores nos preguntaron si estábamos a gusto, si había fallado algo del programa… pero tampoco éramos los únicos: nos hicimos amigos de otro matrimonio que estaba igual.

—¡Y acabamos follando los cuatro, ja, ja, ja! ¡Que no! ¡Que es broma!

—Ricard, sisplau.

—Total, que muchas gracias por la idea. Ha sido una buena forma de quitarnos el mono.

—¿Y qué planes tenéis? —pregunté.

—Pues queremos volver a entrenar, que nos estamos poniendo fondones porque seguimos comiendo unas cuatro mil calorías al día, como cuando entrenábamos, pero con más calma que antes.

—No, perdón, me refiero al piso.

—¿Al piso? ¿Qué le pasa al piso?

—Creía que con la distancia os habríais dado cuenta del efecto que tiene sobre vuestro metabolismo.

—¿El piso? ¿Pero seguís con eso? El piso no tiene nada que ver, fuimos nosotros, que nos obsesionamos demasiado y necesitábamos desconectar. Hemos de tomarnos las cosas con más calma.

—Ya veo —dijo la doctora—. Pues me alegro de que os haya gustado el crucero.

—El año que viene repetimos.

—Pero sin *fitness.*

—Eso. A ver qué dicen Ana y Álex.

—Es el otro matrimonio. Nos propusieron hacer uno los cuatro, pero en vez de por el Mediterráneo, directamente en el Caribe.

—Un crucero es lo mejor. Te llevan a todas partes y no te tienes que preocupar por nada.

—Eso sí, tienes que pedir cervezas. Los cócteles están aguadísimos.

—O pedir cócteles y bebes menos alcohol.

—Pero más azúcar.

—Tomo nota —la doctora se puso de pie, se despidió y nos fuimos.

No entendía nada.

—Pero ¿por qué nos hemos ido? —le pregunté mientras subíamos por las escaleras.

—¿Para qué quedarnos?

—Hay que decirles que… La verdad es que ya no lo sé. ¿Que se tienen que ir? Irse del piso les ha servido.

—Ya, pero no tenían ninguna intención de irse. Creo que no podremos echar a nadie…

—Bueno, al menos ya no se están pasando con el ejercicio. Eso no parecía sano.

—Hasta que se les vuelva a acelerar el metabolismo y les dé por empezar otra vez. O por cocinar. O por la cerveza, yo qué sé. Mañana seguimos, que esta gente me da dolor de cabeza. Voy a tomarme una kombucha. No te rías, va en serio. Me entró curiosidad y compré un par de botellas para probarla. ¿Quieres que te suba una? Están en casa de mi padre.

—No, no, prefiero que la pruebes tú y luego me cuentas.

Al día siguiente me envió su nota de cata por WhatsApp: «Se puede beber, pero al final tiene sabor a culo». Le pregunté cómo sabía eso y me dijo que solo era una broma.

«¿Nunca has tenido ocho años?».

«Creo que sí, pero eso fue antes de llegar al edificio».

***

—Esta es la oferta —dijo Josep Maria—. Está detallada en la carta y he hecho copias, pero la han enviado también a todos los propietarios. Podemos ir a firmar mañana mismo, si estamos todos de acuerdo.

Josep Maria le había pedido a Marcos, presidente de la comunidad, que convocara una asamblea de vecinos extraordinaria y Marcos nos había convocado a todos. Tardó en empezar porque Josep Maria nos vio a mí, a Fina, a Berta y a Jorge e insistía en que era una asamblea de propietarios, no de inquilinos. De hecho, había venido la hermana de Salvador Mas, que era mi casera, aunque no los abuelos de Berta ni la tía de Fina.

—Hola, Javier —aprovechó para saludarme—. Soy Andrea, la dueña de tu piso.

—Hola, yo soy Jaime.

—Ah, ¿y no ha venido Javier?

—No hay ningún Javier. Estaba Sergi, pero ya no vive aquí.

—¿Y tú quién eres?

—Jaime.

—Encantada, ¿en qué piso vives?

—En el cuarto segunda… Soy… Soy tu inquilino.

—¿Tú eres Javier? Disculpa, no sé por qué, pero te recordaba con barba.

—Soy Jaime. Sergi lleva barba.

—Ah, vale. Pues saluda a Javier de mi parte. Perdona, como esto me lo lleva una agencia, nunca me entero de quién sale y quién entra…

—A ver —dijo Marcos, intentando poner orden—, esto también afecta a los inquilinos. Tienen que saber qué va a pasar.

—No son formas. Lo primero es que lo sepamos los propietarios y tomemos una decisión. Y luego, según la decisión que tomemos, ya se informará a los inquilinos. De momento no necesitan saber nada porque no hay nada decidido.

Se armó un buen barullo: Berta decía que el piso era de sus abuelos y que estaba a su nombre, y también pedía que la reunión comenzara lo antes posible, mientras miraba la luz que aún entraba por el portal; Jorge empezó a subir las escaleras para volverse a casa, resignado, pero Ponce le dijo que se quedara, que esto nos afectaba a todos, y Ramón pedía silencio a gritos.

—A ver, el presidente soy yo —dijo Marcos—. Y he decidido que todos, inquilinos y propietarios, tengamos toda la información lo antes posible para que todo el mundo sepa lo que puede pasar y actúe en consecuencia.

Josep Maria refunfuñó algo sobre procedimientos y estatutos, pero Marcos le ignoró y siguió hablando mientras Jorge volvía a bajar las escaleras, resignado.

—Como algunos ya sabéis, hay un fondo que está interesado en comprar todo el edificio…

—¿Pero para qué?

—Pues no nos lo han dicho, pero seguramente sea para hacer pisos turísticos.

—¿Aquí?

—Bueno, estamos al lado de la estación… A ver, dejadme terminar y dejemos las preguntas para el final, por favor. Hay un fondo interesado en comprar todo el edificio, decía. Es un fondo con pasta, americano. Han hecho la misma oferta por todos y cada uno de los pisos: da igual que sea un ático o el primero. También por el local,

Diego, por eso te he llamado, aunque para el local sí que hay otro precio. Total, que lo quieren todo. Y hay dos cosas que nos han dicho: a los que estáis de alquiler no os renovarán el contrato cuando termine. Da igual si os queda un año o cinco. Y lo segundo es que quieren todo el edificio. No les sale a cuenta de otra forma, o eso dicen, porque quieren reformarlo entero y hacer pisos más pequeños. O vendemos todos o no compran nada.

—Mi abuela no va a vender —dijo Berta.

—Ni mi tía —dijo Fina.

—¿Por qué? —saltó Josep Maria.

—No me va a dejar en la calle.

—Y a mí no me va a dejar en la calle y sin trabajo.

—No tiene por qué dejarte en la calle. El precio que ofrecen es muy bueno, por encima de mercado. Puede comprar otro piso igual y aún le sobraría dinero. Además, aquí no deberías trabajar. Ya se lo dije a tu tía.

—Yo tampoco voy a vender —dijo la doctora—, y seis de los pisos son míos, así que ya tenéis la respuesta.

—Vuelvo a preguntar: ¿por qué? Si es por el precio, aprovecha y negocia. A mí me da igual que te ofrezcan más dinero que a los demás. Tienes poder para negociar y yo eso lo respeto. Mientras ellos respeten el precio que nos han ofrecido, no me preocupa que tú saques más.

—No podemos dejar a los inquilinos en la calle.

—A ti los inquilinos te la sudan, Mireia. A ti lo que te preocupa son tus investigacioncitas.

—Ya sé que no me crees, Josep, pero hay fisuras en el espacio-tiempo.

—Y un problema grave con el alquiler en Barcelona —añadí—. Las dos cosas son importantes.

—Por favor, Mireia, que somos adultos.

—En la bodega no funcionan las matemáticas.

—¿La caja registradora? —preguntó Diego—. He comprado otra, me la traen mañana.

—La caja está bien, lo que no funciona es el lenguaje de la realidad —dije, dándome cuenta al instante de que me había pasado

de poético, a pesar de que intentaba ser literal.

Se armó otro barullo. Josep Maria le gritaba a la doctora que pensara en los demás.

—¡Esto es mi jubilación!

Berta decía que ella no podía irse del edificio, Marcos recordaba que nadie podía obligar a nadie a nada y Juanjo, del entresuelo, decía que no entendía cuál era el problema.

—Se ven colores raros, pero tampoco hay para tanto, ¿no?

—El edificio desaparece desde la esquina de abajo —le dijo Andrea, mi casera.

—¿Pero eso es verdad? Pensaba que era un efecto óptico.

—Claro, es un efecto óptico.

—Entonces no es de verdad, está hecho con ordenador.

—No, no. Es un efecto óptico, no un efecto especial.

—No entiendo.

Cuando se calmó todo un poco, habló Amira:

—A ver, cada uno puede decidir lo que quiera, pero como dice Josep hay que pensar un poquito en los demás. Nosotros nos hemos metido en un piso que tiene muchos problemas. Sé que en parte es culpa nuestra porque no los vimos cuando visitamos la casa, pero tampoco nos lo dijeron. No nos va la tele, no nos va internet, no nos va ni la radio. Para nosotros esta oferta es una salvación porque no podríamos venderle el piso a otra familia en estas condiciones, no sin decírselo o sin perder mucho dinero, pero si es a un fondo y para hacer pisos turísticos, pues que se jodan, la verdad. Cero remordimientos.

—Esto es un efecto óptico: ¿ves que parece como si los círculos se movieran?

—¿El qué? ¿Tu mano?

—No, joder, lo que te estoy enseñando en el móvil.

—Ah, coño.

Habló un tipo con chaqueta, pantalones tobilleros y mocasines sin calcetines.

—Buenas, creo que no nos conocemos. Soy Pol, el propietario del entresuelo segunda.

—¿El piso turístico? —pregunté.

—Prefiero el término «piso de alquiler para estancias cortas».

—Ah, disculpa.

—No pasa nada, Javier.

—Jaime.

—¿No te han llamado Javier antes?

—Era un error —dijo Andrea—, se llama Jorge.

—Ah, vale. Encantado, Jorge. Bien, decía que soy el propietario del entresuelo segunda. Yo no he vivido nunca aquí, compré el piso porque soy un emprendedor de soluciones de residencia. Podéis visitar mi web cuando queráis, Bivienda.gi. La primera uve es una be.

—¿Qué dice? ¿Cómo va a ser una uve una be?

—Ramón, no interrumpas.

—A ver si el gi es de gilipollas.

—¡Ramón!

—Bien… El caso es que no hay mucho más que discutir, al menos eso creo: nos han hecho una oferta. Mi opinión es que es una oferta muy buena. Para el fondo tiene sentido por lo que decía vuestro presidente: van a montar pisos turísticos y de los cuatro pisos por planta sacarán seis u ocho. Y dentro de unos años, lo volverán a vender. Es un negocio de la hostia. Si tuviera *cash,* lo haría yo mismo, pero lo tengo casi todo metido en varias propiedades. Por cierto, si os interesa buscar otro piso, mirad en Bivienda.gi, la primera es una be.

—¿Y la segunda?

—¡Ramón!

—Pero, vamos, que no tiene sentido negociar, Mireia, porque si les decimos que no, o nos ponemos farrucos, harán la misma oferta por el edificio de enfrente. Es lo que yo haría.

—No lo hago por el dinero. Prefiero que no lo com…

—A eso voy, que da igual el poder de negociación que creas tener. No tenemos ninguno porque ellos pueden comprar el edificio que quieran. Es como si quieres negociar contra mí. Tampoco podrías, aunque mi portfolio es mucho más pequeño.

—Pero que no es eso… Que compren el edificio de enfrente, a mí me da igual.

—El de enfrente es muy viejo —dijo Ricard—. Aunque si van a reformar igual les da lo mismo.

—¿Cuántos pisos tienes en tu portfolio? —preguntó ya no sé quién.

—Uno. Este. De momento. Pero eso no viene al caso: la oferta del fondo es buenísima, insisto. Os lo digo yo, que conozco el mercado muy bien. Y creo que todo el mundo debería vender. Podemos tomarnos unos días para pensarlo, ¿no?

—Sí, nos han dicho que nos lo pensemos y que volvemos a hablar en unas semanas.

—Pues pensémoslo una semana, por ejemplo, y luego nos volvemos a reunir.

—¿Pero quién ha nombrado CEO del edificio a este tío? —dijo el mismo de antes. ¿Era Ponce?

—Lo que sí pido es que la gente que no quiere vender se lo piense muy bien. Es lo que decía… Perdona, no sé cómo te llamas…

—Amira.

—Eso. Es lo que decía Amira: pensemos en los vecinos. Sé que hay gente que cree que puede sacar más dinero y otros no querrán irse de su casa, pero a muchos esta oferta les ayuda. No digo que les vaya a solucionar la vida, pero, en fin, les hace un buen apaño. Intentemos ser un poco generosos.

—¿Y los que estamos de alquiler? —preguntó Jorge, aunque en realidad no estaba de alquiler porque no había empezado a pagar.

—Ya lo habéis oído: se os respetará el contrato, pero no se os renovará. Tenéis tiempo para buscaros otra casa. Tampoco pensarás pasarte toda la vida de alquiler, ¿no? El alquiler es tirar el dinero, en algún momento habrá que comprar.

—Pero no tengo dinero… —Tenía un marido y otra casa, pero decidí no interrumpir.

—Hay que ahorrar, hombre, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y seis…

—Deberías tener ya para la entrada y algo más. Al menos, ochenta o noventa mil euros. Y el resto, un crédito. Como en cierto modo somos vecinos, si quieres te pasas por el *coworking* en el que

curro y te doy cuatro claves para negociar un crédito. Tengo un curso *online* valorado en diez mil euros, pero este mes está de oferta a doscientos cincuenta, por si a alguien le interesa.

—¿Valorado por quién?

—Por mí. Pero con criterios de mercado.

Nos despedimos y los vecinos se fueron cada uno a su casa. Mireia se iba también a la suya, no a la de su padre, pero me pidió que la acompañara antes a la bodega a hablar de lo que podíamos hacer.

—¿Crees que aún estamos a tiempo de comprar el edificio? Deberíamos hablar con Marcos cuanto antes y ver cómo podemos hacer lo de la lotería —dije, después de que Diego trajera mi cerveza.

—No, ya es imposible. No llegaríamos. Mi padre tardó meses en comprar un puñado de pisos. Y cada uno debe costar unos 2,5 reales.

—¿Qué?

—Mierda, la bodega y los sobrinos. Digo, los números. Bueno, que cada piso será muy caro, ya has oído al tipo que se olvidó los calcetines en casa.

—Bueno, probablemente baste con no vender. Quieren todo el bloque: si dices que no, problema resuelto.

—Ya… pero tampoco es una solución. Incluso si yo lo comprara todo tampoco serviría de mucho.

—Bueno, ganamos tiempo para arreglar el tejido del espacio-tiempo.

—Eso es. Como mucho, sería una prórroga. Jaime, creo que no se puede arreglar. Al menos no con lo que estamos haciendo. Solo leemos papeles viejos y vamos dando tumbos de un piso a otro. Y Amira tiene razón: hay gente que no puede seguir viviendo aquí. En su piso es 1973, tu piso quizá sea cancerígeno, hay casas inhabitables porque son psicodélicas o en blanco y negro…

—Bueno, también hay una casa que viene a dar la inmortalidad. —O al menos quita las canas: esa acusación pasivo-agresiva no la dije, pero la pensé.

—Ya, eso también… Supongo que hay prioridades. La primera sería que el universo no se destruya.

—Básico.

—Después de eso, no estaría mal que los vecinos pudieran llevar una vida normal sin preocuparse por los colores de la pared.

—Cosa que podría quedar resuelta, según cómo solucionáramos el primer punto.

—Sí. Me preocupa Berta, sobre todo.

—¿Por qué?

—Porque si Berta tiene que dejar el piso, Alberto morirá.

—Alberto nunca existió. Al menos no en este universo.

—Ya, pero ahora sí que existe.

—¿Y la tercera prioridad?

—En tercer lugar, no estaría mal joder al fondo.

—Como guinda, me parece bien.

—Pero no perdamos el foco.

—No es prioritario. Bueno, es prioritario, pero en tercer lugar. ¿Y cómo lo hacemos?

—¿Qué es lo que has dicho antes?

—¿De qué?

—De Alberto.

—Que Alberto no existió. Al menos no en este universo.

—Eso es.

—¿El qué?

—Hay una superposición de tres líneas temporales por culpa de los viajes de mi padre.

—Exacto.

—Tenemos que conseguir que colapsen.

—¿Te refieres a las funciones de onda?

—Y al edificio.

—¿A qué te refieres?

—Pues está claro: hay que echar abajo el edificio.

***

Josep Maria estaba contentísimo: nunca habría imaginado que la doctora cedería solo una semana más tarde y accedería a vender sus pisos. A pesar de que el asunto era importante, fue una de las reuniones de propietarios más breves y fáciles de la historia de la vivienda: los que vivían en un piso problemático estaban contentos porque hasta entonces no tenían la esperanza de recuperar su dinero y ahora veían que incluso iban a sacar beneficio; y los que llevaban más tiempo viviendo allí y, por tanto, deberían tenerle cariño a su casa estaban más o menos resignados a sacarse una pasta. Incluso Marcos, que era prácticamente millonario gracias a sus inversiones de los últimos treinta años y a quien le daba algo de pereza mudarse, ya había visto un ático en el mismo barrio que le venía bien. En cuanto a Ramón y a Amelia, su plan era retirarse a vivir a Sitges: estuvieron dudando entre Sitges y la otra Sitges, pero al final hicieron caso a la doctora, a quien casi le da un infarto cuando les oyó plantear esa duda.

—Al final hemos pasado más tiempo en la otra Sitges.

—Y ahí está la sidrería que nos gusta.

Los que estábamos de alquiler no teníamos ni idea de lo que iba a pasar con nosotros, pero eso no le importaba a nadie porque tampoco podíamos votar. A mi casera le gustó la oferta y lo mismo pasó con la tía de Fina, a quien además no le importaba mudarse y a la doctora y a mí no nos importaba que perdiera lo que ella creía que eran sus poderes. Tendríamos como mínimo hasta el final de nuestro contrato: en mi caso un par de años. Sabía que la doctora planeaba tirar abajo el edificio, pero no tenía ni idea de cuándo ni cómo. Por si acaso, ya había empezado a buscar piso, aunque para poder pagar no solo el alquiler, sino la fianza y lo que me costara la mudanza, tendría que dejar de colaborar con la doctora y de estudiar física y conseguir un trabajo de verdad, y no las horas que dedicaba a las clases.

Quien no había bajado ni por curiosidad era Berta. Ni Alberto. Su situación era el principal escollo para la doctora, consciente de que si Berta dejaba el edificio, Alberto no volvería a existir, lo que equivalía en cierto modo a matarlo. No le parecía suficiente excusa decir que «antes de las anomalías no existía» porque el caso es que ahora sí.

Eso era un poco como decir que podemos matar a alguien nacido en 1977 porque antes de ese año no existía.

Pero un par de días antes habíamos encontrado lo que nos parecía una posible solución. Se la habíamos explicado a Berta y luego, de noche, a Alberto, en casa de Ramón y Amelia, y frente a aquel agujero que daba al Sitges alternativo.

—Esto es… Pero… ¿En qué piso estamos? ¿Cómo puede dar este agujero a una calle?

—Es una posible solución a tu problema. Vuestro problema. Es solo una hipótesis —dijo la doctora— y es posible que no funcione. Sabemos que el problema que tenemos en este edificio es la existencia de varias líneas temporales superpuestas. En al menos una de ellas y en un máximo de dos, nació Berta, y en al menos una de ellas y en un máximo de dos, nació Alberto. Y aquí tenemos este Sitges paralelo, igual que Alberto es una Berta paralela.

—Bueno, yo lo diría al revés —dijo Alberto—. Ella es la paralela. Para mí todo este mundo es el paralelo. Hay cosas de este universo que me gustan más, como que Alonso también ganó un mundial con Ferrari, pero sigue siendo paralelo.

—Los dos sois paralelos —dije—. Es lo mismo que hablar de dos rectas paralelas: no tiene sentido pensar que una es paralela y la otra no. Las dos lo son porque es una relación entre ambas, no una cualidad, como ser de color rojo.

—A ver, dejadme acabar. Cuando vamos a Sitges 2 a nosotros no nos pasa nada porque somos solo una entidad, sin paralelos superpuestos, aunque podamos tener paralelos en Sitges B y que allí haya Mireias B, Jaimes B, Ramones B y Amelias B. Y es posible que Alberto sea un Berta B.

—¿Y eso qué significa?

—Si estamos en lo cierto, en Berta y Alberto están superpuestas dos personas de dos líneas temporales diferentes y es posible que la línea temporal de Sitges 2…

—¿Sitges 2 o Sitges B?

—Es lo mismo, aún tenemos que unificar el vocabulario. Pero no me interrumpas, que nos perdemos. Decía que esa línea temporal sería la de Alberto. Así que solo tendrías que ir a vivir allí.

—Pero… No entiendo… Si voy allí, Berta se viene conmigo.

—Esto es justo lo que queremos probar. ¿Conoces el experimento de la doble ranura? Si enviamos un fotón a través de una ranura diseñada para detectar una onda, detectamos una onda; y si lo enviamos a través de una ranura diseñada para detectar una partícula, detectamos una partícula. Mi teoría, no muy bien justificada, ya te aviso, es que ahora mismo Berta y tú funcionáis como una onda en este edificio en el que todo se superpone. Y hay interferencias entre vuestras dos ondas. Pero si pasas por ese agujero, por esa ranura si quieres, y tú eres el Alberto de Sitges 2, os separaréis y tú podrás seguir tu vida en ese universo paralelo, que quizás sea la vida que recuerdas, y Berta seguirá aquí.

—¿Y si no nos separamos?

—Habrá que pensar en otra cosa. No os tenéis que preocupar ninguno de los dos porque no pienso vender hasta que esto esté solucionado. Si no funciona, en la reunión me echaré atrás y listos. Al menos de momento.

—Y solo tengo que caminar por ese agujero.

—Exacto.

—Y no me va a pasar nada.

—No. Nosotros lo hemos hecho muchas veces —le aseguró la doctora.

Para demostrarle que era seguro, me asomé, comprobé que no había nadie en aquella calle y salí al otro lado. Luego volví a entrar.

—Es verdad que yo no tengo doble, pero, como ves, es seguro.

—En el peor de los casos te vas a quedar como estás.

—Solo tienes que cruzar —dijo Ramón—. Ja veuràs, hi ha una sidreria bonícssima al carrer Parellades.

—Ramón, déjales, que nos han dicho que no molestemos.

—No han dicho nada de eso.

—Vamos al comedor, que aquí molestamos.

—Espera, quiero saber qué pasa.

—Una pregunta: ¿cómo sabremos si ha funcionado? Es decir, supongamos que me separo de Berta. A lo mejor hay otro Alberto allí. A lo mejor ese tampoco es mi universo.

—Jaime te acompañará a casa y veremos si de verdad es tu casa. Has cogido las llaves, ¿no? Si lo es, pasará la noche contigo y comprobará lo que ocurre cuando salga el sol. Yo me quedaré aquí con Berta. Suponiendo que os separéis, claro.

—Han pasado cuatro años desde que me fui. ¿Y si mis abuelos han vendido el piso o se lo han alquilado a alguien? ¿Y qué pasa con mi familia? Probablemente me habrán dado por muerto.

—No lo sé. Pero al menos tenemos que probar.

—¿Y no podemos quedarnos como estamos?

—Me temo que no. Las anomalías me preocupan cada vez más. Esto tiene fecha de caducidad.

Alberto se dirigió a la grieta.

—¿Paso sin más?

—Sin más —dijo la doctora.

—¿Y seguro que no me desintegraré?

—Bueno…

—A ver… Sería muy raro…

—No parece probable…

—¿Pero se va a desintegrar? No desintegreu al pobre noi…

—Ramón, déjales trabajar. Ellos sabrán si tienen que desintegrar al chico o no.

—És que si explota ho deixaran tot perdut!

—Bueno, pues vamos allá… No puedo… No puedo pasar. Es como si me diera contra la pared. ¿Empujo más? Creo que no funciona…

Pero esto último ya lo dijo Berta: Alberto había pasado al otro lado y Berta se había quedado en el nuestro.

Se quedaron mirándose el uno al otro:

—Es la primera vez que nos vemos.

—Al menos así.

—Es como si hubiéramos pelado a Alberto.

—Jaime, por favor.

—Entonces, ¿ha funcionado? —preguntaron ambos, casi a la vez.

—Aún no lo sabemos —dijo la doctora—. Quizás hay otro Alberto allí. Pero la primera parte, sí.

—Estaría bien probar a ver qué pasa si Alberto vuelve —propuse —. Primero con Berta aquí, a ver si se unen, y luego sin Berta, a ver

si se mantienen como individuos independientes.

—Deja, deja —me interrumpió la doctora—. Estamos improvisando y no sabemos muy bien ni qué hacemos ni por qué. Vamos a mantenernos fieles al plan mientras funcione.

—Pero somos científicos.

—Ahora somos vecinos.

—Entonces —dijo Alberto—, esto es una despedida.

—Supongo… —contestó Berta.

—Supongo que es mejor así. Si todo ha salido bien, yo volveré a mi vida.

—Y yo me quedaré con la mía.

—No ha estado mal del todo.

—Un poco… En fin… Al principio fue duro.

—Creo que ha sido enriquecedor.

—¿Vamos? —Yo ya estaba también al otro lado y estaba impaciente por si alguien pasaba por allí y veía a un tipo hablando por un agujero en un muro que teóricamente daba a un jardín, pero a través del cual se veía a otra tía que estaba dentro de un piso—. No quiero que nos oiga algún vecino.

—Tío, nos estamos despidiendo.

—Han sido cuatro años.

—De verdad, qué poca delicadeza.

—Bajad la voz, por favor…

—Es la primera vez que veo a Alberto.

—Y qué poca épica. Llevábamos años intentando arreglar esto y la doctora y tú os lo tomáis como si hubierais limpiado una cafetera.

—Ya, pero es que si pasa alguien…

—Yo estoy contenta, que conste. Pero esto aún no ha terminado.

—En fin, ya ves lo que hay. Hasta pronto, Berta, ha sido un placer vivirte un poco.

—Lo mismo digo. Cuídate.

—No, no me voy a cuidar. Tú no me mandas. ¿Ahora eres mi padre?

—Pues no te cuides, tírate al tren.

—A lo mejor lo hago.

—Por favor, esas risas… más bajitas…

Conseguí arrancar a Alberto de allí como el agujero le había arrancado de Berta y caminamos hacia el centro en busca de un taxi.

—Mira, uno libre. ¿Y aquí funciona nuestro dinero?

—Sí, nunca ha habido problemas. Ramón, Amelia, Mas y el padre de la doctora venían a menudo a hacer un vermut y a la playa.

—La verdad es que es muy cómodo.

—Lo único malo es que creemos que con cada viaje las anomalías van a peor.

Ya en el taxi, Alberto me preguntó qué pasaría si llegáramos al piso y hubiera otro Alberto dentro. O una Berta.

—Ni idea, la verdad. Es decir, volveríamos a nuestra Barcelona, pero no sé si volverás a unirte con Berta o si te mantendrás separado. Lo único que teníamos claro era que mejor probar esto de noche para que nos viera cuanta menos gente mejor.

—Las separaciones son duras.

El taxista. Había hablado el taxista.

—Lo mejor es cortar de raíz, pero es muy difícil. No vuelvas.

—No, no… Berta es… Bueno, es como mi hermana.

—Uf, esas relaciones son complicadas. A todos nos ha pasado, nos pillamos por una chica y ella solo nos quiere como amigo. Si quieres mi consejo, corta también de raíz. Más adelante igual podéis ser amigos, pero, de entrada, mejor pasar. Distancia. Es lo mejor para que se pase el enchochamiento. El enchochamiento no deja pensar. Sobre todo cuando eres joven. De mayor te enchochas menos. Es una pena porque significa que te haces viejo y todo es como más gris, pero también da menos problemas. Es verdad que hay gente que se enchocha a los cuarenta, pero eso es más el miedo a la muerte que otra cosa.

Siguieron unos minutos de silencio incómodo mientras el taxista se incorporaba a la autopista.

—Oye —me dijo Alberto—, ¿y cuántos universos hay?

—No lo sabemos. De hecho, nuestra teoría era que solo había uno y los experimentos del doctor Rojo crearon líneas temporales superpuestas, no paralelas. Pero por lo que parece también se creó al menos un universo, este. Aunque no sabemos si se creó o

simplemente tuvimos acceso a él y ya estaba creado antes. El edificio parece estar en el centro de todo y, digamos, se cuelan anomalías y superposiciones. Es como si un río se dividiera en dos ramales y justo en la separación hubiera remolinos y cruces de corrientes.

—¿Yo soy una corriente?

—Bien, no quería caer en una especie de pseudobudismo, pero en cierto modo sí.

—Pero si este universo se creó con la grieta, ¿cómo es posible que exista todo esto? Sitges, la autopista, imagino que Barcelona… Yo nací antes de la grieta. Y mis padres nacieron antes de 1973.

—Verás, hay dos teorías sobre el tiempo en el universo. Una dice que el tiempo avanza hacia el futuro, pero que el futuro todavía no existe. El tiempo es como el espacio, como el universo, que se expande, aunque fuera de él no hay nada.

—Vale.

—La otra teoría dice que ya existe todo el tiempo. Lo que ha pasado y lo que pasará. Es como si fuera un tubo y nosotros avanzáramos por él. Pero el tubo existe en su totalidad, aunque nosotros no lo hayamos recorrido aún. Eso quizás podría explicar por qué al crear un universo se ha creado entero. Se ha creado con todo su tiempo.

El taxista intervino de nuevo:

—¿Habéis fumado, eh?

—No, no… Yo…

—Er… No… Hoy no…

—Esto del universo creado en 1973 me recuerda a algo que decía Bertrand Russell. ¿Lo conocéis? Un filósofo de la hostia. Premio Nobel de Literatura. Y eso sin escribir novelas. Todo ensayos. Para eso hay que pensar. Una novela te la escribe cualquier imbécil, hasta los periodistas escriben novelas. Pero un ensayo de filosofía… Eso ya es otra cosa.

Esto no me lo esperaba: mis prejuicios estaban siendo triturados.

—Russell se preguntaba si un científico maligno podría haber creado el universo, incluidos todos nuestros recuerdos, hace cinco minutos. ¿Cómo pruebas que no es así? Exacto. Te cagas.

—Bueno, a ver, quizás con pruebas geológicas…

—Nada, todo lo que te indicaría que el universo es antiguo también está creado hace cinco minutos. Incluidas esas pruebas. El señor de noventa años fue creado hace cinco minutos con noventa años.

—Bueno, vale… Supongo que no hay forma de saberlo.

—Un porro, una cervecita y *Dark City,* la peli. Es un planazo. Mejor que ir a discotecas.

—*¿Dark City?* —cometí el error de preguntar.

—Sí, va sobre una ciudad en la que unos extraterrestres están haciendo experimentos y cada noche vuelve a empezar todo de cero. Y cambian tu vida y lo que recordabas de ella. ¿Eras cartero? Bum, pues hoy eres taxista. ¿Estabas soltero? Bum, pues hoy estás casado y tienes tres hijos.

—Ah…

—Suena bien.

—Hace mucho que no fumo nada. ¿No tendréis algo encima?

—No, si nosotros no…

—No, para ahora, para cuando acabe el turno, claro.

—De verdad, no…

—Si nosotros no…

—Bueno, él no… —aclaró innecesariamente Alberto—. Yo, a veces…, pero hoy no.

—Vaya.

Otro silencio incómodo. Incomodísimo: pasé los últimos diez minutos del trayecto rezando para que a Alberto no le diera por hacer otra pregunta.

A pesar de esos temores llegamos no solo a Barcelona, sino también al edificio, que seguía igual que siempre, al menos en apariencia.

¿Y si nosotros estábamos creando el universo a medida que avanzábamos por él?

Demuestra que es falso.

La llave funcionaba, tanto en el portal como en el piso.

—Guau.

—Solo es una llave.

—No, no… Es que… este es mi piso. Es mi… Ahora recuerdo cosas, como ese sofá, que no es el de Berta.

Nada más entrar nos llegó el olor a polvo y a calor de un piso que llevaba tiempo cerrado.

Quizás cuatro años.

—Parece que tu tía no lo ha realquilado.

—Son mis cosas.

Dimos una vuelta por la casa: su ropa seguía en el armario, la cama estaba tal y como la dejó.

—No encuentro mi portátil ni mi móvil.

—Es posible que la policía se lo llevara, si denunciaron tu desaparición.

—No va el teléfono.

—¿Has traído tu móvil del otro universo?

—Sí…, funciona.

—Supongo que es normal que funcione. El doctor Rojo no podía llamar a Mas cuando estaban cada uno en un universo, pero los teléfonos sí funcionaban en cada uno de ellos.

—Voy a llamar a mis padres. Y a mi tía.

—Es tarde, creo que es mejor que les llames mañana.

—Pero estarán preocupados.

—¿Y qué les vas a decir? Llevan preocupados cuatro años. Mejor llámales cuando estén más o menos despiertos.

Se quedó callado un buen rato. Era una buena pregunta, qué les iba a decir.

—Imagino que tampoco tengo trabajo. Lo he perdido todo, ¿no?

—Puedes tomártelo al revés: lo has recuperado todo.

—¿La doctora y tú no pensasteis en esto?

—Lo siento, estábamos demasiado preocupados por el universo. Esto son detalles.

—Hombre, gracias.

—Yo qué sé, es tu familia. Seguro que sabes mejor que nosotros qué decir.

—Me falta distancia.

—Vamos a pensar en algo. Se nos ocurrirá algo bueno.

—De momento, veo que hay agua y luz.

—Bien.

—Lo que no hay es cerveza. ¿Qué hora es?

—Las diez y cuarto.

—Perfecto, bajo un momento a la tienda de la esquina, que cierra a medianoche, y subo cervezas y, yo qué sé, patatas fritas.

—Toma efectivo, por si no te va la tarjeta.

—¿Me habrán dado por muerto?

—Vamos por partes. Sube la cerveza.

No se nos ocurrieron buenas ideas. Las opciones que barajamos fueron las siguientes:

1. Decir la verdad: tenía el inconveniente de que nadie nos iba a creer.

2. Fingir un secuestro. ¿Pero quién? ¿Por qué?

3. Algún problema de salud mental que le había hecho dejarlo todo y largarse. ¿Pero dónde había ido?

4. Un trabajo secreto para el Gobierno. Esta era la opción favorita de Alberto, pero no tenía ni pies ni cabeza. Ni torso ni extremidades. Pero volvió a ella durante toda la noche hasta que se quedó dormido en el sofá tras unas cuantas cervezas y sin lograr convencerme de que era un agente secreto del CNI al que habían enviado a Afganistán a infiltrarse entre los talibanes. Al parecer, en el universo de Alberto la guerra de Afganistán no había terminado en 2005 o 2006, ya ni me acuerdo.

Yo tenía algo de sueño, pero por un lado no conseguía dejar de darle vueltas al problema de Alberto y, por otro, me apetecía aprovechar y dar una vuelta por la escalera del edificio y, quizás, subir hasta mi puerta. La doctora me había alertado acerca de la importancia de no interferir, y además con razón, porque podíamos crear nuevas anomalías en este universo paralelo en el que yo no debería estar.

Pero había hablado con un taxista, así que algo de daño ya había hecho, y eran las dos de la mañana y difícilmente me encontraría con alguien, y yo era un tipo discreto y Alberto, que no lo era, estaba dormido.

Cogí las llaves y salí al descansillo. Caminé escaleras arriba: todo parecía idéntico a mi edificio. Menos en el cuarto segunda. Mi piso. Había una fiesta. Oía voces: me pareció distinguir la de Lucía, también la de otros amigos, ¿ese era Sergi? Quizás… ¿Y esa era la mía?

—Hola. —Me giré. Un vecino al que no reconocía se había asomado—. Ah, eres tú. Ya que estás aquí, ¿puedes bajar la música un poco?

—Eh… Sí, claro.

—Ya sé que me avisasteis y no pasa nada por una fiesta de vez en cuando… pero son las dos y la semana pasada estuvisteis igual…

—Claro.

—Gracias.

Cerró la puerta y entonces me di cuenta de por qué no le había reconocido: ese vecino vivía en la cuarta puerta, en el piso que no se había vendido jamás porque todos los colores parecían salidos de un vídeo demostrativo de cómo funciona el LSD.

Y esa fiesta de la segunda puerta, nuestra fiesta, no sonaba a nosotros. Al principio sí que habíamos hecho alguna, pero luego habíamos llegado a la conclusión, más que obvia, de que son una pérdida de tiempo y es mejor socializar en lugares organizados para ello, como los bares, y así no tener que preocuparnos de limpiar, por no hablar de que nos podíamos ir cuando quisiéramos.

Tenía pinta de que en ese universo no había anomalías. Y como, por ejemplo, mi piso era normal, no nos concentrábamos lo suficiente como para sacarnos cincuenta y siete carreras en seis semanas.

O había otras anomalías: al fin y al cabo, Alberto había desaparecido durante cuatro años.

Y yo podía estar creando algunas nuevas.

Volví al piso de Alberto e intenté dormir en un sillón.

Me despertó un gritito, ya de día.

—Perdona. —Era Alberto, que al parecer gritaba como un niño de seis años—. Me he asustado al verte. No sabía quién eras.

Eso me pareció interesante:

—¿Pero porque no me recordabas o porque te has despertado medio atontado?

—No… No lo sé. Supongo que es eso… Estaba atontado… ¿Quieres café?

—Sí, por favor. No ha venido nadie, ¿verdad?

—Ni rastro de Alberto B.

—¿Y hay café?

—Traje anoche, con las cervezas.

Ya con el café le dije que tenía que irme, pero que me iba a quedar un rato más a ayudarle con su historia.

—¿Adónde te tienes que ir?

—A mi universo.

Me miró como si le hubiera dicho… Bueno, en fin, me miró como si le hubiera dicho que me tenía que volver a mi universo.

—Alberto, recuerdas quién soy, ¿verdad?

Silencio.

—Ya, sí, perdón. Creo que estoy olvidando cosas. Voy a apuntarlo todo esta misma mañana. No, mejor grabo una nota de audio, para ir más rápido. Joder.

—Dame un papel. Te voy a apuntar la dirección exacta del portal de Sitges, por si necesitas volver.

—¿De Sitges?

—No creo que necesites volver. Pero guarda esto, es importante.

—¿Qué es?

Me di cuenta de que tenía un problema muy grave: si lo estaba olvidando todo y veía la dirección de Sitges, igual iba hasta allí sin saber qué era y, lo que era peor, podía atraer a más gente y que el portal dejara de ser el secreto de un matrimonio de jubilados de Sants. Le quité el papel y cogí otro del cuaderno que me había pasado.

—Mira, estoy apuntando lo que te ha pasado.

—¿Qué me ha pasado?

—Has tenido un ataque grave de amnesia.

—¿Amnesia?

—Has olvidado los últimos cuatro años de tu vida.

—No, no. Ayer estaba contigo, de fiesta.

—Tu cerebro está reconstruyendo los huecos como puede y con lo que tiene a mano. Aquí tienes.

—Estuvimos en… Cómo se llama este sitio… Es bar, no hay que pagar entrada, pero es una discoteca…

Leyó la nota que le entregué:

«Hola, Alberto. Estás bien. Estás de nuevo en casa. Hace cuatro años tuviste un accidente. Has pasado años en varios hospitales sin que nadie supiera tu nombre porque no llevabas documentación encima. Anoche recordaste dónde vivías y volviste con ayuda de una persona que te encontró en la calle y te ayudó a escribir esta nota. Tienes un móvil que funciona: llama a tus padres. Volveré en unos días para ver si estás bien».

—Pero estoy bien, ¿no?

—Claro. Vas a necesitar unos días para ajustarte, nada más.

—Recuerdo cosas que no entiendo.

—No te preocupes. En unos días vuelvo.

—¿Vendrás con Berta?

—No, Berta no puede venir. —Quizás podía, pero mejor no tentar a la suerte. —Me lavo los dientes y me voy.

—Vale. ¿Quién es Berta?

—Me he traído un cepillo en la chaqueta.

—Muy bien pensado.

—¿Sabes quién soy?

—Claro, ayer salimos a tomar algo y te quedaste en casa para ahorrarte el taxi.

—Creo que estarás bien.

—No tengo resaca, pero creo que bebí demasiado, porque estoy un poco atontado.

—Cuando me vaya, lee la nota.

—Ya la he leído.

—¿Recuerdas lo que pone?

—No.

—No la pierdas.

—¿Estoy bien?

—Estás bien.

—¿He vuelto a casa?

—Has vuelto a casa.

—¿No estaba en casa?

—No del todo. ¡Bitges!

—¿Qué?

—¡Sitges B, Bitges! Ese es el nombre que le tendríamos que haber puesto desde el principio.

—¿A qué?

—A nada, perdona, ya te contaré en otro momento.

Aunque el nombre tenía un problema: la Barcelona B sería Barcelona. ¿Bercelona?

***

Tres meses después ya no quedaba casi nadie en el edificio: los propietarios habían estado buscando piso mientras se formalizaba la venta y algunos, como Pedro y Amira, que vivían donde siempre era 1973, se habían ido antes incluso de recibir el dinero.

Fina había encontrado otro sitio, pero había comprobado que sus poderes no eran tan fiables lejos del edificio, aunque ella no lo decía así, claro, decía que aún no había creado la conexión espiritual con su nueva casa. Por tanto, estaba retrasando al máximo la idea de enfrentarse a dos alternativas que no le gustaban: a) estafar a sus clientes o b) buscarse un trabajo más o menos honrado. Berta tampoco se había mudado: sus abuelos le habían dicho que se quedara todo el tiempo que necesitara, pero que no iban a comprar otro piso con el dinero, de modo que ella alargaba esa situación de limbo lo máximo posible.

Yo seguía ayudando a la doctora con los papeles de su padre. Los ordenábamos, intentábamos escribir algo parecido a un índice o un catálogo y los volvíamos a guardar en las cajas para cuando tuviera que hacer la mudanza. El fondo le había dado margen hasta el día 1 de noviembre para vaciar el piso, por lo que apenas quedaban dos semanas.

Yo había vuelto un par de veces a Bitges para comprobar que a Alberto le iban bien las cosas. La primera vez me lo encontré en la

bodega, con unos amigos y en medio de una conversación que parecía normal. No le saludé para no llamar la atención ni crear más problemas. En mi siguiente visita, fui directo a su casa. Le dije más o menos quién era: el vecino del cuarto, porque él no parecía recordar nada del otro universo.

Me invitó a pasar y a tomar un café, pero le dije que iba con prisa, que quizás en otro momento. Además, me imaginaba que Alberto tomaba el mismo café instantáneo que en mi universo.

—Solo quería saber si todo estaba bien y si habías podido hablar con tu familia.

—Pues sí, todo bien, ¿no te lo conté en la fiesta del otro día?

—Sí, sí. —¿Otra fiesta? ¿Pero quién era ese otro yo? —. Solo quería saber… si todo sigue bien.

—Sí, creo que sí. Un poco raro, claro… Aún estoy intentando saber qué me pasó estos años, con ayuda de los médicos y demás. Sobre todo, no quiero que vuelva a ocurrir.

—Claro.

—Pero bueno, ya estoy trabajando, así que, por desgracia, tan mal no estaré.

—Me alegro.

—Aunque me cuesta dormir por las noches, es como si tuviera el horario cambiado.

Hablando de Bitges —¿por qué no había caído antes en ese nombre? ¡Suena como bitches!—, Ramón y Amelia también se mudaron y nos quedamos sin túnel.

—Muchas gracias por todo lo que habéis hecho Mireia y tú —dijo Ramón.

—De nada, solo faltaría. Gracias a vosotros.

—Aunque la verdad es que habríamos preferido quedarnos en casa —añadió Amelia.

—Ya, lo siento…

—Y, además, lo de hacer el vermut a Sitges nos venía muy bien.

—¿Pero seguíais yendo? ¿No os dijimos que es muy peligroso?

—Solo íbamos a tomar una cañita y unos berberechos.

—Si casi no hablábamos con nadie.

—Además, solo íbamos uno o dos días a la semana.

—Era tan cómodo.

—¿Cómo no vamos a ir, estando literalmente a un paso? Sería de burros quedarse en casa.

—Si es que era comodísimo.

—Una meravella!

—¡Cada viaje aumenta el riesgo de que el universo se acabe!

—Pues que se acabe. A nosotros qué más nos da.

—Esa es una preocupación de jóvenes. A nosotros no nos viene de una o dos semanas más de universo.

—Pero ahora ya da igual. Total, nos hemos comprado una casa en Sitges. En la de verdad.

—Lo malo es que Barcelona nos pilla lejos.

—Eso sí.

—Por cierto —preguntó Amelia—. ¿Qué pasará cuando los del fondo vean el agujero?

—No os preocupéis —respondió la doctora—. Que se apañen.

Además, la doctora pensaba echar el edificio abajo, aunque yo aún no sabía cómo. Le pregunté en la bodega, pero me cambió de tema. Aunque para bien, porque fue para pagarme por mi trabajo, cosa que me vino estupendamente porque en la cuenta me quedaba el dinero justo para otro mes de alquiler y aún no tenía ni idea de lo que iba a hacer ni cómo iba a pagarlo si además quería comer (el Caprichitos, me llaman). Me estaba resignando a la idea de volver a vivir con mis padres y, de hecho, ni siquiera me había puesto a buscar piso.

—Creo que es justo. Te he tenido meses trabajando gratis. Necesitaré que me hagas una factura.

—Claro. ¿Por cuánto?

—La he anotado aquí.

—¿Treinta y cuatro? Esto es muchísimo.

—¿Cómo?

—No, espera. Ochocientos millones.

—La he anotado porque habíamos quedado aquí. Luego lo miras.

La bodega seguía siendo un agujero negro matemático. En cualquier caso, era una cantidad obscena. Como soy idiota, intenté negociar a la baja y le aseguré que no había trabajado ni siquiera los

cuatro trimestres semanales, o algo así dije porque, insisto, estábamos en la bodega.

—He vendido veintisiete pisos. Dos. Joder. He vendido todos los pisos de mi padre. Te aseguro que te estoy pagando poco.

—Ah, bueno. Pues entonces quiero más.

—No.

Hablamos con Diego, que nos contó no solo que la bodega seguía en marcha, sino que tenía previsto continuar:

—Hemos llegado a un acuerdo. Han comprado todo el edificio, lo que incluye el local, pero me lo están alquilando. De momento me sale a cuenta porque el negocio da para el alquiler y todo lo demás, y tengo el colchón de la compra. Pero veremos si no lo suben dentro de cinco años, cuando acabe el contrato.

—¿Y les da igual si esto es un bar u otra cosa?

—Bueno, por un lado, si van a hacer pisos turísticos supongo que ya les viene bien tener un bar más o menos auténtico aquí abajo. Hemos salido en la *Time Out* y en la web de la *Lonely Planet,* así que espero que no me la jueguen. Pero vete a saber, igual prefieren subir el alquiler mil euros y que se ponga aquí una de esas cafeterías y panaderías clónicas.

—Sería más lógico.

—Joder, Jaime, gracias.

—No, a ver, a los turistas les va mejor un sitio para desayunar en el portal. Las copas ya las pagarán más caras cerca de la plaza Real.

—Mira, pensaba invitaros, pero ya no, por cenizo.

—Muy bien, Jaime, muchas gracias.

—Bueno, a ti sí. Pero a él no.

Lo cierto es que no nos invitó a ninguno de los dos. Mejor, me habría sentido mal, si tenemos en cuenta que el plan de la doctora era tirarlo todo abajo.

Aún no habían empezado las obras de reforma que iban a hacer los del fondo, pero una mañana oí a un par de personas en el descansillo, hablando en inglés frente a la puerta del cuarto primera, el piso que no se podía ni abrir y donde, según nuestra hipótesis, el tiempo estaba detenido. Abrí la puerta. La mía, claro, no la del cuarto primera, que es imposible de abrir.

—Buenas, ¿les puedo ayudar?

—Hola —contestó en español de Burgos uno de los dos, el que llevaba traje y, por tanto, era un mandado. El otro parecía un americano calvo y cincuentón, vestido con ropa holgada y bambas New Balance. No dijo nada, pero tenía cara de divertirse mucho—. ¿Sabes quién vive aquí?

—Que yo sepa, ahí no ha vivido nunca nadie.

—Es que… En fin, no contestan.

—Ya, si es lo que decía, que no vive nadie.

—Es un poco raro porque no sale ni en los planos, ni en las escrituras.

—¿Seguro? —Esto no me sonaba que fuera así.

—Pues se supone que en este edificio hay cuatro pisos en las cuatro primeras plantas, un local en el bajo y tres puertas aquí. Pero resulta que en este piso también hay cuatro puertas. Tampoco es que nos podamos fiar. Todos los planos están mal. Para empezar, entre el catastro, el registro y el ayuntamiento tenemos cuatro diferentes y no sabemos cuál es el bueno.

—¿Ha dicho cuatro planos?

—Sí, ¿por?

—Disculpen, tengo que dejarles.

Llamé a la doctora.

—¿Estás en el edificio?

—No, estoy en la universidad. ¿Ha pasado algo?

—Los obreros me han dicho que había cuatro planos en el registro.

—¿Cuatro?

—Sí.

Nuestra hipótesis era la siguiente:

· En 1973 se había construido el edificio. Ese sería uno de los planos.

· El doctor Rojo había viajado a 1973 y había provocado un accidente, con lo que la construcción se había detenido. Ese podía ser el segundo plano, suponiendo que hubiesen intentado presentar modificaciones antes de parar las obras.

· El doctor Rojo había viajado a 1993 para evitar su viaje a 1973, con lo que el edificio se había construido, pero como en realidad ya se había construido y

también se había paralizado, había iniciado una tercera línea temporal, lo que quizás había provocado otros cambios.

—Si hay un cuarto plano —dijo la doctora—, es posible que mi padre viajara de nuevo a 1973.

—Sí.

—No lo sabemos seguro, claro.

—No.

—¿Viste algo en las notas de mi padre?

—No. Y creo que ya está todo en las cajas y catalogado, pero ya sabes cómo son esas notas, igual mañana aparece un cuaderno en la nevera.

—En la nevera, no, porque ya he vaciado el piso.

—Bueno, ya me entiendes. ¿Has vaciado el piso? ¿Qué has hecho con las cajas?

—Me las he llevado a mi casa, aunque aquí ocupan un dormitorio entero. No sé qué hacer con ellas.

—¿Y qué hacemos con el cuarto plano?

—No me preocuparía. Cuando echemos el edificio abajo, dará todo igual.

—Vale, pero ¿cómo?

—La idea es usar el segundo plano. Dame un par de semanas, quiero que el fondo pierda aún más dinero con las obras.

—Vale, claro.

—Y ve buscando un piso, anda.

—Sí.

—Y dile a Berta que se busque otro.

***

Sergi y Lucía se casaron. Cuando vi la invitación me sorprendió que hubieran organizado una boda tradicional: por la iglesia, por los padres de Lucía; de traje, por las fotos y con comilona y fiesta en una masía del Maresme, supongo que porque ya puestos, pues adelante con todo. Y conmigo de padrino y testigo, aunque eso solo significaba que tenía que firmar unos papeles después de la ceremonia. Me tuve que comprar un traje, como la mitad de los que

estábamos allí, ya que era la primera boda del grupo de amigos. Parecía una convención de vendedores de pisos, todos con nuestros trajes baratos, nuestras corbatas torcidas y las camisas algo sudadas porque aún hacía ese calor traicionero de principios de otoño: te confías, crees que puedes llevar chaqueta —en este caso además debes— y acabas con piscinita de sudor en las orejas.

—La ceremonia ha sido muy bonita —comentó la novia de un amigo, cuando estábamos ya todos en el jardín de la masía, con una copa de cava dulzón con mora dentro que nos habían dado nada más llegar.

No supe qué contestar, a mí me había parecido aburrida.

—Supongo —dijo otro amigo, igual de entusiasmado que yo.

—Venga, no seáis así, las bodas son bonitas.

—Son muy largas —dije—. Llevamos más de tres horas con esto, entre una cosa y otra.

—Qué raro casarse en octubre.

—¿Estará embarazada?

—Eso ha sido lo más sensato —dije—. Seguro que les ha salido mejor de precio.

Cada vez que pensaba en el tiempo que íbamos a perder allí, me faltaba el aire. ¿No podían haber firmado los papeles y habernos invitado a una cerveza? ¿Había que montar todo esto? ¿Por qué? Es verdad que ya no tenía cajas que ordenar y que solo daba diez horas de clase a la semana, pero podía aprovechar mis últimos días en el piso para leer, buscar otro piso y decidir qué quería hacer con mi vida. Quizás incluso me habría dado tiempo a bajar al piso de Marcos y jugar un poco a la lotería con el sueldo que me había pagado la doctora. Aunque no tenía llaves y Marcos ya no vivía allí.

—No seáis así —dijo la novia de mi amigo—. Esto es bonito: vuestros amigos se quieren y os invitan a celebrarlo.

—Bueno, nos invitan en parte —dijo otro—, porque entre el regalo, el traje…

—¿Regalo? —pregunté. Se me quedaron todos mirando.

—Tío, que eres el padrino.

—¿No viste la cuenta en la invitación?

—¿Qué cuenta?

—La cuenta corriente.

Total, que después de una serie de explicaciones un poco embarazosas (para mí, a ellos les parecieron divertidísimas) resultó que le debía un par de cientos de euros a Sergi y Lucía.

—Por cierto, Jaime, ya para terminar de avergonzarte, ¿por qué no viniste a la despedida?

—Estaba trabajando. —Era cierto: coincidió con la noche que pasé en Bitges. Además, no entendía por qué quería despedirse Sergi de nada. ¿No quería casarse? ¿Para qué necesitaba una «última» fiesta? ¿Le iban a ejecutar durante la luna de miel?

—Joder, con lo que tú has sido.

—Un camarero con copas, rápido, ¿queréis algo?

—¿Hay cerveza?

—El otro día estuvimos en una cata de vinos.

—Pero ¿qué le pasa a la gente con las catas de vinos? Es cumplir los treinta y empezar a oler corchos…

—Y ni siquiera tenemos treinta.

—¿Llevo la corbata torcida?

—Hola, ¿habéis visto a los novios?

—Se están haciendo más fotos, creo —dije—. No sé cuántas fotos necesitan.

—Se van a quedar sin canapés.

—¿Pero ya reparten?

—Llevo tres croquetas y unas tartaletas que no sé de qué son, pero que estaban muy buenas.

—De salmón.

—Pues por aquí no han pasado.

—Ya pasarán.

—Un poco de hambre sí que tengo.

—Son casi las dos, ya.

—Mira, ahí viene un camarero.

—Más copas.

—Estamos en el peor sitio —apunté.

—Huy, tiene cava, voy a coger una, que el tinto está caliente.

—Hace calor, ¿no?

—Puto traje. Hombre, Jaime, cuánto tiempo, ¿qué tal?

—Sudando.

—Lo que decía, puto traje. ¿Por qué no viniste a la despedida?

—Tenía lío, me coincidía con… un lío. Un lío que tenía.

—Nos lo pasamos de puta madre en la casa rural. Hasta que el hijo de puta de Jordi empezó a sacar juegos de mesa.

—Mirad, traen jamón.

—Deberíamos colocarnos ahí, en ese barril —dije—. Por este no pasará nadie.

—¿Seguro?

—Es donde confluyen los camareros que vienen de la barra y los que salen de la cocina —se notaba que aún dormía en el piso.

—Vamos a probar. Que alguien se quede aquí, por si acaso. Podemos ocupar los dos.

—¿A qué hora comemos? Es tardísimo.

—Ni idea, pero aún falta, porque tenemos que hacernos las fotos. ¿No te vale con los canapés?

—No quería hincharme.

—¿Nosotros también tenemos que hacernos fotos?

—Joder, Jaime, ¿de qué planeta vienes?

—No te reserves: en las bodas hay o buenos canapés o buena comida, nunca las dos cosas. Y estos canapés están bien, así que la comida estará, con suerte, normalita.

—¿Dónde has oído eso?

—Me lo dijo mi padre.

—¿Ese de ahí es el hermano de Sergi? Son iguales.

—No, no. Peor: es el novio de la hermana.

—Joder, pues es clavado a Sergi.

—Eso es casi incestuoso.

—A ver, es un tío con barba, gafas y pelo castaño. Todos los tíos con barba, gafas y pelo castaño son iguales.

—Chicos, Jaime tiene razón, este barril es el bueno.

—Vamos todos.

—¿Vamos?

—Natalia, vamos.

—¿Adónde?

—Ese sitio es mejor para comer.

—Pero no seáis brutos.

—Yo no quiero comer, yo quiero beber.

—Tía, contrólate.

—¿Qué pasa? Es una boda, ¿no? Mira, más cava.

No conocía ni a la mitad de la gente, pero tras un par de cavas y un par de vinos, acabé hablando de juegos de mesa con el tal Jordi (o él acabó hablando de juegos de mesa conmigo, mejor dicho) y sobre catas de vino con un tal Jan (no Joan).

—La gracia está en probar vinos diferentes.

—¿Y si alguno no te gusta?

—Esa es parte de la gracia. Que no te gusten todos.

—¿No es mejor que te gusten?

—Es lo que suele pasar: al final es vino, tampoco vas a probar nada horrible, si la cata está bien. Aunque eso no lo puedes saber hasta que, bueno, hasta que haces la cata. Pero algunos están mejor que otros.

—¿Y por qué no ponen solo los buenos?

No recuerdo cómo llegué a la mesa, pero sí recuerdo el menú, que según uno de mis amigos, el que venía con instrucciones de su padre, era el menú típico de las bodas: de primero, ravioli de bogavante, un solo ravioli enorme, blandurrio y con olor a recalentado; de segundo, solomillo demasiado hecho, y encima hecho hacía demasiado rato, mantenido en caliente en una de esas bandejas metálicas que se colocan sobre alguna superficie de calor y acaban por cocer la carne. Vino blanco con el bogavante, tinto con la carne, un sorbete de limón y un poco de ron entre plato y plato, y de postre, pastel de chocolate.

Los camareros iban rellenando las copas cada vez que veían una medio vacía y luego llegaron los chupitos y cuando me di cuenta tenía un *gin-tonic* en la mano y Sergi y Lucía estaban bailando un vals, y de fondo oía a Jan hablar de los vinos que acabábamos de tomar.

—Muy normales, pero es lo suyo. En una boda no puedes arriesgarte: verdejo y riojita.

Apenas los había visto hasta entonces, a Sergi y a Lucía, excepto durante la sesión de fotos. Nos hicimos un par todos los amigos y

Lucía pidió una solo con los del piso y en ese momento me acordé de que les debía dinero y le dije:

—Os debo dinero.

—¿De qué?

—Del regalo.

—No seas tonto.

Y no era tonto, aún no, aunque ya llevaba unas cuantas horas fuera del piso y además me había bebido un dos por ciento de la producción anual de La Rioja y otro tanto del vino blanco de Valladolid, así que muy listo tampoco era.

Los novios pasaron mesa por mesa y se detuvieron un rato en la nuestra y se lo volví a comentar.

—No sabía que os debía dinero.

—Pero no te preocupes por eso.

—No me preocupo. Pero tengo dinero. Os lo daré.

—Vale, vale.

—No todo mi dinero. Os daré lo que me han dicho que os dé, que se ve que hay una cantidad habitual.

Cuando nos pusimos todos a bailar los vi aún más, porque ya se quedaron casi todo el tiempo con nuestro grupo, aunque a veces alguno de los dos se iba con sus primos, o sus amigos de la universidad, o qué sé yo, había mucha gente a la que no había visto en mi vida y a la que, con suerte, nunca volvería a ver. Tampoco es como si pudiera hacer amigos aunque quisiera —que no quería—, porque hacía mucho calor, había bebido mucho y la música estaba muy alta. Como para preguntarle a alguien por juegos de mesa o por vinos.

Salí a tomar el aire.

Estaba sudado, aún llevaba puesta la chaqueta, aunque no la corbata, que había dejado en la mesa confiando en que alguien me la hubiera robado para no tener que volvérmela a poner. Y tenía una cerveza en la mano, gracias a Dios.

—Hombre, mi compi de piso.

—Lucía.

Me dio un abrazo, sin dejar que yo la avisara sobre lo sudado que estaba.

—Os debo…

—Por favor, calla ya con eso.

—Perdón.

—¿Cuánto hacía que no te emborrachabas?

—¿Estoy borracho? Quizás sí. Joder… ¿Desde Granada?

—¿Qué pasa?

—Pues que… te vas a enfadar.

—Dilo, no pasa nada.

—Nada, que pensaba que he perdido el día y con la resaca perderé también el día de mañana.

—He perdido el día, dice. Muchas gracias.

—¿Ves como te ibas a enfadar?

—Pero ¿qué tienes que hacer mañana? Es domingo.

—En realidad, nada. Buscar piso.

—¿Y eso? ¿Te mudas finalmente? ¿No tenías hasta el final del contrato?

—Sí, pero tendré que irme.

—¿Y qué pasa con las anomalías esas?

—La doctora Rojo tiene un plan. Me faltan detalles, pero básicamente consiste en echar el edificio abajo.

Hubo unos segundos de silencio.

—De forma absolutamente legal y sin que haya nadie dentro.

—Ah. Bueno. Bien. Supongo. No sé. ¿Y qué tienes pensado hacer?

—Ni idea, la verdad. Si te soy sincero, me gustaría quedarme en el piso y estudiar una carrera.

—¿Qué carrera? ¿Otra?

—Física. Aunque al final este año no me matriculé, y no sé si podré el que viene.

—Pues estúdiala, si eso es lo que quieres.

—Sin ayuda del edificio tardaré más.

—¿Y qué prisa tienes?

—Ya, supongo.

—¿Por qué no te pones a trabajar con Sergi? Él quiere que vayas, pero le da cosa pedírtelo.

—¿En su empresa?

—Sí, no le va mal y contigo seguro que se centra más. Joder, la empresa, me suena rarísimo. La empresa… Toda la empresa es él vendiendo mierdas. Pero bueno, supongo que es una empresa. Legalmente, al menos. Yo lo llamo el chiringo. No le gusta.

—Igual nos descentramos los dos juntos. Sin el piso…

—Deja el piso en paz. Ese piso lo único que hacía era acelerarnos, quitarnos el sueño y, probablemente, provocarnos un tumor cerebral.

—Eso no está confirmado.

—Nos sigue yendo bien fuera. A mí en la uni y con la consulta nueva, a Sergi con el chiringo y a ti te irá bien con lo que hagas, sea acabar la carrera o lo que te apetezca.

—No sé qué me apetece, quizás ese sea el problema. ¿Vosotros estáis bien? ¿De verdad?

—Hombre, nos acabamos de casar.

—No, no me refiero a entre vosotros. Digo en general.

—Quieres decir fuera del piso.

—Eso es. Con la cabeza. Con las cosas de pensar. Mira, ya no sé hablar.

—Sí, lo estamos. Hay cosas que echo de menos de cuando compartíamos piso, claro: las noches de lectura, cuando nos examinábamos unos a otros, ver los diez primeros minutos de *Endeavour* y saber quién era el asesino… Pero en la vida hay otras cosas aparte de sacarse carreras y leer manuales de ochocientas páginas.

—Todo el mundo me habla como si llevara quince años recluido en un monasterio.

—Es que ha sido un poco así. Nos pasó a los tres.

—Pero si teníamos en el calendario los días de salir.

—¿Y qué hacíamos? Tomábamos una cerveza en veinte minutos, saludábamos a todo el mundo y nos íbamos.

—Lo más eficiente.

—La amistad no es eficiente.

—Me da pereza todo eso. Y todo esto también.

—Vaya, gracias.

—Sé que os debo dinero…

—Por favor, para…

—Es que no le veo la gracia. Preferiría quedarme en el piso para siempre y sacarme tres carreras en los próximos diez años.

—¿De qué te servirá todo eso si estás solo?

—¿De qué me sirve emborracharme y despertarme con resaca?

—No se trata de emborracharse, se trata de emborracharse con alguien. Y de pasar la resaca también con alguien. También puedes beber menos. O no beber. Yo ya no bebo.

—Te he visto beber. Bastante.

—A ver, hoy sí. Pero llevaba semanas sin probar una gota.

—¿Por qué? ¿Estás embarazada?

—No seas imbécil. Porque no me apetece. El alcohol es una toxina, como demuestran las resacas.

—Ojalá pudiera colarme en el piso de la señora Szabó. Seguro que quita la resaca. Me da miedo dejar el piso. En el piso soy listo. En el piso no nos emborrachábamos precisamente para evitar resacas como la que tendré mañana.

—El piso no te hizo más listo, te ayudó a concentrarte. No es poco, pero si hubiéramos metido a un perro, no habría terminado por licenciarse en Económicas.

—Ya, ya…

—Aunque, la verdad, empiezo a pensar que todo lo del edificio era una trola y nos lo creímos porque queríamos creérnoslo. Lo que ocurre es que en el piso lo tienes todo bajo control. Y fuera no. No sabes qué vas a hacer. Pero eso es madurar: no tener ni idea nunca de nada. Y cuando aprendes algo, todo cambia por completo otra vez.

—Eso e ir a catas de vino.

—Nos han regalado una.

—Hijos de puta. ¿Ha sido el Jan ese? Hijo de puta. Qué pesado.

—Apúntate, igual quedan plazas.

—No me gusta el vino.

—Pues te lo has bebido todo.

—Sobre el dinero…

—Qué pesado con el dinero.

—¿Cómo va esto? ¿Me invitáis a la boda y pago yo? He tenido que comprarme un traje.

—No tienes que darnos ningún dinero.

—Tengo dinero. Mucho dinero. La doctora me ha pagado.

—Sí, bueno, ya me imagino el dinero que te puede haber pagado una profesora de universidad.

—En serio. Podría comprarme un piso. Ojalá pudiera comprarme un piso, pero ya no se puede, están los americanos del fondo empezando con las obras…

—Pues invierte en la empresa de Sergi.

—La verdad es que no sé a qué se dedica.

—Él tampoco.

—No debería invertir en algo que no sé lo que es.

—¿Vamos para adentro? Nos están avisando.

—Sí, ve tú. Ahora voy.

Mi idea era esperar al amanecer, que en mi cabeza era inminente.

Saqué el móvil y le escribí a la doctora un mensaje más o menos inteligible gracias al corrector:

«Perdona, sé que estard. Te has fijado eque está toddo lleno de americnaos??? SAnsouci o como se llame el de Toledo Ohhio, el borracho que se coló en el piso de Ramón y Amelia, el fondo también es americano, el tío del Airbnb… Mi cerebro está roto potque estoy lejos del piso, persona las horas, pero acabb de caerr».

Le di a enviar con la idea de seguir esperando el amanecer, pero en el móvil vi que solo eran las dos de la mañana, así que me volví adentro y me pedí una Coca-Cola para no acabar vomitando en el rosal.

No sé si era un rosal. Estaba oscuro y no sé de flores.

***

La demolición del edificio no era un acto público, pero la doctora se enteró de la fecha y unos cuantos fuimos a verla. Pocos: la mayoría de los vecinos ni siquiera contestaron al correo electrónico que les envió la doctora y de alguno ni siquiera tenía la dirección. Pero ahí

estaban Jorge, Berta, Marcos, Gizella y Esteban y, sorprendentemente, Josep Maria y su mujer, Isabel.

—Claro que hemos venido. Aquí criamos a nuestros hijos. Le tenía muchísimo cariño a esa casa. Pero por una vez también quería estar en el lado de los que sacan tajada, que eso a los pobres nunca se nos ocurre.

Berta se fue antes de que empezaran con la demolición.

—No sé ni por qué he venido. Tenía la sensación de que debía venir.

Alberto había olvidado a Berta y Berta había olvidado a Alberto. Para ella había sido más fácil, la verdad, porque él había tenido que explicar una ausencia de cuatro años. El diagnóstico fue de estado de fuga disociativa. Para los habitantes de Bercelona, Alberto se fue de casa sin saber bien por qué y regresó sin recordar cómo, aunque de vez en cuando se inventaba algo para complacer a su psiquiatra.

Una vez lo puso en marcha, el plan de la doctora era casi obvio, aunque a mí solo me lo pareció después de que me lo contara. Primero esperó a que todos los vecinos cobraran su dinero y no hubiera posibilidad de dar marcha atrás en la compra. Después recuperó los documentos del registro que habían detenido las obras tras el primer viaje de su padre a 1973, por todas las irregularidades en los materiales, y presentó una denuncia en el ayuntamiento, que, al ver la lista de problemas que tenía el edificio, entró en pánico y ordenó inmediatamente su demolición. Aunque el fondo amenazó con recurrir, al final accedió porque no le acababan de salir las cuentas por culpa de unas reformas que se le estaban complicando, teniendo en cuenta que los planos no se correspondían con nada. Al final llegaron a un acuerdo con el ayuntamiento, que hizo una oferta por el solar, aunque el fondo tendría que encargarse de la demolición y de la limpieza.

No todo el mundo estaba contento: Diego se había quedado sin bar y apenas le habían dado un par de semanas para recoger sus cosas y buscarse un local nuevo; Berta se había quedado sin casa y como no había querido buscar nada, estaba viviendo con sus padres, con todas sus cosas metidas en cajas y repartidas entre el dormitorio y un trastero; y yo, bueno, yo ya llevaba unos días de

alquiler en un pequeño estudio del barrio. Trabajaba con Sergi, sin dejar de dar clases, y abandonaba paulatinamente la idea de estudiar Física, a pesar de que me intentaba convencer a mí mismo de que el curso siguiente me podría matricular.

Para compensar, me había apuntado a clases de italiano, aunque la mitad de los días no iba.

—El edificio ha salido en prensa —dijo Josep Maria—. Mirad: habla de la demolición.

«Ordenada la demolición del edificio de la ilusión óptica», decía el artículo. El texto hablaba de cómo los fallos estructurales eran justamente la causa del efecto óptico por el que era famoso nuestro edificio en redes sociales. Estos fallos estructurales habían provocado otras rarezas en su interior, como varios problemas de iluminación, una vivienda que no se pudo abrir jamás, pisos inclinados en los que caían lámparas de mesa, problemas de recepción de los aparatos electrónicos y agujeros en muros exteriores. Según el artículo, lo sorprendente era que el edificio hubiera aguantado en pie cincuenta años y que el fondo buitre que lo compró no hiciera los deberes antes de firmar. «El conflicto podría haberse alargado, ya que el fondo aseguraba contar con documentación muy distinta a la que tiene el ayuntamiento, pero ante el riesgo de eternizar el problema en los tribunales y la urgencia de las obras de refuerzo y reparación, la empresa propietaria ha preferido llegar a un acuerdo con la entidad municipal de la vivienda y venderlo a precio de solar. El ayuntamiento aún no tiene planes para este terreno: las asociaciones de vecinos reclaman vivienda pública, pero fuentes del consistorio no descartan venderlo de nuevo al mismo fondo, si la oferta es buena. El fondo tampoco descarta recomprarlo y añadirlo a su cartera de solares, pero solo si el ayuntamiento se compromete a volver a comprarlo en el futuro, en caso de que decidan venderlo sin edificar».

—Ahí tienes tus anomalías —dijo Josep Maria—: fallos estructurales. Hicimos bien vendiendo. Podríamos haber muerto. Eso sí que se desmoronaba, y no el universo.

Me hubiera gustado que la demolición fuese como esas implosiones que salen en las noticias y en los documentales, pero al

ser un edificio más bien pequeño, fue todo tirando a bruto y pedestre: un vehículo amarillo y gordote empezó a golpear las paredes con un martillo picador y un par de bulldozers estaban preparados con palas para tirar abajo lo que quedara en pie.

—Pero ¿qué hacen? —Se nos acercó un guardia—. No se puede estar aquí, ¿no han visto las cintas?

—No…

—Creo que las han puesto cuando ya habíamos pasado.

—Pues ya no se puede entrar. Si viven por aquí, tendrán que esperar a que termine la demolición.

—Vivíamos aquí.

—¿En el edificio?

—Sí.

—Pues tendrán que verlo desde más lejos.

Desde más lejos no se veía nada, así que la doctora y yo (y Josep Maria y Jorge y Marcos y la señora Szabó y Esteban) nos quedamos solos detrás de la cinta, acompañados de algún curioso que se paraba, echaba una foto con el móvil y se iba. El proceso era ruidoso y lento.

Nos despedimos de nuestros vecinos: Josep Maria nos invitó a su casa de Castelldefels, y la señora Szabó y Esteban nos dieron una buena noticia:

—¡Estamos esperando un hijo! Legalmente soy madre más vieja del mundo, ciento veintitrés años, pero no sé si reconocerán récord.

—De hecho, lo llevamos con mucha discreción para no acabar en un laboratorio. O en un psiquiátrico.

Cuando se fueron, me quedé a solas con la doctora.

—¿Y con esto se acaba todo? —pregunté.

—Entiendo que sí. Hemos cerrado el bucle. Todas las líneas temporales confluyen en este punto. Creo.

—¿Y qué hay del cuarto viaje de tu padre?

—Si tenía que ver con el edificio, hemos cerrado el bucle igualmente.

Aún quedaba un pequeño detalle que nos llamó la atención:

—¿Eso era el cuarto primera?

—¿El piso entero se ha quedado suspendido en el aire?

—Han sido solo un par de segundos, pero sí.

—El lapso justo para que el tiempo volviera a transcurrir en ese rincón del universo.

—Qué bonito te ha quedado, Jaime. No te matricules de Física, estudia alguna Filología. ¿Existe la carrera de poeta?

—Ja. Oye, eso naranja que ha caído… ¿Lo has visto?

—Sí, era… ¿Era la naranja?

—Parecía fresca aún. Al menos se veía naranja y no verde.

—Y también me ha parecido ver la pelota de tenis que tiró Mas.

—Ya se le acabó lo bueno.

—Aunque, técnicamente, al estar el tiempo parado en ese piso, lo bueno no llegó ni a comenzar.

—¿Nos tomamos un café y me cuentas qué tal te va con tu nuevo trabajo?

—Mejor una cerveza y te cuento por qué me está costando tanto seguir con los estudios. No tendrías que haber echado abajo el edificio. Es broma. Estoy bien. Pero también es verdad. Es gracioso porque es verdad. Creo que es gracioso. No lo sé, ya.

***

Pensaba que todo había terminado ahí y entonces. Nos tomamos las cervezas, nos fuimos cada uno a su casa y pasamos unas semanas sin vernos después de habernos visto casi cada día durante más de medio año.

Ella siguió con sus clases en la universidad y yo trabajaba con Sergi, aunque Sergi, cegado por el poder del chiringo, insistía en que yo trabajaba para él.

Era, efectivamente, un chiringuito, una consultora, es decir, una empresa que nadie sabe lo que hace, por lo que tampoco dejé de dar clases en la facultad porque a saber cuánto iba a aguantar eso.

Pero la doctora y yo nos volvimos a ver. Me llamó unas semanas más tarde, poco antes de Navidad. No me escribió, me llamó, como si estuviéramos en los años noventa o como si yo fuera un bombero y su casa estuviera en llamas.

—¿Puedes venir?

—¿Adónde?

—A mi despacho de la facultad.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¿Ha pasado algo?

—Ha pasado algo rarísimo. Resulta que tenías razón.

—Qué graciosa. ¿En qué?

—En que está todo lleno de americanos. ¿Vienes?

Estaba en un *coworking* con Sergi. Y estaba preparando una presentación. En PowerPoint. Para unos clientes. Para el día siguiente.

Claro que podía ir.

—Tengo que salir un momento. Sigo luego —le dije a Sergi—. Me ha llamado la doctora.

—¿La doctora? ¿Todavía estás con eso?

—Dice que es urgente.

—¿Cómo va a ser urgente, si ya no hay edificio?

—Yo qué sé.

Me costó llegar al despacho: no había estado nunca en la facultad de Física y no sabía dónde estaba nada. Tuve que preguntar tres veces, subí por las escaleras equivocadas y casi me metí en un aula donde estaban dando clases.

—Te ha costado —dijo la doctora cuando llegué.

—¿Quién fue el arquitecto de este edificio? ¿Tu padre?

La doctora me recibió de pie. Sentado en una silla había un señor de unos cincuenta y tantos años. Por un momento pensé que era, precisamente, su padre, que había venido desde 1993, pero luego me di cuenta de que no se le parecía en nada. Tenía cuatro pelos muy despeinados, un traje de pana marrón y una camisa con un estampado que no quedaba bien con nada, y menos aún con ese traje.

—Pero este tío… —dije. Era el mismo que estaba en el rellano, mirando la puerta del cuarto primera como un pasmarote y acompañado del otro hombre con traje.

—Te presento a Toni Sanssouci.

—Encantado —dijo con muchísimo acento inglés. Fue lo único que dijo en español. Traduzco la conversación y la presento como si hubiese sido un diálogo fluido y sin malentendidos que hubo que aclarar cada dos frases:

—Pero…

—Sí, está al tanto de lo que pasaba en el edificio.

—Entonces, cuando le llamamos, ¿por qué ni siquiera nos cogió el teléfono?

—Lo siento —dijo Sanssouci—. Ese era otro Toni Sanssouci.

—¿Otro…?

—Creo que habéis leído los correos que nos cruzábamos el doctor Rojo y yo. Pero no nos escribíamos aquí, sino allí. En el universo de Bitges, como me ha dicho la doctora que lo llamáis. En inglés suena feo.

Eso explicaba que los correos estuvieran impresos: el doctor los trajo en papel a este universo porque desde aquí no podía consultarlos. Esos intercambios y esas direcciones solo existían en B. Y también explicaba, claro, que nuestro Sanssouci no quisiera hablar con nosotros: no es que no se fiara, sino que simplemente no sabía quiénes éramos y encima sonábamos como unos pirados.

Sanssouci B nos contó que, en nuestro universo, Sanssouci A era propietario de una empresa de tornillos. En el otro universo, él solo era un socio minoritario y el verdadero jefe era su hermano.

—En mi mundo tuve una vida más ajetreada. No para bien: allí estoy divorciado, por ejemplo, y tuve problemas con el alcohol. Hasta que descubrí que algo fallaba en mi vida y que las cosas no habían salido como podrían haber salido.

Y, claro, la clave que explicaba que le hubiera ido mal, pudiendo haberle ido bien, eran los universos alternativos: en otro universo las cosas sí habían salido como tenían que salir y, como en este caso, era el moderadamente exitoso directivo de una compañía de tornillos que no había echado a perder su matrimonio.

—No sé en qué momento se bifurcó mi destino, no he logrado trazar esa bebida de más, si es que hay una. Pero sí he entendido que mi vida, la de Sanssouci B, como me llamáis vosotros…

—O Banssouci.

—… no era inútil, porque descubrió una verdad del universo: que no hay solo un universo. Igual eso es mejor que tener una mansión y coches europeos.

El doctor dio con el libro de Banssouci en Bitges, a saber cómo, y le empezó a escribir desde allí con una cuenta de correo que abrió en ese universo.

—Apenas me dio detalles de sus investigaciones, pero intuí que había algo más aparte de lo que me contaba, así que cuando pasó todo lo del COVID, cogí un vuelo a Barcelona y le busqué para hablar con él.

—Pero él no le reconoció.

—Exacto. No tenía ni idea de lo que le estaba contando. Al principio pensé que tenía miedo o que se estaba burlando de mí. Le fui a ver más veces y llamó a la policía. Entonces me di cuenta de que había otra posibilidad: estaba hablando con otro doctor Rojo que de verdad no sabía de qué le hablaba. Y mi doctor Rojo venía de un universo paralelo. Un universo paralelo en el que yo no había escrito un libro sobre universos paralelos, sino que me dedicaba a los tornillos. Por supuesto, le escribí. Pero imagino que solo conseguí asustarlo porque no contestó a ninguno de los correos. Entonces recordé otro detalle: a veces me hablaba de Sitges. No perdía nada por ir allí.

—Es solo media hora en tren.

Me miraron como si hubiera dicho una tontería. Pero era verdad. Solo era media hora en tren.

—No sabía qué hacer una vez allí, aparte de reservar una habitación en el hotel más barato que encontré y dar vueltas por el pueblo durante días con la esperanza de cruzármelo. Le volví a escribir, le prometí discreción, me disculpé por no haberle avisado antes de venir… Hasta que me di cuenta de que lo único que hacía era asustarle más. Le dije que me volvía a Estados Unidos y me disculpé de nuevo. Pero, por supuesto, no me fui, me quedé.

Sanssouci buscó pistas en los mensajes que se había cruzado con el doctor Rojo y vio que hablaba de pasada de una vermutería,

poniéndola como ejemplo de algo que podía existir en un sitio y no en otro.

—Yo contaba con la ventaja de que había visto a su doble. Él solo me conocía de la solapa de mi libro, que es una foto vieja y en blanco y negro.

Tras unas semanas vagando por todos los bares de Sitges, se lo encontró.

—Estuve a punto de abrazarle y darle un beso en la boca, de la alegría que me dio, pero no quería asustarlo de nuevo. Ni siquiera estaba seguro de que fuera mi doctor Rojo. Podía ser el otro de paseo por el pueblo. Por suerte, el matrimonio, sin tu padre y sin su amigo, eran habituales de la vermutería, así que un día que vinieron solos les seguí. Iban más tranquilos, pensando en sus cosas. No les entendía, claro, pero se notaba que no tenían otras preocupaciones aparte de la playa y la cerveza.

Así fue como encontró el agujero en el muro.

—No entré detrás de ellos, a pesar de que me moría de ganas, pero me precipité igualmente: la siguiente vez que los vi en el bar, me fui corriendo y me colé por el agujero, donde apenas habían dejado un tablón acostado para taparlo. Cuando entré en el piso no sabía qué hacer porque la puerta estaba cerrada con llave y no podía salir a la calle. Total, que volvieron poco después y me encontraron dando vueltas por su casa. Me hice el borracho y me echaron de vuelta a mi Sitges.

—¡Tú eras el borracho! ¡Todos los americanos sois el mismo americano!

—¿Qué?

—Nada, que ellos se acuerdan de ti. Pero coló: creyeron que eras un turista bebido.

Para Sanssouci aquello fue un grandísimo descubrimiento: había viajado a otro universo —o eso creía, porque en realidad no había salido del piso— y lo había hecho pasando por el agujero de un muro a ras de suelo directamente a un tercer piso en un edificio de Barcelona.

La siguiente vez lo hizo mejor: esperó a que salieran Ramón y Amelia. Sabía que, si les pillaba justo al llegar a Bitges, tendría al

menos una hora, y eso siendo cuidadoso. La puerta de la calle seguía cerrada y no encontró las llaves, pero se escondió en un armario de lo que antes fue el dormitorio de la hija de Ramón y Amelia, independizada hacía años, y que ahora era el cuarto de planchar.

Por la noche, con Ramón y Amelia ya dormidos, salió haciendo el menor ruido posible, abrió con unas llaves que encontró en una mesita al lado de la puerta y salió a la calle.

—Casi me arrestan por mear entre dos contenedores de basura, pero es que ya no podía más.

—Si Salvador vivía entonces —dijo la doctora—, llevas al menos nueve años aquí.

—Casi diez.

Sanssouci nos contó que no le había resultado difícil apañarse en ese universo paralelo: seguía siendo Toni Sanssouci y podía sacar dinero de sus cuentas con su documentación.

—Voy con cuidado, claro, aunque como le van bien las cosas, no se ha dado cuenta de que se está robando a sí mismo. Además, he ido yendo y viniendo, no me he quedado aquí siempre. También me he quedado tres o cuatro veces en el Airbnb de vuestro edificio.

—¿Y no te presentaste a mi padre?

—¡Sí! Fui a su casa, llamé a la puerta y le dije quién era. No fue buena idea. Le dio un ataque de pánico, dijo que no podía ser, que iba a destruir el universo y tenía que volver.

—Pero no volviste.

—Bueno, lo que os digo, he estado yendo y viniendo.

Estuvo un tiempo sin hablar con el doctor Rojo, dedicándose a viajar y, según decía, a investigar, pero lo volvió a intentar poco antes de su muerte. Y accedió porque, claro, sentía curiosidad. Para entonces, el doctor había abandonado casi del todo la idea de intentar arreglar las anomalías y estaba guardando todas sus notas en cajas.

—Lucas no sabía si destruirlas o dejártelas a ti. Por suerte le convencí de que las conservara. Hablamos. Le conté alguna de las cosas que había averiguado por mi cuenta, aunque seguía sin creerme del todo. Supongo que muchas de las cosas que decía le

seguían sonando a teorías de la conspiración. Pero sí le convencí de que podía ser útil volver a 1973.

—Y ese —dijo Mireia— es el cuarto plano del edificio, ¿no?

—Admito que mis razones no eran solo altruistas. Quería saber si era posible viajar al pasado o a otros universos y quería que me llevara con él. Pero también quería ayudar a tu padre. En eso era sincero. Las dos cosas son compatibles.

—Pero ¿para qué volver? El pasado no se puede cambiar porque ya ha ocurrido, lo único que se puede hacer es estropearlo más.

—Pasan las dos cosas: se arregla y se estropea. No se puede cambiar el pasado, pero se puede hacer un presente mejor. Los universos alternativos que se crean con cada viaje son reales, existen.

Rojo se dejó convencer, pero viajó solo, para decepción de Sanssouci, que ni siquiera supo que le había hecho caso hasta que el doctor volvió y se lo contó.

—Viajó a 1973 y compró un billete de lotería que sabía que iba a resultar premiado. Se lo envió a la familia del trabajador fallecido, con un mensaje que simulaba presentar el décimo como un regalo de unos grandes almacenes, algo que a lo mejor podía colar hace cincuenta años.

—Esto es un problema —dije—. Bueno, o fue un problema.

Lo era: había un universo en el que la familia ganaba la lotería y otro en el que no, además de los que ya conocíamos, con y sin la muerte del trabajador.

—Pero no es un problema nuevo —dijo la doctora—, ya existía cuando comenzamos a investigar el edificio, simplemente lo desconocíamos porque mi padre no tuvo tiempo de anotarlo. O quizás ya no quiso. Solo lo sospechamos cuando apareció el cuarto plano.

—Murió poco después —dijo Sanssouci—. Estaba ya mayor y cansado, pero me pidió que te lo explicase. Te puedo decir que estaba contento y que, aunque era consciente de que esta solución podía traer nuevos problemas, también confiaba en que el universo podría arreglarse solo, sobre todo con tu ayuda.

—¿Y por qué no me contaste todo esto antes?

—Lo siento, de verdad. Pero también tenía que pensar en mí. El objetivo del doctor no era mi objetivo.

Cuando el doctor murió, Sanssouci pensó que tenía que proteger el edificio del Gobierno, pero también de su hija.

—Mientras estuve en el Airbnb hablé con algunos vecinos de tus idas y venidas, y me quedó claro que eres igual que tu padre: querías arreglarlo en lugar de aprovecharlo. Tu padre y tú queréis cerrar los puentes, o las puertas, o los agujeros, o como queráis llamarlo, pero estáis equivocados, hay que mantenerlo todo abierto. ¡Y usarlo!

De vuelta al presente, el doctor y Sanssouci comprobaron qué tal le había ido a la familia con un par de llamadas y algunas búsquedas en Google y en redes sociales. Y al hijo le fue bien. De mayor, convenció a su madre para que le prestara parte del dinero y se metió en negocios inmobiliarios. Se especializó en pisos asequibles y, aunque parezca ciencia ficción, no creció a lo bruto ni durante la burbuja, lo que le permitió mantenerse a flote durante esos años. Cuando se jubiló, le dejó el negocio a uno de sus hijos, nieto del obrero fallecido, que hizo todo lo contrario. En apenas cuatro o cinco años tuvo que malvender la empresa y su cartera a un fondo buitre, y a cambio le dieron un despacho, un sueldo, un cargo y nada de trabajo.

—Y es el mismo fondo que compró el edificio y que se ha quedado con el solar, ¿verdad? —dijo Mireia.

—Pero no es un fondo buitre —dijo Sanssouci—, es un fondo de inversión inmobiliaria.

—Cómo sois los americanos —dije—, siempre dándole importancia al dinero.

—No, lo digo porque es mío. No es ninguna casualidad, lo compré adrede.

—Venga, hombre.

—Bueno, no es mío, es de vuestro Sanssouci. Pero lo compré yo. Como tengo acceso a las finanzas de mi exitoso yo de este universo, vi que tenía abierta una fundación con objetivos supuestamente caritativos y en realidad fiscales. Es una fundación en la que mi doble no se mete mientras desgrave, así que no me costó llamar al

tipo que la lleva, hacerme pasar por mí mismo y destinar parte de ese dinero a la inversión inmobiliaria, con la excusa de financiar sus propias actividades.

—Y compraste un edificio de Barcelona.

—Le metí un buen rollo sobre turismo, cruceros y que Europa estaba de moda en TikTok.

—¿Lo está?

—Todo está de moda en TikTok si buscas lo suficiente.

—Pero al final lo pudimos demoler.

—Intenté convencer al director del fondo de que merecía la pena recurrir la decisión del ayuntamiento. A mí ya me iba bien que se alargara todo el proceso unos años y poder tener el edificio vacío para mí. De hecho, era lo mejor porque en caso contrario empezarían las obras de reforma e intentarían alquilar los pisos para sacar tajada. Pero hubo un problema: me llamaron.

—¿Cómo?

—Sí, me llamaron los directivos del fondo.

—Pero ¿no dices que hablabas con ellos?

—Si, pero es que no me llamaron a mí exactamente, a pesar de que les había insistido en que solo me llamaran a mi móvil. Hablaron con mi otro yo de este universo, que no sabía nada, ni siquiera que tenía un fondo inmobiliario. Él llamó al director de la fundación y, por suerte, no llegaron a entrar en detalles porque a mi otro yo le daba igual mientras le saliera a cuenta y no quería perder el tiempo. El caso es que Toni A no quería meterse en líos legales en otro país, así que el fondo tomó la decisión de desistir. Mejor cerrar a pérdidas y quedarse al menos con un solar. Yo ya no podía hacer nada. Tampoco habría sido seguro: no estoy tan fuera del alcance del Gobierno como para permitirme el lujo de sacarlo todo a la luz. Me habrían encerrado en un hangar, en otra Área 51 o quizás incluso en la misma, y habrían tirado la llave.

—Entonces hemos ganado —dije, con cierto alivio—. El edificio no existe. El universo ha vuelto a la normalidad. Todo está bien.

—¿Todo está bien? ¿Seguro?

—Bueno, casi todo. Es verdad que tú no puedes volver. Estás atrapado en nuestro universo. Eso igual es una anomalía.

—No, no. En absoluto.

—¿Qué quieres decir?

—Te he dicho antes que he estado yendo y viniendo. Pero no solo por el portal de vuestro edificio. Ese portal no era el único, aunque sí el primero que conocí. Hay decenas de portales en todo el mundo. Es verdad que el piso de Ramón y Amelia, ¿se llamaban así?, es la única puerta directa a mi universo. Sin ese agujero a Sitges, para volver a casa tengo que coger primero un avión, localizar otro portal que me lleva a un universo en el que Trump nunca se presentó a las elecciones y luego volver al mío, en el que ganó en 2016.

—¿Trump ganó esas elecciones en tu universo? —pregunté, alarmadísimo.

—Sí. No me miréis así, a mí me parecen aún más raros vuestros dos mandatos de Bernie Sanders.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunté.

—Supongo que nada —contestó ella.

—¿Pero hay más doctores Rojo abriendo agujeros de gusano?

—A lo mejor sí. O a lo mejor son naturales y tu padre encontró uno, en lugar de crearlo. O a lo mejor ambas cosas son posibles. O a lo mejor te puedes desplazar, como decía el libro de Sanssouci.

—Hay un poco de todo, por lo que he visto estos años —dijo Sanssouci—. Pero no he venido aquí para deciros que vuestro trabajo ha sido inútil, sino todo lo contrario. No te dije nada hasta ahora sobre el último viaje de tu padre porque quería quedarme con el edificio. Pero siempre tuve claro que merecías saber que tu padre arregló lo que pudo como pudo. Y que tú has hecho lo mismo. Y eso es lo importante. O, al menos, es importante.

—Pero el universo —dije, con un exceso de dramita— se desmorona.

—El universo siempre se desmorona —dijo la doctora—. Lo único que podemos hacer es que se desmorone un poco más despacio.

—Si me disculpáis, os tengo que dejar. Me esperan para cenar en otro universo.

Daban ganas de irse con él. Era como una especie de Doctor Who, pero un poco más feo y con olor a cebolla.

—Es mentira. No hay ningún portal cerca, que yo sepa. Me voy a un hotel. Pero la frase sonaba bien.

Era verdad. Sonaba bien.

Se fue.

La doctora y yo nos quedamos sentados y callados un buen rato.

—Menudo hijo de puta —dijo ella.

—Sí, a ver, bueno…

—Tanto esfuerzo para que nos gane un deficiente mental que se ha autoeditado un libro lleno de paparruchas.

—Y de mayúsculas. Pero no nos ha ganado, diga lo que diga. Hemos ganado nosotros. Ese portal está cerrado. No hay edificio. No hay anomalías. Y a lo mejor miente cuando dice que hay más portales. Igual está aquí perdido y quiere picarte para que le ayudes a volver.

—Sí, podría ser. Salvo que hay otra cosa que no sabes.

—Si solo fuera una…

—¿Recuerdas que este era el despacho de mi padre?

—Sí.

—Échame una mano.

Empujamos un archivador y señaló la pared.

—Una grieta —dije.

—Mira a través de ella.

Me agaché. Acerqué el ojo derecho y cerré el izquierdo, aunque ya sabía lo que iba a encontrarme: otro universo, igual de aburrido que este, igual de asombroso, igual de divertido, igual de viejo, igual de frágil, igual de raro.

Solo que un poco diferente.

Otro Sitges. Sitges 3. Sitges C. Sitges prima prima. Citges. Tritges.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, Dolores y José, y a mi hermana Elizabeth. Es más bien por todo, ya puestos, pero así ya aprovecho.

A mis lectores beta: Alma, Javi y Pablo. Muchísimas gracias por vuestras notas y correcciones. Ahora ya veo más o menos claro que no era buena idea que todos los personajes se llamaran Joaquín. Aún tengo dudas, pero confío en vuestro criterio.

A Delia no le agradezco nada porque al final no se lo leyó. Podrías haber estado aquí, Delia, entre los agradecimientos. La gloria y la fama estaban a tu alcance. Pero al final, nada. No tuviste tiempo. Normal, lo entiendo perfectamente. Además, ya avisaste de que tardarías.

Y, por supuesto, gracias a toda la gente de Altamarea por la confianza y el apoyo, y en especial a Carlos Clavería Laguarda, que siempre ve mejor que nadie el libro que los demás intentamos escribir. Y además escribe muy bien. *Un millón de ejemplares vendidos* es buenísima. Debería haber vendido un millón de ejemplares. Es más, si estás hojeando *Sitges* en una librería y quieres comprarte un solo libro, suelta el mío y busca el de Carlos.

SOBRE EL AUTOR



Jaime Rubio Hancock (Barcelona, 1977) es escritor y periodista de El País especializado en humor, filosofía y redes sociales. Es autor de los ensayos *¿Está bien pegar a un nazi?* (2019) y *El gran libro del humor español* (2022). Con Altamarea ha publicado las novelas *El informe Penkse* (2023) y *Sitges* (2025).

ÍNDICE

IMAGEN
SITGES
CITAS
INICIO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE EL AUTOR
ÍNDICE
CRÉDITOS

altamarea

Primera edición en esta colección: abril de 2025

© Jaime Rubio Hancock
© de la presente edición: Altamarea Ediciones S.L.
altamarea.es
altamarea@altamarea.es

Diseño de la colección: Sara Maroto Hebrero
Corrección : David Gargallo y Carolina Pozo

ISBN: 978-84-10435-86-5
Realización EPUB: Miguel Ángel Pascual